

LORENA LÓPEZ JAUREGUI


AMÉRICA REDESCUBIERTA

El Congreso Internacional de Americanistas y la reinventión
científica del continente (1875-1915)

UNAM
SAN ANTONIO

Biblioteca
Arte & Cultura

SOCIÉTÉ DES
AMÉRICANISTES

 Centro de Estudios en la Historia de la Ciencia y la Tecnología



Lorena López Jáuregui

América Redescubierta

*El Congreso Internacional de Americanistas
y la reinención científica del continente (1875-1915)*

Obra publicada en colaboración con la
Société des Américanistes de París en el marco de su
convocatoria 2024 Premio y Auxilio a publicación.

Miguel García Audelo
Editor



UNAM
SAN ANTONIO



Biblioteca
Arte & Cultura
UNAM San Antonio



SOCIÉTÉ DES
AMÉRICANISTES



Colegio Internacional de Graduados International Research Training Group

Temporalidades del Futuro
Temporalities of Future

América Redescubierta

El Congreso Internacional de Americanistas y la reinención científica del continente (1875-1915)

Lorena López Jáuregui

UNAM San Antonio

Biblioteca Arte & Cultura

1. Lorena López Jáuregui — 2. 19th History — 3. History of Science — 4. International Congress of Americanists — I. Miguel García Audelo (ed.) — II. UNAM San Antonio — III. Biblioteca Arte & Cultura — IV. Temporalidades del Futuro — V. Lateinamerika-Institut — VI. Freie Universität Berlin — VII. Société des Américanistes — VIII. Musée du quai Branly-Jacques Chirac

D. R. © 2026

Lorena López Jáuregui (Au.)

D. R. © 2026

Miguel García Audelo (Ed.)

D. R. © 2026

UNAM San Antonio – Biblioteca Arte & Cultura
600 Hemisfair Plaza Way San Antonio, TX 78205.
United States of America.

Ofelia Mercado Arzate, *design*.

Portada: *Miembros del Congreso de Americanistas visitando la zona arqueológica de Teotihuacán*. Fuente: Colección Archivo Casasola. Secretaría de Cultura. – INAH.-MEX. (Reproducción autorizada por el Instituto Nacional de Antropología e Historia).

Contraportada: «La puerta del sol en el año 1910 después de haber sido erigida por la Sociedad Geográfica de La Paz, 1910». Fuente: Archivo Central-musef. Colección Arthur Posnansky.

First edition.

ISBN: 979-8180-687-14-2

All rights reserved. This work may include contents whose reproduction rights have been limited to this non-profit academic edition. It is up to the publisher to determine whether the citation of texts or the reproduction of parts of the work for criticism or scientific research should be associated with this source. Reproduction for scholarly purposes is authorized, provided that the source is properly cited.

Work printed on demand in The United States of America, Latin America and Europe. The Biblioteca Arte & Cultura welcomes your comments by emailing mgaudelo@unamsa.edu or visiting our website <https://unamsa.edu/mx/> to take a look at our educational, cultural, and publishing offerings.

UNAM San Antonio

Ing. Paula de Gortari Pedroza

Directora

Alfredo Ávalos Lara

Comunidad y Cultura

Miguel García Audelo

Biblioteca Arte & Cultura

*A Ana María
y a la educación pública.*

El pasado no lleva hacia atrás, sino
que impulsa hacia adelante y, en
contra de lo que se podría esperar, es
el futuro el que nos conduce hacia
el pasado.

Hannah Arendt

Índice

Prefacio	11
Introducción	17

PRIMERA PARTE

Capítulo 1. Origen y geopolítica de los Congresos Internacionales de Americanistas hasta 1915	29
1.1 Antecedentes y origen en Francia	29
1.2 Desplazamiento y geopolítica	40
1.3 Nexo entre territorio y sentido histórico en la elección de sedes	58
Capítulo 2. Homo academicus americanista	75
2.1 Contextos nacionales y orígenes socioeconómicos de los miembros	75
2.2 Contextos socioeconómicos del núcleo	82
2.3 Ideal del investigador americanista impulsado por el ICA.....	91
2.4 Jerarquía, parentescos y prestigio	100

SEGUNDA PARTE

Capítulo 3. Los estudios sobre el pasado	119
3.1 La puesta en crisis de la idea del <i>Nuevo Mundo</i>	119
3.2 La búsqueda de la antigüedad de los primeros pobladores de América	130
3.3 Tiwanaku y el viaje intermedio del Congreso del Centenario	149
3.4 Misiones eruditas y la búsqueda colectiva de fuentes históricas	170
Capítulo 4. Agentes en la patrimonialización del pasado	189
4.1 ¿La Pompeya mexicana? O de cómo los Congresos Internacionales de Americanistas transformaron Teotihuacán	189

4.2 De la ciencia al patrimonio: los americanistas
y la génesis de leyes nacionales para la protección
de monumentos218

TERCERA PARTE

Capítulo 5. Los estudios sobre el presente241

5.1 Del pasado remoto al presente: el giro que influyó
en la antropología americanista241

5.2 Las expediciones etnográficas reportadas al ICA
y la antropología de salvamento249

5.3 La North Pacific Jesup Expedition, el ICA de 1902
en Nueva York y los dispositivos de autoridad
científica263

Capítulo 6. Futuros proyectados287

6.1 Futuro y sentido de trascendencia en las
comunidades de ciencia287

6.2 Königliches Museum für Völkerkunde, y la
proyección de un «archivo universal de la
humanidad» (Berlín, 1888)299

6.3 La era de los archivos-museos americanistas313

**Epílogo. El diagnóstico del futuro y la apertura
del espacio de experiencia; el sistema de
objetos del americanismo335**

Agradecimientos343

Bibliografía345

Prefacio

Este libro es el producto del doctorado en Historia que concluí en la primavera de 2024 como parte de la primera generación del Colegio Internacional de Graduados (CIG) «Temporalidades del Futuro en América Latina», en la Freie Universität Berlin (FUB). El CIG es una colaboración de centros de investigación en Alemania y México: la FUB, la Humboldt-Universität zu Berlin, la Universidad Potsdam, El Colegio de México, la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social. Su objetivo es ofrecer nuevas perspectivas sobre el estudio de las temporalidades del futuro con un enfoque en las aspiraciones y las anticipaciones de varios actores a través de la interacción social. En este grupo de trabajo, como historiadora, me interesé en las aspiraciones y anticipaciones de las primeras generaciones de americanistas, es decir, de quienes en el pasado se habían dedicado a estudiar América como una unidad.

Esta idea de estudiar la historia de los congresos internacionales de americanistas surgió en la Ciudad de México. Curiosamente, no fue cuando asistí al 55° ICA en El Salvador, sino en la primavera de 2016, cuando siendo adjunta de la clase de Porfirismo de Rubén Ruiz Guerra en la UNAM y preparando materiales para la clase, me encontré por primera vez con la fotografía que aparece en la portada. Aquello fue un descubrimiento serendípico para mí, y la estética de aquella fotografía histórica y la corta descripción me capturaron: “Miembros del Congreso de Americanistas visitando la zona arqueológica de Teotihuacán”.

Era la primera fotografía en la que aparecía la Pirámide del Sol completamente despejada, después de haber estado cubierta por siglos. Era el año de 1910. En el marco de los Festejos por el Centenario de la Independencia caminaba frente a la Pirámide un grupo que había sido el primero en ser invitado a ver su descubrimiento. Un fotógrafo capturó ese momento con su cámara. Me pregunté por qué los americanistas eran los primeros en ser llamados a ver la Pirámide.

Meses después, en el otoño de 2016 en Berlín, los estudiantes de maestría que ingresábamos al Lateinamerika-Institut fuimos invitados a una visita guiada al Ethnologisches Museum en Dahlem. Manuela Fischer fue nuestra guía y para nuestra sorpresa no nos condujo a la exhibición del Museo, sino que nos llevó directamente al depósito. Allí nos mostró las colecciones sobre América. Fue abrumador para mí ver las dimensiones de las colecciones arqueológicas y etnográficas de los pueblos indígenas concentradas en Dahlem. Fischer abrió un cajón y aparecía un quipu, abrió otro y aparecía otro, y luego otro. Después nos llevaba a las vitrinas y allí nos mostraba las cerámicas zapotecas, nos mostraba la conservación de adornos de plumas del siglo XIX provenientes de la Amazonía y también nos explicó las particularidades de los huacos retratos moche. Fischer nos enseñó cartas e inventarios de la época en que se habían ensamblado las colecciones.

Durante semanas yo no pude hablar de otra cosa que no fuera esa visita. Aquellos eran momentos de amplio debate y discusión sobre el racismo y la apropiación cultural en Alemania, sobre rematriaciones y las consecuencias del colonialismo alemán en África y el Pacífico. En esos años en Berlín, en el espacio donde fue demolido el Palacio de la República, símbolo del poder de la República Democrática Alemana, un proyecto político-cultural decidió recrear el Palacio Real de los emperadores alemanes y llevar allí las colecciones etnográficas de las culturas del mundo en posesión del Preußischer Kulturbesitz. Recrear un edificio que era símbolo de poder del Imperio Alemán y colocar una cruz por encima de las colecciones de otras culturas del mundo

levantó tensiones en la sociedad civil y los estudiantes no éramos ajenos a ellas. Las discusiones salían del aula y las llevábamos a las calles, al *performance* y a las noches de tertulias. Tuve conversaciones muy profundas en aquellos días con entrañables amigos como Max Schönherr, Aliza Yanes y Palina Lissitsyna.

Poco tiempo después, hallé una segunda fotografía, pero esta vez en el Ibero-Amerikanisches Institut. Al igual que la de Teotihuacan, esta también había sido tomada en 1910, pero esta vez solo aparecía un americanista en Tiwanaku, zona arqueológica que yo conocía gracias a Fidel Machado. A partir de allí me di cuenta de que todo eso se hallaba conectado. Las personas que aparecían en la fotografía que yo había visto frente a Teotihuacan en el Centenario eran las mismas que habían llevado buena parte de las colecciones al Museo en Dahlem. Los americanistas antes de ir a México habían pasado por Bolivia y allí habían tomado aquella fotografía. Sentí el hilo rojo conectando esas historias y para mi sorpresa, no había muchas publicaciones sobre esto. Me puse a investigar.

Escribí entonces mi tesis de maestría sobre el XVII. Congreso Internacional de Americanistas de 1910, en su conexión con los festejos del Centenario de la Independencia de México y Argentina. Tuve la asesoría de Stefan Rinke y Manuela Fischer y aquel trabajo obtuvo una mención honorífica del Premio Francisco Javier Clavijero del Instituto Nacional de Antropología e Historia en México. Inmediatamente después ingresé al CIG bajo la asesoría de Stefan Rinke y Federico Navarrete Linares y me propuse expandir mi análisis. Gracias al financiamiento de la Deutsche Forschungsgemeinschaft doce investigadoras e investigadores pudimos dedicarnos de tiempo completo a nuestros doctorados. En el Coloquio Interdisciplinario nos reuníamos doctorandos en historia, antropología, ciencia política, sociología y literatura, y discutíamos sobre las temporalidades del futuro desde nuestros campos de estudio.

Mis compañeras y compañeros de generación son personas brillantes, excelentes para compartir ideas, perspectivas y los ratos libres. Este libro se nutrió mucho de nuestras discusiones.

Gran parte de mis fuentes se encontraban en la Biblioteca del Ibero-Amerikanisches Institut, que posee todas las actas del ICA y muchos de los legados de americanistas de aquella generación. Para expandir mi análisis viajé a los archivos; a México, a los Estados Unidos, Francia, Bolivia y Perú buscando las fuentes que había dejado la organización de los congresos, estudiando la historia de sus excavaciones arqueológicas y conversando con expertos en cada uno de estos países. Tuve un periodo de mucha actividad y luego... llegó la pandemia.

Nos quedamos aislados por mucho tiempo. Pasamos a formatos en línea y mientras escribía la historia de estos encuentros masivos de investigadores en el pasado, nosotros estábamos aislados. Esto afectó también al Congreso Internacional de Americanistas, mismo que, en lugar de tres, tuvo que esperar cinco años para su siguiente encuentro. La sede de Foz de Iguazú tuvo que ser pospuesta una y otra vez. El ICA estaba viviendo una nueva crisis; sin embargo, me resonaba una frase que reiteraban con optimismo algunos de sus miembros: para los académicos ir al ICA era como ir a las Olimpiadas. Así que esperaron para continuar sus «Olimpiadas».

El presente libro es una versión más madura y acabada de lo que significa la historia de los congresos internacionales de americanistas para la historia de la ciencia. Condensa una década de reflexiones a la vez que se inserta en una coyuntura interesante. En julio de 2025 en Novi Sad, el ICA cumplió ciento cincuenta años de existencia. Con 58 congresos y cientos de asistentes, el ICA se ha convertido en ese siglo y medio en el congreso científico internacional más longevo de la historia. Esta prolongada trayectoria resulta una excepcionalidad que merece ser estudiada tanto por la influencia que durante todo este tiempo han tenido en el conocimiento que se tiene y se divulga sobre América, como por los modos y las infraestructuras de su conocimiento.

Respondiendo a ello, este libro narra los impulsos y vicisitudes de un heterogéneo grupo de personas que nacieron en el siglo XIX y que, aunque provenían de distintos países y hablaban diferentes idiomas, buscaron encontrarse para responder a la invi-

tación a presentar estudios sobre América, inaugurando así un ritual de reencuentro. Cuando a finales del siglo XIX, miembros de sociedades eruditas situadas en Francia lanzaron una convocatoria para promover los estudios arqueológicos y etnológicos especializados en América, comenzaron una tradición que continúa hasta el presente, en la cual personas de distintos rincones del mundo se reencuentran cada tres años para discutir sus investigaciones, conocer a otras personas que se interesan por los mismos temas, e incluso poder compartir aspiraciones colectivas.

Por mi parte, sostengo que estudiar los congresos científicos es sumamente relevante hoy, especialmente para quienes nos interesamos en la historia de la ciencia. Es un campo fértil y apasionante que desafortunadamente no ha sido abordado lo suficiente. Abro la invitación a que discutamos los alcances globales que tienen estos encuentros. Este libro analiza este fenómeno tomando como caso de estudio la trayectoria del ICA y su supervivencia, así como las formas en las que modeló las formas de conocimiento que se tienen sobre América y sus habitantes. La coyuntura por los ciento cincuenta años del ICA nos presenta una invitación a explorar críticamente los distintos legados del Congreso Internacional de Americanistas, a cuestionar cuál ha sido su rol en la arqueología y la antropología, los museos y el patrimonio de la humanidad. Más aún, esta trayectoria es significativa hoy en día porque el ICA, uno de los encuentros clave para conceptualizar que ciertos espacios y objetos fueran protegidos como un patrimonio relevante para la humanidad (anterior a su institucionalización), se está postulando ante la UNESCO para ser reconocido como un patrimonio del mundo. Mientras se esperan noticias sobre estas gestiones, quisiera proceder a explicar su historia, esperando con ello dar respuestas al origen, consolidación y expansión del ICA, a las motivaciones de sus primeros miembros y a explicar cómo en el pasado lograron articularse exitosamente nuevas comunidades internacionales de ciencia que, en sus congresos, co-creaban, compartían y se disputaban visiones sobre el pasado, el presente y el futuro.



Figura 1. «Famosos científicos presentes en el Congreso de Americanistas», Fuente: The World NY del 22 de octubre de 1902. Localizado en: Library of Congress, Historical U.S. Newspaper Collection.

Introducción

Americanista es aquella persona que “se dedica al estudio de la historia, las lenguas y las culturas, etc. de América”¹, y este libro cuenta la historia de cómo se forjó esta identidad a partir del surgimiento del Congreso Internacional de Americanistas. Explica cómo en 1875, un grupo de personas organizaron en Francia un encuentro para el estudio *colectivo* y *científico* del tiempo anterior a la llegada de Cristóbal Colón a América. Su objetivo fue poner en contacto y comunicación a las personas interesadas en estos estudios. Esa era su aspiración, pero con el tiempo lograron algo radical. En los siguientes cuarenta años, América, que hasta entonces había sido llamada el «Nuevo Mundo», dejó de ser vista como «nueva» frente a las pruebas arrojadas por las excavaciones arqueológicas que daban cuenta de la antigüedad de sus construcciones. Esto hizo que los americanistas abrieran, dentro del pensamiento científico occidental, la idea de un tiempo profundo para el continente americano y demostrara su complejidad cultural.

¹ Los diccionarios, al plantear el uso del vocablo, dan como ejemplo inmediato la referencia al Congreso Internacional de Americanistas. El *Diccionario del español de México* marca como ejemplo del uso del vocablo: “Los trabajos presentados en el último Congreso de americanistas se publicarán próximamente”, en: «Americanista,» *Diccionario del español de México*, consultado el 16 de marzo de 2026, <https://dem.colmex.mx/Ver/americanista>. Mientras que la entrada más antigua que podemos hallar en el Diccionario histórico de la lengua española de España define en 1933 como “americanista” a la “[p]ersona que cultiva y estudia las lenguas y antigüedades de América”, y en esa definición, su referencia más antigua está directamente conectada con el Congreso de americanistas en Madrid en 1881, en: «Americanista,» *Diccionario histórico de la lengua española (1933-1936)*, consultado el 16 de marzo de 2026, <https://www.rae.es/tdhle/americanista>.

El ICA también se convirtió en la plataforma principal de comunicación entre quienes se interesaban por el estudio de América, independientemente del lugar desde donde lo hicieran. Al Congreso llegaron los resultados de las excavaciones arqueológicas realizadas en Teotihuacán y Tiwanaku, y los reportes de las expediciones etnográficas al Pacífico Norte y a la Amazonía. Sirvió para dar a conocer el hallazgo en bibliotecas europeas de documentos como el Mapa Waldseemüller o la Crónica de Guamán Poma de Ayala. También para promover el conocimiento de investigaciones sobre códices como el Tonalámatl de Aubin. El ICA concentró múltiples perspectivas e intereses, a la vez que contribuyó a la profesionalización de disciplinas, de entre las que sobresalen dos: la arqueología y la antropología.

Por lo tanto, estableció un debate científico de alto nivel, pero también, con mucha frecuencia, develó la aspiración de alcanzar el reconocimiento de las producciones científicas como nacionales. Sus impulsores plantearon el deseo de promocionar sus sedes como capitales de cultura y modernidad, circunstancia que convirtió la organización de este congreso en parte constitutiva de agendas nacionalistas. La organización del ICA, en particular aquellas vinculadas con conmemoraciones, hizo explícitas aspiraciones y rivalidades entre grupos, develando el frágil espacio donde se ponían a prueba el honor y el prestigio científico de individuos y naciones.

Distintos gobiernos buscaron demostrar el alto nivel de producción científica en sus países e instituciones a partir de este congreso. No solamente en un plano de erudición académica, sino en uno de configuración de la identidad nacional. De allí que el trabajo de los americanistas se viera incorporado a eventos de masas, siendo considerado a menudo como uno de los eventos académicos dentro de festividades mayores. Se vinculó, por ejemplo, a Exposiciones Universales (en 1889 y 1900), a la celebración del Cuarto Centenario de la llegada de Cristóbal Colón a América (en 1892) y también a los festejos por el Centenario de la Independencia de México y Argentina (en 1910). Estas variantes hacen que los asistentes al Congreso no solo par-

ticiparan como expertos en sus respectivas materias, sino que su presencia y proyectos marcaron el ritmo y la densidad en la celebración de acontecimientos del pasado, mientras sus agentes negociaban los espacios de influencia geopolítica de los estudios académicos sobre América en el presente y en el futuro.

Fue también un efecto curioso y relevante que al cabo de unas décadas y tras poner en crisis la idea del Nuevo Mundo, los americanistas se volcaron a documentar explícitamente su presente. Para ello, emprendieron algunas de las expediciones etnográficas más importantes para la historia de la antropología que planteó la «antropología de salvamento» como una nueva aspiración colectiva. En este libro muestro cómo funcionaban estas percepciones temporales sobre el pasado, sobre el presente y sobre el futuro en las acciones concretas. Muestro cómo las anticipaciones sobre el futuro moldearon la actividad colectiva y para ello me concentro en un periodo que denomino la era de los archivos-museos americanistas. En un periodo de casi tres décadas la comunidad reunida por el ICA se consolidó y adquirió un excepcional rango de influencia a partir de su trabajo vinculado a museos. En ella, discuto el impacto del Congreso en la formación de acuerdos, líneas de investigación y metodologías y muestro la relación que guardan los americanistas y sus estudios con la construcción de museos científicos en Europa y América y con la idea de patrimonio.

Esto convierte a la historia del ICA en relevante desde múltiples frentes, quedando muchos otros por estudiar. La pionera de la historiografía sobre el ICA fue Alice C. Fletcher, quien en 1913 publicó un folleto preparatorio al XIX. ICA en Washington D.C titulado *Brief History of the International Congress of Americanists* y en donde resumía la información más relevante sobre el Congreso hasta ese momento.² Tres décadas después de Fletcher, Paul Rivet escribió un artículo por los tres cuartos de siglo del Congreso. Dicho texto celebraba la XXIX^a reunión, en Nueva York en 1949.

² Alice C. Fletcher, *Brief History of the International Congress of Americanists*. Lancaster: The New Era Printing Company, 1913.

Aquel encuentro fue significativo por su carácter conmemoratorio y por reunir a los americanistas en el continente de sus estudios tras la Segunda Guerra Mundial. Con «L'histoire des Congrès Internationaux des Américanistes», Rivet traía a la memoria la celebración del primer ICA en Nancy y la importancia de la región de Lorena para la historia del americanismo, señaló algunos de los acontecimientos más relevantes del Congreso, mencionó la ubicación de las sedes y nombró a los presidentes y secretarios generales habidos hasta ese momento. También hizo mención de sus actas, principal fuente de información sobre el Congreso.³

Posteriormente, entre 1954 y 1974, Juan Comas publicó tres obras de síntesis histórica y referencias bibliográficas sobre el ICA. La última de ellas, *Cien años de Congresos Internacionales de Americanistas*, publicada por la UNAM, resulta un ensayo histórico-crítico con una visión comprensiva de los cambios en los estatutos y momentos que marcaron la historia del primer siglo del ICA. Esta obra incluye retratos de los presidentes y secretarios generales, y señala algunas de las principales figuras dentro del Congreso. *Cien años* es la síntesis más completa que se ha escrito sobre el ICA y presenta una selección de trabajos por disciplinas que pueden ser consultados como referentes de los distintos campos de conocimiento que integran el americanismo.⁴

En el siglo XXI, la historia del Congreso ha vuelto a despertar el interés de distintos investigadores. Entre ellos destaca Leoncio López-Ocón, quien explicó el rol de los primeros congresos de

³ Paul Rivet, «L'histoire des Congrès Internationaux des Américanistes», en: *Acculturation in the Americas. Proceedings and Selected Papers of the XXIXth International Congress of Americanists*, ed. por Sol Tax. New York: Cooper Square Publishers, 1967, 1-7.

⁴ Juan Comas, *Los Congresos Internacionales de Americanistas: Síntesis Histórica e índice Bibliográfico General 1875-1952*. México D.F.: Instituto Indigenista Interamericano, 1954; Juan Comas, *Una década de Congresos Internacionales de Americanistas 1952-1962*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1964; Juan Comas. *Cien años de Congresos Internacionales de Americanistas: Ensayos histórico-crítico y bibliográfico*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, Instituto de Investigaciones Antropológicas, 1974.

americanistas en un capítulo publicado en 2002.⁵ Por su parte, Étienne Logie y Pascal Riviale abordaron aspectos históricos del contexto de surgimiento del primer ICA en Nancy en un artículo de 2009.⁶ Christine Laurière publicó entre 2009 y 2010 tres artículos sobre sociedades eruditas, política e internacionalización como mecanismos que impulsaron los estudios americanistas y en donde le da el lugar que le corresponde al Congreso.⁷ Por su parte, Jesús Bustamante García examinó al ICA en su vínculo con el Museo Nacional de México y la profesionalización de la antropología.⁸ Mientras que Gustavo Bueno compartió en línea una reflexión crítica sobre el devenir histórico de este congreso.⁹

Mi objetivo con este trabajo es demostrar la dimensión internacional, interdisciplinaria y de temporalidad que marcó la consolidación de este congreso en un nuevo análisis a partir de los primeros cuarenta años de historia del ICA, explicando cómo cada uno de estos tres ejes se relacionó con la idea de hacer cien-

⁵ Leoncio López-Ocón, «El papel de los primeros Congresos Internacionales de Americanistas en la construcción de una comunidad científica», en *Élites intelectuales y modelos colectivos. Mundo ibérico (siglos XVI-XIX)*, ed. por Mónica Quijada y Jesús Bustamante. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas Departamento de Historia de América, 2002, 271-284.

⁶ Étienne Logie y Pascal Riviale, «Le Congrès des américanistes de Nancy en 1875 : entre succès et désillusions», *Journal de la société des américanistes* vol. 95 no. 2 (2009), 151-71.

⁷ Christine Laurière, «La Société des Américanistes de Paris : une société savante au service de l'américanisme», *Journal de la société des américanistes* vol. 95 no. 2 (2009), 93-115; Christine Laurière, «La discipline s'acquiert en s'internationalisant. L'exemple des congrès internationaux des américanistes (1875-1947) », en: *La fabrique internationale de la science. Les congrès scientifiques de 1865 à 1945*, ed. por Wolf Feuerhahn y Pascale Rabault-Feuerhahn. Paris: CNRS Éditions, 2010, 69-90; Christine Laurière, «Anthropology and Politics, the Beginnings: The Relations between Franz Boas and Paul Rivet (1919-42)», *Histories of Anthropology Annual* vol. 6 no. 1, 225-252.

⁸ Jesús Bustamante García, «La conformación de la Antropología como disciplina científica, el Museo Nacional de México y los Congresos Internacionales de Americanistas», en *Los americanistas del siglo XIX. La construcción de una comunidad científica internacional*, ed. por Leoncio López-Ocón, Jean-Pierre Chaumeil y Ana Verde Casanova. Madrid; Frankfurt am Main: Iberoamericana; Vervuert, 2005, 171-192.

⁹ Gustavo Bueno, «Congreso Internacional de Americanistas desde 1875», consultado el 14 de junio de 2020, <http://www.filosofia.org/ave/001/a051.htm>.

cia a gran escala, siendo ésta la particularidad histórica del ICA. Para lograrlo, este estudio se elaboró con perspectivas cuantitativas y cualitativas. Se observará cómo se llevó la cuenta del número de encuentros y de investigadores. Ese esfuerzo se justifica en tanto que permite comprender las dimensiones del trabajo desarrollado en este periodo y posibilita la identificación de los espacios de producción del conocimiento que eran llevados al Congreso.

Metodológicamente me auxilié con la propuesta de la Teoría del Actor-Red (ANT) de Bruno Latour, siguiendo agencias y polémicas presentes en el Congreso. Más que los productos terminados de las discusiones, me pareció importante señalar los procesos de toma de decisión que impactaron la labor de investigación. Consideré que la indiferencia retrospectiva de una escritura teleológica no mostraba aquel «detrás de cámaras de la ciencia» del que habla Bruno Latour, y que se hacía tan visible en la información consignada en las actas.¹⁰ Dieciséis tomos de actas consignan los acontecimientos y debates de las tres décadas examinadas. Publicadas después de cada uno de los congresos, las actas condensan en 8,976 páginas el desarrollo de los acontecimientos y debates habidos en ellos. Dan cuenta de los asistentes al ICA, de quiénes intervinieron y cómo se desarrollaron las sesiones. También señalan los acuerdos a los que llegaron, temas de discusión y formas de trabajo. Las actas contienen fotografías, mapas, esquemas y dibujos que ayudan a comprender la forma en que los americanistas estructuraron su conocimiento y dan claves de los contextos de donde proviene su información.

El libro cuenta con seis capítulos organizados en tres partes. En la primera identifiqué quiénes fueron los americanistas de esta generación y rastreo sus orígenes geográficos y perfiles. En el Capítulo 1 «Origen y geopolítica de los Congresos Internacionales de Americanistas hasta 1915» respondo a los antecedentes y origen del ICA el Francia, cuál fue su desplazamiento y geopolítica

¹⁰ Bruno Latour, *Reensamblar lo social: Una introducción a la teoría del actor-red*. Buenos Aires: Manantial, 2008.

después de Nancy y cómo construyó un nexo entre territorio y sentido histórico en momentos celebratorios. En el Capítulo 2 «Homo academicus americanista» me inspiré de la propuesta de Pierre Bourdieu para explicar los orígenes y contextos socioeconómicos de los miembros de la comunidad de americanistas, analizando las jerarquías y formas de otorgar prestigio a los investigadores. Incluí en el análisis el factor de género y una descripción de aquel perfil ideal de investigador que se impulsaba entre los miembros.

A partir de la segunda parte introduzco la relación que la comunidad de americanistas estableció con el tiempo. En el Capítulo 3 «Los estudios sobre el pasado» explico cómo pusieron en crisis la idea del «Nuevo Mundo». A partir de debates específicos se señalan momentos álgidos y controversias en los congresos en torno a preguntas sobre la antigüedad de los primeros pobladores, sobre el estudio de Tiwanaku y la búsqueda de fuentes históricas en el marco de misiones eruditas. El capítulo 4 «Agentes en la patrimonialización del pasado» está muy estrechamente vinculado con el pasado, pero en él destaco el rol tan importante que tuvieron los americanistas en acciones de conservación y patrimonialización temprana de las zonas arqueológicas, siendo esto particularmente clave en la relación del ICA con Teotihuacán y con la promoción de leyes nacionales para la protección de monumentos y zonas arqueológicas.

La tercera parte se enfoca en las acciones en su presente y las anticipaciones hacia el futuro. En el capítulo 5 «Los estudios sobre el presente» explico el giro temporal que derivó en que la antropología tuviera un rol tan relevante para el americanismo. Enlisto las expediciones etnográficas reportadas en el congreso y examino con más detalle una en particular, la North Pacific Expedition para explicar cómo se configuran los dispositivos de autoridad científica. En el capítulo 6 «Futuros proyectados» recojo las proyecciones y anticipaciones expresadas por distintos americanistas para explicar cuál era su idea de futuro y el sentido de trascendencia dado a su comunidad científica. Después me detengo en el Königlichches Museum für Völkerkunde, uno de los

principales espacios del americanismo y sede del Congreso de 1888 para explicar cómo el ICA fue una de las plataformas de comunicación, intercambio y centralización de colecciones. Aquí propongo que el Congreso propició la formación de una red de archivos-museos americanistas con cuarenta y nueve museos de distintas partes del mundo que estaban conectados a través de sus miembros. El epílogo cierra el libro con una reflexión sobre el sistema de objetos en museos que impulsó el americanismo en esta época y las condiciones de cooperación y competencia que potenciaron su acaparamiento.

Antes de comenzar quisiera hacer dos aclaraciones y una advertencia. La primera es que, por una cuestión de economía del lenguaje, esta obra utilizará el acrónimo en inglés «ICA» por ser la denominación más utilizada en la actualidad para referirse a este congreso. Sin embargo, el acrónimo no es propio de finales del siglo XIX, de hecho, no se utilizaba ningún acrónimo. El nombre existía en los cuatro principales idiomas del Congreso. En el espacio francófono se le denominaba «Congrès International des Américanistes», en el germanohablante «Internationaler Amerikanisten-Kongress», en el hispanohablante «Congreso Internacional de Americanistas» y en el anglófono «International Congress of Americanists». Éstos eran sus nombres oficiales, aunque en ocasiones, en su propia economía del lenguaje, se suprimía la palabra «internacional» en sus denominaciones no oficiales.

La segunda aclaración es que el término «antropología» a finales del siglo XIX se utilizó para designar lo que actualmente es entendido como antropología física. Bajo el término «etnología» se englobaban los estudios sobre las prácticas, tradiciones y acción social. Por último, la advertencia que quiero hacer a las y los lectores es que este libro aborda debates, contextos y proyectos específicos, por lo que no encontrarán en él una obra que ordene de forma cronológica los acontecimientos de cada uno de los congresos. Más bien, analizo críticamente los cuatro legados que encuentro en el ICA. El primero tiene que ver con la promoción y la profesionalización de la arqueología. El segundo

con la justificación que hizo de la importancia de la antropología. El tercero es su papel en la centralización y archivamiento de fuentes para el trabajo científico al interior de los museos y el cuarto con la temprana conceptualización de los patrimonios de la humanidad.

El libro propone un ejercicio de reflexión sobre cada uno de estos legados desde la historia de la ciencia. Aunque, a diferencia de perspectivas que aíslan la producción académica de su contexto, o que optan por la explicación de su avance como si fuera el resultado del esfuerzo o genio de individuos aislados o naciones, el escribir una historia como la de este congreso exige cuestionarse las formas en las que se explican las condiciones de surgimiento de determinados discursos académicos y la construcción colectiva de un tipo de conocimiento, así como de las instituciones que lo representan y lo sostienen. Discute cómo las redes académicas formadas en congresos impactaron determinadas formas de entender el pasado, el presente y el futuro.

Una arqueología de los estudios americanistas como la que aquí se propone devela un tipo de metaconocimiento que permite examinar intereses situacionales y factores geo- y cronopolíticos que convergieron en la definición de los estudios de área y sus congresos y subraya su importancia hoy. Los principales investigadores americanistas de la transición de siglos, son reconocidos aún hoy como figuras clave en la profesionalización de distintas disciplinas. Sus nombres aparecen individualmente asociados a instituciones, avenidas, montañas, obras, minerales, fenómenos, líneas de pensamiento y clasificaciones, como: la Avenida Francisco del Paso y Troncoso en la Ciudad de México, la Clínica Virchow en Berlín, el Museo Etnográfico Juan B. Ambrosetti en Buenos Aires, el Cabo Morris Jesup en Groenlandia, la calle Arthur Posnansky en La Paz, el Códice Nuttall, el Premio Loubat, el Disco Lafone Quevedo, la perspectiva boasiana y hasta el cráter Nordenskiöld en Marte. Ese microcosmos académico ha tenido una influencia extraordinaria en diversas ramas del saber, de las cuales, esta tesis recoge tan solo la punta del iceberg a partir de lo que nos devela su paso por el ICA.



Figura 2. Actas del Congreso Internacional de Americanistas. Fotografía tomada por la autora en el Ibero-Amerikanisches Institut.

PRIMERA PARTE

Origen y geopolítica de los Congresos Internacionales de Americanistas hasta 1915

¿Cómo los contextos en los que se celebraron los congresos internacionales de americanistas afectaron a la producción de conocimiento sobre América?

1.1 Antecedentes y origen en Francia

El 25 de agosto de 1874 en París, el presidente de la Sociedad Americana de Francia¹¹ Édouard Madier de Montjau, publicó la convocatoria que marcó el inicio de la historia del Congreso Internacional de Americanistas. Su texto, escrito en francés, convocaba a las personas interesadas en los estudios americanistas a reunirse por primera vez en un congreso internacional con los siguientes dos propósitos:

El Congreso Internacional de Americanistas tiene como objetivo contribuir al progreso de los estudios etnográficos, lingüísticos e históricos relativos a las dos Américas, especialmente para los tiempos anteriores a Cristóbal Colón, y poner en contacto a personas interesadas en estos estudios.¹²

¹¹ Nombre original en francés: «*Société Américaine de France*», fundada en 1857.

¹² El original dice: «Le Congrès international des Américanistes a pour objet de contribuer au progrès des études ethnographiques, linguistiques et historiques relatives aux deux Amériques, spécialement pour les temps antérieurs à Christophe Colomb, et de mettre en rapport les personnes qui s'intéressent à ces études». Ed. Madier de Montjau y Emile Burnouf, «*Société Américaine de France*», comunicación presentada en: *Congrès International des Américanistes. Compte-rendu de la première session. Nancy-1875*. T. 1 (Nancy; Paris: G. Crépin-Leblond; Maissonneuve, 1875), 7. La reglamentación

Este llamado y la efectiva celebración del Congreso Internacional de Americanistas al año siguiente transformaron radicalmente el modo en que hasta ese momento se hacía investigación sobre el continente americano y cambiaron la sociabilización de los estudios americanistas. Esta convocatoria planteó un ambicioso proyecto científico colectivo en el cual, el objeto de estudio era *un continente entero*, América o las Américas, que en su gran historicidad había albergado una gran diversidad de poblaciones. Por otro lado, el límite cronológico señalado por esta convocatoria abría la posibilidad de estudiar coordinadamente un *tiempo profundo*, la Antigüedad o lo que también es conocido bajo el término generalizante de «periodo precolombino». Allí comenzó la historia de un importante congreso especializado en el estudio del continente americano referente en la historia de la arqueología y la antropología y que, hasta 1900, sólo se enfocó en estudio del periodo anterior a 1492.

Tras la publicación de la convocatoria, el llamado de la Sociedad Americana de Francia fue replicado en los siguientes meses. Revistas científicas como *Le Globe*, publicada en Génova, promocionó los requisitos para participar en el congreso, tales como el envío a los organizadores del nombre del participante, su dirección y 12 francos como cuota de inscripción.¹³ Al aproximarse la fecha del evento, el *Journal des Orientalistes* apuntó que hasta ese momento ya había 1,500 inscritos y se enlistaron los nombres y países de origen de algunos de los que serían los asistentes más destacados.¹⁴

Once meses después de la publicación de la convocatoria, un heterogéneo grupo de personas interesadas en el estudio etnográfico, lingüístico e histórico de América se reunió en Nancy

completa de los Congresos Internacionales de Americanistas, incluyendo el reglamento provisional de 1874, los estatutos aprobados en 1875 y los estatutos vigentes desde 1900 se pueden encontrar en: Comas, Cien años, 45-55,

¹³ «Congrès international des Américanistes et exposition d'archéologie américaine», *Le Globe. Revue genevoise de géographie* 13, (1874): 223-224.

¹⁴ «Congrès international des Américanistes. Ire session – Nancy», *Journal des Orientalistes* 6-7 (junio-julio 1875): 17-25.

para celebrar el primer Congreso Internacional de Americanistas. Ondearon en el Ayuntamiento de esa ciudad fronteriza las banderas de algunos países americanos, desde Canadá hasta Argentina y Chile. El 19 de julio de 1875 por la mañana se celebró el evento inaugural, adornado con un trofeo de banderas americanas unidas por un escudo en donde se leían los nombres de los navegantes europeos Leif Erikson, Jean Cousin de Dieppe, Cristóbal Colón y Américo Vespucio.¹⁵ El Congreso se complementó además con una «Exposición de antigüedades americanas»¹⁶, que como señaló Étienne Logie, fue proyectada por los organizadores como el punto de partida para un museo especializado en arqueología y etnografía americanas en Nancy.¹⁷

Detrás de este evento internacional y como responsables de la proyección y organización del congreso había cuatro hombres originarios de Francia. El primero de ellos era Lucien Adam, magistrado, lingüista y filólogo oriundo de Nancy. Adam fue un sabio estudioso de las lenguas indígenas americanas y una figura clave en la organización inicial del ICA y que en los años siguientes, se empeñó en garantizar la continuidad de este congreso.¹⁸ El segundo fue el barón Prosper Guerrier de Dumast, también de Nancy, y quien fue un empresario dedicado al ramo

¹⁵ *Congrès International des Américanistes. Compte-rendu de la première session*, 16.

¹⁶ Original en francés: «l'Exposition des Antiquités américaines».

¹⁷ Para más detalles sobre el vínculo entre el americanismo decimonónico y Nancy se recomienda la consulta de publicaciones de Etienne Logie, en especial las siguientes. Etienne Logie, «Nancy et le premier Congrès international des Américanistes.» *Pays Lorrain. Journal de la Société d'Histoire de la Lorraine & du Musée Lorrain* 105, vol. 89 (marzo 2008): 35-40; Etienne Logie, «Les Américanistes lorrains à la fin du XIXe siècle.» *Pays Lorrain. Journal de la Société d'Histoire de la Lorraine & du Musée Lorrain* 110, vol. 94 (junio 2013): 179-180.

¹⁸ Lucien Adam, secretario general del ICA en 1875 fue probablemente el vocero más relevante para la supervivencia del ICA en su primera etapa. El vínculo entre Adam y el continente americano surgió a partir de su experiencia como juez en la Guyana francesa. Luego, fue uno de los principales impulsores del americanismo de su generación, defensor de su cientificidad y de la necesidad del estudio de América en sus propios parámetros. Fue miembro titular de la Academia de Stanislas. Impulsó la creación del Museo Americano y de la Biblioteca Americana en Nancy y publicó estudios sobre lenguas como el dakota, chibcha, náhuatl, quechua, quiché y maya.

industrial. Él apoyó financieramente la organización del evento. Dos impulsores más residían en París. Desde la capital francesa, Édouard Madier de Montjau y Léon de Rosny dirigían sociedades científicas especializadas en etnografía y en el estudio de las poblaciones de Oriente y de América.

Por lo tanto, los organizadores del primer Congreso Internacional de Americanistas eran personas fuertemente vinculadas con los estudios orientalistas y americanistas; con asociaciones dedicadas a la lingüística y la etnología. Manifestaron además interés por posicionar a Nancy como un espacio regional de ciencia, como un centro para estudiosos de temas americanistas y orientalistas descentralizado de París¹⁹ y aspiraron a impulsar la profesionalización de la arqueología, la etnología y la lingüística a través de la organización de congresos científicos internacionales. León de Rosny incluso proyectó el plan de fundar una Alianza Científica Universal²⁰ con el objetivo de «facilitar las relaciones entre hombres de ciencia diseminados por todas las partes del globo proporcionándoles asistencia y protección durante sus viajes para la prosecución de sus investigaciones y estudios», y para garantizarles el acceso a bibliotecas y museos públicos y privados.²¹

Una forma de poner en comunicación a personas interesadas en la profesionalización de estas áreas fue precisamente la creación de congresos científicos internacionales. Este modelo de organización inició en Francia a mediados del siglo XIX. Como han mostrado Wolf Feuerhahn y Pascale Rabault-Feuerhahn, en ese periodo, sociedades científicas como las de arqueología prehistórica, matemáticas y física impulsaron la organización de congresos internacionales. Su objetivo era reunir a personas interesadas en el desarrollo de campos específicos de conocimiento para promover su avance y profesionalización a una escala inter-

¹⁹ Logie y Riviale, «Le Congrès des américanistes», 154-156.

²⁰ Nombre original en francés: «Alliance Scientifique Universelle».

²¹ Léon de Rosny, *L'alliance scientifique universelle: association internationale des hommes de science: sciences- littérature- beaux-arts: l'idée qui a présidé à sa fondation, son programme primitif et ses modifications éventuelles*. (Paris: Bureau, 1903): 11.

nacional.²² El Congreso de Americanistas fue el segundo entre los que posteriormente fueron denominados como de *estudios de área*. El primero fue el Congreso Internacional de Orientalistas, celebrado por primera vez en 1873 en París.

Entonces, conjuntando aquel interés por aplicar el modelo en boga de crear congresos internacionales y de promover además un espacio descentralizado para los estudios de área, el lunes 19 de julio de 1875 a las 9:30 de la mañana se inauguró el ICA. A él, acudieron personas interesadas en discutir el establecimiento de las bases para el estudio científico del periodo precolombino en América. Nancy, como capital del antiguo Ducado de Lorena era un espacio que había sido clave para la identidad de los americanistas, pues de allí se había diseminado el nombre de América para el continente. El espacio de reunión inaugural fue el Palacio Ducal, lugar emblemático que en el siglo XVI fue el hogar del Duque René II de Lorena, amigo de Américo Vesputio y promotor de la publicación del Mapa Waldseemüller. Los americanistas de Nancy se interesaron en señalar este vínculo histórico con la celebración del congreso.

El Mapa Waldseemüller (ver Fig. 3) es una carta geográfica compuesta por doce hojas y que fue el primer documento en donde se nombró al ‘Nuevo Mundo’ como «América».²³ Es un documento que fue impreso en 1507 a cargo del *Gymnase Vosgien* en Saint-Dié y que, como señala Stefan Rinke, permitió a los cosmógrafos europeos de la época conceptualizar el espacio continental denominado *América* como una unidad.²⁴ A través de la elección de Nancy como sede, los organizadores del primer ICA cultivaron esta relación histórica que desde Europa dio el

²² Wolf Feuerhahn y Pascale Rabault-F Feuerhahn, «Présentation: la science à l'échelle internationale», en: *La fabrique internationale de la science*, ed. por Feuerhahn y Rabault-F Feuerhahn, 5, 11.

²³ Agradezco a Bernd Hausberger, quien me señaló este vínculo.

²⁴ Stefan Rinke, «25. April 1507: Taufstag Amerikas. Die Prägekraft einer Namensgebung», en: *Amerika - Amerikas: zur Geschichte eines Namens von 1507 bis zur Gegenwart*, ed. por Ursula Lehmkuhl y Stefan Rinke (Darmstadt: Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 2022), 11-13.



Figura 3. *Universalis cosmographia secundum Ptholomaei traditionem et Americi Vespucii alioru[m]que lustrationes*, de Martin Waldseemüller (Estrasburgo, 1507).
Fuente: *Library of Congress, Geography and Map Division*, <https://www.loc.gov/item/2003626426/>.

nombre «América» al continente. Ya en el siglo XIX, se vió al ICA como una prolongación del *Gymnase Vosgien*, proponiendo una continuidad generacional entre eruditos.²⁵ El historiador francés Henry Bardy asistió al primer Congreso en calidad de su heredero y fundador y presidente de una nueva *Société Philomatique Vosgienne*. Saludó públicamente a la comunidad allí reunida, la cual reconoció a Saint-Dié como «la madrina de América» y al edificio donde se publicó el mapa como «la casa de su bautismo».²⁶

El ICA funcionó entonces para promocionar la historia de «la primera Geografía de la América», como era llamado el mapa a finales del siglo XIX, y de la región donde había sido publicado. Poco después de concluido aquel primer encuentro, la prensa señalaría la cercanía y amistad que había existido en el siglo XVI entre Américo Vespucio y el duque René II, uno de los impul-

²⁵ Albert Ronsin, *La fortune d'un nom. America : le baptême du Nouveau Monde à Saint-Dié-des-Vosges*. (Grenoble: J. Million, 1991): 89-90.

²⁶ «Chronique», *Gazette de Lorraine* (24 de febrero de 1876): 3.

sores de la creación del mapa. De esta forma, el Mapa Waldseemüller no solo era el documento en el cual se nombró por primera vez como «América» al continente, sino que también en el siglo XIX, a pesar de que no se había localizado ninguna de sus copias, su revaloración se vio incrementada de la mano de una comunidad en formación dedicada al estudio de América reunida en Nancy.

Por otra parte, estas referencias históricas a eruditos de la región en donde se celebró en 1875 el primer Congreso Internacional de Americanistas, se insertaban en un complejo contexto geopolítico definido apenas un par de años antes de la celebración del congreso. La región de Lorena se vio transformada en su pasado reciente por un reordenamiento geopolítico, por el conflicto bélico entre Francia y Prusia que había concluido cuatro años antes. Tras la Guerra Franco-Prusiana, Saint-Dié había quedado del lado alemán de la frontera. Nancy, del francés. Cuando los americanistas se reunieron en el Palacio del Ducado de Lorena, reparado tras el incendio de 1871, el ICA marcó la reapertura del palacio histórico tras la guerra.²⁷ Después de la derrota de Francia, y con la pérdida de territorio frente a Prusia, la nueva división fronteriza entre ambas potencias imperiales se hallaba a escasos quince kilómetros de la ciudad. Nancy, como territorio de frontera, fue el elegido estratégicamente por la SAF para hospedar al ICA.²⁸

Tras el conflicto bélico, este primer ICA logró reunir a miembros de sociedades científicas de regiones distantes del mundo caracterizándose desde un principio por su internacionalidad.²⁹

²⁷ Logie y Riviale, «Le Congrès des américanistes», 155-156.

²⁸ Dentro de este contexto resulta relevante la candidatura alemana a la Sociedad de Americana de Francia (SAF) para organizar el ICA y la elección de Nancy como espacio de frontera entre Alemania y Francia. Ver en: Logie, «Nancy et le premier», 35.

²⁹ Aunque la mayoría de sus asistentes provenían de Europa y América, la convocatoria no excluía miembros de otras regiones. Se hallaban inscritas las siguientes «delegaciones extranjeras»: Algeria, Alsacia, Inglaterra, Argentina, Austria, Canadá, Canarias, Colombia, Dinamarca, Ecuador, España Estados Unidos, Guadalupe, Guyana Francesa, Holanda, Italia, Japón, Luxemburgo, Martinica, México, Noruega, Perú, Portugal, Rumania, Rusia y países eslavos, San Pedro y Miquelón, El Salvador,

Entre los asistentes más destacados del encuentro se halla la delegación de la SAF que lanzó la convocatoria y los representantes de veintinueve delegaciones extranjeras, de las cuales, veintitrés representaban a naciones independientes y seis a colonias francesas.³⁰ Los contingentes más numerosos que llegaron a Nancy fueron los de Francia, seguidos por Canadá, Estados Unidos, Rusia y países eslavos, Perú, Algeria y México.³¹ Cerca de la mitad de los asistentes provenían de la región fronteriza descrita anteriormente, casi un tercio llegaron de otras partes de Francia y uno de cada 5 del extranjero.³² Dentro del contingente de asistentes se hallaban magistrados, investigadores, eclesiásticos, coleccionistas, diplomáticos, políticos, militares, escritores y abogados que, por intereses diversos, formaron parte del heterogéneo grupo de personas que consideró indispensable vincularse al evento convocado por la SAF.

Podríamos preguntarnos, ¿Qué razones llevaron a ese contingente de personas a inscribirse en este evento? ¿Qué las motivó a viajar a una de las fronteras de Francia para discutir las bases de un nuevo campo de estudios? Las motivaciones para participar fueron diversas. En algunos casos se cuentan europeos que habían residido largas temporadas en el continente americano, siendo comerciantes o exploradores. Algunos más estaban vincu-

Suiza y Turquía. En: *Congrès International des Américanistes. Compte-rendu de la première session*, 13-15.

³⁰ En representación de las repúblicas americanas se encontraban, por Canadá, el reverendo John Campbell y, por los Estados Unidos, el director de la Smithsonian Institution, Joseph Henry, así como el abogado Robert C. Winthrop. El escritor Francisco Pimentel representó a México, el diplomático José María Torres Caicedo a El Salvador, el reverendo Faller a Ecuador, el escritor José-María Samper a Colombia, el comerciante Félix Dibos al Perú y el diplomático Vicente Quesada a Argentina. De los territorios franceses en América asistieron: el administrador Huard Lanoiraix, en representación de Guadalupe; el alcalde de Cayena, Alexander Couy, representando a la Guyana Francesa, y el médico Jean Jacques Cornillac a Martinica. En: *Congrès International des Américanistes, Compte-rendu de la première session*, 13-15.

³¹ «Liste générale des membres du Congrès» comunicación presentada en : Congrès International des Américanistes. *Compte-rendu de la première session*, t. 2, 354-435.

³² Para una visión más detallada sobre los participantes en el ICA 1875 se recomienda consultar: Logie y Riviale, «Le Congrès des américanistes»: 156-157.

lados a los estudios orientalistas o tendrían interés en la Antigüedad, con el auge que tuvo en el largo siglo XIX. En otros casos, se trataba de delegados americanos en Europa, quienes, haciendo labores diplomáticas, consideraron prioritaria la representación de sus países en las comunidades internacionales de ciencia.

Estos asistentes participaron en las discusiones y el Congreso de Americanistas se caracterizó desde un principio por presentar una extensa gama de temas en arqueología, lingüística, historia y geografía. Sin embargo, fue claro que el principal tema a tratar en el primer encuentro (y el que más controversias causó) fue la pregunta por el poblamiento del continente americano, así como la búsqueda de los contactos más antiguos de América con Europa y Asia. Este punto en particular desató el llamado de Lucien Adam y Léon de Rosny a la cientificidad y a no comprometer los estudios americanistas con hipótesis fantasiosas, sino guiándose por la ciencia. También se presentaron ponencias en torno a los idiomas cheyene, quechua, la escritura maya y fuentes iroquesas. Otras más trataban sobre los indígenas del Perú, los de la Guyana francesa, de Haití y del Ártico. Había trabajos sobre el guano, el maguey y también sobre craneología. Las relaciones entre América y Portugal también fue un tema tratado e incluso hubo una presentación con comparaciones entre las lenguas americanas y el vasco. El conjunto de todos estos temas hizo del congreso uno con carácter interdisciplinario, tal como se puede apreciar en sus actas (ver Fig. 4).

No obstante, americanistas posteriores y figuras tan importantes en el siglo XX como Paul Rivet y Juan Comas evaluaron retrospectivamente aquel primer encuentro como un fracaso en su aspiración científica. Para Rivet, «la impresión que dejan los trabajos de ese primer Congreso es una impresión de entusiasmo, juventud e inexperiencia»³³; para Comas, las Actas de los tres primeros encuentros develaban en muchos de los trabajos presentados discusiones superficiales y la falta de pruebas y «mostró

³³ «L'impression qui se dégage des travaux de ce premier Congrès est une impression d'enthousiasme, de jeunesse et d'inexpérience.» en: Rivet, « L'histoire des Congrès », 2.

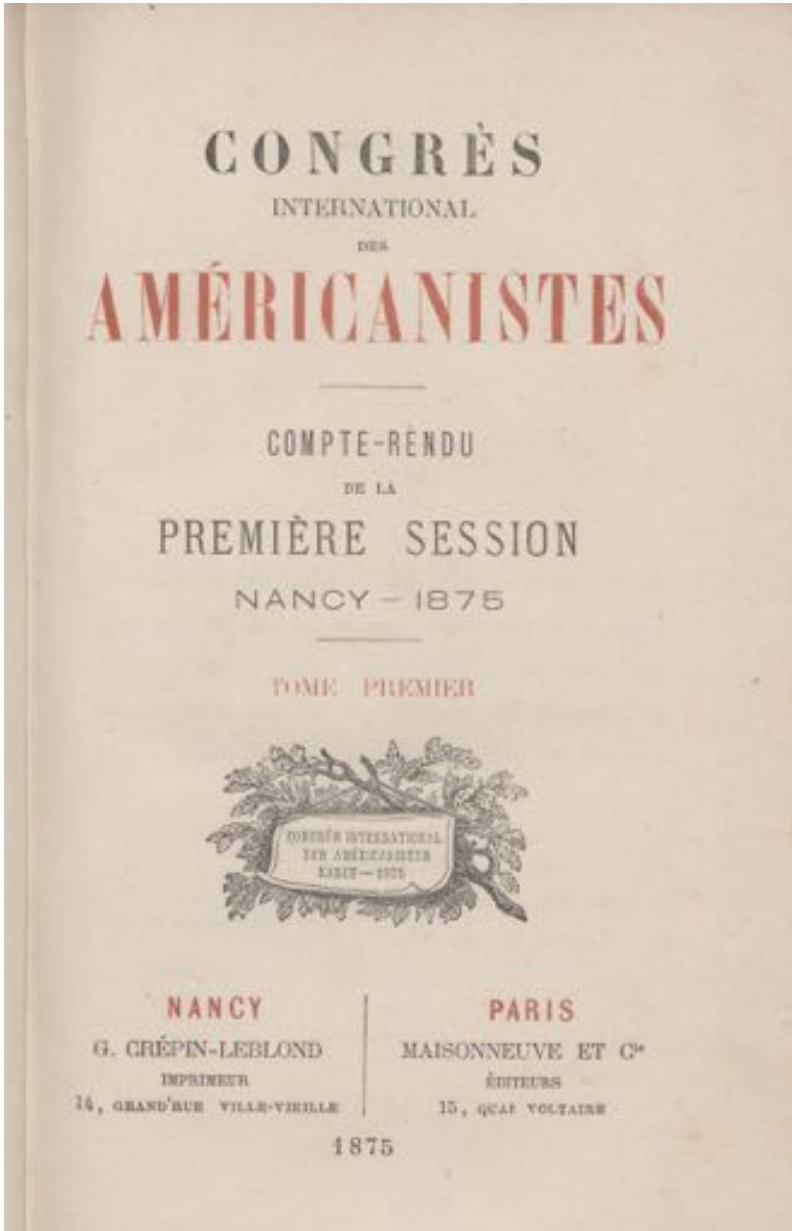


Figura 4. Actas del primer Congreso Internacional de Americanistas en Nancy, 1875. Crédito: Ibero-Amerikanisches Institut.

que los estudiosos del Nuevo Mundo orientaban su preocupación hacia elucubraciones e hipótesis más o menos fantásticas e infundadas acerca de los orígenes, las interrelaciones con el Viejo Mundo».³⁴

Sin embargo, habría que contextualizar que el juicio expresado por estos dos antropólogos se hallaba a una distancia temporal de 75 y 100 años del ICA en Nancy y en un momento en el que la profesionalización de sus disciplinas se hallaba consolidada. No obstante, para el siglo XIX, el ICA tuvo un papel excepcional en el proceso de profesionalización de la arqueología y de la antropología (ver capítulos 4 y 5). Sus organizadores lograron constituirlo como un espacio de sociabilidad a nivel internacional e intentaron identificar hipótesis que comprometieran la cientificidad del congreso. Como Leoncio López-Ocón apuntó ya en el siglo XXI, «Esos congresos iniciales de americanistas crearon un fórum en el que esa incipiente comunidad científica podía intercambiar descubrimientos, discutir investigaciones, expresar pensamientos. Ayudaron así a formar una identidad colectiva pues era el lugar idóneo para que esos recién nacidos americanistas accediesen a sus objetos de investigación.»³⁵ Y es ese fórum de intercambio y su desplazamiento lo que vamos a analizar.

Además de las ponencias, el congreso en Nancy se acompañó de una exposición a la que muchos delegados y asistentes contribuyeron donando colecciones. Esta exposición muestra el vínculo primordial entre la consolidación del ICA y la acumulación de colecciones como forma de promover la centralización de fuentes para los estudios americanistas.³⁶ El historiador Henri Lepage, presidente de la Sociedad de Arqueología de Lorena³⁷ procedió en Nancy con la apertura de «la Exposición de Antigüedades americanas», con objetos procedentes de México

³⁴ Comas, *Cien años*, 15-16.

³⁵ López-Ocón, «El papel de los primeros congresos», 280.

³⁶ Los organizadores proyectaban esa exposición como la base del Museo en el Palacio Ducal dedicado a los estudios americanistas. Ver: Lucien Weiner, *Catalogue des objets d'art et d'antiquité*, (Nancy: Chez René Weiner, 1895), xvi-xviii.

³⁷ Original en francés : «Société d'Archéologie lorraine».

(Veracruz, Oaxaca y Puebla). Otros más del Caribe, Bolivia y del Perú. Y finalmente, había objetos donados de los Estados Unidos, Colombia, Canadá y Groenlandia, incluso de las Islas Canarias.³⁸

En la descripción de aquellas múltiples vitrinas en donde se exhibían las fuentes para los estudios americanistas, destaca la multiplicidad de sus materialidades. Se trataban de objetos de terracota, obsidiana, hachas, pipas, navajas, textiles, mocasines, minerales, moldes de cráneos³⁹ y máscaras, restos humanos y manuscritos, haciendo referencia a regiones y épocas radicalmente distintas.⁴⁰ Lepage anunció esa ocasión la próxima fundación de un nuevo museo americano en Nancy, que de acuerdo con Pascal Riviale, buscó ser situado por sus impulsores lejos del «centralismo», «desdén y rencores» de los dirigentes del Museo de Louvre en París. Sus organizadores pensaron que des-

³⁸ La proveniencia de algunos de esos objetos no queda clara, siendo que una parte pudiera haber sido obtenida por la SAF y la Comisión científica de México, activa durante la Intervención francesa. Otros objetos expuestos, estaban siendo donados al nuevo museo en aquel momento por los propios asistentes del ICA y por la Sociedad de Etnografía (Original en francés: «Société d'Ethnographie»).

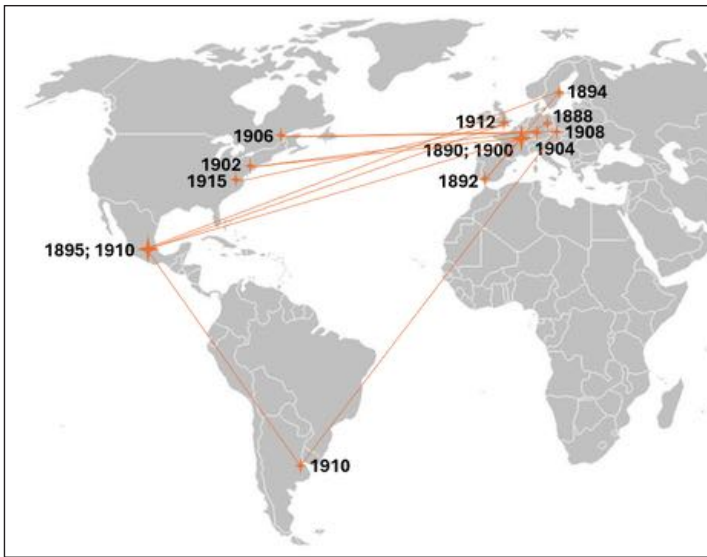
³⁹ La colección de moldes de cráneos quechuas y aimarás es descrita en esta fuente para el estudio de deformaciones. Los cráneos provenían de Bolivia.

⁴⁰ Entre los que ya se encontraban en Europa se pueden mencionar los moldes de cabezas de deidades hechos en terracota y llevados a Francia desde Veracruz, instrumentos de obsidiana, el molde de un ocelote de Puebla. Aparecen mencionadas las colecciones de Eugène Boban provenientes de Oaxaca. Pero también había figurillas antiguas llevadas de Cuzco y que eran donados al nuevo Museo americano de Nancy por la Sociedad de Etnografía junto con restos humanos («momias») provenientes del Perú. Había mocasines de los indígenas del lago Onondaga, una colección de antigüedades chibchas, gramáticas y restos humanos («momia») donados por Ezequiel Uricoechea y una colección de mineralogía canadiense llevada por Léon Le Métauyer-Masselin. Se presentaron también manuscritos mexicas, mayas y fuentes iroquesas de Léon de Rosny. Gregorio Chil y Naranjo llevó al congreso antigüedades guanches de las Islas Canarias. Valdemar Schmidt llevó tejidos de origen europeo encontradas en tumbas escandinavas en Groenlandia. Otras vitrinas mostraban manuscritos mexicas, mayas y un manuscrito iroqués de Léon de Rosny. Había también manuscritos sobre leyendas de los esquimales pertenecientes a Hinrich Rink y que fueron llevados al congreso por Valdemar Schmidt. En: «Exposition d'antiquités américaines», contribución presentada en *Congrès International des Américanistes. Compte-rendu de la première session*, 21-26.

de un Museo Americano de Nancy podría darse un impulso al americanismo, que ellos veían que era tratado con tanta indiferencia por otras sociedades científicas en Francia y que por eso, buscaron establecerlo en la región de Lorena.⁴¹ A pesar de que el museo dedicado a la arqueología, antropología e historia de América no logró tomar impulso suficiente para materializarse en Nancy, en las décadas siguientes el Congreso Internacional de Americanistas y los museos científicos en Europa y América se influenciaron mutuamente.

⁴¹ Pascal Riviale, *Los viajeros franceses en busca del Perú antiguo (1821-1914)*. Lima: Institut Français d'Études Andines, Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2000, 297-299.

1.2 Desplazamiento y geopolítica



Figuras 5 y 6. Mapas que representan el desplazamiento del ICA. La fig. 5 muestra el desplazamiento en el periodo de consolidación (1875-1886), en donde el Congreso se desplazó únicamente en Europa. La fig. 6 muestra el desplazamiento en el periodo de expansión (1888-1915), en el cual se realizó la alternancia entre el continente europeo y el americano.

Después de aquel primer encuentro en Nancy, las siguientes décadas de la historia del ICA fueron fundamentales para los estudios americanistas y la profesionalización de la arqueología y la antropología. En este proceso, el contexto de promoción del americanismo en Francia siguió teniendo un papel importante, aunque después de Nancy, el Congreso y su comunidad se desplazaron por Europa y luego por América también. Esto respondió al interés por internacionalizar el congreso y también, a presiones en la geopolítica de los estudios americanistas como analizaremos a continuación.

En la aspiración a la internacionalidad, la movilidad se constituyó como una característica y regla sostenida por los Estatutos del Congreso que establecieron que «El Congreso no podrá reunirse dos veces seguidas en la misma ciudad»⁴² y en poco más de una década, el ICA se desplazó dentro de Europa central a seis ciudades con una frecuencia promedio de dos años. Tras el encuentro en Nancy, la comunidad de americanistas se desplazó a Luxemburgo en 1877, luego Bruselas en 1879, Madrid en 1881, Copenhague en 1883 y Turín en 1886 (ver fig. 5). Este periodo se caracterizó por ser una etapa de delimitación en la historia del congreso y sus discusiones reflejan el esfuerzo por establecer límites en el objeto de estudio y el acercamiento metodológico. En este periodo abundaron cuestionamientos sobre las metas, los temas y la forma de abordar la especificidad americana. Fue además un momento en el cual, el idioma francés fue la *lingua franca* de los americanistas aunque tanto el castellano y como el italiano se hicieron presentes en los ICA celebrados en España e Italia.

En una segunda etapa, aquella en la que se concentra este libro, la comunidad americanista experimentó un periodo de expansión (ver fig. 6). Este proceso tuvo lugar gracias a un sistema en el cual los congresos de americanistas fueron llevados a nuevos países e investigadores locales se sumaron a la comuni-

⁴² Original en francés: «Le Congrès ne pourra se réunir deux fois de suite dans la même ville» en: Comas, *Cien años*, 46.

dad y a sus debates. También, el congreso impulsó el desarrollo de proyectos de investigación a gran escala. Geográficamente, el ICA se expandió por Europa con un desplazamiento a Berlín en 1888, París en 1890, Huelva en 1892 y Estocolmo en 1894. Luego, se extendió a América con un congreso extraordinario en la Ciudad de México en 1895, para luego iniciar un movimiento pendular entre Europa y América con encuentros en París en 1900, Nueva York en 1902, Stuttgart en 1904, Quebec en 1906, Viena en 1908, Buenos Aires y Ciudad de México en 1910, Londres en 1912 y Washington D.C. en 1915. Dicha movilidad pendular consolidó y expandió la influencia del congreso de forma efectiva.

Para sus miembros, este ritmo derivó en una movilidad centrípeta colectiva, en la que durante unos días cada dos o tres años, los americanistas se reencontraban en una nueva ciudad, para después regresar a sus respectivos espacios de trabajo. Esta movilidad permitió atraer a nuevos investigadores y consolidar el rol de los ya establecidos, al mismo tiempo que aceleró la difusión periódica de información y el intercambio de colecciones. Consolidó igualmente a los congresos como el espacio de comunicación de los resultados de investigaciones que se emprendían simultáneamente en diversas regiones. Este tipo de desplazamiento hizo que, en un periodo de casi tres décadas, el ICA se moviera entre dos continentes en donde los antiguos miembros se reencontraban, mientras que los nuevos eran incorporados.

En este proceso, cuatro países destacaron en la concentración de congresos, miembros e iniciativas de corte americanista: Francia, Alemania, México y los Estados Unidos. Esta situación se refleja en el multilingüismo aceptado y promovido al interior de la comunidad científica, cuya comunicación alternó entre el francés, castellano, alemán e inglés. Estos idiomas fueron los utilizados en este periodo por los americanistas para sus encuentros, además de su correspondencia privada y publicaciones. La producción americanista en estos cuatro países guardó conexión directa con la existencia de financiamientos estables. Esto se dio

a partir de la asignación de presupuestos gubernamentales y de mecenazgos. Situación que derivó en que, durante el periodo de consolidación y expansión del ICA, existiera un relativo equilibrio de fuerzas —aunque en constante disputa— entre cuatro polos de concentración.

De esta forma no solamente trascendió el proyecto inicial de convocar personas interesadas en el estudio del continente americano, sino que el ICA consolidó un proyecto colectivo más amplio que reunía a investigadores y casos de estudio. La gama de trabajos llevados por los miembros al ICA puede ser clasificada contemporáneamente dentro de los campos de investigación de la arqueología, lingüística, prehistoria, etnología, etnohistoria, historia, paleografía, geografía, cartografía, folklore, antropología cultural, antropología física, musicología, geología, zoología, botánica, farmacopea, paleontología, mineralogía y museología. Esa configuración dio a los estudios americanistas promovidos por el ICA un carácter interdisciplinario, aunque de manera oficial, la estructura del ICA en este periodo se conformó por las siguientes secciones individuales:

Antropología física
Arqueología
Descubrimiento de América
Etnografía
Etnología general
Historia
Historia colonial
Lingüística
Paleoantropología
Paleografía

y por las siguientes combinaciones:

Antropología y etnografía
Etnología y arqueología
Folklore y tradición
Historia y geografía
Lingüística y paleografía.

Esta interdisciplinariedad también derivó en una peculiaridad dentro de los congresos científicos. Ya que, en el siglo XIX y frente a la tendencia por separar las ciencias naturales y las humanidades, los estudios americanistas pusieron en diálogo a médicos, geólogos, historiadores y lingüistas, quienes, a través de sus respectivas especializaciones, buscaron dar respuesta a un corpus de preguntas compartido. Ese intercambio entre especialistas de distintas disciplinas resultaba una anomalía en su propia época, periodo caracterizado por el inicio de una superespecialización en las ciencias que a menudo redujo el diálogo entre distintas áreas del conocimiento. Por estas razones, los trabajos llevados al ICA a finales del siglo XIX podían abordar temas tan diversos como: formaciones geológicas y craneología, colecciones arqueológicas del siglo XV y registros de lenguas indígenas habladas en su presente. Al mismo tiempo, existía un acuerdo que unía todas estas líneas de investigación para que formaran parte del discurso americanista y que era definido por el comité del Congreso.

Esta situación permite explorar históricamente cómo las comunidades científicas han definido y negociado sus objetos de estudio y permite entender por qué una gama de investigaciones en un momento determinado concentra la atención de estas comunidades. También permite entender la agencia de investigadores que abrieron paso y promocionaron determinadas líneas para que fueran consideradas como temáticas del americanismo. Christine Laurière señaló bajo el término «disciplinar el americanismo», a cómo el ICA fungió como el *instrumento científico* en donde se creaba consenso sobre qué pertenecía al dominio de los estudios americanistas y qué no. En el Congreso, sus miembros debatieron qué temas podían ser considerados como legítimamente americanistas y cuáles tendrían que ser rechazados.⁴³ Por ejemplo, en una primera etapa se debatió si el estudio de Amé-

⁴³ Christine Laurière: «La discipline s'acquiert en s'internationalisant. L'exemple des congrès internationaux des américanistes (1875-1947) » en: *La fabrique internationale de la science*, ed. por Feuerhahn y Rabault-Feuerhahn, 69-71.

rica poscolombina y temas relativos al presente eran relevantes para los estudios americanistas. En la actualidad, esta delimitación ya no se cuestionaría.

De tal forma que los temas, periodos y regiones de estudio eran sometidas a consenso como pertenecientes a líneas que serían abordadas por el congreso o no. Por lo tanto, la decisión de qué estudiar y cómo hacerlo formó parte de los acuerdos, pautas y modas que se definían en las discusiones en los congresos y esto impactó directamente la producción de conocimiento sobre América. Para el ICA, en términos muy generales, existieron dos discusiones que tuvieron especial relevancia y que marcaron el detonante de los debates científicos: la cronología y la diversidad cultural de las poblaciones americanas. Dos discusiones en torno al continente tuvieron especial relevancia en los debates. La primera tomó como punto de partida el planteamiento de una larga temporalidad para el estudio de las poblaciones del continente (con un foco en el pasado remoto). La segunda abordó el planteamiento de la diversidad cultural (en el pasado y en su presente). Analizar el ICA permite comprender la producción social de conocimiento en estas dos variables y muestra cómo el Congreso estimuló la definición de aquellos temas que tendrían que ser considerados como legítimamente americanistas y cuáles tendrían que ser rechazados.

Al llegar a acuerdos, el ICA fomentó la idea de un «internacionalismo científico», en el cual —como apuntó Laurière— Francia, Alemania, Estados Unidos, México y España se distinguieron por la activa promoción de estudios americanistas concentrando la mayor parte de congresos.⁴⁴ No obstante, una cuestión relevante resulta al contrastar el «internacionalismo científico» señalado anteriormente con el «nacionalismo científico» y su impacto en la geopolítica de los estudios americanistas. En su dimensión política, el trabajo de los americanistas se halló estrechamente relacionado con el nacionalismo de su tiempo. Investigadores, diplomáticos e intelectuales vieron

⁴⁴ Laurière, «La discipline», 71.

y utilizaron a la plataforma de diálogo que formó el ICA como un espacio de promoción nacionalista, tanto en la selección de temas, como en el prestigio del desarrollo de la investigación científica al interior de sus países. Los discursos de bienvenida de los presidentes del ICA hacen eco de esa función, pero también de la aspiración de sus miembros por la representación nacional.

La búsqueda de representación de las comunidades científicas nacionales formó parte de esta negociación y el historiador Ernesto Quesada se encuentra entre quienes resumieron tempranamente esa aspiración de ver representada a su nación, la Argentina, en el americanismo. Él tenía diecinueve años cuando participó por primera vez en el ICA en Bruselas, llevando consigo un trabajo de su padre, el diplomático argentino Vicente Quesada. Ese mismo año propuso en otro contexto el:

americanizar todo, desde la tierra hasta la ciencia. Hoy día, así como en el viejo mundo es permitido decir 'la ciencia alemana, la ciencia francesa', ha llegado á decirse con justicia 'la ciencia americana' y aun alguien ha hablado de 'la ciencia argentina'. ¿Qué cosa mas noble para los americanos, que el estudio de su América tan querida; que el exámen de sus monumentos; que la investigación de sus tradiciones, de sus poblaciones indígenas, de las antiguas civilizaciones de Méjico, el Perú, Yucatán y tantas otras, cuyas ruinas ciclópeas se admiran todavía; que el estudio comparativo de sus ricos y desconocidos idiomas, que la reconstrucción, en una palabra, de su pasado ante y post-colombiano, de su antropología, de su etnografía, etc.?⁴⁵

Existe una sincronía entre la participación de Quesada en el ICA y su planteamiento de la idea de «americanizarlo todo». Igualmente se vería cómo el límite cronológico de lo aceptado como legítimamente tema del congreso constreñía los temas de investigación poscolombinos. De hecho, el traba-

⁴⁵ Citado en Irina Podgorny, *El sendero del tiempo y de las causas accidentales. Los espacios de la prehistoria en la Argentina, 1850-1910*. (Rosario: Prohistoria, 2009): 68.

jo de su padre solamente sería publicado «con reserva» en las actas de ese congreso, ya que un estudio sobre la imprenta y los libros en la América española en los siglos XVI al XVIII era un tema que «solo muy excepcionalmente puede ser considerado objeto de los estudios americanistas», según señalaba explícitamente el comité de publicación de las actas del ICA de ese año.⁴⁶

Tal como puede verse en este caso, era un nacionalismo en dos direcciones. Diplomáticos e intelectuales buscaron despertar el interés de la comunidad internacional por culturas asentadas en sus países, al mismo tiempo que se interesaron por la promoción de sus respectivas naciones como «científicas» y «modernas». En Europa, esta cuestión también estaba asociada al prestigio nacional y no en menor nivel a la competencia entre potencias imperiales. En su discurso inaugural, el geólogo alemán Wilhelm Reiss, presidente del VII. Congreso Internacional de Americanistas en Berlín, planteó que, si bien Alemania había quedado excluida de las expediciones de conquista del continente, había participado en las expediciones de exploración. Tras el «descubrimiento científico de Sudamérica» hecho por Alexander von Humboldt, Reiss señalaba cómo en su presente había una buena cantidad de exploradores que continuaban la labor. Más aún, apuntó que Alemania y sus americanistas se habían preparado *silenciosamente*, «salvando de una pérdida casi inevitable el material lingüístico, arqueológico y etnográfico» que les serían mostradas a los miembros del congreso en la sección del museo etnológico dedicada al continente.⁴⁷

Por su parte, en los Estados Unidos, frente a la existencia de muchas instituciones en otros países dedicadas hacía tiempo a

⁴⁶ Vicente G. Quesada, «Législation coloniale sur le commerce des livres et les imprimeries », contribución presentada en *Congrès International des Américanistes. Compte rendu de la troisième session Bruxelles 1879*. (Leipzig : Librairie Européenne C. Muquardt 1879), 320.

⁴⁷ Wilhelm Reiss, «Discours de M. Reiss», comunicación presentada en: *Congrès International des Américanistes. Compte-Rendu de la septième session. Berlin 1888*. (Berlín : Librairie W. H. Kuhl, 1890), 45-47.

temáticas americanistas, se presentaban como una nación joven en el estudio de estos temas, aunque ya en la carrera. Durante el XIII. Congreso Internacional de Americanistas que tuvo lugar en Nueva York en 1902, el presidente del ICA, el banquero estadounidense Morris K. Jesup, resaltó el avance en los últimos años de los Estados Unidos en la exploración científica. A los investigadores europeos les remarcaba que «aprenderemos mucho de ustedes, lo sabemos, y tal vez, ustedes puedan aprender algo de nosotros», al mismo tiempo que presentaba el material recogido de diversas partes del continente americano y que albergaba el museo de historia natural de Nueva York.⁴⁸

La posición nacional dentro del americanismo era resaltada en cada una de las sedes, aún dentro de la idea del internacionalismo científico. Por esta razón, la elección de un país como sede del ICA se convirtió en el resultado de una gestión política y en un *statement*. El nombramiento era entonces no menos que un símbolo de la presencia destacada de la porción de comunidad que era elegida para organizar el congreso y daba la oportunidad de poner sobre la mesa del americanismo los temas que los investigadores de la sede consideraban como prioritarios. A su vez, el nombramiento conllevó prestigio y un tipo especial de reconocimiento, al tiempo que resultó en una oportunidad para orquestar, por un periodo corto, la práctica de la comunidad en su conjunto. De allí que el Congreso permita reflexionar sobre la producción multipolar y muestre también los mecanismos de creación de campos científicos en torno al tiempo y la cultura. Asimismo, permite examinar las infraestructuras de conocimiento sobre las que se sostienen. En el caso de otras ciencias lo fueron los laboratorios, en el caso de los estudios americanistas lo fueron los museos científicos.

En las sedes, aquellos investigadores que eran considerados por sus pares como los máximos americanistas de su tiempo fue-

⁴⁸ Morris K. Jesup, «Adress of welcome», comunicación presentada en: *International Congress of Americanists. Thirteenth Session held in New York in 1902*. (Easton: Eschenbach, 1905), xx.

ron usualmente los directores o jefes de departamento de importantes museos. En el análisis cuantitativo de las redes de los miembros del ICA se identifican museos en ciudades como París, Berlín, Ciudad de México, Nueva York, Viena, Buenos Aires y Washington D. C. como sus espacios de trabajo. Al frente de proyectos de investigación a gran escala se hallaban los investigadores de museos, quienes a menudo eran reconocidos como los máximos exponentes del americanismo de sus naciones. Por eso, si bien las ciudades fueron llamadas a ser sedes del ICA, sería la triada congreso-comunidad-museo la que explica los espacios de convergencia en la producción de ese conocimiento colectivo y de los intereses geopolíticos que perseguían.

La triada conllevó un reconocimiento implícito de los aportes de instituciones especializadas y de la comunidad científica que en ella laboraba. Para Alemania, Eduard Seler desde el *Königliches Museum für Völkerkunde*. Para Francia, Ernest Hamy, como director del *Musée d'ethnographie du Trocadéro*. Para México, Francisco del Paso y Troncoso al frente del Museo Nacional. Para los Estados Unidos, Franz Boas como principal investigador del *American Museum of Natural History* y Aleš Hrdlička para el *U. S. National Museum*. Por lo tanto, el desplazamiento del ICA entre ciudades devela en realidad un movimiento entre sus museos y la integración y el estrechamiento de relaciones entre sus comunidades científicas.

La congregación de la comunidad de americanistas en los museos científicos subrayó la disposición de apertura de las instituciones para ser consultadas por los miembros de la comunidad durante los encuentros, tal como buscó Léon de Rosny con su Alianza Científica Universal. A su vez, una comunidad científica altamente prestigiosa e influyente como la americanista legitimó a estas instituciones con sus visitas, al hacerlas partícipes de una noción de ciencia internacional. En los encuentros de americanistas se compartían los resultados y las pautas para la excavación arqueológica, y la exploración etnográfica. Esto da también cuenta del proceso de negociación y obtención de colecciones para museos, la cual aumentó exponencialmente en esta época.

En este periodo, los museos se convirtieron en la infraestructura elegida para formar archivos de materialidades en los estudios americanistas. Los museos en los cuales los americanistas laboraban y a pesar de que usualmente no son vistos en sus entrelazamientos internacionales, compartieron de facto temas de exposición y modas museográficas y compartieron también problemas semejantes derivados de la acumulación en las bodegas. También se ven su semejanzas en la publicación dentro de las mismas líneas de investigación, aunque en idiomas diferentes. En estos espacios también se profesionalizaron la arqueología y la antropología.

Tomando esto en consideración, propongo entonces abordar históricamente el desplazamiento del ICA a partir de esos vínculos. Esta propuesta encuentra coincidencias con el planteamiento de George W. Stocking, quien llamó «el gran periodo de la antropología museal» a una época entre los años de 1890 y 1930 en la ampliación de las funciones del museo dentro de la antropología en los Estados Unidos.⁴⁹ Tomando como base la información de los americanistas reunidos por el ICA, observo un proceso semejante para el periodo comprendido entre 1885 y 1915 en el caso de los estudios americanistas. Al comparar ese fenómeno en un marco internacional, propongo nombrar al periodo del entrelazamiento entre el congreso, la comunidad de americanistas y el museo como *la Era del Museo americanista* en la cual, la triada congreso-comunidad-museo definió la geopolítica de los estudios americanistas de una época.

En los intereses de los Estados-nación y de competencia entre potencias, los americanistas se convirtieron a menudo en agentes que mediaban dentro de una creciente interdependencia global, en donde el desplazamiento y la geopolítica del congreso se verían entrelazados. Por eso, sin duda, la decisión más trascendental para la geopolítica del ICA fue de celebrar un congreso en el continente

49 George W. Stocking Jr., “Essays on Museums and Material Culture” en *Objects and others: Essays on museums and material culture* ed. por George W. Stocking Jr. (Madison: The University of Wisconsin Press), 2010): 3-9.

de sus estudios y que ocurrió en el año de 1895 en la Ciudad de México. Ésta fue la primera vez que el ICA tocó suelo americano.

Un antecedente de esa propuesta se remonta a los intentos del lingüista estadounidense Daniel G. Brinton de llevar el ICA a los Estados Unidos, intentando obtener la sede para conmemorar el año de 1892 en Filadelfia. Años más tarde, un miembro del cuerpo diplomático mexicano dio un paso más adelante y la Ciudad de México fue el primer espacio que celebró un Congreso Internacional de Americanistas en el continente americano. Dicha decisión puso a prueba el potencial de organización y trascendencia de una comunidad acostumbrada a sesionar en Europa. Las actas del encuentro anterior en Estocolmo en 1894 dan prueba de la discusión que resolvió esa importante decisión y de las voces a favor y en contra.

En francés, los voceros del grupo negociaron en Estocolmo si era conveniente o no elegir una sede en América. Esta cuestión, tan debatida en su momento, escandalizó a no pocos investigadores.⁵⁰ En una carta dirigida a los miembros del ICA, Gustavo Baz, a nombre del Gobierno mexicano, ofreció la hospitalidad de su país para la celebración del próximo congreso. Puso a su disposición el Museo Nacional y facilidades para el estudio de ruinas. Al discutir esta invitación, el geólogo y explorador polar sueco, barón Adolf Nordenskiöld leyó la carta a los miembros reunidos y, congruente con su profesión de explorador, dijo ver en la propuesta mucha utilidad, ya que el Congreso podría sesionar en donde «hay más vestigios de la antigua civilización americana que en ningún otro país». Ese espíritu no lo mostrarían todos los exploradores. En este contexto resulta sorprendente la postura de Désiré Charnay, quien había estado activo en México y Guatemala durante la Intervención Francesa al oponerse a ir, alegando «la gran distancia».⁵¹

⁵⁰ «Discussion», comunicación presentada en *Congrès International des Américanistes. Compte rendu de la dixième session Stockholm 1894*. (Estocolmo: Imprimerie Ivar Haeggström, 1897): 137-138.

⁵¹ *Congrès International des Américanistes. Compte rendu de la dixième session Stockholm 1894*, 138.

Sobre este punto iniciaría una interesante discusión entre dos figuras fuertes dentro del grupo, el prominente médico alemán Rudolf Virchow y el mecenas del americanismo Joseph Florimond Loubat (Duque de Loubat). Virchow apeló a que en los congresos de Madrid y Huelva se había decidido no ir a América.⁵² Consideraba, y así lo exponía a los otros miembros de la comunidad, que un congreso que ellos no controlaban podría ser «un desperdicio», donde «era imprevisible saber quién iría, quién lo dirigiría y qué resultados traería». Por su parte, el duque de Loubat le recordaba al médico alemán la antigua invitación de Brinton, quien ya había pedido una sesión americana. Si bien el duque mismo se había negado en su momento a una solicitud en San Francisco o en Chicago por falta de recursos, ante una invitación del gobierno mexicano, una sesión especial en México era realizable.⁵³

Tras una serie de argumentos a favor y en contra, el Consejo aprobó que un congreso extraordinario tuviera lugar en México al año siguiente. A pesar de la diferencia de opiniones, se observa cómo el peso político del duque de Loubat frente al peso científico de Virchow inclinó la balanza a favor de la pertinencia de sesionar en América. Y en gran medida esto sentó un precedente para la redefinición de la geopolítica del congreso y de los estudios americanistas. Para la organización del congreso extraordinario en México, americanistas mexicanos y el Gobierno de ese país se movilizaron para reorganizar el Museo Nacional y se formó la Comisión Teotihuacán, para que se «procediese á una exploración de las ruinas de la antiquísima ciudad sagrada, à fin de presentarlas lo mejor posible y en toda su grandeza à los miembros del Congreso de Americanistas» (ver capítulo 4.1).⁵⁴

⁵² Cabe señalar que los acuerdos en las actas no reflejan una formulación en esos términos y tampoco otras fuentes sobre este congreso. Quizá, fue una discusión oral entre ciertos miembros del comité, aunque al no estar asentada por escrito significa que no era una resolución tomada colectivamente.

⁵³ *Congrès International des Américanistes. Compte rendu de la dixième session Stockholm 1894*, 137-140.

⁵⁴ «Excursión a Teotihuacán», comunicación presentada al *Congreso Internacional de Americanistas. Actas de la undécima reunión México 1895*. (México: Díaz de León, 1897): 548.

Trece países enviaron delegados y se organizaron excursiones a Teotihuacán y Mitla, así como visitas a las ciudades de Puebla y Oaxaca. A su vez, sabios provenientes de distintas regiones de México se dieron cita en la capital para llevar sus estudios.

Al recibir a la comunidad americanista en México, el secretario de Instrucción en México y presidente del XI. Congreso Internacional de Americanistas, Joaquín Baranda, no desaprovechó la oportunidad en su discurso de bienvenida de evidenciar la contradicción que surgía con el hecho de que una asociación como la de los americanistas, que se había conformado para el estudio de América, se prohibiera a sí misma ir al territorio que era objeto de sus investigaciones.

No es, en efecto, explicable que una asociación cuyo programa es coadyuvar al progreso de los estudios etnográficos, lingüísticos e históricos referentes á ambas Américas, especialmente en la época precolombina, se prohibiera á sí misma venir á esta tierra que es objeto de sus investigaciones, y verla, y tocarla, y descubrirse ante sus admirables monumentos é interrogarlos directa y enérgicamente [...] El Congreso de Estocolmo ha proclamado el mejor método de enseñanza, el experimental, el objetivo é inspirado y resuelto como Colón, ha abierto las puertas del Nuevo Mundo á los Americanistas. ¡Honor al Congreso de Estocolmo!⁵⁵

Claramente se percibe que en esa situación, en la negociación de la balanza geopolítica, la presión ejercida por la alianza de argumentos e invitaciones de americanistas mexicanos y estadounidenses logró el traslado continental frente a una perspectiva eurocéntrica. Más aún, influyó en que se reformaran a largo plazo los estatutos del Congreso para garantizar la movilidad entre continentes.

El traslado continental del ICA planteó un nuevo nivel de complejidad en la formación de la erudición americanista. En la siguiente sesión que tuvo lugar en París en 1900 (ver fig. 7),

⁵⁵ Joaquín Baranda, «Discurso inaugural», contribución presentada en el *Congreso Internacional de Americanistas. Actas de la undécima reunión México 1895*, 30.

se decidió plantear oficialmente la alternancia entre Europa y América en el artículo segundo de los estatutos. También se eliminó el límite cronológico dejando de lado la restricción cronológica colocada en el año de 1492, dando paso a un objeto de estudio más flexible en términos temporales, con el cual se podían discutir los acontecimientos poscolombinos y los contemporáneos.⁵⁶ Ante esta situación, los congresos comenzaron a dar cuenta con mayor frecuencia de las expediciones etnográficas en las que participaron sus miembros y el tiempo presente se abrió como objeto de estudio dentro del ICA.



Figura 7. Congreso de americanistas de París en 1900, frente a la puerta del Museum d'Histoire Naturelle. (Fotógrafo Eugène Pirou, 1900). Fuente: gallica.bnf.fr / Bibliothèque nationale de France <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/btv1b8445726c/fl.item>

⁵⁶ Comas, *Cien años*, 48-53.

El traslado continental tuvo distintas consecuencias. A la comunidad de americanistas le permitió integrar de una forma más efectiva a los sabios americanos, estrechar lazos y conocer las ruinas arqueológicas de los países que visitaban. Nuevos miembros se incorporaron a los debates. Esta situación fue clave para una mayor participación de estudiosos de origen americano, quienes, al no tener necesariamente que viajar a Europa, podían tomar parte en las discusiones desde sus respectivos países y difundir sus trabajos gracias a las actas. Esto refleja la americanización del americanismo defendida por Ernesto Quesada. Por su parte, americanistas europeos también veían convenientes ventajas con el traslado continental, ya que terminó fomentando la visita de espacios arqueológicos y también la adquisición de colecciones para los museos. El presidente del XIV. ICA en Stuttgart, Karl von den Steinen, señaló en 1904 esa ventaja para los europeos, «el que pudieran volver a casa cargados de tesoros».⁵⁷

Así inició un movimiento pendular que continúa hasta el presente entre el continente de origen del ICA y el de sus estudios. La reforma a los estatutos estableció oficialmente que: «Este Congreso tendrá lugar cada dos años; tanto como sea posible alternará sus sesiones entre el Antiguo y el Nuevo Mundo, no pudiendo sesionar dos veces seguidas en un mismo país».⁵⁸ Este planteamiento dio lugar periódicamente a distintas sedes americanas. Después de México en 1895 se reunieron en Nueva York en 1902, Quebec en 1906, Buenos Aires y Ciudad de México en 1910 y Washington D. C. en 1915. Por eso, y a pesar de las reticencias por «la gran distancia» o el potencial «desorden», se cedió a la insistencia de los miembros americanos y sus aliados europeos, ofreciendo la posibilidad de visitar espacios arqueológicos y museos, así como celebraciones de carácter nacional.

⁵⁷ El original dice: «Brauche ich darzulegen, welchen Gewinn es dem amerikanischen Ethnologen, Archäologen, Anthropologen, Linguisten Europas bringt, nach Amerika zu gehen, und dass er mit Schätzen beladen heimkehrt?». En: *Internationaler Amerikanisten-Kongress vierzehnte Tagung: Stuttgart 1904*, (Stuttgart: Kollhammer, 1906): xxviii.

⁵⁸ Comas, *Cien años*, 48.

El desplazamiento terminó reconfigurando la geopolítica de la academia americanista a largo plazo y considero que ha sido una de las claves para su supervivencia.

1.3 Nexo entre territorio y sentido histórico en la elección de sedes

En sus desplazamientos, la ubicación en el tiempo y espacio para la celebración de los ICA también ha dado cuenta de una situualidad procurada. Esta situualidad devela posicionamientos que disputan el nexu entre territorio y el sentido histórico, al mismo tiempo que han buscado promover movimientos integracionistas e ideológicos entre el hispanoamericanismo, el panamericanismo y el indigenismo. Por tales razones, la elección de sedes coincidió a menudo con la promoción de instituciones de investigación, celebraciones y vínculos históricos. En cada uno de ellas, los comités locales lograron llamar la atención de la comunidad internacional hacia determinados temas o líneas de investigación. Por lo tanto, la ubicación del ICA muestra junto con la disposición de organización, agendas científicas y políticas a partir de la selección de sedes y momentos históricos rememorados.

Este aspecto fue observado por los propios miembros del Congreso. La adaptación procurada del Congreso a sus sedes fue percibida por Franz Boas después de asistir a cinco de ellos pues, a pesar de la continuidad de las discusiones, cada Congreso ponía énfasis en temas diferentes, tal como lo expresaba Boas en su saludo en Viena:

Aquellos de nosotros que hemos tenido el placer de asistir a varias reuniones del Congreso habremos observado que, a pesar de la continuidad de nuestras discusiones que los Comités locales han logrado preservar, cada Congreso ha tenido su propio y fuerte colorido local. Seis años atrás, cuando nos reunimos en Nueva York, la vigorosa actividad de los investigadores norteamericanos en el campo de investigaciones de etnología, arqueología y lingüís-

ticas americanas fue el tema que atrajo nuestra principal atención. Al mismo tiempo, la presencia de muchos de nuestros colegas de México, América Central y del Sur, y de Europa, hizo que la arqueología y etnología de las partes más sureñas del continente americano estuvieran bien representadas en nuestras discusiones. En el decimocuarto Congreso, celebrado en Stuttgart, el tema de la etnología norteamericana no ocupó un lugar destacado, pero las tempranas relaciones históricas de Alemania y América y los vigorosos estudios en el presente de académicos europeos con relación a la arqueología americana constituyeron el trasfondo de todo nuestro trabajo. En Quebec, dos años atrás, el eminente servicio prestado por los primeros misioneros jesuitas en Canadá, y el interés científico fuertemente desarrollado de los misioneros de nuestro tiempo, determinaron el carácter peculiar de nuestra reunión.⁵⁹

⁵⁹ Original en inglés: “Those of us who have had the pleasure of attending a number of meetings of the Congress will have observed, that, notwithstanding the continuity of our discussions which the local Committees have succeeded in preserving, each Congress has had its own strong local coloring. Six years ago, when we assembled in New York, the vigorous activity of North American investigators in the field of researches of American ethnology, archaeology and linguistics, was the subject which attracted our principal attention. At the same time the presence of many of our colleagues from Mexico, Central and South America, and from Europe, brought it about that the archaeology and ethnology of the more southern parts of the American Continent were well represented in our discussions. At the Fourteenth Congress, held at Stuttgart, the subject of North American ethnology was not by any means prominent, but the early historical relations of Germany and America, and the present vigorous studies of European scholars relating to American archaeology, formed the background of all our work. In Quebec, two years ago, the eminent service done by the early Jesuit missionaries in Canada, and the strongly developed scientific interests of the missionaries of our times, determined the peculiar character of our meeting.

The Local Committee of Vienna has been eminently successful in keeping up the continuity of the work of the present meeting of the Congress with the preceding ones, and at the same time it has succeeded in giving to the present Congress an individuality of its own, which is based on the early relations of the Habsburg Monarchy to America. In no other place in the world, perhaps, can such treasures relating to the earliest time of the American discovery be brought together, as those which your Committee has succeeded in assembling and bringing to our attention”. En: Franz Boas, «Begrüßung», comunicación presentada en *Verhandlungen des XVI. Internationalen Amerikanisten-Kongresses Wien 9. bis 14. September 1908. Viena 1910*, ed. por Franz Heger (Viena: Hartlebens's Verlag, 1910): 40-41.

El Comité Local de Viena ha tenido un gran éxito en mantener la continuidad del trabajo de la presente reunión del Congreso con las anteriores, y al mismo tiempo, ha logrado dar al presente Congreso una individualidad propia, la cual se basa en las relaciones tempranas de la Monarquía de los Habsburgo con América. Quizás, en ningún otro lugar del mundo puedan reunirse tales tesoros relacionados con los primeros tiempos del Descubrimiento de América, como aquellos a los cuales su Comité ha logrado ensamblar y poner bajo nuestro conocimiento.

Bajo la idea del «colorido local» Boas enlistó las formas en las que cada Comité Local del ICA había logrado plantear aquellos campos especializados en los que las comunidades científicas del país sede trabajaban o los nexos entre territorios en momentos históricos determinados. Boas no fue el único en señalar explícitamente el impacto de la ubicación de los congresos en las discusiones generales. Años más tarde, Eduard Seler acentuó la misma situación en un reporte publicado en 1911. No bajo la idea del «colorido local» de Boas, sino el de «la firma particular».

Seler decía pues que los Congresos de Americanistas, tan internacionales como eran, habían procurado mantener la firma particular del país en el que eran celebrados. Hablando de Argentina, mencionaba cómo el trabajo científico se había desarrollado en dos direcciones en el Congreso anterior celebrado en Buenos Aires. La investigación allí se había volcado a la recolección y estudio de las ricas formas animales que contienen las formaciones geológicas del país y al estudio de la antigua cultura de los diaguita, también llamada calchaquí.⁶⁰

Esto constata la función adaptativa y situacional del ICA y la agencia de las comunidades científicas locales por promover ciertas líneas de investigación en el trabajo colectivo. Hubo también ciudades que fueron elegidas sedes para promover museos recientemente inaugurados o ampliados, como fue el caso de Berlín en 1888, Nueva York en 1902, Ciudad de México en 1910

⁶⁰ Eduard Seler, «Bericht über den Internationalen Amerikanisten-Kongress in Buenos Aires und Mexico», *Zeitschrift für Ethnologie* 1 (1911): 117-118.

o Washington D. C. en 1915. La elección podía estar también ligada al deseo de mostrar los resultados de proyectos de investigación a gran escala, como fue el caso de la Jesup Expedition para la elección de Nueva York, o los trabajos de excavación en Teotihuacán para la Ciudad de México (ver fig. 8).



Figura 8. Esquema que enlista cronológicamente las sedes del ICA del periodo de consolidación y muestra las celebraciones históricas y las confluencias geopolíticas que marcaron cada una de estas sedes.

Pero también, hubo una situualidad que buscó promover agencias nacionales o de movimientos integracionistas. En especial, aquellos congresos ocurridos en los años de 1892, 1910 y 1915 aportan aspectos clave para observar estos aspectos de la geopolítica de la academia. El ICA de 1892 en Huelva se vinculó directamente con los festejos del Cuarto Centenario del llamado «Descubrimiento de América». Los Congresos de Americanistas en Buenos Aires y Ciudad de México en 1910 se celebraron en el marco de la celebración por el Centenario de la Independencia de Argentina y México. Y finalmente el de 1915, convergió con el Congreso Panamericano. Es por esto por lo que al hablar de una comunidad que se plantea el estudio de un continente y de

sus poblaciones, convergen y se disputan proyecciones sobre el pasado, el presente y el futuro dentro de diferentes posicionamientos geopolíticos. Como consecuencia, la elección de sedes devela las intencionalidades dentro de los polos de una comunidad científica al cultivar ciertas relaciones históricas diferenciadas con programas a partir de un vínculo con proyecciones del pasado y del futuro.

La negociación de sedes del ICA proyectada para 1892 y 1910 devela especialmente la agencia de grupos académicos y políticos en la decisión de festejar ciertos vínculos a partir de su referencia al pasado. Los congresos en estos años fueron celebrados por los americanistas como centenarios de acontecimientos de trascendencia continental. Ambos eventos estuvieron anticipadamente en la mira del grupo y se buscó hacer en ellos perspectivas de dos procesos históricos complejos denominados en las celebraciones como «Descubrimiento» e «Independencia». Los congresos de los centenarios se convirtieron en el símbolo de dos momentos que marcaron las relaciones intercontinentales entre Europa y América. Esta situación incorporó al ICA a celebraciones politizadas de carácter continental y nacional. Estos encuentros muestran la toma selectiva de elementos del pasado y su celebración en el presente. Esta razón lleva a ver la proyección geopolítica de ciertas comunidades nacionales y sus aliadas por ver ganar las sedes del ICA. Su situationalidad devela usos de la Historia que no están exentos de contradicciones.

Las celebraciones del ICA en 1892 y en 1910 desataron una intensa competencia al interior de los comités por asegurar que el Congreso sesionara en determinados países y no en otros para plantear determinadas agendas con su elección. A partir de su referencia al año de 1492, la elección de la sede del ICA de 1892 tuvo gestiones anticipadas. Desde cuatro años antes, ciertos americanistas la disputaron. Daniel G. Brinton, a través de Guido Cora, secretario general del ICA en 1886, propuso en Berlín que Congreso de 1892 se reuniera «en América», entendiendo con ello los Estados Unidos. Edward S. Morse también defendió el particular interés de ese país por ser sede. Por su parte, el exmi-

nistro de Ultramar en España, Antonio María Fabié, remarcó que no era conveniente que el Cuarto Centenario se celebrara en Norteamérica. Él proponía mejor que fuera en España, donde los archivos de Madrid y de Sevilla se ofrecían a los estudios americanistas. Finalmente, el delegado de la Sociedad Italiana de Geografía, Joseph Dalla-Vedova, señaló que Génova estaba también lista para recibir al Congreso en 1892.⁶¹ La discusión no concluyó allí.

Mientras Wilhelm Reiss buscaba llegar a un consenso en Berlín para el próximo encuentro en 1890, Ernest Hamy, Guido Cora y Antonio María Fabié planteaban argumentos sobre dónde sería más conveniente celebrar el ICA por los festejos del 4.º Centenario de la llegada de Cristóbal Colón a América. Con ellos, España, Italia y los Estados Unidos plantearon invitaciones y empezaron a disputarse la sede. Ante esta cuestión, el vulcanólogo alemán les recordaba a los investigadores que no estaban discutiendo la sede de 1892, sino la de 1890, a lo que se eligió rápidamente París para el siguiente encuentro.

Al siguiente congreso en París, aumentó el número de candidatos. España, con Sevilla y Huelva; Italia, con Génova; Estados Unidos, con Filadelfia; México, con su capital; Argentina, con Buenos Aires; y Nicaragua, con Managua, se postularon para ser sedes de aquel ICA que conmemoraría los viajes de Cristóbal Colón. La decisión final fue disputada entre solo dos contrincantes, los Estados Unidos y España. Defendiendo la postulación de los Estados Unidos se hallaban, a nombre de Daniel G. Brinton, el secretario de la *American Philosophical Society* Henry Phillips, también el marqués de Bassano y miembros del *Institut de France* como el marqués de Nadaillac. Mientras que el jefe de sección del Museo Arqueológico Nacional de España, Juan de Dios de la Rada y Delgado, Ernest Hamy y el presidente de la *Société américaine de France*, Désiré Pector intervinieron a favor de España.⁶²

⁶¹ «Séance du Conseil-central» comunicación presentada en: *Congrès International des Américanistes. Compte-Rendu de la septième session. Berlin 1888*, 300-302.

⁶² *Congrès International des Américanistes: Compte rendu de la huitième session tenue à Paris en*

Con el apoyo contundente del máximo americanista francés, Ernest Hamy, la propuesta de una sede española resultó vencedora. Se decidió que Sevilla o Huelva podrían ser la sede para el IX Congreso Internacional de Americanistas en 1892. Hubo reclamos y se repitió la votación. Al final, el presidente de aquel ICA en París, Armand de Quatrefages, mencionó que «para dar razón a las justas reclamaciones de los americanos», es decir de los estadounidenses, se les concedía la sede del ICA de 1894, «concesión» a la cual no reaccionaron los americanistas estadounidenses.

Después de todas esas negociaciones, el IX. Congreso Internacional de Americanistas tuvo lugar del 7 al 11 de octubre de 1892 en Huelva. En esa ocasión, los americanistas excepcionalmente no se reunieron en un museo, sino en un convento franciscano, el Convento de Santa María de la Rábida, refugio en donde Cristóbal Colón preparó su primer viaje a América en 1492. El acto de inauguración fue realizado en el patio Isabel la Católica, en donde el ICA fue presentado como una ocasión festiva. Durante el discurso inaugural del historiador Antonio Cánovas del Castillo, se habló en un tono solemne sobre el significado del Monasterio de la Rábida para la historia y se les dio la bienvenida a los americanistas en los siguientes términos:

bien venidos séais á esta antigua y venerable cuna del descubrimiento de América; bien venidos seáis á esta tierra clásica de los primitivos recuerdos del descubrimiento; bien venidos seáis, por fin, á esta nación española, que siempre ha sabido hacerse amar de los extranjeros que en muchas ocasiones han venido á ella, no por contribuir á su gloria solamente, sino á la gloria universal.⁶³

Tras estas palabras de bienvenida siguieron los discursos de los delegados extranjeros de Francia, de Italia y del Perú. Lucien

1890. (París: Leroux, 1892): 91-92.

⁶³ «Segunda sesión – (inaugural)» contribución presentada al *Congreso Internacional de Americanistas. Actas de la novena reunión Huelva, 1892*. (Madrid: Hijos de M. G. Hernández, 1894): 34.

Adam y Ernest Hamy, a nombre del Gobierno de Francia. Guido Cora, «como representante de la patria de Cristóbal Colón» en italiano. Y finalmente el escritor peruano Ricardo Palma en castellano, quien se presentó «a nombre y representación de todas las naciones americanas que debieron al gran descubridor la civilización que tan brillante porvenir las [sic] tiene señalado». Guido Cora señaló entonces el origen italiano de Cristóbal Colón y Ricardo Palma habló sobre un sentimiento de confraternidad que animaba a los pueblos americanos expresando:

¡Gloria, pues, á España, que, madre afectuosa, ha convocado aquí, en tan humilde como augusto recinto, a las jóvenes Repúblicas de América, y gloria también á ellas, que han acudido solícitas al cariñoso llamamiento de la caballerisca España, identificándose con ella en la glorificación del inmortal marino que, como Dios, sacara un mundo del misterio!⁶⁴

En esa celebración en Huelva se observan discursos ligados a un nacionalismo español e hispanofílico que buscó proyectar el vínculo histórico en su presente al recordar los lazos entre España y América a partir de la empresa colombina. También abundaron referencias al periodo anterior como un momento «misterioso» u «oscuro». Sin embargo, resultó también un nacionalismo a la defensiva por el tono de los discursos y como respuesta a las quejas por la elección de la sede. A pesar de las reticencias, y aglutinando el apoyo de americanistas franceses e italianos, peruanos y colombianos, el año de 1892 en Huelva fue tratado como una ocasión festiva para el americanismo español y para el hispanoamericanismo.

El foco de ese encuentro se puso en los temas colombinos de historia y de geografía. En esa ocasión, aspectos biográficos de Cristóbal Colón fueron tema central de las ponencias, e incluso se llegó a hablar de su caligrafía. Se presentaron sonetos y

⁶⁴ Ricardo Palma, «[Discurso]», comunicación presentada al *Congreso Internacional de Americanistas. Actas de la novena reunión Huelva, 1892*: 39-40.

poemas al navegante, lo cual no era algo común en este tipo de encuentros científicos. De forma más habitual, se abordaron estudios sobre representaciones geográficas que nombraban fuentes cartográficas como el mapa de Juan de la Cosa y el Globo Verde. Una particularidad de esa sede española es que la mayor parte del Congreso se condujo en castellano y que los americanistas visitaron el Puerto de Palos, sitio desde donde zarpó Colón y su tripulación.

Destaca de esa ocasión la defensa de la Conquista española. Como ha señalado Sigfrido Vázquez Cienfuegos, los festejos en España por el 4º Centenario del «Descubrimiento de América» y el ICA como parte académica internacional dentro de ese evento proyectó el objetivo político de mostrar a España como protagonista del «Descubrimiento» y como gestora de la historia de América.⁶⁵ El Monasterio de la Rábida y el Puerto de Palos fueron señalados en esa coyuntura como los espacios inaugurales de una gesta heroica que los americanistas deberían ver. Sin embargo, el objetivo buscado por historiadores como Antonio Cánovas del Castillo muestra también el uso político del pasado que resultó también una respuesta a un momento de crisis que terminó asentándose pocos años después con la Guerra hispano-estadounidense y la pérdida de Cuba, Puerto Rico y las Filipinas.

Quizá más que en cualquier otro país europeo, el americanismo en España fue parte sustancial de la autorrepresentación nacional y de su posición geopolítica frente a América. Frente a la importancia que en términos ideológicos se dio al estudio de América, no deja de ser interesante que durante esta época el americanismo en España tomara fuerza hasta la pérdida de sus últimas colonias en el continente y la búsqueda urgente de establecer vínculos con Hispanoamérica a partir del idioma y «la

⁶⁵ Sigfrido Vázquez Cienfuegos: «La celebración del IV Centenario del Descubrimiento de América en Huelva (1892): Un nuevo impulso en el estudio e investigación de la Historia de América». En: *Orbis incognitus: Avisos y legajos del Nuevo Mundo*, ed. por Fernando Navarro Antolín y Luis Navarro García (Huelva: Universidad de Huelva, 2008): 76-77.

raza». Como señala Palmira Vélez, era un americanismo «replegado sobre sí mismo»,⁶⁶ quizá con la excepción de casos como el de Marcos Jiménez de la Espada y Rafael Altamira.

Esta situación hace contrastar la importancia política que se le daba en el discurso frente al escaso apoyo para la investigación que recibieron sus estudios. El ICA de 1892 puede ser visto como una celebración del americanismo hispanofilico que señalaba la proximidad entre España y América a partir de la lengua compartida y la relación de familiaridad y que justificó el proceso de Conquista frente a la crítica, como veremos más adelante. El énfasis en el vínculo pasado y presente entre ambas entidades en el marco del Cuarto Centenario tuvo el apoyo contundente de los historiadores del Perú y de Colombia Ricardo Palma y Ernesto Restrepo Tirado. Este último señaló una «conquista humanitaria de la nación española» subrayando que: «Parece llegado el tiempo de que se haga alguna justicia á los conquistadores españoles. Aquellas fábulas de la caprichosa destrucción de la raza indígena por los españoles deben ya desaparecer».⁶⁷

La búsqueda por señalar la proximidad cultural entre España e Hispanoamérica planteó también el intento urgente por establecer relaciones cordiales con naciones que habían sido parte del Imperio Español hasta hacía menos de un siglo. Especialmente este tema fue señalado por Francisco Sáenz de Urturi, obispo de Badajoz, al expresar en su discurso el deseo de que el nombre de España se pronunciara en Sudamérica con amor y simpatía y promoviera un sentimiento hispanoamericano y amor a la lengua española.⁶⁸ Sin embargo, al ser planteado a menudo en términos de una «maternidad», ese discurso denota el intento por prolongar una negación de coetaneidad con respecto a las naciones con las cuales se buscaba reestablecer relaciones

⁶⁶ Palmira Vélez, *La historiografía americanista en España, 1755-1936*. (Madrid, Frankfurt a.M.: Iberoamericana; Vervuert, 2007): 14.

⁶⁷ Ernesto Restrepo, «[Discurso]», comunicación presentada en *Congreso Internacional de Americanistas. Actas de la novena reunión Huelva, 1892*: 137.

⁶⁸ Fray Francisco Sáenz de Urturi, «[Discurso]», comunicación presentada en *Congreso Internacional de Americanistas. Actas de la novena reunión Huelva, 1892*: 42-43.

cordiales aparentemente simétricas. A su vez, los americanistas de países como México y Argentina buscarían en sus propias celebraciones plantear el origen de sus naciones en un pasado muy anterior a la colonización española. Esas proyecciones podemos encontrarlas en el ICA celebrado en el marco de otro Centenario.

En los años previos a 1910, países como México y Argentina empezaron la organización de eventos para celebrar su Independencia en la preparación de festejos por el Centenario. Éste sería una nueva ocasión de competencia por ganar sedes del ICA como lo había sido la de 1892 y por replantear en ocasiones conmemorativas los nexos entre el territorio y el sentido histórico. A Viena en 1908 llegaron cuatro invitaciones, las de México, Argentina, Brasil y Uruguay, aunque ya dos años antes en Quebec, americanistas mexicanos y argentinos habían estado negociando informalmente la sede del congreso del año del Centenario. Después de someterlo a votación, Karl von den Steinen anunció la aprobación excepcional de dos sesiones para la celebración de 1910, una en mayo en Buenos Aires y otra en septiembre en la Ciudad de México. La celebración de ambas en el mismo año sería un evento excepcional que recibió el nombre de «el Congreso del Centenario».⁶⁹

Sedes conjuntas, aunque organizadas por separado, marcaron la celebración del inicio de los movimientos de independencia en México y Argentina dentro del ICA. El ICA fue nuevamente la plataforma de proyección internacional. Los organizadores en ambas sedes utilizaron dos recursos semejantes para su proyección internacional. Por un lado, el de plantear un discurso de modernidad en su presente, ligando la visita de la comunidad internacional con la inauguración de avenidas, escuelas, hospitales y monumentos y así demostrar la coetaneidad de sus naciones dentro de la modernidad y por el otro, llevar su genealogía a

⁶⁹ «Bericht über die Sitzungen», contribución presentada en Heger, ed. *Verhandlungen*: lxiv; Juan B. Ambrosetti: Congreso Internacional de Americanistas. *Viena (1908) - XVI sesión. Memoria del delegado de la Universidad Nacional de Buenos Aires*. (Buenos Aires: Impr. "Didot" de Félix Lajouane, 1909): 32.

un periodo cronológicamente anterior a la intervención europea en el continente americano, utilizando para ello la investigación arqueológica y paleontológica y demostrando que América era mal llamada el Nuevo Mundo.

Tanto en Argentina como en México, los americanistas seleccionaron elementos del pasado remoto para plantear una genealogía y sus orígenes. Estos temas serán desarrollados con mayor profundidad en los capítulos siguientes (ver apartados 3.2 y 4.1), aunque cabría adelantar que en el caso mexicano, se hizo a través de la arqueología y la historia, develando grandes complejos arqueológicos como el de Teotihuacán y promoviendo una estética de inspiración mexicana. En el caso argentino, fue hecho a través de la geología y la paleontología, llamando la atención a la fauna prehistórica y las formaciones geológicas, buscando sin éxito localizar el origen de la humanidad en Argentina. De allí que las sesiones en Buenos Aires y en la Ciudad de México tuvieran como objetivo mostrar la grandeza de las culturas prehispánicas y la antigüedad de la presencia humana y de la civilización en el continente. Simultáneamente buscaron hacerlo dentro de un discurso de modernidad que mostraba a la comunidad internacional la urbanidad de sus metrópolis y proyecciones a futuro de la grandeza de las naciones argentina y mexicana.

El Congreso de 1910 fue también un evento extraordinario porque se eligieron dos sedes que conectaron Sudamérica y Norteamérica dentro de un mismo evento. Hasta ese momento, la Ciudad de México había sido la parte más meridional del continente en donde se había celebrado el ICA. Por lo tanto, 1910 fue relevante también por ser la primera vez que los americanistas se reunieron en el Hemisferio Sur. Además, en el intervalo de cinco meses entre la sesión de Buenos Aires y la de la Ciudad de México, miembros de la comunidad viajaron en grupo por Bolivia y Perú (ver apartado 3.3), prolongando las discusiones y realizando excavaciones arqueológicas y visitas a museos. Mantuvieron encuentros con las sociedades científicas en esos países. Por eso, en el extenso viaje realizado desde Buenos Aires hasta la Ciudad de México no solo recorrieron un largo trayecto, sino que

el congreso efectivamente terminó integrando académicamente una vasta porción del continente por los festejos del Centenario.

El recorrido realizado por un grupo de americanistas desde Buenos Aires hasta la Ciudad de México pasó por sitios como Tucumán, Jujuy, Uyuni, Oruro, La Paz, Tiwanaku, las Islas del Sol y la Luna en el lago Titicaca, Copacabana, Puno, Cusco, Arequipa, La Oroya, Cajamarca, Ancón, Pachacámac, Lima y Callao, entre otros. Después del viaje, algunos investigadores volvieron a sus instituciones con colecciones arqueológicas y etnográficas. Colecciones de Bolivia pasaron a Argentina, las de Perú a los Estados Unidos, objetos arqueológicos mexicanos fueron transportados a Viena. A su vez, algunos miembros del Congreso habían llevado regalos para las sedes, entre los que se encuentran libros, prendas históricas, medallas y objetos arqueológicos y etnográficos.

De allí que el Congreso del Centenario fuera un evento excepcional que tuvo un carácter celebratorio e integró una extensa porción del territorio. También puede ser visto como canto de cisne de sus grupos de poder. Entre el ICA de 1910 y el siguiente en el continente que fue celebrado hasta 1915, las condiciones nacionales y globales en las que se reunirían los americanistas serían completamente distintas. Al poco tiempo del paso de los americanistas por las capitales de México y Argentina, se dispararon momentos de extrema violencia en ambas. El decreto de estado de sitio para detener al movimiento obrero en Argentina ocurrió poco antes de los festejos del Centenario. Pocos días después de la conclusión de las excursiones americanistas en México, se proclamó el Plan de San Luis, que llamó a la toma de armas para derrocar al Gobierno porfiriano. La conmemoración hizo evidente tanto en Argentina como en México la enorme ruptura que había dejado segregación de la propia población obrera, indígena y campesina. La representación nacional proyectada para el consumo internacional y académico dentro de los festejos del Centenario con las tensiones internas quedaron evidenciadas por los acontecimientos posteriores.⁷⁰

⁷⁰ Sobre el Centenario de la Independencia en México se recomiendan el interesante

El siguiente Congreso de Americanistas que habría de tener lugar en el continente en 1915 se llevó a cabo en un contexto geopolítico difícilmente previsible. En México, era el quinto año de la Revolución Mexicana, mientras que en Europa había estallado ya la Primera Guerra Mundial. Como consecuencia de estos conflictos bélicos, muchas cooperaciones sobre las cuales se basaban los estudios americanistas se vieron rotas. Tampoco pudo realizarse nuevamente un Congreso con sedes sur- y norteamericanas como se había planeado siguiendo el modelo del ICA del Centenario. La comunidad científica no pudo reunirse en 1914 como había proyectado originalmente. La sesión en La Paz, Bolivia fue cancelada definitivamente y la de Washington D. C. tuvo que aplazarse, a pesar de lo planificado por sus organizadores.

Sin tener mucha claridad sobre el futuro, y también como consecuencia de la agenda política de la sede proyectada para 1914, el comité organizador en la *Smithsonian Institution* vio de forma pragmática compaginar dos congresos para facilitar la concurrencia de los interesados. El XIX. Congreso Internacional de Americanistas en Washington D. C. terminó siendo convertido en una de las nueve secciones del II Congreso Científico Panamericano (ver fig. 9). Quedó como «la parte antropológica» de este último, aunque cada uno publicó sus actas de forma separada. La decisión de conjuntar ambos congresos resulta significativa, ya que pone en evidencia el contexto cambiante y evidencia un momento en el que la visión y los intereses de los Estados Unidos modificaron la idea del congreso como una iniciativa francesa. Si bien, en comunicación interna los organizadores de este congreso señalaban que cada congreso tenía su independencia, «las actividades del Congreso Internacional cubren prácticamente el

análisis de: Mauricio Tenorio-Trillo, «1910 Mexico City: Space and Nation in the City of the Centenario», *Journal of Latin American Studies* 28, 1 (Febrero 1996): 75-104; y sobre el Centenario de la Independencia en Buenos Aires: Patricia Funes, «Centenarios en América Latina: ¿Canto de cisne del orden oligárquico?», *Bicentenario. Otros relatos*, ed. por Waldo Ansaldi, Patricia Funes y Susana Villavicencio (Buenos Aires: Del Puerto, 2010): 275-298.

mismo campo de investigación que lo hace el trabajo de la Sección de Antropología del Congreso Panamericano» y «dado que la membresía de esos dos cuerpos incluyen prácticamente a los mismos individuos» se propuso conjuntar ambos congresos.⁷¹



Figura 9. Congreso Científico Panamericano, Diciembre de 1915 - enero de 1916. Aparecen: John Barrett, Ernesto Quesada y Manuel Gamio.
Fotógrafo: Harris & Ewing. Fuente: Prints and Photographs Division Washington, Library of Congress <https://www.loc.gov/item/2016865609/>

⁷¹ Smithsonian Institution Archives. William Henry Holmes Papers 1870-1931. Caja 2; folder 18.

Después de 1915 los americanistas sólo lograron reunirse en su Congreso hasta siete años después. A partir de ese momento, el equilibrio relativo entre Francia-Alemania-México-Estados Unidos como nodos del americanismo ya no existiría. La academia estadounidense, que fue la menos afectada por esas guerras, comenzó su expansión. Fue entonces que el inglés comenzó a tener una verdadera ventaja al interior de estos estudios. Ante el freno que impusieron los acontecimientos bélicos, como consecuencia de un contexto de guerra entre naciones, los cruces fronterizos se cerraron, los recursos para estas investigaciones escasearon y las alianzas se suspendieron. Volver a organizar un encuentro nuevamente llevaría siete años y mucho esfuerzo de reorganización. Así, cuando los americanistas se reencontraron, no podría llevarse a cabo en una Europa con las comunidades científicas separadas por la guerra.⁷² Cuando se decidió hacer la reunión en Río de Janeiro en 1922, habría ya un panorama geopolítico distinto que inició un nuevo periodo en la historia del ICA.

⁷² Adriana Muñoz, «Making the ethnographical archive in Gothenburg. The exchange of photographs in the beginning of the twentieth century between Gothenburg and Berlin», en *Exploring the archive: Historical photography from Latin America; the collection of the Ethnologisches Museum Berlin*, ed. por Manuela Fischer y Michael Kraus. (Köln: Böhlau, 2015): 302-303.

Homo academicus americanista

¿De qué contextos nacionales y socioeconómicos provientan los americanistas?

2.1 Contextos nacionales y orígenes socioeconómicos de los miembros

En el capítulo anterior abordé cómo congresos científicos internacionales como el de americanistas devinieron en uno de los espacios privilegiados del diálogo colectivo y en una de las principales formas de organización de la actividad científica a gran escala. Este tipo de eventos trasgredieron las estructuras del simple encuentro entre algunos individuos aislados y la formación de colegios invisibles. Al lanzar sus convocatorias, los organizadores revolucionaron una de las formas de hacer ciencia y abrieron la invitación a presentar estudios sobre áreas específicas del conocimiento. Con ello, conectaron a un buen número de individuos anclados a distintos contextos, influyendo determinantemente en su formación científica y en la comunicación simultánea de información. Los congresos no solo lograron convertirse en articuladores de investigación a gran escala como lo siguen demostrando hasta el día de hoy, sino que, fueron los forjadores de comunidades de saberes. Por esta razón, los congresos y sus dinámicas permiten analizar aspectos relevantes sobre el origen y los mecanismos de generación de conocimiento dentro de las comunidades internacionales que se dedican a la investigación.

En el presente capítulo voltéaré el análisis a los miembros de la comunidad de americanistas que participaban en el congreso. Con este análisis, respondo a una pregunta sociológica que busca ubicar a los agentes del americanismo en sus propios contextos históricos. ¿De dónde provenían? ¿Qué contextos hacían que coincidieran? ¿Cómo conseguían su estatus de «americanistas»? Para ello, presento una sociología histórica de la ciencia inspirada en los estudios de Pierre Bourdieu y Bruno Latour.⁷³ En este capítulo reviso los polos de enunciación, fuentes de financiamiento y las trayectorias biográficas de las y los investigadores americanistas para mostrar los contextos socioeconómicos de los que provenían. Asimismo, analizo las jerarquías y dinámicas de otorgación de prestigio dentro de grupo. Este análisis permite discutir cómo, de forma paralela al ICA, se fue conformando un tipo particular de investigador al que llamo, el *homo academicus americanista*.

Para hacer este análisis sociológico elaboré una base de datos que documenta a todas las personas que presentaron sus estudios en el ICA, desde su origen hasta el año de 1915. Metodológicamente me auxilié de la propuesta de la Teoría del Actor-Red (ANT), siguiendo agencias y polémicas presentes en el Congreso.⁷⁴ El número total de participantes que documenté es de 701 y se halla sistematizado en una base de datos.⁷⁵ Gracias a esta base de datos y a las interacciones que develaba encontré fuertes conexiones entre 116 americanistas que desarrollaron la interacción más sostenida durante el periodo de consolidación del Congreso. A este grupo le he llamado *el núcleo* por concentrar un gran número de intervenciones. Su selección se basó en el contraste de información cuantitativa (contribución recurrente en distintas sedes del ICA, puestos adquiridos y cantidad de publi-

⁷³ Me refiero particularmente a las obras Pierre Bourdieu, *Homo academicus* (Siglo XXI, 2009) y Latour, *Reensamblar lo social*.

⁷⁴ Agradezco a la historiadora Debora Gerstenberger, quien me introdujo al estudio de la Teoría del Actor-Red.

⁷⁵ Quienes estén interesados en esta base de datos, me pueden escribir directamente. Se proyecta una futura publicación de estos datos.

caciones) y cualitativa (reconocimiento explícito entre pares). En el análisis de las redes del americanismo, los 116 investigadores, hombres y mujeres, representaron la élite de investigación y la punta de avance de los estudios americanistas en su momento. Los miembros de este grupo se distinguieron por establecer las pautas de acción y los parámetros en la profesionalización de disciplinas fuertemente ligadas al americanismo como lo son la arqueología, la antropología, la lingüística y la historia.

A nivel individual, y a pesar de sus ubicaciones disímiles, se constatan vínculos de amistad y cooperación entre americanistas que se dedicaban a temas o disciplinas semejantes. En la cohesión de este grupo, la *libido sciendi* resultó un elemento fundamental, y quienes se consagraron a estos estudios funcionaron a menudo como una república de letras, con intercambios epistolares, de libros y materiales de estudio durante y después de los congresos. Por eso es de remarcar que la celebración de los ICA los hacía conocerse y socializar regularmente en un espacio de encuentro dinámico. En este espacio podían compartir temas de estudio, metodologías, fuentes y ponía también el podio para participar en polémicas. Algunos de los nombres de los miembros de este núcleo de 116 americanistas son: Aleš Hrdlička, Daniel Brinton, Franz Boas, William Henry Holmes, Zelia Nuttall, Adolf Bastian, Eduard Seler, Karl von den Steinen, Max Uhle, Ernest Th. Hamy, Georges de Crequi-Montfort, Léon de Rosny, Lucien Adam, Antonio García Cubas, Alfredo Chavero, Francisco del Paso y Troncoso, Leopoldo Batres, Marcos Jiménez de la Espada, Rafael Altamira, Florentino Ameghino, Juan B. Ambrosetti, Erland Nordenskiöld, Clements Markham, Manuel González de la Rosa, Manuel Ballivián y José Toribio Medina, por mencionar a algunos de los más reconocidos.

Con el siguiente esquema organizo los nombres de los miembros del núcleo por nacionalidad, (ver fig. 9). Al analizar esta interacción por países, encuentro cuatro niveles de intensidad señalados por colores. El primero y más fuerte se encuentra en color azul. En él se muestra a los Estados Unidos, Alemania, Francia y México como países que coordinaron dos sedes del ICA

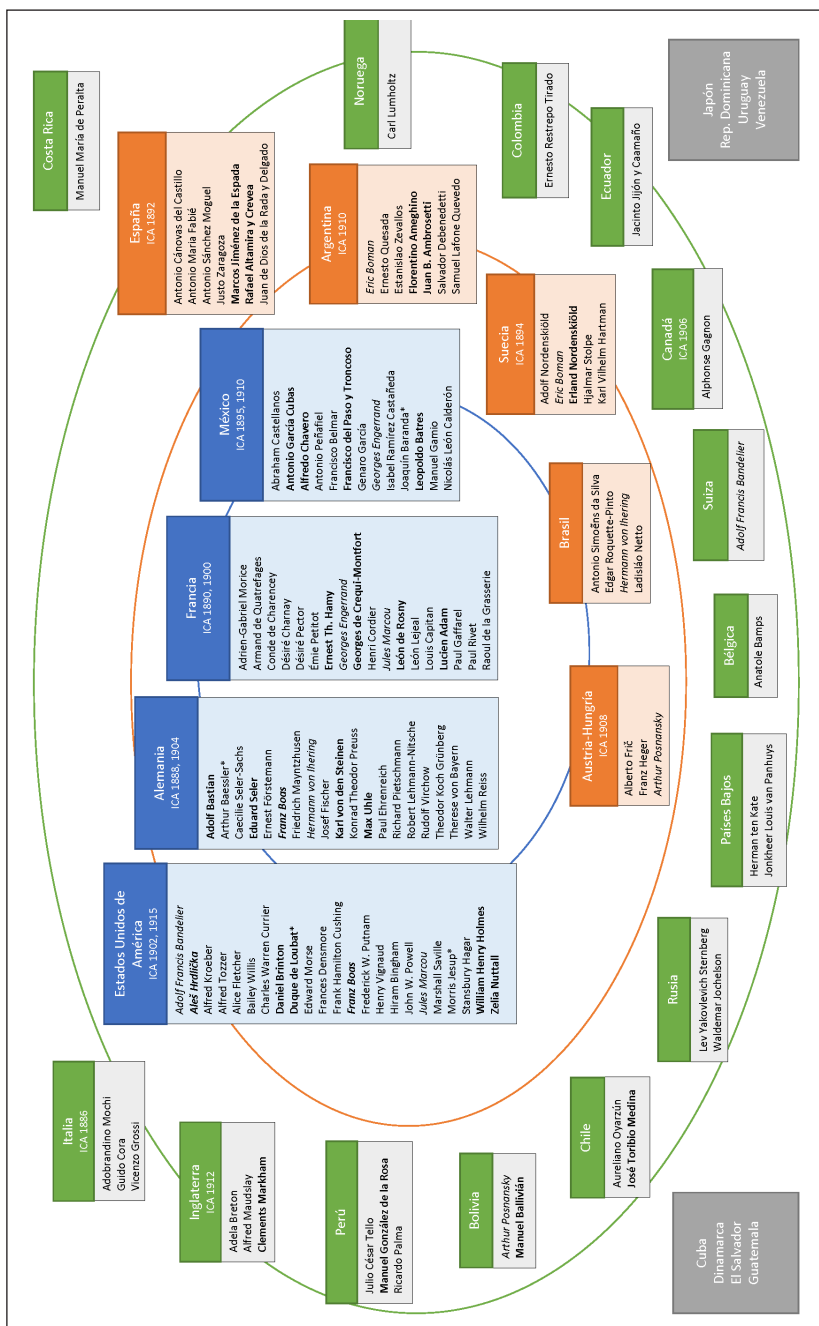


Figura 10. Esquema que organiza los nombres de los miembros del núcleo de americanistas por nacionalidad.

(Nota: En cursivas se indican los investigadores que tenían una doble nacionalidad y en negritas a los principales investigadores del americanismo. Con un asterisco se señala a los promotores y mecenas.)

en el periodo de consolidación. En cada rectángulo se consignan los nombres de los miembros del núcleo con esas nacionalidades. Los países mencionados destacaron por concentrar un gran número de iniciativas de investigación americanista y por impulsar activamente excavaciones y exploraciones a través de mecenas y asignaciones del presupuesto estatal. En el segundo nivel de mayor interacción, en color naranja, se nombran los americanistas de España, Argentina, Suecia, Brasil y Austria-Hungría. En un tercer nivel, en verde, aparecen los países con una participación media. En gris, se nombran los países con investigadores que pertenecían a la red extendida del americanismo, pero que no formaron parte del núcleo.

En un análisis a nivel continental, hallé que en los dos niveles con mayor interacción se encuentran cinco países europeos (Alemania, Francia, España, Suecia y Austria-Hungría), y cuatro americanos (Estados Unidos, México, Argentina y Brasil). En los niveles de interacción media se hallan catorce países americanos (Perú, Bolivia, Chile, Canadá, Ecuador, Colombia, Costa Rica, Cuba, El Salvador, Guatemala, República Dominicana, Uruguay y Venezuela), siete europeos (Italia, Inglaterra, Países Bajos, Bélgica, Suiza, Dinamarca y Noruega), y dos asiáticos (Rusia y Japón).

El Esquema destaca la internacionalidad como una de las características del ICA. Sin embargo, evidencia simultáneamente la concentración de investigadores americanista en países específicos. Esto da cuenta de fenómenos como la hipercentralización de información (y de colecciones) en centros del poder político y financiero como los Estados Unidos, Alemania y Francia. Los financiamientos estables fueron clave para el emprendimiento de proyectos de investigación/exploración/excavación a gran escala y la formación de colecciones al interior de museos en donde laboraban los americanistas que asistían de forma regular al ICA. Sin embargo, diferenciar sus financiamientos permite comprender las bases económicas sobre las que se sostuvieron los estudios americanistas en esta etapa.

Por ejemplo, los patrocinios privados tuvieron un papel fundamental en el desarrollo de los estudios americanistas en los

Estados Unidos. En ese país, miembros de la élite financiera se interesaron por invertir en proyectos de investigación, ya fuera con el objetivo de aumentar su prestigio personal como filántropos o el de sus ciudades como espacios de ciencia. Las donaciones de mecenas ligados al poder político y económico del país reflejan, además, la competencia interna entre ciudades como Filadelfia, Boston, Nueva York y Washington D. C. como espacios de poder y de cultura que se encontraban en competencia. De allí que el modelo de desarrollo del americanismo estadounidense se entienda a partir de las preferencias individuales de los patrocinadores de proyectos como Morris K. Jesup, Mary Tilton Hemenway, Phoebe Hearst y George Gustav Heye, quienes a través de mecenazgos, patrocinaron a las y los americanistas para que pudieran realizar expediciones con el objetivo de adquirir colecciones para museos y realizar sus investigaciones.

En México, por otro lado, el impulso de estos estudios se basó preponderantemente en la administración gubernamental. Con la asignación de presupuestos dentro de la Secretaría de Instrucción Pública, el Gobierno porfiriano apoyó las labores del Museo Nacional y de la Inspección General de Monumentos. A través de estos organismos, se financiaron publicaciones y excavaciones de los americanistas, y los flujos de colecciones se centralizaron en la capital de este país. En Francia, de forma semejante a México, las expediciones americanistas contaron con un financiamiento público a través del *Ministère de l'Instruction publique*. Allí las colecciones fueron centralizadas en París. En Alemania, por otra parte, preponderó un modelo que combinó el financiamiento público con el de grandes donaciones de particulares. Tal fue el caso de mecenazgos como el de Arthur Baeßler. De forma semejante a los Estados Unidos, en Alemania se observa una competencia entre Berlín, Hamburgo, Múnich y Dresde, en donde la capital terminó centralizando la mayor parte de las colecciones.

Frente a estos contextos nacionales existió un agente transversal que representó una alternativa a todos esos financiamientos marcados por un carácter nacional. Desde sus primeras participaciones en el ICA, Joseph Florimond Loubat (ver fig. 11) fue

el mecenas indiscutible del americanismo. El duque de Loubat incentivó estos estudios a través del patrocinio de excavaciones arqueológicas, publicaciones y cátedras universitarias. Fomentó el intercambio entre museos ubicados en países distintos y reclutó nuevos investigadores. La elección de sus patrocinios pasó por sus gustos particulares y también por aspectos de su propia biografía. Su huella dentro del americanismo puede verse por encima de las fronteras nacionales, en países como los Estados Unidos, de donde era originario, Francia, donde residió, y también en México, Alemania, España, Inglaterra y Suecia. Su biografía y sus contribuciones a requieren un estudio más detallado.

En este contexto, investigadores, políticos e intelectuales verían y utilizarían al americanismo como una plataforma desde donde plantear los intereses de sus ciudades y de los Estados-nación, convirtiendo a los americanistas en agentes mediadores dentro de una creciente interdependencia global en la construcción del conocimiento social. Por tal razón, si bien el internacionalismo y las cooperaciones fueron reconocidos como el signo más claro de una actitud comunitaria, los nacionalismos y el acaparamiento no dejaron de ser un motor de propulsión de polos desiguales de enunciación. En conjunto, este panorama internacional del americanismo influyó fuertemente en la generación de bases financieras e institucionales en cuatro polos nacionales de concentración: Francia, Alemania, México y los Estados Unidos, en donde los desplazamientos dentro del ICA terminan mostrando la geopolítica de los estudios de área. Permiten observar un dinamismo dentro de la producción de estudios americanistas en las que analizada cronológicamente destaca cómo la comunidad francesa definió su configuración en el primer periodo de la historia del Congreso. Mientras tanto, en las tres décadas posteriores que aquí analizo, existió un equilibrio relativo entre los Estados Unidos, Alemania, Francia y México y en donde, los museos científicos se convirtieron en los espacios de sistematización de las investigaciones que realizaban los americanistas. Ese equilibrio empezó a romperse a partir de la segunda década del siglo XX, momento en el que comenzó el progresivo desbalance

de los centros de estudios americanistas hacia los Estados Unidos debido a la creciente influencia de sus mecenas y a la inestabilidad que provocaron la Revolución Mexicana y la primera Guerra Mundial.

2.2 Contextos socioeconómicos del núcleo

Al adentrarme en la pregunta por los contextos que permitieron el plano de diálogo al interior del ICA, el origen geográfico de sus miembros se presenta como un indicador revelador, mas no explica por sí mismo los contextos de emergencia de adscripción al grupo. Al explicar el diálogo de un campo de conocimiento en el que convergieron personas con itinerarios tan distintos, la posición socioeconómica y los vínculos educativos son indicadores importantes de cómo estos individuos tuvieron un primer acercamiento a los estudios americanistas, especialmente en la primera etapa de organización de los congresos. Aquí analizaré trayectorias por regiones y abordaré la importancia de los idiomas en las condiciones que permitieron la participación de los miembros durante este periodo de la historia del ICA.

Al empatar biografías y reconstruir trayectorias de los miembros del núcleo he hallado tendencias que explican cruces en la red y que permitieron espacios de convergencia para la adscripción a la comunidad científica. Los americanistas, antes de reconocerse o ser reconocidos como tales, provenían de formaciones en las carreras de medicina, ciencias naturales y derecho. Éste es un primer indicador importante del contexto formativo de los miembros del grupo. También, es importante remarcar que, a pesar de que los estudios americanistas en esta época se concentraban en el estudio de los pueblos indígenas de América, solo un escaso número de sus miembros eran indígenas o tenían ascendencia indígena.⁷⁶

⁷⁶ La base de datos me permitió la identificación de americanistas con ascendencia indígena. Se encuentran los casos de John Napoleon Brinton Hewitt, etnógrafo con

Al examinar la red completa que participó en el ICA durante esta etapa, y al empatar las trayectorias biográficas de sus miembros, encontré que, quienes provenían de Latinoamérica tuvieron una posición excepcional que los hizo partícipes de las redes científicas parisinas y de círculos políticos y económicos privilegiados en sus respectivos países. París fue el espacio de convergencia y de entrada a los estudios de área para Florentino Ameghino, Manuel Ballivián, Jacinto Jijón y Caamaño y Leopoldo Batres. Dentro de sus vínculos familiares y sociales, se encontraba el ser sobrinos, tíos o en convertirse en amigos de los presidentes de Argentina, Bolivia, Ecuador y México. Estos investigadores americanistas fueron enviados en su juventud por sus familias a realizar estudios en París, con el objetivo de consolidar lazos en un mundo cosmopolita. Las primeras etapas de sus trayectorias se vieron marcadas por esas estancias y gracias a ellas se desenvolvían también en francés.

Esta fue una cuestión clave para su integración en esta comunidad científica internacional en esta primera etapa. La experiencia en la capital francesa parece haber sido fundamental en despertar o alimentar un interés por la arqueología y la historia natural por un lado y la reafirmación de una identidad nacional como argentinos, mexicanos y bolivianos por el otro. Tras periodos de residencia en Francia y al terminar sus estudios y volver a sus países con credenciales, renegaron de los puestos burocráticos y prefirieron cultivar otras áreas hasta afianzarse en ellas. Ese fue un momento en que la lengua franca del ICA era el francés, y que los miembros latinoamericanos del ICA también la hablaban. Gracias a su capacidad para seguir de cerca las discusiones científicas en francés en disciplinas como la geografía, paleontología, historia y arqueología, pudieron participar en los congresos científicos. Utilizaron esta lengua también para presentar casos de estudio sobre sus países en la discusión internacional.

ascendencia tuscarora; el antropólogo omaha Francis La Flesche; el escritor y diplomático Ignacio Manuel Altamirano, de ascendencia chontal; el pedagogo ñu saavi (mixteco) Abraham Castellanos, y la pintora y maestra winnebago Angel de Cora.

Estos factores explican aspectos importantes en la conformación de comunidades científicas internacionales del siglo XIX y son fundamentales para entender las condiciones sociales sobre las que se formó el intercambio americanista. La sociabilidad parisina, con la participación en los mismos círculos, explica uno de los ámbitos más importantes en la constitución de esta comunidad internacional, sobre todo cuando el ICA sólo tenía lugar en Europa. Por ejemplo, de entre los miembros del núcleo, Leopoldo Batres decía haber iniciado su carrera al lado de Ernest Hamy. De acuerdo con Christina Bueno, Leopoldo Batres habría afirmado que su experiencia en Francia sólo le había servido para intensificar su nacionalismo.⁷⁷ Por su parte, Florentino Ameghino comenzó sus escritos sobre la antigüedad de la presencia humana en América en París. Según escribió Irina Podgorny, Florentino Ameghino viajó a París en el marco de la Exposición Internacional de Arqueología y Paleontología de 1878 y la ciudad dejó al antropólogo sorprendido, al ser una “verdadera Babilonia”.⁷⁸

Estos investigadores al tener, por un lado, un vínculo con comunidades internacionales emergentes y, por el otro, vínculos con Estados en proceso de consolidación, tuvieron facilidades para emprender excavaciones y vincularlas con los museos de ciencia que ellos mismos estaban ayudando a construir como espacios nacionales de ciencia. Sin embargo, frente a esta actividad de investigación realizada en francés, se presentaron casos de crítica sobre el idioma de la producción de sus discursos científicos en los países de origen de estos americanistas. El tema del idioma no pasó desapercibido y resaltó, sobre todo en los contextos latinoamericanos, la crítica de una producción americanista *en francés* a pesar de ser llevada a cabo en Argentina. Cuando Florentino Ameghino publicó su obra sobre las formaciones sedimentarias de la Patagonia, el director del periódico *El Día* criticó que fuera

⁷⁷ Christina Bueno, *The pursuit of ruins. Archaeology, history, and the making of modern Mexico*. (University of New Mexico Press, 2016), 74.

⁷⁸ Podgorny, *El sendero del tiempo*, 151.

en francés y no en castellano. El americanista respondió que, si bien una publicación en castellano le proporcionaba elogios de los diarios argentinos, su impacto no tenía mayor trascendencia. En tanto, al publicar en francés, podía debatir con sus interlocutores, los miembros de una comunidad científica internacional. La participación de los investigadores en los debates era un signo de pertenencia a esas comunidades. Dijo:

Se trata de una cuestión en la cual se encuentran interesados hombres de ciencia de todas las naciones. Es una controversia científica en la cual mis adversarios me llevan la ventaja de escribir en un idioma universalmente conocido en el mundo de la ciencia. Es cuestión tan compleja y especial que, en nuestro país, no hay, probablemente, una media docena de personas con la preparación suficiente para juzgar con criterio propio y decidir de parte de quien se encuentra la razón. En cambio, desparramados en el mundo entero, hay dos mil geólogos y paleontólogos que siguen la controversia en todos sus detalles, y muchos que han tomado en ella parte activa. Quizá no haya entre ellos una docena que posean más o menos bien el castellano, mientras que seguramente sólo hay uno que no posea el francés.⁷⁹

En aquel momento, al igual que en la paleontología, la *lingua franca* del americanismo era el francés y ocho de los primeros doce ICAs que se condujeron en este idioma dan cuenta de ello. La sociabilidad francófona caracterizó el primer cuarto de siglo de historia del ICA y un grupo de origen latinoamericano pudo tomar parte en las discusiones gracias a que podían comunicarse en este idioma. La comunicación como elemento clave para el seguimiento de controversias marcó un aspecto fundamental en la sociabilidad. Incluso, para Ameghino existían controversias para las cuales resultaría “una pérdida de fósforo cerebral, tiempo y tinta escribir sobre ellas en castellano”.⁸⁰ Así justificó el pa-

⁷⁹ Florentino Ameghino, *Obras completas y correspondencia científica de Florentino Ameghino*, t. 24 (Taller de Impresiones Oficiales, 1936), 283-284.

⁸⁰ Ameghino, *Obras completas*, 284.

leontólogo la publicación de sus obras en un idioma que no fuera el hablado en Argentina, país de donde provenían los fósiles de los cuales escribía. Sin embargo, el ICA poco a poco también fue teniendo una apertura lingüística que le resultó muy productiva.

Con respecto a este punto y viendo la conveniencia de atraer las discusiones a su propio idioma, americanistas españoles buscaron la apertura al castellano ya desde el ICA de 1881, celebrado en Madrid. Este fue el primer Congreso de Americanistas que no fue conducido en francés. El idioma castellano fue además reafirmado con el Congreso en 1892 en Huelva y luego con el de México en 1895. Durante el Congreso de 1886, se habló también en italiano. En posteriores reformas a los Estatutos de 1900 se aceptaron seis como lenguas oficiales del Congreso, además de la del país de celebración. En 1908 se aceptó el portugués por solicitud del historiador brasileño Manuel de Oliveira-Lima. En el Art. 8 bis se admitió retrospectivamente el poliglotismo de los miembros del ICA, dando carácter oficial a un poliglotismo que de facto ya ocurría al interior del congreso:

Art. 8 bis [Las lenguas oficiales admitidas en el Congreso son: español, inglés, francés, alemán, portugués e italiano; aparte, en su caso, de la lengua del país en que se celebre la sesión].⁸¹

Al mostrar una apertura en la comunicación que de facto ya se daba, el americanismo mostró una adaptabilidad y la integración de un mayor corpus de participaciones. Esta apertura tuvo como consecuencia que las discusiones prácticamente monolingües de los primeros congresos fueran cada vez menos frecuentes y muestra a su vez, la fluidez del capital lingüístico de la comunidad internacional de americanistas. Ésta, en realidad, ya desde 1885 mostraba un poliglotismo en las discusiones del grupo especialmente en francés, español, inglés y alemán. Desde entonces, los americanistas se comunicaron cada vez más en los idiomas en los cuales se desenvolvían mejor de entre los enlista-

⁸¹ Comas, *Cien Años*, 51.

dos. En los primeros quince años del siglo XX se celebraron tres ICA en inglés, dos en alemán, dos en español y uno en francés, ampliando las posibilidades de participación a quienes hablaran alguno de estos cuatro idiomas. Esta situación se vio también reflejada en el multilingüismo dentro de las *Actas*, en donde los investigadores publicaron en sus lenguas maternas alternando con traducciones en otros idiomas.

En los estudios de redes, los miembros del núcleo de americanistas, con su movilidad y capital lingüístico pueden ser analizados como *knowledge brokers*.⁸² Estos *brokers* tienen una función relevante a partir de su movilidad, poliglotismo y posición dentro de la red. Son también determinantes para la difusión global del conocimiento. Los americanistas latinoamericanos tuvieron un papel importante como traductores y negociantes de códigos e información dentro de las redes de ciencia. De la misma forma, americanistas europeos que viajaban para realizar labores de coleccionismo y expediciones, aprendieron a desenvolverse en nuevos idiomas y códigos. Ambos mostraban procesos de adaptación para poder emprender sus investigaciones, o bien, darlas a conocer a las comunidades científicas internacionales.

En contraste, la generación de americanistas latinoamericanos que siguió, se vio caracterizada por trayectorias biográficas diferentes a las de la generación marcada por la sociabilidad parisina. A diferencia del grupo que le precedió, los jóvenes americanistas que comenzaron su carrera a principios del siglo XX provenían de otros sectores. Usualmente fueron los hijos de una clase media alta, que, a pesar de tener vínculo con las élites, no tendrían el poder político familiar que había caracterizado a la generación anterior. Su educación se llevó al interior de instituciones nacionales como la Escuela Nacional Preparatoria en México, la Universidad de San Marcos en el Perú o la Universidad de Buenos Aires en Argentina. En contraste con el antiguo grupo de forjadores de museos, la nueva generación fue educada

⁸² Başak Bilecen, “Transnational knowledge networks,” en: *The Routledge handbook of transregional studies*, ed. por Matthias Middel (Routledge, 2020), 599.

directamente dentro de sus estructuras, empezando sus carreras con puestos como asistentes en museos como el Etnográfico en Buenos Aires o el Nacional en México y aprendiendo (o confrontando) a la generación anterior de americanistas.

Dicha educación nacional fue complementada con la obtención de becas de posgrado y estancias en el extranjero. Sus profesores no fueron ya los americanistas franceses en París, sino que tendrían la impronta de profesores alemanes y estadounidenses como Franz Boas, Zelia Nuttall, Eduard Seler o Aleš Hrdlička. Este tipo de trayectoria fue compartida por americanistas importantes en Perú y México, como Julio C. Tello y Manuel Gamio y casos como el de Isabel Ramírez Castañeda y Salvador Debenedetti.

Esta fue la trayectoria biográfica de americanistas que dieron la base académica para el indigenismo latinoamericano, con trayectorias en instituciones nacionales complementada con colaboraciones internacionales y en donde se cambió la sociabilidad parisina por un desplazamiento entre México, Lima o Buenos Aires con Boston, Nueva York y Berlín y con *Harvard University*, *Columbia University* y la *Friedrich-Wilhelms-Universität zu Berlin*. Se convirtió en una generación que se comunicó de forma fluida en español e inglés y había dejado el francés como su *lingua franca*.

Estas trayectorias de los americanistas latinoamericanos de diferentes generaciones contrastan con las de los americanistas estadounidenses, quienes, a pesar de tener extensa comunicación, no basaron sus carreras en intercambios educativos internacionales, sino que se desarrollaron dentro de su propio país, al interior de instituciones en Filadelfia, Boston, Nueva York y Washington D. C. En estas ciudades, donde había importantes museos dedicados a temas americanistas se encontraban por ejemplo Marshall H. Saville en Nueva York, William Henry Holmes en Washington D. C., y Daniel G. Brinton en Filadelfia.

Por su parte, los americanistas alemanes provenían de contextos socioeconómicos de la *Bildungsbürgertum*.⁸³ De la mayoría

⁸³ Michael Kraus, *Bildungsbürger im Urwald. Die deutsche ethnologische Amazonienforschung: (1884-1929)* (Curupira, 2004), 28-30.

de ellos destaca un origen familiar como hijos de comerciantes, médicos o profesores y ejercían o habían ejercido la medicina o la docencia. A este grupo pertenecieron Eduard Seler, Konrad Theodor Preuss, Max Uhle y Robert Lehmann-Nitsche. Berlín, Hamburgo y Dresde fueron ciudades de convergencia para estos estudiosos. En sus trayectorias biográficas, los jóvenes alemanes llegaron a los estudios americanistas después de pasar por otras áreas del conocimiento. En el americanismo alemán, Adolf Bastian reclutó a gran parte de los cuadros de investigadores de la siguiente generación, que de hecho caracterizó una importante época de la llamada *Altamerikanistik*.

Bastian atrajo a investigadores especializados en temas de lingüística o medicina como Karl von den Steinen, Eduard Seler, Paul Ehrenreich y Max Uhle.⁸⁴ Eduard Seler obtuvo una de las cátedras otorgadas por el Duque de Loubat para dedicarse a los estudios americanistas. Otros de ellos, consideraron que después de especializarse en algún tema americano, incluso habiendo estudiado ciencias naturales o sinología, podrían integrarse a las estructuras académicas alemanas con un tema novedoso. Esa estrategia rara vez tuvo éxito, pues la academia prusiana no logró absorber a los egresados y, de hecho, el separarse físicamente de los círculos científicos a los que querían insertarse, los alejó aún más de las cátedras.

Tal fue el caso de Robert Lehmann-Nitsche, quien en correspondencia personal manifestaba que el trabajo en el Museo de La Plata sería temporal hasta encontrar un puesto permanente en un espacio académico alemán.⁸⁵ Esto no ocurrió. También fue el caso de Max Uhle, quien escribió desde Lima quejándose de su vida poco satisfactoria por sentirse

⁸⁴ Viola König, "Adolf Bastian and the Sequel: Five Companions and Successors as Collectors for Berlin's Royal Museum of Ethnology," en *Adolf Bastian and his universal archive of humanity. The Origins of German Anthropology*, ed. por Manuela Fischer, Peter Bolz y Susan Kamel (Olms, 2007), 127-139.

⁸⁵ Diego Alberto Ballesterio, "Los espacios de la antropología en la obra de Robert Lehmann-Nitsche, 1894-1938." (Tesis de doctorado, Universidad Nacional de La Plata, 2013), 3.

como “el conductor de un aerostato sin rumbo fijo”, “vendido” a los estadounidenses.⁸⁶

En otros casos la inserción laboral de americanistas alemanes en otros contextos se debió a la decisión de migrar. Uno de ellos fue el caso de Franz Boas, quien huyó del ambiente académico antisemita en Alemania. En una carta a sus padres, Boas escribió: “Desafortunadamente... llevo a casa otra vez —por última vez— algunas cortadas, incluso una en la nariz. Espero que no se preocupen demasiado por esto, pero con la situación judía este invierno, uno no puede salir ileso sin riñas y conflictos”.⁸⁷ Boas se mudó poco después a los Estados Unidos, en donde despegó su carrera como antropólogo y americanista.

En nuevos lugares de residencia como Lima, La Plata y Nueva York, americanistas alemanes encontraron puestos de trabajo estables al frente de museos. Ese contexto de especialización y posterior dispersión explica parcialmente la fuerte presencia de americanistas alemanes al frente de los museos de arqueología o historia natural en América. En estas ciudades obtuvieron contratos cortos o puestos de dirección para trabajar al interior de museos de corte americanista, como se puede ver en el siguiente esquema (ver fig. 12).

En resumen, en el periodo de consolidación del ICA cuatro países concentraron la mayor parte de los miembros: Estados Unidos, Alemania, Francia y México. Al analizar los contextos nacionales y socioeconómicos de los miembros del ICA, así como los financiamientos de los estudios americanistas encontré que el perfil de los americanistas que participaron en el ICA en la etapa de consolidación se caracteriza por contar con formaciones en las carreras de medicina, ciencias naturales y derecho. En el caso de los miembros del núcleo, de ser latinoamericanos, la primera

⁸⁶ Peter Kaulicke, “La vida y obra de Friedrich Max Uhle. Recientes logros, problemas y perspectivas,” en *Max Uhle (1856 - 1944). Evaluaciones de sus investigaciones y obras*, ed. por Peter Kaulicke, Manuela Fischer, Peter Masson, Gregor Wolff. (Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2010), 10.

⁸⁷ Stanley A. Freed, *Anthropology unmasked. Museums, science, and politics in New York City* vol. 1 (Orange frazer Press, 2012), 66.



Figura 12. Mapa que muestra la labor de americanistas alemanes en museos científicos en el continente.

generación dominó el francés y habían tenido estancias en Francia, mientras que la segunda se desarrolló en inglés y habían tenido estancias en los Estados Unidos y en Alemania. Los estadounidenses se caracterizaron por tener formaciones y trabajar para instituciones dentro de su país y los americanistas alemanes frecuentemente vivieron procesos de migración hacia América. Esto demuestra, dentro de la multiplicidad de perfiles, ciertas constantes que pueden ser examinadas para entender quiénes formaban el ICA y de dónde provenían.

2.3 Ideal del investigador americanista impulsado por el ICA

El americanismo es heredero tanto de la ilustración como del romanticismo y, quienes lo practicaron en el siglo XIX, manifestaron en sus congresos confianza en su capacidad para estudiar a gran escala un continente. Las motivaciones de su tarea,

a menudo, se llenaban de descripciones que hacían referencias sutiles al heroísmo de su búsqueda del pasado, de su encuentro con grupos humanos que «estaban próximos a desaparecer» y de su «rescate» de elementos valiosos para comprender la historia de la humanidad. Junto con estas motivaciones, se hallaba también la confianza en la ciencia y en su capacidad para contribuir positivamente al progreso de la humanidad. Estos impulsos reafirmaban la convergencia de dos herencias dentro del americanismo que continuaron marcándolo por mucho tiempo, es decir, la aspiración de la persona que se dedicara a estos estudios de ser científico y héroe al mismo tiempo.

Al emprender su tarea, los americanistas de los primeros congresos buscaron emular a ciertos referentes del pasado. Entre ellos, Alexander von Humboldt representó un modelo que condensaba muchas de las aspiraciones de esta generación. El viajero alemán había viajado, observado, coleccionado y escrito sobre América. Tenía una visión extensa del continente y sistematizó la información con respecto a él con enfoques naturalistas y humanistas. Tuvo también una extensa movilidad y se auxilió mucho de sus redes de contactos en las distintas localidades que visitó. Humboldt sistematizó una extensa cantidad de información y su trabajo tuvo influencia en los acontecimientos de su tiempo. Ganó prestigio para él y para su nación. Muchas de estas características fueron aspiraciones que no eran ajenas a las generaciones siguientes de investigadores que tomaron a América como su objeto de estudio.

Un siglo después del regreso de Humboldt de su viaje por América, algunos investigadores plantearon las expectativas en el perfil de aquellas personas que se dedicaran al estudio de este continente. En él, el desplazamiento frecuente se convirtió en una de las características fundamentales de su labor. Se proyectaron como personas que se conducían con una perspectiva empírica, dominaban debates en distintas disciplinas y consagraban sus vidas a la ciencia. Frente a la aspiración por extender la escala geográfica y temporal de su conocimiento de América, también decidieron tácitamente abordarlo como un

proyecto colectivo, procurando con ello una cierta división del trabajo.

Cuatro planteamientos expresados por los miembros del Congreso permiten revisar cómo era planteado el perfil del investigador americanista en su época. Se trata de formulaciones fragmentarias, pero que permiten reconstruir el perfil buscado por los miembros de la comunidad. Así, Ernesto Quesada señaló en el ICA las distintas fases dentro de los estudios americanistas. De acuerdo con Quesada, éstos habrían iniciado con indagaciones en gabinetes y materiales de segundo grado. Para el historiador argentino, los americanistas debían convencerse de la necesidad de conocer el continente, de investigar *in situ*; de ver con sus propios ojos:

[...] estoy convencido de que los estudios americanistas, si han de ser realmente fecundos para la historia de la civilización, exigen que los sabios que á ellos se dedican, si son europeos, vengan á América, vean con sus propios ojos, palpen la realidad de las cosas y no se contenten con el pálido reflejo que se obtiene por la lectura de las obras de misioneros y cronistas, ó de viajeros más ó menos deficientes en sus observaciones.⁸⁸

Este modelo expresa una clara crítica al «sabio de gabinete» europeo que carece del conocimiento empírico. Este punto ya había sido promovido antes por Nicolás León, quien durante su intervención en el ICA en Nueva York planteó que: «La arqueología mexicana tiene muy poco que esperar en el presente y en el futuro de los sabios de gabinete. Lo que se necesita es un cierto número de exploradores ilustrados, asiduos y diligentes, acordes con sus riquezas».⁸⁹ Ilustración, asiduidad y diligencia eran las

⁸⁸ Ernesto Quesada, “[Discurso],” en *Actas del XVIIº Congreso Internacional de Americanistas. Sesión de Buenos Aires, 17-23 de mayo de 1910*, editado por Robert Lehmann-Nitsche (Coni Hermanos, 1912), 81-82.

⁸⁹ Nicolás León, “Data about a New Kind of Hieroglyphical Writing in Mexico”, en *International Congress of Americanists. Thirteenth Session held in New York in 1902*, (Harrison and Sons, 1913), 176. [Traducción del inglés. Original: “Mexican archaeology has very little to expect at present of future from cabinet savants. What it needs is a cer-

características para el antropólogo mexicano que marcaban el perfil buscado en el investigador americanista.

Una segunda característica ponía el foco en los contenidos que debía dominar o, que podríamos llamar erudición requerida. Daniel G. Brinton, en su obra *Essays of an Americanist*, presentó de forma verdaderamente docta el estado de la cuestión en los estudios americanistas de su propio tiempo. Estos ensayos, Brinton los dividió en cuatro partes (1. etnología y arqueología, 2. mitología y folklore, 3. sistemas gráficos y literatura y 4. lingüística) y en ellos planteó las grandes preguntas de los estudios de área para América y los huecos que quedaban en la investigación.

Como mostró Brinton en los *Ensayos*, los investigadores tendrían que ser familiares con las diferentes escalas geográficas, temporales y culturales que planteaban los debates americanistas. Precisaban alcanzar un grado de erudición en distintas materias y áreas del conocimiento, pero especialmente en la lingüística, la arqueología, la antropología, la historia y la literatura en conjunto y sin descuidar ninguna.⁹⁰ Este grado de interdisciplinariedad representaba un fuerte reto para aquellas personas aspirantes a convertirse en americanistas.

Y, ligado a este punto, una tercera característica quedaba determinada por el tiempo de preparación profesional. Armand de Quatrefages, presidente del ICA en 1890 señaló:

Es costumbre que el Presidente, al abrir una sesión del Congreso, se dirija por lo menos a sus colegas sobre las cuestiones que van a ocuparse; y ¿qué diré yo, sobre el tema de América a los hombres de ciencia que hacen de este gran continente el objeto de sus preocupaciones habituales? Yo no merezco el título de americanista como ustedes. Llamado por las exigencias de mi enseñanza a ocuparme de la historia de todas las poblaciones humanas, no podría abordar de un modo especial un estudio más que suficiente para absorber

tain number of enlightened, assiduous, and diligent explorers, commensurate with its riches.”]

⁹⁰ Daniel G. Brinton, *Essays of an Americanist*. (Porter & Coates, 1890).

toda una vida. Tengo, pues, mucho que aprender de ustedes, y les agradezco de antemano todo lo que me enseñarán.⁹¹

Esto que apuntó Quatrefages muestra que, incluso un catedrático en antropología física que había trabajado temas de América y que incluso había participado en la Comisión Científica francesa en México, no merecería el título de americanista, porque no había hecho de América el objeto de sus preocupaciones cotidianas. El manejo de los debates que estos estudios implicaban requería mucho más que un par de años de preparación, incluso, como dijo el antropólogo francés, podría «absorber toda una vida».

Así, sumando estas tres perspectivas de cuatro miembros del núcleo que enunciaban sus opiniones sobre el perfil del investigador americanista puedo bosquejar un perfil o una aspiración que va tomando forma. De modo que, quienes se dedicaran a la americanística y querían destacar en ella, debían consagrar gran parte de su vida a ello, debían también dominar debates interdisciplinarios y no conformarse con el dominio de una disciplina, un tema o una región, al contrario, tendrían que conducirse en diferentes escalas geográficas, temporales y culturales y, finalmente, dejar el escritorio y viajar para observar por sí mismos.

Dos décadas después de su fundación, el ICA proyectaba activamente este perfil a las nuevas generaciones. También, a partir del congreso, las redes entre estudiosos se estrecharon y “ser americanista” apeló directamente a la identidad de sus miembros. En países como Argentina, Francia y Alemania, el título de

⁹¹ Armand de Quatrefages de Bréau, [“Discours,”] en *Congrès International des Américanistes. Compte-rendu de la huitième session tenue à Paris en 1890*, 42. [Traducción del francés. Original dice: “L’usage veut que, en ouvrant une session de Congrès, le Président adresse à ses collègues tout au moins une allocution relative aux questions qui vont les occuper; et que dirai-je, au sujet de l’Amérique, à des hommes de savoir, qui font de ce grand continent l’objet de leurs préoccupations habituelles? Je ne mérite pas comme vous le titre d’américaniste. Appelé par les exigences de mon enseignement à faire l’histoire de toutes les populations humaines, je ne pouvais aborder d’une manière spéciale une étude plus que suffisante pour absorber une vie entière. J’ai donc beaucoup à apprendre de vous; et je vous remercie d’avance pour tout ce que vous m’enseignerez.”]

“americanista” se incorporó al lenguaje de sus miembros como un título profesional, e incluso de prestigio. Esta situación no ocurrió en México o los Estados Unidos, en donde prevalecieron títulos por disciplinas entre historiadores y lingüistas.⁹² Dentro de su sociabilidad, el ICA congregaba con sus miembros a los afiliados de sociedades eruditas como la *Société des Américanistes* de París, la Junta de Numismática Americana en Buenos Aires o el *Amerikanisten Klub* en Berlín.⁹³ Todo esto fortaleció la sociabilidad en el congreso e impulsó un perfil específico.

Quizá, este perfil específico tomó forma en un espacio de trabajo determinado, el museo científico. El *homo academicus americanista* de este periodo empezó a tomar forma en medio de museos científicos y colecciones. A pesar de las distintas denominaciones como etnográfico, de historia natural, nacional o universitario, el museo se convirtió en el locus de la sistematización del saber colectivo americanista de este periodo y es, aún hoy, el espacio en donde se puede observar mejor su impronta. El museo se convirtió en la infraestructura del saber americanista y por eso no debe sorprender que también fuera el espacio de encuentro durante los ICA, pues el museo científico era el espacio de labor de gran parte las personas consagradas a estos estudios.

Un buen número de presidentes del ICA y de miembros del núcleo de americanistas se halló directamente bajo la estructura institucional de los museos de ciencia. Este aspecto me permite plantear que el principal determinante de capital de poder científico⁹⁴ entre los americanistas era el museo. Sostengo que,

⁹² En México por ejemplo, el término “americanista” se asocia con mayor frecuencia a los aficionados del Club América, un equipo de fútbol.

⁹³ Para ver otras instituciones que conjuntaron intereses de los estudios americanistas se recomienda: Comas, Cien años, 43-44; Vélez, *La historiografía americanista en España*; Andrea S. Pegoraro, “Las colecciones del Museo Etnográfico de la Universidad de Buenos Aires: un episodio en la historia del americanismo en la Argentina 1890-1927” (Tesis de doctorado, Universidad de Buenos Aires, 2009), 86-87.

⁹⁴ Pierre Bourdieu nombró como determinantes sociales en las posibilidades de acceso a las posiciones de éxito académico a: a) capital económico y cultural heredados, b) colegio frecuentado, c) capital de poder universitario, d) capital de poder científico, e) capital de prestigio científico, f) capital de notoriedad intelectual y g) capital de poder

a pesar de sus distintas ubicaciones y especializaciones, cuatro museos coordinaron las investigaciones americanistas a mayor escala dentro de este periodo. En mi análisis cuantitativo encontré que, ubicados en Berlín, París, la Ciudad de México y Nueva York, cuatro museos comparten una historia común dentro del americanismo. Se trata del *Museum für Völkerkunde*, el Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología, el *Musée d'ethnographie du Trocadéro* y el *American Museum of Natural History* (ver fig. 13).

político y económico. Él ubicó el capital de poder científico en la dirección de un organismo de investigación. En: Bourdieu, *Homo academicus*, 59-61.












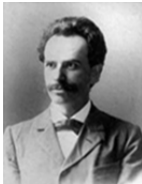
Berlín Königliches Museum für Völkerkunde	París Musée d'ethnographie du Trocadéro	Ciudad de México Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología	New York American Museum of Natural History
			
			
			
Eduard Seler	Ernest Th. Hamy	Francisco del Paso y Troncoso	Franz Boas

Figura 13. Esquema que muestra la correlación entre investigadores, museos y ciudades que desarrollaron proyectos destacados en la época.

Los museos anteriormente nombrados fueron sedes de los encuentros del ICA, incluso en más de una ocasión durante el periodo aquí abordado. Además, eran los espacios de trabajo de algunos de los miembros más destacados del núcleo: Eduard Seler, Ernest Th. Hamy, Francisco del Paso y Troncoso y Franz Boas, todos ellos respetados miembros de la comunidad y vanguardia en la investigación americanista de la época. Al analizar

sus perfiles, encontramos cuáles eran las actividades que desempeñaban estos americanistas.

Por eso, al analizar sus perfiles con ayuda de la sociología de la ciencia, he planteado aquí aquella larga lista de condiciones históricas y habilidades personales que tenían por cumplir los investigadores americanistas. Entre ellas, generar grupos de trabajo, viajar, hacer observaciones *in situ*, registrar hallazgos, circular pruebas y vestigios, organizar objetos en colecciones, debatir públicamente en congresos en idiomas como francés, alemán, español o inglés, convencer a sus pares, publicar en revistas arbitradas, editar manuscritos y códices hallados en archivos, preparar exhibiciones, organizar catálogos, participar en sociedades científicas, negociar financiamientos, pagar sueldos y sobre todo, incidir en la construcción de infraestructura para su conocimiento, que es el museo. Todo esto ocurría en los espacios de excavación y en campo, pero también al interior de los museos científicos, en donde se coordinaba la investigación americanista.

Por eso, sin dejar de tener oficinas y escritorios en museos y universidades, además, a los eruditos americanistas se les encontró también formando parte de otros paisajes con menor rigidez. Se les halló recorriendo ruinas arqueológicas mayas, incas, calchaquí y teotihuacanas, posando en las fotografías con ayudantes, palas y cuadernos. Otros fueron visitantes frecuentes de los archivos en Europa. Y también se les encontraba en las islas del lago Titicaca, en las selvas de la Amazonía, los desiertos del *Southwest* y en los hielos del Ártico, buscando traductores, sabios e intermediarios. Finalmente, se les hallaba trabajando para museos en ciudades como París, Nueva York, México o Berlín, inventariando colecciones u organizando exposiciones. Durante sus viajes elaboraron registros minuciosos. Su objetivo era la observación directa y la acumulación de experiencia. Esta movilidad fue facilitada por la extensión progresiva de líneas de ferrocarriles y por buques, aunque en ciertas regiones siguieron contando con movilidad de tracción animal.

Éstas eran las características que delineaban el perfil real del *homo academicus americanista*. Así el americanismo planteó un tipo

de práctica científica que sometía al propio cuerpo a frecuentes adaptaciones y no pocos accidentes. Las labores de investigación se verían pausadas exhaustivamente por cuarentenas, por lesiones hechas en el terreno y por padecimientos como la malaria. Se detenían a la espera de pasaportes, cartas de recomendación y permisos de paso. Algunos se vieron afectados por cambios de climas y alturas, por virus y también bacterias. Hubo vidas que culminaron en el viaje de investigación, generando conmoción dentro de una comunidad que no fue ajena a sus peligros.

Tras todos estos viajes, los miembros se reencontraban y discutían la experiencia ganada. Algunos se reencontraban con viejos amigos, otros con rivales. Los investigadores compartían resultados con sus pares y, de ser relevantes, los sometían a la aprobación o rechazo del grupo. El ICA por eso reconocía públicamente aquellos trabajos que avanzaban en la dirección considerada como deseable. Se otorgaron reconocimientos y distinciones. Esta dinámica mostró a la vez a sus miembros más jóvenes la trayectoria que deberían seguir como aspirantes a sabio americanista. Es por eso que, junto con demostrar a quienes se encontraban en la punta de la jerarquía de la comunidad científica, los congresos tendrían una función que quizá a largo plazo resultó más importante. Trazó pautas para los jóvenes investigadores, y con ello buscó asegurar su continuidad en el cambio generacional.

2.4 Jerarquía, parentescos y prestigio

Hasta este punto he mostrado una serie de pautas sobre los orígenes geográficos y socioeconómicos de los miembros del núcleo. También reconstruí el perfil ideal del americanista, y detallé los elementos de su capital cultural y del poder científico adquirido. A continuación, hablaré de las jerarquías que se observan al interior del ICA, de los parentescos dentro de la comunidad y de la cuestión de género. Para ilustrar mejor estos aspectos del análisis, decidí contrastar las trayectorias biográficas de dos de

los máximos exponentes del americanismo de esta generación, Eduard Seler y Zelia Nuttall. Con ellos discutiré la generación de prestigio. Por ahora, empezaré con lo más básico, con la estructura y jerarquías del ICA.

Jerarquía

Cada una de las sedes del Congreso Internacional de Americanistas contó con una Comisión Organizadora, cuyo secretario general fungió como la persona encargada de preparar el encuentro. Las comisiones, tras postularse y obtener la sede próxima, contaron con un periodo de dos años de preparación. Se encontraban muy activas durante el Congreso, y después de él contaban con dos años para la publicación de las Actas con los resultados del encuentro. Antes de dar inicio formal al Congreso se hizo tradición celebrar una ceremonia de transmisión de poderes de una sede a otra. Después de este momento simbólico, el Consejo se reunía y seleccionaba a las personas que cumplirían con funciones prácticas y simbólicas en la nueva sede.

Cada uno de los ICA tuvo por lo menos un presidente, vicepresidente, secretario general y tesorero. En las Actas, además, se consignaban los nombres de los delegados oficiales extranjeros, y luego, se añadía la lista de miembros asistentes. A través de estos distintos rangos y funciones, se produjeron formas de distinción entre los miembros de la comunidad. El ICA fue una institución productora de jerarquías, asignando simultáneamente responsabilidades a cumplir independientemente del contexto en el que se celebrara la sede. Esto a largo plazo cumplió con la función de ir señalando públicamente a las autoridades y miembros distinguidos dentro del grupo que aquí voy a analizar.

La elección de una persona como presidente del ICA significó el mayor prestigio otorgado por la comunidad científica a un individuo y funcionó para mostrar a las nuevas generaciones modelos potenciales de emulación. La sesión plenaria exhibía a las autoridades de la comunidad de americanistas bajo las funciones de presidentes, vicepresidentes y con nombramientos honora-

rios. Este rito presentó los cuadros de autoridades que simbolizaban la existencia y continuidad de la comunidad.⁹⁵

Los presidentes del ICA fueron la mayor parte de las veces investigadores que poseían una erudición en temas americanistas. En la mayoría de los casos, la institución lo asignó a quienes habían realizado un trabajo académico excepcional. Sin embargo, en un análisis detallado de los perfiles, encontré también el otorgamiento de este reconocimiento a políticos y funcionarios que habían mostrado disposición a apoyar estos estudios. De esta forma, el otorgamiento de prestigio a través de la presidencia podía reconocer la trayectoria de un investigador, o podía deberse a una apuesta para que los estudios americanistas recibieran apoyo.

Al analizar quiénes fueron nombrados presidentes del ICA en el periodo de consolidación del congreso encontré que la medicina y la geología fueron los dos campos de formación más usuales entre quienes ocuparon la presidencia. De los diecisiete presidentes entre 1886 y 1915, el 53 % responde al reconocimiento de una trayectoria de investigación excepcional, el 35 % fue otorgado a personas ligadas al ramo educativo y el 12 % restante fue otorgado a personas con capital político, aunque sin mucha relación con el americanismo. Entre los presidentes se encuentra que el 100 % de ellos eran varones y 0 %, mujeres. De ellos, el 70 % eran europeos y el 30 % americanos. También, cuatro de los diecisiete eran alemanes, siendo esta la nacionalidad más frecuente en la presidencia.

Nueve de las diecisiete presidencias reflejan el reconocimiento por sus trayectorias de investigación. Los presidentes del ICA que además fueron importantes figuras científicas son: Wilhelm Reiss, Armand de Quatrefages, Rudolf Virchow, Adolf E. Nordenskiöld, Ernest Th. Hamy, Karl von den Steinen, Eduard Seler, Clements Markham y William Henry Holmes. La mayoría de ellos poseían vínculos directos con museos científicos en Berlín, París y Washington D. C.

⁹⁵ Autores como Larissa Lomnitz han señalado las funciones simbólicas de las sesiones plenarias de los congresos. Citada en López-Ocón, «El papel», 280.

De ellos, por ejemplo, Quatrefages formó parte de la Comisión Científica francesa en México, Reiss hizo excavaciones arqueológicas en Ecuador y Perú, mientras que Nordenskiöld se dedicó a la exploración de Groenlandia. Virchow fue una autoridad internacional en la medicina; von den Steinen destacó en los estudios lingüísticos y míticos en la Amazonía y Seler en el estudio de los sistemas de escritura mesoamericanos. Markham publicó sobre Tiwanaku y fuentes del Virreinato del Perú, mientras que Holmes participó en la *U.S. Geological Survey*. Además, estos investigadores eran miembros activos de sociedades científicas como la *Gesellschaft für Athropologie, Ethnologie und Urgeschichte*, la *kgl. Akademie der Wissenschaften*, el *Institut de France*, la *Société des Américanistes de Paris*, la *Royal Geographical Society*, el *Bureau of American Ethnology* y la *National Geographical Society*.

En mi análisis creé una segunda categoría de otorgamiento de presidencias que responden al reconocimiento en la promoción de los estudios americanistas desde lo financiero, lo político y lo educativo. Entre los presidentes del ICA que ubico en esta categoría se encuentran: Ariodante Fabretti, Antonio María Fabié, Joaquín Baranda, Morris K. Jesup, Robert Bell y José Nicolás Matienzo. Desde lo político y lo económico, ellos también tenían vínculos con museos que se hallaban en Italia, México, los Estados Unidos y Argentina.

Fabretti fue senador en Italia, mientras que Fabié fue senador en España y ministro de Ultramar. Baranda fue ministro de Justicia e Instrucción Pública en México y apoyó la reestructuración del Museo Nacional. Además de haber sido el primer presidente de un ICA celebrado en América, el Códice Baranda lleva ese nombre en su honor. Por su parte, Jesup fue un importante banquero que financió la *Jesup North Pacific Exploration* dirigida por Franz Boas, además de ser el presidente del *American Museum of Natural History*. José Nicolás Matienzo fue el decano de la Universidad de Buenos Aires.

Para terminar, clasifiqué un pequeño grupo de quienes probablemente obtuvieron la presidencia a partir de su poder político. Este grupo se compone por Gustav Tamm y Wilhelm von Wec-

kbcker. Sugiero que su elección respondió a una apuesta por su capital político en la espera de que otorgaran apoyos a la persecución de las metas de la comunidad. Tamm fue el gobernador de Estocolmo y von Weckbecker se desempeñó como funcionario imperial austriaco.

Parentesco y género

Dentro de estas estructuras también encontramos parentescos. Con la exploración de todas estas variantes, identifiqué americanistas que ingresaron a una corta edad al círculo. Esta facilidad en su inserción, la explico a partir de vínculos familiares que marcaron el acceso a nuevos miembros de la comunidad, siendo especialmente bien recibidos aquellos hijos o sobrinos de americanistas ya reconocidos. Se dieron casos de nuevos investigadores quienes desde una edad temprana tuvieron un acceso privilegiado a la red de los americanistas, a sus contactos y financiamientos.

Así, se constatan elementos de endogamia dentro de la formación de redes americanistas, situación que devela una producción académica a partir de estructuras familiares. A los parientes de miembros del grupo se les reconoció tempranamente como investigadores importantes, es decir, con las credenciales del ejercicio científico. Un caso es por ejemplo el del historiador argentino Ernesto Quesada, quien asistió tempranamente al ICA en 1879. Con veintiún años dio su opinión sobre la organización del Congreso y fue conocido dentro de la comunidad aún sin presentar un trabajo de autoría propia, ya que llevó un texto de su padre, el diplomático Vicente Quesada.

El escritor peruano Ricardo Palma y su hijo homónimo se encuentran también en la lista. Otro ejemplo es el de la familia sueca Nordenskiöld. El padre, Adolf, fue un explorador polar y co-presidente del ICA en 1894 y sus hijos Gustaf y Erland formaron parte de la comunidad de americanistas especializándose en arqueología en Mesa Grande y etnografía del Chaco respectivamente. En estos casos existió por lo tanto una perpetuación

de las credenciales a partir de padres exploradores, diplomáticos o escritores que heredaron a sus hijos la entrada a los círculos científicos y que, quizá pudieron beneficiarse de prácticas de nepotismo.

Otro tipo de acceso estuvo mediado a partir del vínculo conyugal en donde el trabajo académico, a menudo resultó favorecido por intereses, viajes conjuntos y trabajos complementarios entre parejas. De hecho, ésta parece haber sido la división de trabajo más fructífera para la producción americanista. Tales fueron los casos de Eduard Seler y Caecilie Seler-Sachs, de Robert Lehmann-Nitsche y Juliane Dillenius, de Zelia Nuttall y Alphonse Pinart, de Hinrich Johannes Rink y Signe Rink y también de John B. Shipley y Marie Adelaide Shipley. Es de remarcar cómo entre los Seler, Rink y Shipley, se dio en su época un reconocimiento público de la importancia del trabajo de investigación que hacían las mujeres en la investigación conjunta. Esta situación destacó en un contexto de escasa apertura al reconocimiento del trabajo de investigación y de los aportes de las mujeres a los estudios americanistas.

Dentro de las relaciones de género, de acuerdo con los datos arrojados por la base de datos, el 6 % de los miembros del núcleo eran mujeres. De hecho, el primer ICA donde investigadoras presentaron trabajos ocurrió en 1890, cuando el ICA cumplió quince años de existencia. Zelia Nuttall y Marie Adelaide Shipley fueron pioneras con la presentación de sus primeros trabajos en París. Esta circunstancia implica que, durante los primeros quince años del Congreso Internacional de Americanistas, el 100 % de las ponencias fueron presentadas por varones, lo cual es un reflejo significativo de la dimensión del acceso de las mujeres a la palabra, a la educación y a los viajes de investigación y que, en consecuencia, terminó limitando también su acceso a los puestos de trabajo, a las cátedras universitarias y al prestigio al interior de las comunidades científicas internacionales.

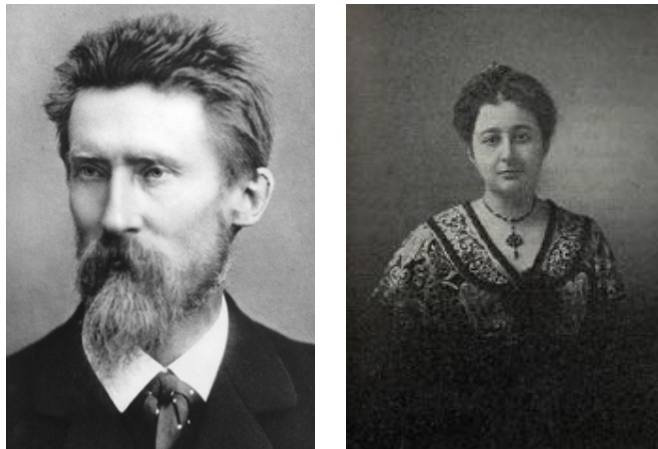
En los siguientes veinticinco años, y tomando en consideración la composición por género, sólo el 4 % del total de trabajos presentados al ICA durante los primeros cuarenta años

habían sido escritos por mujeres. Entre las americanistas que formaron parte del núcleo se encontraban Zelia Nuttall, Alice C. Fletcher y Frances Densmore (EE.UU.); Caecilie Seler-Sachs y Therese von Bayern (Alemania); Isabel Ramírez Castañeda (México) y Adela Breton (Inglaterra). En los contextos de investigación americanista en donde la presencia femenina resultó excepcional, resalta el hecho de que la mayor parte de las americanistas provenían de los Estados Unidos, siendo este un país más favorable en el despegue de las carreras académicas de mujeres, que no se encuentra para los estudios de área en esta época en ningún otro país. En muchos casos, de las investigadoras americanistas resalta el que hubieran encontrado en la etnografía y en el arte una puerta de entrada a estos estudios, especializándose muchas de ellas en la etnomusicología, pintura mural, y la fotografía. Aunque, fue probablemente Zelia Nuttall la única americanista que recibió en vida un reconocimiento explícito, semejante al de sus pares varones, tal como veremos más adelante.

Trayectorias emblemáticas

Eduard Seler y Zelia Nuttall (ver figs. 14 y 15) fueron considerados en su época como dos de los más importantes americanistas de su generación. Por eso, los he elegido para examinar cómo las dinámicas del ICA generaban prestigio, mismo que obtenían sus miembros a partir de su trabajo de investigación.

Entre las condiciones que permitieron el éxito académico de Seler y de Nuttall examino condiciones de su formación, origen social, capital económico, influencia familiar y adscripciones institucionales. Éstos, entre otros factores, perfilaron su prestigio científico y representaron un potencial para la adquisición de distinciones. Además, ambos investigadores desarrollaron la mayor parte de su producción sobre el México Antiguo, lo que permite examinar también cómo la centralidad de los estudios mexicanistas en esta época tuvo como consecuencia que sus expertos tuvieran un público amplio, lo cual sin duda representó



Figuras 14 y 15. Eduard Seler y Zelia Nuttall. Fuentes: Staatliche Museen zu Berlin, Ethnologisches Museum y fotografía tomada de Rev. Charles Warren Currier, «The International Congress of Americanists (Illustrated),» *Catholic World* (enero, 1903).

una ventaja en el ascenso dentro de la jerarquía y en la obtención de financiamientos.

Hacia principios del siglo XX, Eduard Seler fue considerado el máximo americanista europeo de su época. Contó con el respaldo de importantes instituciones. En Alemania fue jefe de la sección americana del *Kgl. Museum für Völkerkunde* y profesor en la *Friedrich-Wilhelms-Universität*. En México fue profesor honorario en el Museo Nacional de Antropología, Historia y Etnología. Por su parte, Zelia Nuttall también fue profesora honoraria del museo mexicano y además se hallaba asociada en los EE. UU. al *Peabody Museum* de Harvard y a la *University of California*. Tanto Seler como Nuttall se especializaron en el estudio de códices y también llevaron a cabo actividades de coleccionismo para museos.

Zelia Nuttall nació en San Francisco en 1857. Fue hija de Magdalena Parrott y Robert Nuttall. Su padre era un médico irlandés, mientras que su madre había nacido en México y era hija de un banquero de San Francisco. Vivió once años en Europa, transitando por Francia, Inglaterra, Alemania e Italia, donde aprendió los

cuatro idiomas, y a los 19 años regresó a su ciudad natal en California. De acuerdo con su biógrafa Amanda Adams, Nuttall se interesó en el México Antiguo a los ocho años, a partir de que su madre le mostró el libro *Antiquities of Mexico* de lord Kingsborough, momento que marcó su interés temprano por los códices.

Por lo tanto, un acceso a temprana edad a los libros de los antiguos generó un vínculo e interés prematuros por los temas americanistas. Posteriormente, a los 23 años, se casó con Alphonse Louis Pinart, americanista francés con quien viajó extensamente antes de solicitar y obtener su divorcio de él.⁹⁶ Seis años después, participó por primera vez en un Congreso Internacional de Americanistas. Nuttall envió al ICA de 1890 un estudio sobre la obra de arte plumaria que se encuentra en Viena⁹⁷ y que se conoce comúnmente con el nombre de “Penacho de Moctezuma”.

A lo largo de su carrera, Zelia Nuttall no fue solamente una investigadora de escritorio ni de archivos, sino que realizó trabajo de campo y excavaciones en la Isla de los Sacrificios en el Golfo de México. Estuvo ligada a distintos museos en los Estados Unidos e incluso, el Códice Nuttall lleva ese nombre en su honor. Fue nombrada en su momento profesora honoraria del Museo Nacional en México y revisó gran parte de los archivos y bibliotecas europeos que albergaban fuentes del México Antiguo. A pesar de su prestigio, no estuvo exenta de vivir violencia de género, especialmente por parte del arqueólogo Leopoldo Batres, quien en sus controversias arqueológicas la llamaba despectivamente “la viuda Piñart [sic]”, siendo que Nuttall se había cambiado el nombre y Pinart seguía vivo.⁹⁸

En contraste con Seler, quien asistió periódicamente a todos los ICA, Nuttall le otorgó comparativamente menor importancia

⁹⁶ Amanda Adams, *Scherben bringen Glück. Pionierinnen der Archäologie* (Gestenberg, 2013), 77-101.

⁹⁷ Zelia Nuttall, “Sur le Quetzal-apanecaiotl ou coiffure mexicaine en plumes conservée à Vienne,” en *Congrès International des Américanistes. Compte-rendu de la huitième session tenue à Paris en 1890*, 453-459.

⁹⁸ Seonaid Valiant, *Ornamental Nationalism. Archaeology and Antiquities in Mexico, 1876-1911* (Brill, 2017), 213.

al Congreso. Aparece en las listas de 9 de ellos, sin embargo, no asistió a todos, aunque sí mandaba sus trabajos. En el segundo ICA en el que participó fue en el de Huelva, en el cual su hermano presentó el trabajo de Nuttall sobre el calendario mexicano.⁹⁹ Para ese momento, la fama de Nuttall creció exponencialmente. El sacerdote católico Charles Warren Currier señaló en documentos que se encuentran en el *American Museum of Natural History* cómo esa ponencia había sido un hito.¹⁰⁰ También el negociante francés Desiré Pector reconoció su investigación explícitamente.

Por su parte, Eduard Seler nació en Crossen an der Oder en 1849, como hijo de Pauline Münch y Robert Seler, quien era de familia protestante, maestro de escuela y organista. Seler estudió ciencias naturales y matemáticas y posteriormente trabajó como maestro privado para hijos de banqueros y médicos. En este contexto, según señala Eckehard Dolinski, Eduard Seler conoció a Caecilie Sachs y se casaron. A partir de entonces, el matrimonio entre Seler y Seler-Sachs funcionó como una alianza que determinó también su desarrollo profesional. Al casarse, Eduard Seler se benefició de la estabilidad económica que proporcionaba la riqueza de su esposa para poder financiar largos viajes de investigación y publicar sus obras, así como recluirse en lecturas en su hogar en Steglitz.

Seler-Sachs impulsó los intereses de su pareja con un viaje a México, lo que marcó su acceso a la información sobre la existencia del *Tonalámatl* de Aubin y la amistad del americanista mexicano Antonio Peñafiel. En total, la pareja realizó siete viajes a América. Desde allí, además del vínculo marital, inició un vínculo mutuo de interés por los estudios sobre México y su historia.¹⁰¹ A la vuelta de su primer viaje, Eduard Seler participó

⁹⁹ Zelia Nuttall, "L'ancien Calendrier Mexicain," en *Congreso Internacional de Americanistas. Actas de la novena reunión Huelva*, 1892, 58-61

¹⁰⁰ American Museum of Natural History. Anthropology Archive. Saville, Marshall Howard .S285, c. 2, f. 19.

¹⁰¹ Eckehard Dolinski, "Eduard Seler y Caecilie Seler-Sachs, fundadores alemanes de los estudios científicos precolombinos," en *Eduard Seler y Caecilie Seler. Sistematización de los estudios americanistas y sus repercusiones*, editado por Renata von Hanffstengel y Cecilia Tercero Vasconcelos. (Universidad Nacional Autónoma de México; Instituto de Inves-

por primera vez en el ICA de Turín en 1886 con un trabajo sobre los códices Borgia y Vaticano y al congreso siguiente en Berlín presentó un extenso estudio sobre el *Tonalámatl* de Aubin.¹⁰² Sin embargo, el momento cumbre de su carrera ocurrió en 1910, cuando fue elegido presidente del Congreso en México. Este periodo de veinticuatro años marca el ascenso de Eduard Seler dentro de la comunidad de americanistas. El académico y sus estudios se transformaron en canónicos y si bien participaba en desacuerdos con otros americanistas,¹⁰³ en la sociabilidad de grupo fue tenido como autoridad y su trabajo marcó un momento clave en la historia del americanismo alemán.

Eduard Seler y Zelia Nuttall, a pesar de sus diferencias en opiniones y en sus estudios; compartieron semejanzas en sus trayectorias. Ambos tenían una gran movilidad entre Norteamérica y Europa, lo que les permitía consultar archivos en distintas ubicaciones y también realizar trabajo de campo. Ambos también contaban con una base socioeconómica sólida que les permitió holgadamente poder adquirir libros, materiales de estudio y condiciones para dedicarse a sus investigaciones. Seler y Nuttall eran políglotas y tenían sólidos conocimientos en humanidades. Pero, mientras que Seler empezó a participar en el ICA con trabajos sobre el *Tonalámatl* de Aubin, Nuttall lo hizo con estudios sobre piezas de arte plumaria. No obstante, tanto Nuttall como Seler participaron con regularidad en los congresos internacionales de americanistas.

Aunque, quizá un aspecto en el que difirieron fue su nivel de participación en las estructuras del ICA. Eduard Seler le dio gran

tigaciones Interculturales Germano-Mexicanas; Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2003), 34-37.

¹⁰² Eduard Seler, "Das Tonalamatl der Aubin'schen Sammlung und die verwandten Kalenderbücher," en *Congrès International de Américanistes. Compte-rendu de la septième session. Berlin 1888*, 521-734.

¹⁰³ Ver por ejemplo sobre inventarios: Bertina Olmedo, "El inventario de Eduard Seler", en *Eduard Seler. Inventario de las colecciones arqueológicas del Museo Nacional, 1907*, editado y con estudios preliminares de Bertina Olmedo y Miruna Achim (Secretaría de Cultura; Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2018), 78-81; y sobre el trabajo de arte plumaria y la práctica arqueológica: Valiant, *Ornamental Nationalism*, 215.

importancia a su asistencia y presencia en todos los Congresos de Americanistas, hasta su asistencia al último que le permitió su estado de salud en 1912. Asistió a un total de catorce congresos habidos en Europa y en América entre 1886 y 1912, lo cual implica una movilidad excepcional que no tendría equivalente en su época. Con esto, Seler manifestaba un compromiso total con el ICA como espacio para la institucionalización de los estudios americanistas. Su estatus dentro de la jerarquía se aprecia con puestos de presidente y vicepresidente, y en intervenciones corrigiendo las ponencias de otros miembros del grupo. También se observa un envío exhaustivo de trabajos para su publicación en las actas, en ocasiones superando las doscientas páginas por sesión.

En contraparte, Zelia Nuttall aunque bien participaba regularmente en los ICA, ella no manifestó el interés exhaustivo de Seler por asistir al Congreso. Nuttall enviaba a menudo sus trabajos para su publicación en las actas, pero no siempre asistía de forma presencial a los congresos. De hecho, la primera vez que asistió a uno fue al de Estocolmo en 1894, y su ponencia fue preseleccionada para ser escuchada por el rey Oscar II de Suecia. Por otra parte, en un contexto tan dominado por lo masculino, la presencia de Zelia Nuttall y más aún, el reconocimiento a su trabajo en su propio tiempo, resultan excepcionales. La arqueóloga llegó a alcanzar puestos en la jerarquía americanista como vicepresidenta y fue considerada como una autoridad indiscutible.

Además, Nuttall fue una investigadora viajera, quien cambió de residencia frecuentemente, viviendo en los Estados Unidos, Alemania, Suiza y Rusia en su edad adulta y combinando su trabajo con la maternidad, al tener la custodia de su hija. Buscó esta itinerancia hasta residir de forma permanente en la Casa Alvarado en Coyoacán y que, a partir de 1902, se convirtió en un espacio de socialización para sus amigos, entre quienes también se encontraban importantes americanistas.¹⁰⁴ En archivo,

¹⁰⁴ Apen Ruiz Martínez: «Zelia Nuttall e Isabel Ramírez: las distintas formas de practicar y escribir sobre arqueología en el México de inicios del siglo XX», *Cadernos Pagu* 27 (2006), 110-112.

Apen Ruiz Martínez encontró el siguiente fragmento en el que Nuttall le contaba a su amigo Franz Boas que:

[...] me he dado cuenta de que si en los próximos años tengo que pasar una parte de cada año aquí, tengo que tener mis libros a mano, y un lugar donde retirarme para trabajar el material. Teniendo en cuenta todo esto, he llegado a la conclusión de que la mejor cosa que puedo hacer es establecer mi cuartel general en uno de los suburbios de la ciudad de México, donde puedo contar con alimentos, una tranquilidad perfecta y maravillosa, un gran jardín y una casa espaciosa pagando un alquiler muy bajo comparándolo con California. Parece que será fácil traer mis muebles y mis libros, y podré trabajar bien. Desde aquí puedo ir fácilmente a California y al este de Estados Unidos. El clima me favorece mucho. Creo que el plan de establecerme aquí, en la tierra de mis investigaciones, es muy sensata desde todos los puntos de vista. La idea de establecerme ha resultado de una larga deliberación y reflexión y Nadine está encantada con eso, lo cual hace las cosas mucho más fáciles para mí.¹⁰⁵

Este pequeño fragmento refleja precisamente el contexto de Nuttall. Su caso permite observar cómo el éxito académico también se vio muchas veces condicionado por cuestiones como el capital económico y social heredado y también el adquirido. Zelia Nuttall tuvo una fortuna personal heredada, que complementó con patrocinios de los mecenas, especialmente de Phoebe Hearst y el Duque de Loubat. Cabe señalar también las redes de amistad que Zelia Nuttall supo cultivar con el resto de los miembros de la élite americanista. Algunos de sus amigos eran Franz Boas, Max Uhle, Adela Breton, Alice C. Fletcher y Manuel Gamio.

Si bien esbozadas en términos muy generales, las trayectorias biográficas de Seler y Nuttall presentan contextos distintos de donde proceden personas que se dedicaron a los estudios americanistas y que participaron en el ICA. Al hablar de los orígenes

¹⁰⁵ Citado en: Ruiz Martínez, “Zelia Nuttall e Isabel Ramírez”, 111.

geográficos y contextos socioeconómicos que marcan las pautas de la academia, encontré factores que contribuyeron para que estos americanistas formaran parte del núcleo. Esta circunstancia se vio influenciada por el lugar de origen, el estrato socioeconómico, el género, el acceso universitario, el rol de la familia, la obtención de financiamiento, el vínculo institucional, el apoyo de la pareja y factores carismáticos que fueron fundamentales en la conformación de cada uno de estos perfiles.

El Congreso por su parte, convocado en gran medida para canalizar una pasión por el conocimiento, hizo converger a personas provenientes no solo de países distintos y que hablaban lenguas diferentes, sino que realmente existía un complejo mundo social detrás de las redes que interactuaban en los encuentros. Aunque estos elementos marcan pautas, aunadas a la agencia individual, sus circunstancias crearon condiciones favorables para sus trabajos y proyectos. En los casos conjuntos de Seler y Nuttall se observa la presencia de médicos y banqueros dentro de sus círculos familiares. Ambos tuvieron parejas que se dedicaron a temas americanistas, a pesar de que esos vínculos afectivos tuvieron duraciones distintas. Se observa además una base económica y social favorable para dedicarse a la lectura, la adquisición y publicación de libros. Además, viajaron extensamente, primero con las fortunas familiares y después a través de la obtención de mecenazgos y puestos en museos, lo que les permitió también la publicación de sus obras.

Tanto Seler como Nuttall se dedicaron a la mexicanística y también hicieron labores de coleccionismo arqueológico. Finalmente, coincidieron como profesores honorarios del Museo Nacional de México y puede vérselos retratados en el patio del Museo, en el marco del Congreso de 1910 en México (ver fig. 16).

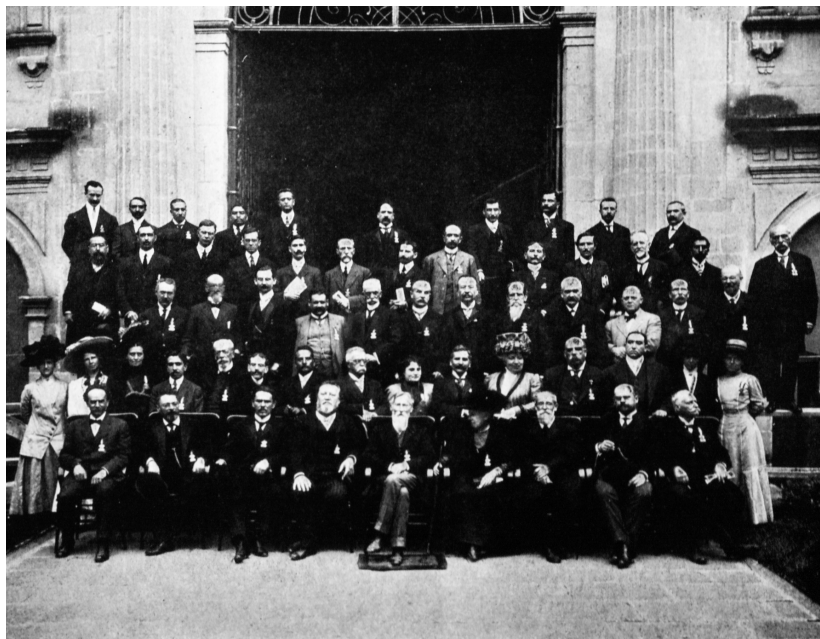


Figura 16. “Miembros del Congreso de Americanistas”. Fuente: *Crónica Oficial de las Fiestas del Primer Centenario de la Independencia de México*, p. 227.

En el marco de ese congreso en México, el Comité Ejecutivo del ICA designó a Eduard Seler como presidente. No obstante, a pesar del prestigio que eso implica, existen circunstancias y juegos de poder e injusticias declaradas con esta designación. En el Archivo General de la Nación encontré un memorándum de la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes y una carta del lingüista Francisco Belmar que muestran los conflictos ocurridos durante la designación, ya que si bien en el memorándum se llama a Seler “el más distinguido americanista del mundo”, Francisco Belmar denunció las irregularidades cometidas por Leopoldo Batres durante el Congreso, entre las que se incluyen, la falta de integración de los miembros mexicanos en la decisión de elegir al presidente, y que era secundado por nacionales y extranjeros, entre quienes se contaba Zelia Nuttall:

El día de la apertura del Congreso Internacional de Americanistas, y previa cita del Sr. Lic. José Romero, asistí al Museo Nacional como miembro de la Comisión Mexicana de Organización para cumplir con los deberes de ella cual era uno de ellos, nombrar el Comité Ejecutivo. Una vez en el Salón del Museo se presentó el Sr. Batres y declaró abierto el Congreso manifestando á todos los miembros allí presentes que desocuparan el Salón pues solo debían quedarse los delegados extranjeros con quienes se procedería a la formación del Comité Ejecutivo. [...] El día siguiente que se inauguró dicho Congreso en el Palacio de Minería y en virtud del hecho anterior, el Sr. García Naranjo protestó públicamente contra la irregularidad que el Sr. Batres había cometido al negar, tanto a la Comisión Organizadora como á los mexicanos tomar parte en el nombramiento del Comité Ejecutivo y por haberse nombrado como presidente del Congreso á un extranjero, cuando la etiqueta exigía que fuera un mexicano, y también porque en la formación de dicho Comité no había tenido México ninguna representación. [...] Entonces algunos congresistas tanto nacionales como extranjeros pensaron en redactar una protesta en términos serenos firmada por la estimable Sra. Zelia Nuttall, algunos extranjeros y congresistas mexicanos [...].¹⁰⁶

De forma que, a pesar del prestigio de la presidencia del ICA, estas acusaciones reflejan la falta de una participación democrática en la decisión. En esa sesión surgieron múltiples conflictos dentro de la comunidad, y se acusó a Leopoldo Batres de impedir a otros americanistas acercarse a Seler, lo que generó molestias en el grupo. Esto devela uno de los puntos frágiles de la sociabilidad dentro de la jerarquía. Ante los múltiples conflictos, Zelia Nuttall, así como Francisco Belmar y Nicolás León, renunciaron a sus puestos como miembros honorarios del comité organizador. No obstante, a pesar de todos estos conflictos que aparecen prácticamente solo en la búsqueda detectivesca en archivo, en

¹⁰⁶ Archivo General de la Nación [México]. Instituciones Gubernamentales: época moderna y contemporánea. Administración Pública Federal S. XIX. Instrucción Pública y Bellas Artes. Caja 275, expediente 26, foja 5, 13 de septiembre de 1910. Francisco Belmar a Porfirio Díaz.

la fotografía del congreso encontramos a Eduard Seler y a Zelia Nuttall frente a la entrada a la Galería de Monolitos del Museo Nacional en México.

Por esto, trayectorias como las de Eduard Seler y Zelia Nuttall, leídas a través del Congreso, develan la formación de estos *homo academicus americanistas*. Hacia 1910 la contribución de Seler a los estudios de área se había consolidado y convertido en canon. Su estatus en la jerarquía no se aprecia solamente en el título o rango que era otorgado dentro del ICA, sino también en detalles más pequeños. En la fotografía de grupo en México, no sólo se colocó a Seler en el centro, sino que tuvo un tapetito para sus pies. Símbolo pequeño pero significativo de jerarquía, de una separación artificial entre el suelo terrenal que lo elevó durante el momento cumbre de su carrera. Nuttall también aparece en la fotografía, en la segunda fila justo detrás de Caecilie Seler-Sachs. Frente a la seriedad del americanista alemán, la americanista estadounidense sonrió a la cámara, portando un gran sombrero con el que se distingue. Y, detrás de aquella gran puerta frente a la cual posaban estas redes de americanistas, se hallaban algunas de las colecciones más preciadas de sus estudios. Hoy, esas colecciones se hallan en el Museo Nacional de Antropología.

SEGUNDA PARTE

Los estudios sobre el pasado

¿Cómo se entrelazan la profesionalización de las ciencias del pasado y el ICA?

3.1 La puesta en crisis de la idea del *Nuevo Mundo*

El ICA formó una comunidad para el estudio del pasado. En este capítulo mostraré cómo los americanistas discutieron migraciones antiguas, plantearon la excavación de espacios arqueológicos y anunciaron el descubrimiento de manuscritos antiguos. Estos acontecimientos, aunque diferentes entre sí, dan cuenta de una especificidad de la comunidad, es decir, de una búsqueda colectiva por comprender el pasado americano en distintas escalas temporales. Individual y colectivamente, los americanistas cambiaron la forma de entender distintos pasados entre los habitantes del continente a partir de estudiar materialidades; de cuestionarse cómo vivían y qué conocimientos tenían sus antiguas poblaciones. Unieron pasados heterogéneos en un solo canon, el de sus propios estudios. Sostengo que una de las consecuencias de esta labor terminó poniendo en crisis la idea del «Nuevo Mundo», reevaluando las distintas dimensiones temporales de las heterogéneas culturas que habían habitado el continente y mostraron que América era un continente cargado de historia.

En este proceso, las ruinas, monumentos, huesos y libros fueron buscados, procurados y revelados por los miembros del ICA durante sus congresos. Los usaron como fuentes para el estudio

científico del pasado. En la pregunta por la antigüedad del que tanto se había llamado el *Nuevo Mundo*, América se convirtió en un laboratorio arqueológico donde ensayar una relación con el pasado. En él, los americanistas complejizaron y mediaron conocimientos para reconstruir un extenso mundo social anterior a 1492. Allí, el Congreso Internacional de Americanistas funcionó como el espacio de comunicación en donde se informó del hallazgo de espacios, objetos y colecciones que daban cuenta de esos muchos pasados.

Monumentos, cerámicas, restos humanos, textiles, murales, juguetes, e incluso restos de fauna extinta resultaron ser materiales fundamentales para la comprensión diacrónica del tiempo. Estas diversas materialidades permitían entablar distintas duraciones temporales. De allí que las investigaciones americanistas a gran escala empezaran a requerir de la colaboración entre especialidades distintas para la localización y examinación de vestigios. Expertos en las ciencias especializadas en el estudio del pasado intervinieron examinando determinadas materialidades y escalas temporales. Los geólogos se especializaron en la lectura de materiales en escalas de miles o incluso millones de años, mientras que los historiadores abordaron una escala temporal más corta de cientos de años de antigüedad.

A continuación, mostraré ciertos momentos de agitación al interior del Congreso que llevaron a discutir el uso de la materialidad como fuente para el estudio del pasado. Mi objetivo es presentarles cómo al interior del ICA se reevaluó la dimensión temporal de las poblaciones de un continente entero. En esta labor, la arqueología, que se encontraba en proceso de profesionalización, fungió como una ciencia clave para el americanismo y viceversa, el americanismo le dio un nuevo impulso a la arqueología. Ya que mientras que en Europa, Asia y África solía existir una relativa continuidad en los sistemas de escritura o formas de medición del tiempo que facilitaban en muchos contextos el ordenamiento de culturas en una línea del tiempo, en América no siempre existió una continuidad en los sistemas de registro. La materialidad lítica, cerámica y de restos humanos tomó entonces

una importancia como el elemento clave que permitía calcular la distancia temporal.

En el siglo XIX, durante el proceso de profesionalización de la arqueología, esta disciplina introdujo un cambio fundamental al concebir una enorme gama de materialidades como fuentes. En ella, el valor de los objetos antiguos se ligó a la cantidad y calidad de información que podía aportarles a los investigadores sobre el contexto de las poblaciones que los habían creado. Esta cuestión resultó de gran relevancia en los contextos en donde no quedaron registros escritos o una tradición oral que pudiera dar cuenta de los acontecimientos del pasado. Les permitió a los americanistas examinar las condiciones de vida en largos periodos de tiempo, con lo cual podían sortear la pérdida de conocimiento intergeneracional y el olvido de la experiencia histórica. Con la materialidad como fuente de conocimiento, aquellos investigadores iniciaron una estrategia de búsqueda y desciframiento de vestigios.

La arqueología vista continentalmente

Trabajos arqueológicos entre americanistas se emprendieron de forma simultánea y los resultados se reportaron periódicamente al ICA. En este contexto, Teotihuacán en México y Tiwanaku en Bolivia concentraron gran parte de la atención arqueológica del periodo que se analiza en este libro. Las razones son múltiples, pero entre las principales se encuentra que tanto Teotihuacán como Tiwanaku permitían dar cuenta de una larga temporalidad, aunque también influyeron la atracción por la monumentalidad de sus construcciones y el potencial que presentaba a quienes lo estudiaban de convertirlas en arquetipos de civilización para América. Los americanistas vieron en ambos espacios candidatos para competir dentro de escalas civilizatorias de la época, al nivel de las llamadas «culturas clásicas» como las de Grecia y Egipto.

Estas proyecciones llevaron al Gobierno mexicano en el caso de Teotihuacán y al francés en el caso de Tiwanaku a financiar las excavaciones arqueológicas en los sitios. Sus casos también

revelan cómo las investigaciones americanistas a gran escala fueron realizadas a partir de actitudes de colaboración y competencia entre expertos provenientes de distintos países. Para el estudio de Teotihuacán y de Tiwanaku coincidieron investigadores mexicanos, franceses, bolivianos, peruanos, estadounidenses, alemanes, austriacos, argentinos, ingleses y suecos.

Pero éstos no fueron los únicos sitios reportados. Para los primeros cinco congresos celebrados en América se organizaron excursiones a espacios donde se hallaban ruinas. Esos viajes fueron utilizados para examinar sitios de gran interés, ya que además de Teotihuacán y Tiwanaku, hubo excursiones a Pachacámac, Salta, Cuzco, Ancón, Mitla, Xochicalco y los *Mound Builders*. Al ser intervenidos, estos sitios se transformaron en zonas de la práctica arqueológica (ver apartados 3.3 y 4.1). Conectados a estos procesos de intervención, los miembros del ICA tuvieron un papel fundamental en la definición de leyes nacionales para la protección de los monumentos y marcaron pautas para la relación de cuidado con estos sitios (ver apartado 4.2).

Por otra parte, en el ámbito internacional, los trabajos publicados en las Actas del ICA durante el periodo aquí estudiado develan el intercambio de datos e información con el cual se fue abriendo el mapa arqueológico para el continente que incluyó información de los sitios mencionados y otros como Palenque, Chichen Itzá, la Isla de los Sacrificios, Machu Picchu, Nazca, Mesa Verde, la Isla de Pascua, Copán y San Agustín; zonas arqueológicas que se ubican en los actuales territorios de Colombia, Guatemala, Chile, Argentina, los Estados Unidos, Bolivia, Perú y México (ver fig. 17). De esta forma, los Congresos se convirtieron en la plataforma para dar a conocer hallazgos durante las intervenciones arqueológicas emprendidas en distintas ubicaciones del continente.

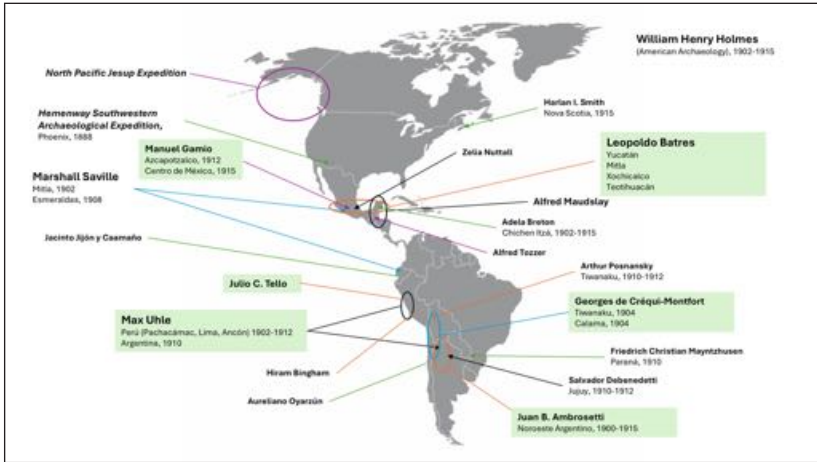
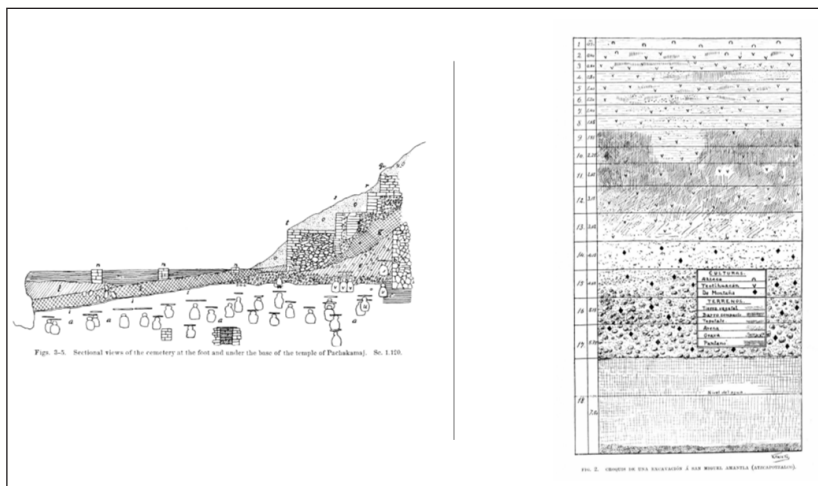


Figura 17. Mapa que muestra las zonas arqueológicas reportadas por los americanistas en las Actas.

Los americanistas intervinieron activamente en los espacios arriba mencionados y los transformaron. Las Actas del ICA develan una importante circulación de información sobre estos sitios y las innovaciones metodológicas en su intervención. En la transición de siglos destacó el desarrollo del método estratigráfico, que, tomado de la geología, permitió generar cronologías y elaborar secuencias culturales. La estratigrafía permitió estudiar y representar el tiempo profundo en América y dar cuenta de cómo, en ocasiones, el mismo espacio había sido habitado por culturas diferentes en distintos periodos cronológicos (ver figs. 18 y 19).



Figuras 18 y 19. Ejemplos de la aplicación de la estratigrafía en América. La primera fue hecha por Max Uhle en Pachacámac, mientras que la Segunda fue hecha por Manuel Gamio en Atzacapotzalco. Fuentes: Max Uhle, *Pachacamac*; Manuel Gamio en *International Congress of Americanists. Proceedings of the XVIII. Session. London 1912*.

Por todas estas razones, ya desde los últimos años del siglo XIX, la denominación «Nuevo Mundo» empezó a ser cuestionada. Esto era notorio para observadores externos que, no obstante, tenían también interés en que se cronometrara la antigüedad de la presencia de las civilizaciones del continente. Ante este impulso, en su bienvenida a los americanistas a México en 1895, el presidente Porfirio Díaz les recibió en el Palacio Nacional. Les deseó un fructuoso provecho en su visita a «este antiquísimo país que indebidamente sigue siendo llamado *nuevo mundo*». ¹⁰⁷ Haciendo énfasis en su crítica al adjetivo «nuevo», el presidente mexicano cuestionó esta denominación, aludiendo explícitamente a que la ciencia aún no había logrado computar sus orígenes. Los estudios estaban poniendo en crisis la idea del

¹⁰⁷ “La visita al señor presidente de la República”, en *Congreso Internacional de Americanistas. Actas de la undécima reunión México 1895*, 104 [cursiva en el original].

Nuevo Mundo y esto era patente también en Europa. Los investigadores estaban ampliando lentamente las escalas cronológicas y plantearon reconfiguraciones cada vez más complejas.

En 1900, a un cuarto de siglo de historia de su congreso, los americanistas habían logrado la consolidación de una comunidad que era reconocida por su aportación a la reconstrucción de la genealogía de los pueblos americanos. Reunidos en el Ayuntamiento de París para la inauguración de su decimosegunda reunión, sus miembros fueron llamados por el escritor francés Edmond Lepelletier como «los genealogistas del Nuevo Mundo». En un discurso excepcionalmente visionario que señalaba cuáles eran las aportaciones del americanismo, Lepelletier supo resumir la recepción de los estudios americanistas de su época, ligándolos con la humanidad, el patrimonio y la ciencia. Frente al avance industrial y de capacidad técnica, el americanismo fue visto por este escritor como la ciencia que permitía reconstruir el pasado y la genealogía de la humanidad; estudiar monumentos y entender las civilizaciones desaparecidas. Dijo:

Su labor tiene un alcance más elevado y práctico de lo que su modestia parece indicar, y no es a sabios como ustedes a quienes debemos recordar aquella célebre y hermosa frase de Pascal, que decía, al mostrar al navío que sigue su rumbo por los mares: “¡Qué importa que la tripulación se canse de mover la nave hacia la tierra, si no estuviera, inclinado sobre sus mapas y sus libros, el piloto buscando su rumbo en las estrellas!” (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos.*)

Pues bien, es la ciencia la que avanza la nave, la que guía a los pueblos, la que traza su ruta a través de los tiempos, y este americanismo que es objeto de sus estudios, al margen de todo carácter utilitario, es sobre todo fuerte, vivo y útil a través de la ciencia.

América fue al principio como un mundo insospechado. [...] Durante muchos siglos, y aún mucho tiempo después de su descubrimiento, este nuevo mundo permaneció misterioso, hasta el día en que, gracias al trabajo de los científicos, a las excavaciones de Palenque, a las pacientes y arduas investigaciones llevadas a cabo en Perú y en México, se pudieron encontrar los papeles de familia y

reconstituir la filiación de esos pueblos que se creían caídos del cielo, por así decirlo.

Ustedes, señores, continúan la obra iniciada, ustedes son los genealogistas del Nuevo Mundo. (*Aplausos.*)

Ustedes también han dado, a través de su enseñanza, un alcance más filosófico a los estudios que suelen ser puramente geográficos. Al establecer la correlación que existe entre todas las civilizaciones humanas, sin importar la época en que hayan florecido, han permitido constatar que la humanidad es una en su pasado y en su desarrollo.

Al examinar de cerca las ruinas de esos gigantescos y asombrosos monumentos que ustedes han reconstruido, el Templo del Sol en Cuzco, por ejemplo, vemos el mismo arte, el mismo pensamiento de despotismo, la misma sujeción de servidumbre humana que encontramos en Egipto y en la India.

Sin la ciencia, todas estas civilizaciones desaparecidas seguirían desaparecidas, y sólo conoceríamos el tráfico de nuestros vapores, los esfuerzos de nuestros industriales, a quienes rindo todo el homenaje que merecen, pero que, desde un punto de vista más elevado, representan el lado menos interesante del americanismo.

Ustedes han hecho de este nuevo mundo un viejo mundo, con sus tradiciones, su grandeza, su historia; han hecho aparecer una nueva América, la América de los libros y de los laboratorios.¹⁰⁸

Al ser una ciencia abocada sobre todo al estudio del pasado antiguo, Lepelletier planteó cómo el americanismo podía llegar a ser percibido como una ciencia poco utilitaria, en contrapeso a la innovación tecnológica tan celebrada a finales del siglo XIX y precisamente porque repetía el mantra positivista de la confianza en los científicos para guiar el destino de la humanidad, veía de forma optimista el trabajo de los americanistas. En este contexto, de acuerdo con Lepelletier, los americanistas habrían hecho aparecer una nueva América. La nueva América era curiosamente la vieja América, la que era anterior a ese nombre y a Colón. En esta línea de pensamiento me pregunto, ¿cuál era para Lepelle-

¹⁰⁸ Edmond Lepelletier, [Bienvenue], en *Congrès International des Américanistes: XIIIe session; tenue à Paris en 1900*. Ernest Leroux, 1902, xxvi-xxvii.

tier la América de los libros y de los laboratorios? ¿Sería acaso la América que los americanistas estaban construyendo a partir del desciframiento de códigos? ¿Sería que los laboratorios era su forma de ver que los americanistas trabajaran en museos donde construían una visión de ese pasado?

Pero frente al optimismo de quien mira a una comunidad desde fuera, en ese mismo ICA el discurso de Lepelletier contrastó con el tono del presidente de ese Congreso, Ernest Hamy. Hamy, viendo la atención y apoyo gubernamentales que recibían otros eventos de la Exposición Universal de París, observó cómo los estudios americanistas y su congreso eran relegados por otros que trataban temas más prácticos.¹⁰⁹ El antropólogo francés parecía tener un carácter más exculpatorio que de defensa de una ciencia aparentemente poco utilitaria. Su discurso dio cuenta de las muchas dificultades que enfrentaban los organizadores para conseguir apoyo por parte de las autoridades en eventos de amplia envergadura. El contraste con el tono de Lepelletier era evidente, quien, en tanto observador externo, parecía que se podía permitir una distancia con respecto a todas esas dificultades inmediatas e intuir mejor que el americanista mismo el impulso y la trascendencia de esta comunidad científica.

Así, en el año de 1900, en una celebración de logros y en especial de su vínculo con la ciencia, parecía que veinticinco años de Congresos Internacionales de Americanistas habían conseguido acercar a los americanistas a una primera meta en el proceso de complejización de aquello que las sociedades eruditas europeas y americanas conocían sobre los antiguos habitantes del continente. La intervención de Lepelletier, más allá de su evidente retórica, da cuenta de un efecto peculiar observable en cómo eran recibidos los resultados de la investigación americanista fuera de el estrecho círculo de su comunidad. A decir del escritor, los americanistas estaban agrandando el patrimonio de la humanidad y esta es la referencia más antigua que he encontrado sobre

¹⁰⁹ E. T. Hamy, [Discours suivant], en *Congrès International des Américanistes: XIIIe session; tenue à Paris en 1900*, xiii-xv.

la asociación entre el patrimonio de la humanidad y el trabajo de los americanistas. Esto sienta un precedente para las prácticas patrimoniales que explicaré en los siguientes capítulos.

A este respecto, la importancia de entender el pasado, con sus justificaciones humanistas, científicas y nacionalistas, dio la pauta para la puesta en crisis de la idea del Nuevo Mundo y la emergencia de prácticas patrimoniales para su cuidado y protección. Un efecto difícilmente previsible en aquella época era que, en este proceso, los vestigios de ese pasado se hicieron más valiosos y creció exponencialmente su comercialización. Al aumentar su valor como objetos de ciencia, se aceleraron los procesos de circulación, las prácticas de apropiación e incluso de falsificación de vestigios antiguos. La circulación de información, de imágenes, de colecciones, contribuyó a una globalización de las formas de entender y valorar sitios y objetos que daban cuenta de las culturas de tiempos antiguos. Por eso también, un efecto del americanismo fue contribuir a aumentar y difundir el conocimiento sobre el pasado americano, la circulación de objetos, su mercantilización, la propagación de patrones estéticos, sitios turísticos y una experiencia de crear una distancia temporal a partir de la materialidad.

El encuentro periódico en las distintas sedes del ICA fomentó un intercambio de información y de metodologías entre estos pioneros de la profesionalización de la práctica arqueológica. De allí que fuera probando con distintas metodologías, y casi un siglo después de exploraciones en Egipto o Pompeya, que los arqueólogos especializados en América comenzaron a proponer diacronías y sincronías culturales para el continente, abriendo escalas temporales cada vez más amplias a partir de los materiales hallados en las excavaciones. Plantearon también formas de proteger los sitios donde se encontraban sus materiales de estudio. Por tal razón, si bien los estudiosos partieron de la idea de investigar a América como un «Nuevo Mundo», con su trabajo terminaron demostrando la profundidad histórica y la complejidad de los distintos grupos humanos que habitaron este continente.

Entre los resultados de su trabajo intensivo se encuentra el romper con la creencia de que éste había sido un tiempo etéreo, carente de cambio histórico. Y no solo eso, sino que esa perspectiva resultó fundamental para iniciar la sistematización de materiales que permitían la identificación de culturas diferenciadas en una gran escala temporal. Estos trabajos fueron conducidos en Sudamérica por: Arthur Baessler, Arthur Posnansky, Eric Boman, Georges de Créqui-Montfort, Hiram Bingham, Juan B. Ambrosetti, Julio C. Tello, Ladisláo Netto, Manuel Ballivián y Max Uhle. En Norteamérica por: Adela Breton, Alfred Maudslay, Alfred Tozzer, Désiré Charnay, Eugène Boban, Gustaf Nordenskiöld, Manuel Gamio, Leopoldo Batres, Marshall Saville, William Henry Holmes y Zelia Nuttall.

Por su parte, el Congreso hizo patente la existencia de un campo semántico compartido en el manejo del pasado. Planteó entre los americanistas una mirada semejante sobre las ruinas y objetos. Se estableció una práctica conjunta de *ver desde lejos*, o de crear una distancia temporal. La profesionalización de la arqueología americanista, que se especializa en determinar esa distancia temporal, terminó cuestionando la pertinencia de continuar utilizando la denominación de «Nuevo Mundo» para América. Como mostrarían arqueólogos, lingüistas, historiadores y geólogos, América tenía una antigüedad que podía ser estudiada a partir de la aplicación de nuevas metodologías y de los hallazgos que arrojaban sus ruinas. Esta forma de estudiar científicamente el pasado propició una forma de experiencia del tiempo histórico y propició la discusión sobre cuál había sido el origen de las poblaciones americanas, debate que será examinado a continuación.

3.2 La búsqueda de la antigüedad de los primeros pobladores de América

Uno de los momentos de mayor agitación al interior del ICA ocurrió durante la discusión de dos teorías que plantearon visiones distintas para el poblamiento del continente. Éste, a pesar de ser un debate que se agudizó entre 1910 y 1915, resulta una cuestión antigua. Desde el siglo XVI en Europa, la pregunta por la presencia humana en América había ocupado a filósofos naturales y teólogos, quienes ante la noticia de una parte del mundo que les era desconocida, se preguntaron por el origen de sus poblaciones; cuestionaron si sus habitantes se habían desplazado a aquellas regiones o si eran autóctonos. La pregunta planteó ya en aquel momento un debate sobre la unidad de la humanidad que fue discutida desde el canon religioso. Desde el punto de vista empírico; abordar esta cuestión resultaba desafiante, por la magnitud de investigación sobre el pasado remoto que requería para ser satisfactoria.

Retornando al contexto del ICA y a sus metas, considero importante destacar que, en los Estatutos de 1875, el congreso planteó un límite cronológico final para el objeto de sus estudios, pero no se mencionó ninguno inicial. Esta peculiar circunstancia y la particularidad del aislamiento continental les permitió plantear a sus miembros la excepcionalidad de América y el estudio de periodos de larga duración y con ellos, la pregunta por el origen o procedencia de las poblaciones precolombinas, y sus consecutivos desplazamientos. Ya en los primeros congresos se había detectado que no se podía contestar satisfactoriamente esta cuestión con los materiales que tenían en su tiempo, por lo que los americanistas decidieron postergar a futuro este debate; esperando un momento en el cual pudieran contar con datos más confiables que las hipótesis de sus miembros.

No obstante, en 1890, la pregunta fue retomada por Armand de Quatrefages. El biólogo francés invitó a los investigadores americanistas a estudiar las migraciones humanas como las del resto de los animales. Luego, en el marco del Congreso del Cen-

tenario en 1910, el debate se agudizó cuando Ales Hrdlička y Florentino Ameghino se encontraron en Argentina y examinaron los restos que podrían aportar nueva evidencia sobre el poblamiento prístino de América. Otros investigadores asistentes reportaron la agitación que provocaron esos debates. Al término del congreso, Hrdlička siguió colectando muestras por Bolivia, Perú y México. Luego, volvió a los Estados Unidos donde publicó un libro que refutaba la Teoría autóctona de Ameghino y postuló la Teoría asiática para el poblamiento de América. Esta última teoría se consolidó, mientras Hrdlička escaló en la jerarquía del ICA al ser el secretario general del encuentro en Washington D.C. en 1915. A continuación, reconstruiré estos episodios de agitación en el congreso y mostraré cómo se abordó la pregunta por el poblamiento de América. Se verá que esta cuestión fue discutida por biólogos, paleontólogos y antropólogos físicos al interior del ICA.

Estudiar la migración de la especie

En 1890, Armand de Quatrefages propuso a los miembros del ICA estudiar las migraciones a América. En su discurso como presidente del Congreso señaló la importancia de la migración dentro de la historia natural del género humano y buscó recordar a la comunidad científica reunida en París dos reglas que — él sostenía — planteaba la «historia del hombre». La primera era rechazar absolutamente consideraciones del dogma o de la filosofía para apelar únicamente a la ciencia, a su decir, a la experiencia y la observación. La segunda puntualizaba que no se podía considerar como verdadera ninguna doctrina u opinión que haga o tienda a hacer del hombre una excepción entre los demás seres vivos. Para Quatrefages, al «hombre» no debía aislarse nunca de los demás seres organizados, y se debía aceptar que estaba sometido a leyes generales que rigen también a los animales y a las plantas.¹¹⁰

¹¹⁰ Armand de Quatrefages, “[Discours suivant]”, en *Congrès International des Américanistes. Compte-rendu de la huitième session tenue à Paris en 1890*, 43-45.

En este mismo discurso, el biólogo refirió a la dispersión de especies en el planeta. Por ejemplo, consideró a los cetáceos como «cosmopolitas», por hallarse éstos en todo el planeta, algo que guardaba semejanzas con la dispersión humana. Quatrefages les preguntó entonces a los americanistas si «¿Acaso [el ser humano] aparecía en todas partes al principio?», «¿o se originó en un único punto circunscrito e invadió progresivamente el mundo entero por vía migratoria?».¹¹¹ Con estas preguntas, el americanista traía a la mesa el debate clave en la historia natural entre monogenistas y poligenistas. Inmediatamente Quatrefages se posicionó de lado del monogenismo, proponiendo que las poblaciones indígenas americanas se originaban en Asia y desde allí se habrían desplazado a las partes más septentrionales y australes del continente. Para entender las sucesivas migraciones, el biólogo francés planteó la metáfora del río:

En América, como en Europa, la inmigración ha sido intermitente y a veces separada por siglos. América ha sido poblada como por un gran río humano, que nace en Asia, atraviesa todo el continente de norte a sur y recibe a lo largo de su curso algunas pequeñas corrientes. Este río se parecía a los ríos torrenciales de los que tenemos ejemplos en la propia Francia. No se trata de un solo río, sino de todo un continente al norte y al sur, recibiendo a lo largo de su curso algunos pequeños torrentes. Viene alguna gran tormenta, y una avalancha líquida desciende de las montañas donde tiene su fuente, invade y arrasa la llanura, barriendo el antiguo aluvión, removiendo y mezclando los materiales viejos o nuevos, y empujando cada vez más lejos los escombros arrancados a su paso. Tal ha sido la región de nuestro río y su lógica. Además, a menudo ha vertido sus ondas a la derecha o a la izquierda, y ha creado nuevas desviaciones. También ha tenido sus remolinos. Pero la dirección general no se ha alterado, y ahora podemos reconocerla. Pues bien, una de las tareas más hermosas de los americanistas será remontarse a las fuentes de este río; determinar la sucesión de sus crecidas; precisar el origen y

¹¹¹ Armand de Quatrefages, “[Discours suivant]”, en *Congrès International des Américanistes. Compte-rendu de la huitième session tenue à Paris en 1890*, 44.

la procedencia de los elementos que han traído consigo; seguir estos elementos de etapa en etapa, y encontrar así la ruta que cada uno de ellos ha seguido hasta su punto de llegada; en otras palabras, hacer la historia de las migraciones de los diversos pueblos americanos.¹¹²

Con su discurso, Quatrefages llamó a la reconstrucción de los flujos migratorios del pasado. Es de remarcar que este llamado al estudio de las migraciones humanas como las del resto de los seres vivos era hecho desde su posición como director de uno de los archivos más completos de la vida en el planeta, el *Muséum d'histoire naturelle*. El biólogo resaltó la magnitud y la importancia a las que se enfrentaban quienes se abocaban al estudio de las migraciones del pasado, compendiando al mismo tiempo la suma de reticencias y dificultades. A pesar de que también manifestó la duda de que se tratara de un conocimiento accesible, auguraba que poco a poco podrían trazar un mapa de las antiguas migraciones americanas. Esta cuestión llamaba al trabajo interdisciplinario entre antropólogos físicos, geólogos, paleontólogos, etnólogos y lingüistas:

¹¹² El original dice: «En Amérique, comme en Europe, les immigrations ont été intermittentes et séparées parfois par des siècles. L'Amérique a été peuplée comme par un grand fleuve humain, ayant ses sources en Asie, traversant le continent entier du nord au sud, et recevant le long de son cours quelques faibles ruisseaux. Ce fleuve a ressemblé aux rivières torrentueuses dont nous avons des exemples en France même. D'ordinaire, et parfois pendant de longues années, leur lit est presque à sec. Vient quelque grand orage, et une avalanche liquide descend des montagnes où elles prennent leur source, envahit et ravage la plaine, bouleversant les vieilles alluvions, brassant et mélangeant les matériaux anciens ou nouveaux, et poussant chaque fois plus loin les débris arrachés au passage. Tel a été le régime de notre fleuve ethnologique. En outre, il a souvent déversé ses flots à droite ou à gauche, et s'est frayé des dérivations nouvelles. Il a eu aussi ses remous. Mais la direction générale n'en a pas été altérée, et nous pouvons la reconnaître dès à présent.

Eh bien, une des plus belles tâches des américanistes sera de remonter aux sources de ce fleuve; de déterminer la succession de ses crues; de préciser l'origine et la nature des éléments qu'elles ont entraînés; de suivre ces éléments d'étapes en étapes, et de retrouver ainsi la route que chacun d'eux a suivie jusqu'à son point d'arrivée; en d'autres termes, de faire l'histoire des migrations des divers peuples américains.» En: Armand de Quatrefages, “[Discours suivant]”, en *Congrès International des Américanistes. Compte-rendu de la huitième session tenue à Paris en 1890*, 54-55.

Pues bien, pido a los antropólogos [físicos] que imiten a los geólogos, les pido que investiguen cómo y dónde los pueblos más remotos han irradiado desde el centro de la apariencia hasta las extremidades del globo. No temo augurar muchos y hermosos descubrimientos a quienes estudien seriamente las migraciones. El pasado nos permite predecir el futuro. [...]

Reuniendo los datos proporcionados por el estudio de la tierra y de sus fósiles, por la etnología comparada, la lingüística y la etnografía, es posible abordar este conjunto de problemas y prever su solución. Es la primera vez que se hacen esfuerzos serios en este sentido, y no han sido infructuosos. En la actualidad, se podría indicar en el mapa un número bastante grande de rutas; pero estas rutas son hasta ahora parciales y locales. [...]

Tal vez siga siendo así durante mucho tiempo. Sin embargo, los americanistas no deben desanimarse. Cada nuevo descubrimiento, por insignificante que parezca al principio, les acercará más a la meta por alcanzar. De año en año, esas secciones, hoy aisladas y dispersas, se irán soldando y coordinando; y un día se trazará el mapa de las migraciones americanas, desde Asia hasta Groenlandia y el Cabo de Hornos [...].¹¹³

¹¹³ En el original dice: «Eh bien, je demande aux anthropologistes d'imiter les géologues; je leur demande de rechercher comment et par où les peuples les plus éloignés ont irradié du centre d'apparition humain jusqu'aux extrémités du globe. Je ne crains pas de prédire à ceux qui se mettront sérieusement à l'étude des migrations de nombreuses et belles découvertes. Le passé permet ici de prévoir l'avenir. [...] En réunissant les données fournies par l'étude des terrains et de leurs fossiles, par la craniologie comparée, la linguistique et l'ethnographie, il est permis d'aborder cet ensemble de problèmes et d'en prévoir la solution. Déjà de sérieux efforts ont été faits dans cette direction et n'ont pas été infructueux.

Dès à présent, on pourrait indiquer sur la carte un assez grand nombre d'itinéraires; mais ces itinéraires sont jusqu'ici partiels et locaux. [...] Peut-être en sera-t-il encore longtemps ainsi. Pourtant, que les américanistes ne perdent pas courage. Chaque découverte nouvelle, pour si peu importante qu'elle puisse paraître au premier abord, les rapprochera du but atteindre. D'année en année, ces tronçons, aujourd'hui isolés et épars, se souderont, se coordonneront; et un jour on dressera la carte des migrations américaines, de l'Asie au Groenland et au cap Horn [...]» En: Armand de Quatrefages, "[Discours suivant]", en *Congrès International des Américanistes. Compte-rendu de la huitième session tenue à Paris en 1890*, 51-55.

Con optimismo, Quatrefages pedía a los antropólogos imitar a los geólogos, quienes a través de la estratigrafía habían generado un método con el cual comprender una larga duración en los procesos continentales y de la vida en el planeta. Yo sostengo que, en un sentido más amplio, al apelar a la geología, se abriría la posibilidad de preguntarse por el pasado de América antes de convertirse en la masa continental que es hoy. Esto no resultaba tampoco una pregunta irrelevante, pues solo en la medida en que se conociera ese movimiento, se podía explicar la presencia humana en algunas regiones. Esto, a su vez, incluyó cronologías que se extendieron por miles de años. Por lo tanto, la pregunta por el poblamiento de América cuestionó radicalmente el límite temporal del objeto de estudio del americanismo, a través de la búsqueda de los desplazamientos de la especie.

Por eso, los americanistas que practicaban la geología, la paleontología e incluso la antropología física se preguntaron por el devenir de la Tierra en tiempos anteriores a la composición de América como un continente unitario. A finales del siglo XIX, la comunidad de geólogos no solo empezó a reconocer la existencia de los movimientos continentales, sino que había logrado establecer las trayectorias de grandes masas terrestres a partir de fósiles y estudios de suelos. El tiempo geológico fue abordado por estos especialistas en una muy larga duración, y entre ellos los paleontólogos y antropólogos físicos buscaron a menudo también la historia del devenir del género humano en la escala de la vida en el planeta.

Desde el siglo XIX, con el récord fósil y el descubrimiento de la estratigrafía, los paleontólogos habían examinado distintos fenómenos en su secuencia temporal y en sus relaciones contingentes.¹¹⁴ Dentro de él, se buscó dar cuenta de la trayectoria del género humano en una gran escala temporal y geográfica. El siglo XIX vio aparecer igualmente museos dedicados a ello,

¹¹⁴ David Sepkoski, "The Earth as Archive: Contingency, Narrative, and the History of Life," en *Science in the archives. Pasts, presents, Futures*, editado por Lorraine Daston (University of Chicago Press, 2017), 55.

formando colecciones que daban cuenta de la historia de la vida pasada y presente del planeta. Al archivar vestigios de mamíferos, helechos, conchas y dinosaurios, esos museos ubicados en París, Nueva York, La Plata y Washington D. C., aspiraron a describir las relaciones temporales y ecológicas de organismos del pasado, incluyendo la de los seres humanos.

De allí que, la respuesta a la pregunta por el origen de la presencia humana en América se buscó no ya en los textos canónicos, sino en restos óseos e incluso en materiales fósiles extraídos de las excavaciones realizadas por científicos. Allí se observó que la pregunta por el origen seguía siendo uno de los principales impulsos para crear archivos de materialidades y usarlos en las discusiones científicas. Con ellos se buscó depurar las teorías que intentaban darle solución a esa pregunta a partir de referencias a textos clásicos. En su lugar, y de forma paralela a la profesionalización de la geología, la paleontología y la zoología, se observa la creación de archivos de materialidades óseas y de restos fósiles al interior de los museos de historia natural en donde trabajaban los americanistas.

La Teoría Autóctona

En ese contexto resalta la intervención del paleontólogo argentino Florentino Ameghino (ver fig. 20), quien estuvo primero vinculado al Museo de La Plata y luego al Museo de Historia Natural de Buenos Aires. Desde el ICA de 1879 en Bruselas, él colocó en el debate científico internacional el planteamiento de una posible centralidad sudamericana en el devenir humano. A partir de materiales fósiles hallados en la Pampa argentina, analizados en un mismo nivel que los neandertales y cromañones para Europa, Ameghino propuso una teoría que planteó que en tiempos remotos, un ancestro del ser humano había habitado en esa región, siendo el inicio de una cadena que culminaría en el ser humano moderno.¹¹⁵ Como explicó Irina Podgorny, siguien-

¹¹⁵ Florentino Ameghino, “La plus haute antiquité de l’homme dans le Nouveaux-Mon-

do una línea evolucionista, Ameghino sostuvo haber encontrado restos fósiles (*Tetraprothomo argentinus* y *Dipothomo platensis*) con los que planteó que los precursores del ser humano moderno procedían de la Patagonia. Este planteamiento sugería que Sudamérica era en realidad la cuna de la humanidad y que los primates se habían distribuido del Nuevo al Viejo Mundo.¹¹⁶ Dicha interpretación daba una centralidad a Sudamérica en la cadena evolutiva de la especie, anterior a la de los otros continentes.



Figura 20. “Florentino Ameghino investigando en su depósito arqueológico. Año 1902”. Fuente: Departamento de Documentos Fotográficos, Archivo General de la Nación, Argentina.

de,” en *Compte Rendu de la Troisième Séssion. Congrès International des Américanistes Bruxelles 1879*. T. 2, 198-250.

¹¹⁶ Podgorny, *El sendero del tiempo*, 229, 241.

Los estudios de Ameghino fueron publicados en revistas europeas de antropología¹¹⁷ y su planteamiento daba protagonismo al subcontinente en el desarrollo de la cadena evolutiva del ser humano. Con él, Ameghino defendía la autoctonía en América, a pesar de las posteriores migraciones. La Teoría Autóctona, como sería llamada, fue retroalimentada por otros miembros de la comunidad científica, como el zoólogo alemán Hermann von Ihering, del Museu de Sao Paulo, pero también encontró críticos en la comunidad internacional de paleontólogos, como fue el caso del italiano Aldobrandino Mochi. Restos fosilizados de la fauna, alguna ya extinta, eran los indicios utilizados por estos zoólogos y paleontólogos en sus reconstrucciones.

Fuera del ICA, pero dentro del contexto de estos debates, la comunidad internacional de geólogos y paleontólogos había identificado en la primera década del siglo XX dos masas supracontinentales: Gondwana y Laurasia, de donde se separarían fragmentos de lo que constituyó posteriormente América. Paleontólogos, Florentino Ameghino entre ellos, describieron cómo helechos fosilizados permitían comprobar una antigua conexión entre la parte occidental de Sudamérica y la oriental de África. Dentro del ICA estos debates habían quedado provisionalmente suspendidos y Ameghino no volvió a participar en este congreso científico hasta 1910.

Fue durante los Festejos del Centenario de la Independencia en la Argentina que la genealogía nacionalista se extendió a los más remotos tiempos de la Tierra. La ciencia en general y la geología en particular fueron utilizadas en la construcción de una identidad nacional. En su obra *Geología, Paleogeografía, Paleontología, Antropología de la República Argentina*, publicada precisamente en el contexto del Centenario de la Independencia,¹¹⁸ Ameghino

¹¹⁷ Mónica Quijada, "América Latina en las revistas europeas de antropología, desde los inicios hasta 1880. De la presencia temática a la participación académica," en *Los americanistas del siglo XIX*, editado por López-Ocón, Chaumeil y Verde Casanova, 207-209.

¹¹⁸ Florentino Ameghino, *Geología, Paleogeografía, Paleontología, Antropología de la República Argentina*. (La Nación, 1910).

apoyó la idea de la existencia de Laurasia y Gondwana en la era paleozoica. Planteó que la geografía de lo que llegó a convertirse en Argentina se hallaba unida a la de Australia, la India y África. Posteriormente, en la era cenozoica ocurrió la unión de las Américas y emergió la masa continental centroamericana, que creó un puente que permitió intercambios entre los subcontinentes que antes se hallaban separados.

Ameghino observó en una Pampa argentina prehistórica a la megafauna como la dominante. A partir de esto, se podía esbozar una cronología de la Tierra que explicara el devenir continental. Esos movimientos interpelaron el cuestionamiento del verdadero lugar de origen de la humanidad. Cabe destacar que, en la explicación de su teoría, Ameghino suprimió el rol de África en este debate, centrando todo su análisis en Sudamérica y en particular en la Argentina. Por eso, ante la falta de definición de un límite temporal inicial que nunca planteó el Congreso de Americanistas, se permitió un marco abierto para extender el punto de partida de sus estudios hasta millones de años. La historia humana no se desconectó de la movilidad de la fauna. Tal y como mostraban los museos de historia natural de la época, la historia de distintas especies y la humana se hallaban conectadas.

La Teoría Asiática

Por su parte, con la elección de la sede argentina, el Congreso de Americanistas llegó por primera vez a Sudamérica para los Festejos del Centenario. Esto generó también la posibilidad de centrar sus debates en los temas en los que se especializaban los americanistas de la sede, como la geología, los fósiles y la migración. Una revolución científica¹¹⁹ se gestó en estas discusiones. Los americanistas, que eran monogenistas, discutieron las teorías sobre el poblamiento de América. Aquí, las teorías

¹¹⁹ Ver la definición en: Thomas S. Kuhn, *La estructura de las revoluciones científicas* (Fondo de Cultura Económica, 2019), 256.

migracionistas y las teorías autoctonistas se enfrentaron y surgió un nuevo paradigma.

Poco antes de que se hicieran de conocimiento público las invitaciones para la sede argentina del Congreso del Centenario, el antropólogo estadounidense, originario de la región de Bohemia, Aleš Hrdlička (ver fig. 21) le escribió una carta a Florentino Ameghino manifestándole su interés por conocer la evidencia sobre la que basaba sus teorías. El antropólogo físico recalcó que aún no había tenido la oportunidad de conocer Argentina, ni de observar directamente las excavaciones y restos fósiles sobre los que el paleontólogo sostenía sus postulados.¹²⁰ Poco después, con la difusión de la sede sudamericana del ICA de 1910, Hrdlička fue elegido para representar a la Smithsonian Institution en la reunión. Aquella fue la primera vez que este investigador participó en los círculos de americanistas y el Congreso le otorgó la posibilidad de viajar a Sudamérica.



Figura 21. «Aleš Hrdlička», ca. 1903. Fuente: Smithsonian Institution Archives, RU009528 [SIA2009-4246].

¹²⁰ Ameghino, Obras completas, t. 24, 268-272.

Para el momento en el cual Hrdlička viajó a la Argentina, él ya había examinado los restos humanos óseos recogidos en Asia y Norteamérica por la Jesup Expedition, dirigida por Franz Boas para el *American Museum of Natural History*. A pesar de diferir en opiniones con Boas, el antropólogo estadounidense tuvo acceso a los materiales que eran albergados en aquel museo y pudo contrastarlos con aquellos que tenía a su alcance en el *U. S. National Museum*, donde Hrdlička dirigía la sección de antropología física. Al tener cubierta gran parte de Norteamérica y Asia en sus estudios, el interés se volcó entonces hacia la parte austral del continente. Allí, se propuso repetir las excavaciones de Ameghino y comprobar si llegaba a los mismos resultados.

En aquel viaje fue acompañado por Bailey Willis, geólogo, quien también le escribió a Ameghino para manifestarle su entusiasmo por haber sido elegido para asistir al ICA y realizar trabajos geológicos.¹²¹ Este vínculo entre geología y antropología física se vuelve aún más significativo al poner a prueba las teorías de Ameghino. En su primera parada en Lagoa Santa, Brasil, Hrdlička y Willis examinaron indicios. Una vez en Argentina, Florentino Ameghino y su hermano Carlos los llevaron personalmente a los sitios en Monte Verde y a las otras regiones del país en donde encontró los restos que lo habían llevado a la conclusión que tantas veces presentó a paleontólogos y prehistoriadores. Hrdlička repitió el experimento, pero no llegó a las mismas conclusiones. Agradeció a la familia Ameghino por las atenciones y se retiró.¹²²

Durante el congreso porteño se habían presentado las posiciones, vestigios y mapas para discutir el poblamiento, a los cuales se refirió Eduard Seler de la siguiente manera:

Esta cuestión [la teoría de Ameghino y la antigüedad de la presencia humana en América] evidentemente también interesaba mucho a los congresistas, pero no se produjo ningún debate detallado, ni

¹²¹ Ameghino, *Obras completas*, 303-4.

¹²² Aleš Hrdlička, *Early Man in South America*. (Smithsonian Institution, 1912).

mucho menos una decisión. [...] para estudiar esta cuestión, la Smithsonian Institution envió a los señores Willis y Hrdlička al Congreso de Buenos Aires. Los dos caballeros no sólo estudiaron con avidez el material recogido por Ameghino y otros en los museos de Buenos Aires y La Plata, sino que también, acompañados por Ameghino, visitaron los principales yacimientos cerca de Mercedes, en la Pampa del oeste de Argentina, y en el río Negro, en la Patagonia, para aclarar esta cuestión. Ahora parece que, de hecho, como debo concluir de los informes privados preliminares, la interpretación de Ameghino no resiste un examen imparcial de los hechos disponibles, y será válido para América del Sur, como para América del Norte, que todavía no hay pruebas sólidas de la existencia del ser humano en el período Terciario.¹²³

Mientras las teorías eran discutidas, los congresistas visitaron la capital porteña, sus clubs sociales y museos. En la ciudad de La Plata, la comunidad internacional visitó un espacio dedicado a la ciencia: el Museo de La Plata (ver fig. 22). Fundado por Francisco P. Moreno, esta institución parecía un monumento al americanismo mismo. En las escaleras, dando la bienvenida al museo, posaban esculturas de tigres dientes de sable, una especie que había atravesado los puentes continentales. La fachada mostraba reproducciones de monolitos de Palenque y Tiwanaku, y la decoración tenía los rostros de importantes naturalistas y

¹²³ “Diese Frage war auch für die Kongressisten offenbar von grösstem Interesse, es kam aber nicht zu einer eingehenderen Diskussion, geschweige denn zu einer Entscheidung. [...] zum Studium dieser Frage, [hatte] die Smithsonian Institution die Herren Willis und Hrdlička zum Kongress nach Buenos Aires entsandt. Die beiden Herren haben nicht nur das von Ameghino und anderen gesammelte Material in dem Museen von Buenos Aires und La Plata eifrig studiert, sie haben auch in Begleitung Ameghinos die Hauptfundstellen bei Mercedes in der Pampa westlich von Argentinien und am Rio Negro in Patagonien besucht, um über diese Frage ins klare zu kommen. Es scheint nun in der Tat, wie ich vorläufige privaten Mitteilungen entnehmen muss, dass die Ameghinosche Deutung einer unbefangenen Prüfung der vorliegenden Tatsachen nicht standhält, und es wird wohl auch für Südamerika, wie für Nordamerika gelten müssen, dass für die Existenz des Menschen in der Tertiärzeit noch keine haltbaren Beweise beigebracht sind.” En: Eduard Selser, “Bericht über den Internationalen Amerikanisten-Kongress,” *Zeitschrift für Ethnologie* 1, (1911), 118.

americanistas. En su interior, el Museo de La Plata albergaba restos de la fauna que migró entre subcontinentes; gliptodones y toxodones. El tigre dientes de sable, guanacos, mastodontes, osos y tapires que viajaron del Norte a Sudamérica, llegando hasta la Patagonia. Junto a dioramas de la presencia humana había cáscaras de huevos de avestruz, toxodones, mylodones y glyptodones. En sus distintos departamentos mostraban elementos de la historia natural y de la historia del género humano combinada.



Figura 22. «La Plata. Museo».

Fuente: Departamento de Documentos Fotográficos,
Archivo General de la Nación, Argentina.

Después de esta y otras visitas por Argentina, un grupo de americanistas emprendió un viaje conjunto por Bolivia y Perú para llegar a la sede en México, en donde se celebró en septiembre la segunda sesión del Congreso de ese año. En el trayecto, Hrdlička continuó la labor de recolección de materiales óseos en espacios arqueológicos en estos países. Todo ese material fue transportado inmediatamente al *U. S. National Museum* (ver fig. 23). Al terminar la sesión mexicana, el antropólogo estadounidense volvió a Washington D. C., en donde publicó con rapidez sus resultados en un libro titulado *Early man in South America*.¹²⁴ En esta obra, que apareció apenas dos años después del ICA en Argentina, refutó la teoría de Ameghino, científico que había fallecido un año antes.



Figura 23. Fachada del National Museum, Washington, D.C. (hoy Museum of Natural History) (1910). Fuente: Library of Congress. Prints and Photographs Division.

¹²⁴ Hrdlička, *Early man in South America*.

Hrdlička describió su examinación los materiales de la siguiente forma:

Tras el regreso de la expedición a Washington, los datos recogidos y los especímenes fueron sometidos a nuevos y prolongados estudios y comparaciones, y una gran cantidad de material esquelético humano reciente procedente de Sudamérica fue examinada por quien escribe. La arqueología fue emprendida por el profesor W. H. Holmes, del U.S. National Museum; la petrología por los señores T. E. Wright y C. N. Fenner, del Geophysical Laboratory, Carnegie Institution; el material de concha fue entregado para su identificación al Dr. Wm. H. Dall de la U.S. Geological Survey y las examinaciones químicas de numerosos huesos fueron conducidas bajo la dirección de F. W. Clarke, de la misma institución.

Lamentablemente, los resultados de las muchas investigaciones fueron sin excepción adversos a la teoría de la existencia del hombre primitivo y sus precursores en el continente austral. La antropología, la geología, la arqueología, el estudio de la tierra quemada y la escoria, que de las conchas debería haber establecido la gran antigüedad de algunos de los estratos, y la química de los huesos, todos hablan independiente y contundentemente en contra de la supuesta existencia del hombre antiguo, o de cualquier forma pre-humana en Sudamérica. Las evidencias obtenidas no atestiguan más que la presencia en el Sur, como evidencias similares lo han hecho anteriormente en el Norte, del ya diferenciado y relativamente moderno Indio Americano.¹²⁵

¹²⁵ “After the return of the expedition to Washington, the data gathered and the specimens were subjected to further prolonged studies and comparison, and a large amount of recent human skeletal material from South America was examined by the writer. The archaeology was taken up by Professor W. H. Holmes of the U.S. National Museum; the petrology by Messrs. T. E. Wright and C. N. Fenner of the Geophysical Laboratory, Carnegie Institution; the shell material was turned over for identification to Dr. Wm. H. Dall of the U.S. Geological Survey, and chemical examinations of numerous bones were conducted under the direction of F. W. Clarke of the same institution. Regrettably, the results of the several researchers were without exception adverse to the theory of the existence of early man and his precursors on the southern continent. Anthropology, geology, archaeology, the study of the burnt earth, and scoriae, that of the shells which should have established the great age of some of the strata, and the chemistry of the bones all speak independently and forcibly against the assumed exist-

En el siguiente Congreso de Americanistas en Londres en 1912, Samuel Lafone Quevedo, lingüista y director del Museo de La Plata, hizo la introducción a la ponencia de Hrdlička. Los americanismos argentino y estadounidense habían llegado a un consenso y una teoría se sobrepuso a la otra. Este momento refleja una dinámica importante de las comunidades científicas en sus congresos, a decir, la de la construcción de acuerdos y el establecimiento de paradigmas. Allí, científicos e instituciones coincidieron en que Ameghino se había equivocado y Aleš Hrdlička presentó su trabajo sobre el poblamiento de América a través del estrecho de Bering. Mostró tablas y un trabajo respaldado por un archivo de restos óseos humanos de más de 20,000 cráneos y esqueletos recolectados en las exploraciones. Si bien no negó la posibilidad de una migración polinesia, consideró que ella habría sido relativamente reciente y en menor número.¹²⁶

La nueva teoría, la Teoría asiática del poblamiento de América, llegó al ICA con la invitación además a celebrar el siguiente Congreso en la capital de los Estados Unidos con Hrdlička como secretario general. Allí, el antropólogo físico presentó su trabajo «The Genesis of the American Indian», dando solución con su Teoría Asiática a una de las grandes preguntas de la comunidad de americanistas desde sus inicios.¹²⁷ Cuando la Teoría Asiática del poblamiento de América de Hrdlička se convirtió en el nuevo paradigma, el americanismo comenzó a fijar su interés colectivo en temas presentistas, abriendo el paso para el indigenismo y temas de folklore. El consenso alcanzado produjo que los deba-

tence of ancient human, or of any pre-human forms in South America. The evidence obtained attests nothing more than the presence in the South, as similar evidence has formerly in the North, of the already differentiated and relatively modern American Indian.” Aleš Hrdlička, “Early Man in South America”, en *International Congress of Americanists. Proceedings of the XVIII. Session. London 1912*. (Harrison and Sons, 1913), 16.

¹²⁶ *International Congress of Americanists. Proceedings of the XVIII. session, London 1912*, 10-21.

¹²⁷ Aleš Hrdlička, “The Genesis of the American Indian, en *Proceedings of the Nineteenth International Congress of Americanists. Held at Washington, December 27-31, 1915*, ed. por Frederick W. Hodge (s/e 1917), 559-68.

tes al interior del Congreso dejaron la búsqueda de los orígenes para pasar a nuevas cuestiones.¹²⁸

Para terminar, si bien los resultados de Ameghino sobre el origen de la antigüedad humana en América fallaron, el paleontólogo argentino logró demostrar que la megafauna y la industria lítica fueron contemporáneas. Esa conclusión, considero que resulta relevante para los debates contemporáneos sobre el Antropoceno. En las exhibiciones del Museo de La Plata, los dioramas representaban familias de homínidos manejando el fuego y cazando mamíferos que duplicaban su tamaño. La correlación entre la presencia de humanos al lado de la fauna ahora extinta apuntaba ya a un vínculo de la extinción de esa fauna por presencia humana.

También considero necesario remarcar que, a pesar de diferir en sus teorías, ambos científicos fueron defensores de ideas racistas. Se puede leer por ejemplo en la obra de Ameghino la siguiente afirmación sobre las migraciones: «Los demás ocuparon gradualmente toda Europa, y evolucionando en la vía de la humanización, se transformaron gradualmente en el hombre caucásico, la raza blanca, la más perfecta y á la que está reservado el dominio completo de nuestro globo».¹²⁹ También, encuentro que el llamado a estudiar seriamente las migraciones derivó de un reflejo de su propio tiempo, en donde los movimientos migratorios intercontinentales en la última década del siglo XIX

¹²⁸ El consenso juega un rol fundamental en las comunidades científicas, pero fue especialmente en el debate sobre la autoctonía del ser humano en América, que su discusión a menudo pasó como un debate decolonial con elementos geopolíticos. Ejemplo de ello es cómo décadas más tarde, cuando Arthur Posnansky escribió la máxima obra de su carrera, *Tiahuanaco, Cuna del hombre Americano*, reprodujo un eco de las teorías de Ameghino al escribir que los americanos no habían venido ni de Bering ni de Oceanía: «América no es un nuevo mundo como nos han enseñado nuestros examos los europeos». Ésta es una expresión singular si se toma en cuenta que el autor de aquellas palabras era originario de Viena. En: Arthur Posnansky, *Tihuanacu: Cuna del hombre americano*. (Cima, 1945), 2-8. O se centra en este debate como un conflicto en el Norte y el Sur, ver por ejemplo el ensayo: Hector Pucciarelli, “Ensayo sobre una disputa hipotética sostenida por Ameghino y Hrdlička en torno al concepto de masa crítica y su eventual aplicación en antropología biológica,” en *Relaciones* 36 (2011), 315-25.

¹²⁹ Ameghino, *Geología*, 25.

habían marcado especialmente la historia de la Argentina y de los Estados Unidos.

En este debate sobre el poblamiento de América y el presentismo que tiene toda producción sobre el pasado, no deja de resaltar que fueran precisamente las dos naciones americanas con mayor población migrante, los Estados Unidos y Argentina, las que concentraron grandes esfuerzos por el desciframiento del enigma de las migraciones antiguas. Quizá era una proyección de su presente sobre el pasado; o de la aspiración premonitrice que el propio Quatrefages había señalado en su discurso, a decir, que el pasado les permitiría predecir el futuro. En esta colisión entre pasados, presentes y futuros, Florentino Ameghino y Aleš Hrdlička fueron los protagonistas del debate sobre el origen de las poblaciones de América y es importante destacar que estos dos investigadores se encontraron por primera y única vez en el marco del Congreso Internacional de Americanistas de 1910 (ver fig. 24).



Figura 24. Participantes del XVII. Congreso Internacional de Americanistas en Argentina, 1910. Fuente: Legado de Max Uhle. Ibero-Amerikanisches Institut. Agradezco a Manuela Fischer que me señala la existencia de esta fotografía.

3.3 Tiwanaku y el viaje intermedio del Congreso del Centenario

Después de concluida la primera sesión del XVII. Congreso Internacional de Americanistas en Buenos Aires, algunos de sus miembros emprendieron un largo viaje desde la capital argentina hasta México, donde asistieron a la segunda sesión del “Congreso del Centenario”. El objetivo de este viaje fue recorrer los distintos sitios arqueológicos que se extienden por el noroeste argentino, Bolivia y el Perú. A su paso por estos países, los americanistas locales asumieron la recepción de este grupo como anfitriones de la comunidad. De tal forma que, en ese año, un heterogéneo grupo formado por hombres y mujeres interesados en la investigación arqueológica y antropológica recorrió ciudades y antiguas ruinas de asentamientos precolombinos. Visitaron Tucumán, Uyuni, La Paz, Tiwanaku, el Lago Titicaca, Puno, Cuzco, Písac, Arequipa, Lima, La Oroya, Ancón y Pachacámac por invitación de gobiernos. Cruzaron montañas y ríos; se transportaron en ferrocarriles, carruajes tirados por mulas y un vapor rentado. Según mis cálculos, el grupo recorrió 5,500 kilómetros de distancia y existen datos de que osciló entre los 0 y los 5,200 metros de altura sobre el nivel del mar.

La participación de los miembros del Congreso de Americanistas en este viaje confirma hasta qué punto se había consolidado el perfil del nuevo investigador americanista descrito en el capítulo 2. Los investigadores socializaban en el Congreso y después de él reafirmaron con su viaje un conjunto de prácticas como: la observación directa, el debate y el coleccionismo. Al tiempo que organizaron encuentros con sociedades científicas y élites políticas, este grupo de viajeros propició un interesante momento en la historia de la arqueología, donde destacó Tiwanaku¹³⁰ como uno de los espacios de las discusiones america-

¹³⁰ A principios del siglo XX se escribía “Tiahuanaco” o “Tihuanacu”. Desde la década de 1970 existe el consenso de escribirlo “Tiwanaku” para unificar distintas formas de escribirlo. En este trabajo utilizaré esta convención excepto cuando cite fuentes primarias.

nistas de aquel momento (ver fig. 25). Pero antes de narrar los sucesos de este interesante viaje y analizarlos en sus matices, quisiera explicar qué se dijo de Tiwanaku en los años previos en el ICA, para así entender mejor las discusiones que lo convirtieron en uno de los centros de atención de esta comunidad en 1910.



Figura 25. «La puerta del sol en el año 1910 después de haber sido erigida por la Sociedad Geográfica de La Paz, 1910». Fuente: Archivo Central-MUSEF. Colección Arthur Posnansky.

La presencia de Tiwanaku en el ICA y misiones científicas de 1876 a 1909

Con monumentos en la actual Bolivia y vestigios diseminados en los territorios del Perú, Argentina y Chile, la civilización de Tiwanaku fue una de las culturas que mayor interés despertó a los miembros del Congreso Internacional de Americanistas entre 1890 y 1915. Las actas de los congresos celebrados en estos años dan cuenta de contribuciones individuales al estudio de sus monumentos, así como la coincidencia de distintos grupos de exploradores en la zona. Analizando cronológicamente la aparición de trabajos sobre Tiwanaku en las actas del ICA, encontré que la primera contribución explícita sobre la zona arqueológica se presentó en París. Théodore Ber, un hombre de muchos oficios que migró de Francia a Lima en la década de 1860 organizó por encargo del Ministerio de Instrucción Pública de Francia una expedición a Tiwanaku en 1876.¹³¹ Catorce años después, Ber presentó a los americanistas en el VIII. ICA una contribución titulada «Ruines de Tiahuanaco», en donde aportó información sobre las canteras de piedra en la Isla del Sol del Lago Titicaca y planteó que éstas debieron haber sido usadas para la construcción de los templos. Afirmó, además, tener el honor de haber sido el primero en fotografiar las ruinas en 1876.¹³²

Ber no era el único americanista en Tiwanaku en aquella época. Al mismo tiempo que él, llegaron Alphons Stübel y Wilhelm Reiss, alemanes que estudiaron la zona arqueológica. Para dar a conocer los resultados de las investigaciones realizadas entre 1876 y 1877, Stübel invitó posteriormente a Max Uhle a publi-

¹³¹ En 1875, el Ministerio de Instrucción Pública de Francia le confió a Théodor Ber una misión científica para continuar con sus exploraciones arqueológicas en Sudamérica. En: Pascal Riviale y Christophe Galinon, “Introducción”, en *Théodore Ber. Una vida en los Andes. Diario (1864-1896)*, editado por Pascal Riviale y Christophe Galinon. (Universidad Nacional Mayor de San Marcos; Instituto Francés de Estudios Andinos, 2020, 23-25.

¹³² Théodor Ber, “Ruines de Tiahuanaco”, en *Congrès International des Américanistes. Compte-rendu de la huitième session tenue à Paris en 1890*, 533-534.

car un libro conjunto sobre arqueología de Tiwanaku titulado *Die Ruinenstätte von Tiahuanaco im Hochlande des alten Peru: eine kulturegeschichtliche Studie*. La monografía escrita en alemán fue publicada hasta 1892, es decir, quince años después de que Stübel hubiese llevado a cabo aquel viaje y su obra fue uno de los estudios más completos de la época. Incluyó mapas, dibujos descriptivos, vistas panorámicas del área circundante y fotografías. En esta obra, los autores documentaron detalladamente la posición de las construcciones líticas en aquellos años, incluyendo descripciones extensas y el estado del arte en torno a las ruinas. Consignaron a los cronistas antiguos y a los investigadores contemporáneos. Curiosamente, en el libro se mencionó también la coincidencia en la zona con Théodore Ber, aunque los autores calificaron sus estudios —junto con los de Charles Wiener— como “vollständig werthlos”, es decir, completamente sin valor.¹³³

En 1892, al mismo tiempo que se publicaba esta importante obra, el co-autor del libro, Max Uhle, viajó por primera vez a Sudamérica en una misión científica para el *Königliches Museum für Völkerkunde*. Permaneció allí hasta 1895, viajando primero a la Argentina para investigar la periferia del Imperio incaico en el noroeste, y luego cruzó la frontera rumbo al oeste de Bolivia. Tal como explicó Manuela Fischer, el viaje de Uhle tenía el propósito explícito de investigar las áreas de influencia del Altiplano y recoger datos y colecciones que dieran cuenta del impacto del medio ambiente en las culturas, objetivo científico del director del Museo, Adolf Bastian.¹³⁴ Pero, así como en los años de 1876 y 1877 habían coincidido en Tiwanaku americanistas franceses y alemanes; en 1894 y 1895 coincidieron Uhle y Adolph Bandelier, americanista suizo que había participado en la Hemenway Expedition.¹³⁵

¹³³ Alphons Stübel y Max Uhle, *Die Ruinenstätte von Tiahuanaco im Hochlande des alten Peru: eine kulturegeschichtliche Studie* (Leipzig: Karl Hiersemann, 1892), 8.

¹³⁴ Manuela Fischer, “La misión de Max Uhle para el Museo Real de Etnología en Berlín (1892-1895): entre las ciencias humboldtianas y la arqueología americana”, en *Max Uhle (1856 - 1944)*, editado por Peter Kaulicke, et. al., 50.

¹³⁵ Para esta expedición de carácter arqueo-antropológico en el suroeste de los Estados

En 1894, tanto Uhle como Bandelier viajaron a Bolivia desde el Imperio Alemán y desde los Estados Unidos representando cada uno una misión científica, aunque completamente independientes. Uhle fue enviado desde Berlín, mientras que Adolph Bandelier viajaba desde Nueva York, bajo los auspicios de Henry Villard con el objetivo de investigar y formar colecciones arqueológicas que luego fueron donadas al *American Museum of Natural History*. Comparando sus contextos, resulta interesante contraponer la diferencia de redes de contactos. Bandelier viajó en compañía de su esposa Fanny Ritter Bandelier y ya en Bolivia contó con ayuda de su «amigo íntimo» Manuel Vicente Ballivián —destacado americanista boliviano que jugó un papel importante en la visita de 1910—, del prefecto de La Paz Jenaro Sanjinés, de propietarios de los vapores y haciendas en el Lago Titicaca, e incluso del comisario de la Orden franciscana Francisco Martínez, quien ayudó a Bandelier a que se despacharan las colecciones. El americanista suizo describió los obstáculos que se le presentaron durante su viaje, tales como “el clima, la naturaleza y el hombre”, mencionando además que, a consecuencia de la Guerra Civil en el Perú, había tenido falta de café y de suministros lo que obstaculizaban en su misión.¹³⁶

En contraste, Max Uhle viajaba solo y tenía obstáculos de otra índole. El principal recaía en la dificultad para obtener más fondos por parte del museo que lo había enviado a Sudamérica para adquirir colecciones. A partir de citas de las cartas enviadas desde Bolivia a Adolf Bastian, Fischer mostró cómo al americanista alemán le faltaban los recursos para su trabajo de campo en Tiwanaku y en el Lago Titicaca. Sobre este tema, existe una carta significativa fechada el 3 de septiembre de 1894. Desde La Paz, Max Uhle informó al director del museo berlinés sobre su situación, quejándose de la falta de medios para excavar en

Unidos, Bandelier fungió como historiador y consultó archivos españoles, mexicanos y estadounidenses.

¹³⁶ Adolfo F. Bandelier, *Las islas de Titicaca y Kóati* (La Paz: Tall. Tip.-Lit. de J. M. Gamarra, 2014), I-VII.

Tiwanaku por no contar con apoyo oficial en Bolivia, «a falta de las más primitivas recomendaciones diplomáticas», debido a que ni siquiera podía identificarse como enviado en una misión científica por parte de los Institutos Reales de Berlín.¹³⁷ Avisó de la presencia de Bandelier, quien «con miles de soles bolivianos» y «con toda clase de recomendaciones a todo el clero del nuncio papal en Lima», se había marchado ya rumbo a Tiwanaku.¹³⁸ Al no conseguir una respuesta positiva de Bastian, Uhle terminó buscando financiamiento en Filadelfia, el que finalmente obtuvo.¹³⁹

El interés compartido por los monumentos de Tiwanaku hizo confluír a distintos investigadores vinculados a museos alemanes, franceses y estadounidenses en un periodo muy corto. Esto creó una competencia por las colecciones arqueológicas, las cuales se volvían además más costosas por la demanda. En la década de 1890, el caso de Bandelier y Uhle demuestra cómo las misiones científicas estaban acelerando una competencia primero entre americanistas, pero después también con otros agentes para obtener colecciones.

En las siguientes décadas, nuevas misiones extranjeras arribaron a Tiwanaku con el objetivo de estudiar, extraer y publicar sobre esta importante zona arqueológica. El año de 1903 fue paradigmático pues una expedición francesa emprendió lo que se considera como la primera excavación propiamente arqueológica en Tiwanaku, la cual generó información sobre estructuras anteriormente desconocidas, formó colecciones y reportó los usos que los habitantes de Tiwanaku les daban a las piedras.

Georges de Créqui-Montfort aceptó el encargo del Ministerio de Instrucción Pública de Francia para emprender una misión científica en Bolivia, Perú, Chile y Argentina. Este diplomático,

¹³⁷ Citado en: Manuela Fischer, “„Vergessene Sammlungen“ im Ethnologischen Museum Berlin”, en *Die Berliner und Brandenburger Lateinamerikaforschung*, editado por Gregor Wolff (Berlín: Wissenschaftlicher Verlag, 2001), 154 [traducción propia].

¹³⁸ Citado en: Fischer, “La misión de Max Uhle”, 54.

¹³⁹ Sobre este tema ver: Clark Erickson, “Max Uhle en Filadelfia (1897-1899),” en *Max Uhle (1856 - 1944)*, editado por Kaulicke, 93-108.

deportista, explorador y conde, organizó junto con E. Sénéchal de la Grange un equipo de trabajo interdisciplinario conformado por el geólogo Georges Courty y el arqueólogo sueco Eric Boman. Durante la excavación en la zona de Tiwanaku, la exploración francesa generó un valioso registro fotográfico (ver figs. 26 y 27)¹⁴⁰ y sus hallazgos se dieron a conocer en los Congresos de Americanistas posteriores.



Figura 26. Descubrimientos de la misión francesa.
Fuente: Georges de Créqui-Montfort, *Travaux et fouilles de Tiahuanaco*;
disponible en: gallica.bnf.fr /

¹⁴⁰ Georges de Créqui-Montfort, *Travaux et fouilles de Tiahuanaco. Mission scientifique française en Amérique du Sud* (s/e, 1903).

Al año siguiente, durante el XIV. Congreso Internacional de Americanistas en Stuttgart, Créqui-Montfort presentó a la comunidad científica el informe de la excavación y una proyección fotográfica. En esa presentación, señaló cómo, a pesar de que Tiwanaku era reconocido como el sitio arqueológico más importante de Bolivia, no había sido objeto de ningún estudio de larga duración hasta ese momento. De acuerdo con el explorador francés, la mayoría de los investigadores que habían publicado sobre Tiwanaku habían pasado solo uno o un par de días como máximo en la zona arqueológica y existía un deseo, ya expresado en la monografía de Stübel y Uhle, de que se emprendiera una verdadera misión científica.

En su exposición informó de la excavación en el cerro Ak-Kapana, de la canalización subterránea, de las excavaciones hechas en el camino hacia el ferrocarril, del descubrimiento de monolitos, así como del hallazgo de nuevas estructuras arquitectónicas. Créqui-Montfort calificó también de «vandalismo inconsciente» las acciones de los habitantes de la región, quienes habían utilizado las piedras halladas en las ruinas como material de construcción para la línea del ferrocarril Guaqui-La Paz, responsabilizándolos por el estado de destrucción parcial en el que se encontraban las ruinas. El conde explicó también cómo, en presencia del presidente de la Sociedad Geográfica de La Paz, Manuel Ballivián, la expedición francesa había puesto en vertical los monolitos y también se había formado un «pequeño museo» en la zona en «El Palacio de Justicia» (ver fig. 27). De las colecciones formadas a partir de la excavación, unas fueron enviadas a París, mientras que otras permanecieron en ese pequeño museo en Tiwanaku.¹⁴¹

¹⁴¹ Georges de Créqui-Montfort, «Fouilles de la mission scientifique française a Tiahuanaco. Ses recherches archéologiques et ethnographiques en Bolivie, au Chili et dans la République Argentine », en *Internationaler Amerikanisten-Kongress vierzehnte Tagung*, 531-550.



Figura 27. Objetos encontrados por la Misión Francesa y colocados en el Palacio de Justicia de Tiahuanaco. Fuente: Georges de Créqui-Montfort, *Travaux et fouilles de Tiahuanaco*; disponible en: gallica.bnf.fr / Bibliothèque nationale de France.

El antropólogo alemán Karl von den Steinen, presidente de aquel Congreso en Stuttgart, reconoció públicamente la utilidad del trabajo realizado por la expedición francesa. En ese mismo encuentro, el explorador británico Clements Markham presentó otra contribución sobre Tiwanaku, al que denominó «antiguo Imperio Megalítico». En su ponencia, Markham apuntó, al igual que otros autores, que el origen de la civilización peruana debía buscarse en los constructores de Tiwanaku. Es de notar que también planteó un cuestionamiento de la verdadera antigüedad de las construcciones, tema que empezaba a ser cada vez más relevante para la comunidad científica. Ya que, si bien se sabía que las ruinas de Tiwanaku fueron ruinas en el auge de los incas; seguía desconociéndose cuándo podían haber sido construidas. Markham escribió que, después de las de Egipto, estas piedras

eran las de mayores dimensiones utilizadas en una construcción y algunos americanistas como él, influidos por nuevos estudios geológicos y los descubrimientos de la presencia de la megafauna en Sudamérica (ver apartado 3.2), albergaban la pregunta de si esta civilización era en realidad mucho más antigua de lo que se creía.¹⁴²

En el XVI. ICA en Viena el interés por el estudio de Tiwanaku creció, agrupando a investigadores especializados y entusiastas de la arqueología. Este encuentro se caracterizó por una abundancia de trabajos presentados relativos al sitio. Max Uhle llevó un nuevo estudio y el historiador peruano Manuel González de la Rosa presentó un texto en donde planteaba que en realidad no se trataba de uno, sino dos Tiwanaku. González de la Rosa esbozó la problemática en torno a la antigüedad y en la segunda parte de su ponencia se dedicó a analizar los símbolos del famoso monolito.¹⁴³

Fue precisamente en ese Congreso de Americanistas en el que uno de sus miembros manifestó la iniciativa por analizar las ruinas *in situ*. Julius Nestler, profesor de preparatoria en Praga, propuso al comité del Congreso una moción para establecer un comité científico que estudiara sistemáticamente las ruinas de Tiwanaku. Su moción fue discutida. Sin embargo, se decidió recomendarle al solicitante que primero organizase una expedición preliminar con sus propios recursos que sirviera para futuras consideraciones. Días después, Nestler presentó un trabajo titulado «Die Bedeutung der Ruinenstätte von Tiahuanaco» y anunció que prepararía el viaje de reconocimiento con la esperanza de que fuera el punto de inicio para la fundación de una estación austriaca de investigación americanista.¹⁴⁴ El trabajo de

¹⁴² Clements Markham, “The Megalithic Age in Peru” en: *Internationaler Amerikanisten-Kongress vierzehnte Tagung*, 521-529.

¹⁴³ Manuel González de la Rosa, “Les deux Tihuanaco, leurs problèmes et leur solution”, en *Verhandlungen des XVI. Internationalen Amerikanisten-Kongresses*, tomo II, 406.

¹⁴⁴ En la publicación de las actas, Nestler decidió agregar al título de su trabajo el complemento “nach den Publikationen von Dr. Max Uhle und Sir Clements Markham”. Julius Nestler, “Die Bedeutung der Ruinenstätte von Tiahuanaco nach der

Nestler fue comentado inmediatamente después por Max Uhle bajo los siguientes términos:

No tengo nada que añadir a la ponencia del Señor Profesor Nestler, ya que él esencialmente solo ha hecho una compilación literal de diferentes oraciones de mis trabajos en alemán, inglés y español. Solamente mi nueva interpretación del arma en la mano derecha de la figura principal de la Puerta de Tiahuanaco como tiro de madera no se encuentra en la ponencia, porque el dicho artículo todavía no se lo he mandado a Nestler.¹⁴⁵

Sobre el interés de Julius Nestler en Tiwanaku, Markéta Křížová ha expuesto que éste se inspiraba en ideas del ocultismo, la búsqueda de la Atlántida y un fuerte nacionalismo. Ese impulso llevó a Nestler a viajar de Praga a Tiahuanaco utilizando el dinero que había recolectado de múltiples mecenas y organizaciones públicas, además de la dote de su esposa —lo que influyó en su ruptura— y todos sus ahorros. Sin tener una preparación científica para excavar, empezó a formar colecciones que intentó después vender a distintos museos sin éxito. Křížová caracterizó la iniciativa de Nestler como una «arqueología aspiracional»,¹⁴⁶ pues a pesar de su participación en congresos y sociedades científicas, Nestler no dejó de ser visto por los miembros del núcleo de americanistas como un *amateur*, mientras que muy probablemente los miembros del núcleo, y en especial los alemanes, se percibían a sí mismos como los controladores de la cientificidad del americanismo frente a este tipo de perspectivas.

Sin embargo, fue precisamente este auge del estudio de Tiwanaku entre los americanistas lo que también llevó a un residente en La Paz identificado como Franz Hermann, a dirigir una carta a Manuel Ballivián con el objetivo de que fuera leída en la So-

Publikationen von Dr. Max Uhle und Sir Clements Markham“, en *Verhandlungen des XVI. Internationalen Amerikanisten-Kongresses*, tomo II, 395-403.

¹⁴⁵ *Verhandlungen des XVI. Internationalen Amerikanisten-Kongresses*, tomo I, xxv.

¹⁴⁶ Markéta Křížová, “To the Origins of American Archaeology in the Czech Lands: The Case of Julius Nestler,” *Ethnologia Actualis* vol. 17 núm. 1 (2016): 93-96.

ciudad Geográfica de La Paz, principal organización científica boliviana. Firmada el 17 de febrero de 1908 de cara al Congreso en Viena, Hermann planteó la pertinencia de celebrar un Congreso de Americanistas en Bolivia, pues:

¿Cuál no sería el progreso que se alcanzase, á que interesantísimas teorías no daría lugar y á que importantísimos descubrimientos no conduciría, si el Congreso viniese á sesionar en esta región de la altiplanicie boliviana, donde la cuna del hombre primitivo, del hombre fócil [sic], está aun tibia, por decirlo así, y en la que se encuentra un verdadero museo de Paleo-antropología del nuevo mundo? ¹⁴⁷

Ante distintas propuestas de este tipo que circulaban en los ambientes americanistas, finalmente en Viena se decidió la organización de un viaje intermedio entre las dos sedes del Congreso del Centenario, en el cual se visitaría Tiwanaku por invitación del gobierno boliviano. Todas estas cuestiones nos hacen ver la relevancia que el sitio estaba adquiriendo de cara hacia una coyuntura del Centenario.

Americanistas en Tiwanaku en 1910

Esto nos lleva directamente a junio de 1910, cuando tras la celebración del ICA en Argentina, algunos americanistas viajaron a Bolivia invitados para visitar las ruinas de Tiwanaku. Manuel Ballivián recibió al grupo en Uyuni. Lo guió en su travesía por el país y el 21 de junio a las 11:30 a.m. llegaron a la zona arqueológica. Allí, Ballivián, como director de la Sociedad Geográfica de La Paz, y también el ingeniero austriaco Arthur Posnansky fungieron como los guías locales.¹⁴⁸ El grupo viajó acompañado por los más altos funcionarios del gobierno boliviano mientras los americanistas observaban que «Las es-

¹⁴⁷ Archivo de La Paz. Fondo Sociedad Geográfica de La Paz. (ALP/SGL 1900) C.5 D.16.

¹⁴⁸ Sobre la vida de Posnansky: Carlos Ponce Sanginés, *Arthur Posnansky. Biografía intelectual de un pionero*. (La Paz: Cima, 1999).

taciones del camino están repletas de curiosos que han venido á nuestro encuentro».¹⁴⁹

El grupo lo componían el arqueólogo Salvador Debenedetti, la antropóloga física Juliane Dillenius, el etnólogo Franz Heger, el antropólogo Robert Lehmann-Nitsche, Eduard Seler, Caecilie Seler-Sachs, Max Uhle, el etnólogo Antônio Carlos Simoëns da Silva, el historiador Alexander Vasilieff, la pintora Adela Bretón y Aleš Hrdlička (ver fig. 28). Su presencia planteó la asistencia indirecta del Museo Etnográfico (Buenos Aires), el *Naturhistorisches Hofmuseum* (Viena), el Museo de La Plata (La Plata), el *Königliches Museum für Völkerkunde* (Berlín), el Museo de Historia Nacional (Lima), el Instituto Histórico y Geográfico Fluminense (Río de Janeiro), la Universidad de Dorpat (Jurjev) y el *Royal Anthropological Institute* (Londres).



Figura 28. [Fotografía en la zona arqueológica de Tiwanaku].

Fuente: Fondo Histórico, Archivo de La Paz.

¹⁴⁹ Salvador Debenedetti, “Excursión del XVII Congreso Internacional de Americanistas á Bolivia y Perú (del diario de viaje),” en: *Actas del XVII Congreso Internacional de Americanistas*, editado por Lehmann-Nitsche, 641.

Los americanistas mantenían a sus museos al tanto de los acontecimientos, a través de telegramas. Robert Lehmann-Nitsche, por ejemplo, informó al Museo de La Plata que el grupo se había reunido con el presidente de Bolivia, Eliodoro Villazón, y que buscaría colecciones para el museo.¹⁵⁰ Y luego, para el recorrido en Tiwanaku, el expresidente José Manuel Pando, la élite paceña y los miembros de la Sociedad Geográfica de La Paz se sumaron a los americanistas en su recorrido.¹⁵¹ Esta situación remarca los vínculos entre el poder político y el americanismo; entre el Estado y aquellos a quienes reconocía como productores legítimos de conocimiento sobre el pasado. En esta interconexión, Tiwanaku se tornó central.

Hacia 1910 los americanistas veían que la zona arqueológica tenía el potencial para ser usada como clave de lectura temporal de las culturas sudamericanas. Desde la arqueología se debatía también la autoctonía del estatus de civilización dentro de América a partir del caso de Tiwanaku. En la expectativa de la información podían aportar los vestigios materiales de la zona arqueológica, la comunidad de americanistas generó una íntima relación basada en el interés individual y colectivo por sus ruinas, huacas y otros objetos antiguos, por lo que denunció también su descuido y saqueo. Salvador Debenedetti consignó en un Diario de viaje sus impresiones y de Tiwanaku escribió:

Las ruinas, próximas á la estación, cubren un área inmensa del terreno. Por todas partes se ven restos desarticulados que revelan la grandeza pasada de aquel lugar. La primera impresión que provocan las ruinas es desconsoladora. Allí está de manifiesto el saqueo secular por parte de las gentes, de exploradores poco escrupulosos y

¹⁵⁰ Museo de La Plata. Archivo histórico. Carpeta IMD-42 f. 137-143, telegramas 138-139.

¹⁵¹ Nómima de invitados del gobierno: Presidente de la República, Ministro Bautista Saavedra, Anjel Diez de Medina, Andrés S. Muñoz, Alejandro Soruco, German Zagarra, Daniel Sanchez Bustamante, General José Manuel Pando, Dr. Rosendo Villalobos, Dr. Juan M. Zalles, Manuel V. Ballivián, Abdon S. Saavedra, Luis S. Crespo, Eduardo Diez de Medina, Arturo Posnansky, Adan Sanchez. En: ALP/SGL 1900 C. 5, D. 29.

de empresas comerciales. He visto alcantarillas construídas con piedras labradas, extraídas de las ruinas; he visto terraplenes hechos de igual manera y zócalos y dinteles, y pavimentos y edificios y arcadas é iglesias, todo de material saqueado á Tiahuanaco.

El doctor M. Uhle protesta enérgicamente por tantas devastaciones y afirma que las ruinas que 16 años antes había estudiado, no son ya nada y le son completamente desconocidas.

En verdad, Tiahuanaco está desmantelado; hay anarquía y á duras penas consigue el viajero reconstruir mentalmente los colosales edificios cuyos cimientos abandonados marcan la línea de sus ciclópeas murallas. La «Puerta del Sol», partida en dos y casi tumbada, ha sido restaurada perfectamente. Está, sin embargo, bastante lesionada y en su dintel, en la parte interior, están visibles las huellas de los plomos de los que se entretienen en ensayar su puntería.¹⁵²

Los americanistas tenían mucho interés en estas ruinas y Manuel Ballivián los condujo por ellas, mostrando templos y monolitos. Incluso, con motivo del paso de los americanistas por Bolivia, él preparó como obsequio una antología con los textos más relevantes sobre la zona arqueológica. Así fue como vio la luz *Monumentos prehistóricos de Tiahuanacu: homenaje al XVII Congreso de los Americanistas*, cuyo estudio introductorio fue escrito por Ballivián e incluyó una “Guía para el visitante” escrita por Arthur Posnansky.¹⁵³ Allí, de pie frente al monolito conocido como La Puerta del Sol (ver fig. 25), también Posnansky presentó al resto de la comunidad científica la interpretación del mismo como un calendario solar. Después de las explicaciones, el grupo se dispersó un poco y algunos americanistas no desaprovecharon la oportunidad de adquirir colecciones de quien se las ofreciera. Debenedetti dio cuenta de esto cuando escribió:

No faltó el chico travieso que ofreciera en venta un pedazo de un candelero de la iglesia, ó la pata de un catre de madera, ó un peda-

¹⁵² Debenedetti, “Excursión,” 642.

¹⁵³ Manuel Ballivián, ed. *Monumentos prehistóricos de Tiahuanacu: homenaje al XVII Congreso Internacional de Americanistas* (La Paz: J. M. Gamarra, 1910).

zo de alambre de telégrafo, ó una cuchara vieja, ó el fondo de una copa de vidrio verde y demás chucherías descubiertas por la vivez precoz de los muchachos. Hubo excursionista que hizo acopio de este material con mucho cuidado y disimulo y aumentó en pocos momentos sus colecciones de material *arqueológico* de Tiahuanaco.¹⁵⁴

Enfatizando en tono burlón cómo a veces les daban gato por liebre, o mejor dicho, cómo se adquirirían materiales cualquiera como si fueran arqueológicos, Debenedetti criticaba a los demás miembros del grupo como si él mismo no hubiera adquirido también colecciones para el Museo Etnográfico de Buenos Aires. Además, la observación de las prácticas sobreinterpretativas y acumuladoras de los investigadores no solo era vista cómicamente por los miembros de su propio grupo, también desde fuera era evidente este comportamiento. Por eso, aunque los americanistas recibían halagos constantes como sabios en sus visitas o la gente salía a su paso para verlos, en la Hemeroteca del Archivo y Biblioteca Nacionales de Bolivia en Sucre encontré un curioso ejemplo de burla. Un escritor anónimo publicó en el periódico *El Tiempo* un poema con motivo de la visita de los miembros del Congreso a las ruinas, que dice así:

Arqueología
(Plagio)
Sabios americanistas
A Tiahuanacu llegaron
Y nuestras ruinas é islas
Con avidez visitaron

Estaban en la del Sol,
Cuando Ballás vió, admirado
Que uno de ellos un alambre
Contemplaba, emocionado.

¹⁵⁴ Debenedetti, "Excursión," 645 [cursivas en el original].

Y que, calándose el lente
—Mi hacer un descubrimiento
Dijo.— y este alambre hablar
Mucho más que un monumento.

Este alambre á mi decir
Que desde que aquí llegaron
Los valientes aimaraés
La telégrafo inventaron.

Después á la Luna fueron
(Del otro islote hablo yo)
Y no encontrando allí nada
Díjole á V sencio: —¡Oh!

¡Mi también aquí encontrar
Otro gran descubrimiento
Y que más notable estar
Del que hallar hace un momento.

Puesto que aquí no hay alambres
Es claro que indio taimado
La telégrafo sin hilos
También haber inventado.¹⁵⁵

Exaltados usualmente como sabios, los americanistas fueron ridiculizados en el poema. El «calándose el lente» hace referencia no sólo al atuendo, sino a la proyección de investigadores hecha por sí mismos. El autor también remarcaba su forma de hablar el castellano con algunos verbos mal conjugados y pronombres incorrectos, siendo ésta una lengua extranjera para muchos americanistas. También, su observador externo notó aquella obsesión que tenían por convertirse en descubridores, incluso aunque fuese erróneamente a partir de fragmentos de

¹⁵⁵ Anónimo, "Arqueología," *El Tiempo*, 26 de junio de 1910.

alambre que no tenían nada de arqueológico. El «irse a la luna» resultó un recurso poético donde la visita al Islote de La Luna en el lago Titicaca se equiparó con la pérdida de contacto con la realidad. Y finalmente, una de las críticas, hay que decirlo, reside en su convencimiento de la importancia de las culturas indígenas del pasado.

Todas estas cuestiones muestran un choque de usos e ideas con respecto a las ruinas de Tiwanaku que tenía como origen visiones en disputa del espacio y de sus objetos. Mientras que los americanistas defendían las ruinas como espacio de ciencia “internacional”, por el cual se disputaban sus vestigios entre ellos mismos, la población aymara asentada en las zonas de colindancia con el sitio arqueológico vio en el conjunto de piedras un buen material de construcción. Esto develó una relación funcional con las ruinas de las poblaciones aledañas que difiere de la de los americanistas, quienes denunciaron ese uso, tanto como a quienes practicaban la puntería disparándoles a los monolitos, entre cuyas víctimas se hallaba la misma Puerta del Sol. Salvador Debenedetti observó cómo existían alcantarillas, terraplenes, pavimentos y edificios que hacían uso de los materiales que provenían de la zona. Una situación que, según escribe, le provocaba a él desconuelo.¹⁵⁶

Por último, acabado el día, los americanistas volvieron a La Paz, desde donde continuaron su viaje hacia el Perú, en donde visitaron otros sitios arqueológicos importantes como Pachacámac y Ancón. Max Uhle fue el anfitrión en el lado peruano del recorrido como director del Museo de Historia Nacional. También allí el grupo de americanistas se reunió con el presidente del Perú y con la Sociedad Geográfica de Lima.

Debates tras el viaje del Centenario

Pasado el viaje de 1910, Max Uhle y Arthur Posnansky continuaron debatiendo en los siguientes años sobre lo que había

¹⁵⁶ Lehmann-Nitsche, *Actas del XVII Congreso Internacional de Americanistas*, 627-672.

pasado en ese encuentro. Uhle publicó una crítica a la guía de Posnansky por «falta de innovación», argumentando ser él quien había aportado conocimiento del periodo al que pertenecían las ruinas de Tiwanaku. Acusó abiertamente a Posnansky de plagio.¹⁵⁷ Posnansky respondió al ataque también con una publicación en donde expresó cómo, para Uhle, «nadie sabe algo, nadie conoce nada, nadie ha visto ó dicho algo que él no haya visto ó dicho antes. [Max Uhle] Considera como un ataque dirigido á su persona, el escribir ó investigar cosas concernientes á antigüedades peruanas». En medio de la polémica, Posnansky también criticó cómo Uhle publicó sobre Tiwanaku desde su escritorio en Europa, sin antes haber puesto un pie en la zona y que luego, cuando viajó en 1894 sólo pasó dos días allí, a diferencia de él, que llevaba años trabajando en la zona y dialogando con los habitantes. Posnansky no solo rebatió la acusación de plagio en torno a los minerales, sino que denunció una serie de prácticas desleales de Uhle.¹⁵⁸

Los investigadores publicaron sus respectivas críticas en castellano y también en alemán —la lengua materna de ambos— y su debate académico escaló rápidamente a lo personal, como ya se ha visto. En los años siguientes, estos americanistas continuaron contribuyendo a la profesionalización de la arqueología desde los museos nacionales del Perú y de Bolivia. En Bolivia permaneció Posnansky, organizando años más tarde el Museo Nacional Tihuanacu.¹⁵⁹ Uhle se quedó del otro lado de la frontera, organizando las secciones arqueológicas de distintos museos primero en el Perú, luego en Chile y finalmente en Ecuador. Desde Berlín, donde Posnansky publicó la crítica a la crítica que le hiciera Uhle, expresó finalmente sobre el conflicto entre ambos que: «Al

¹⁵⁷ Max Uhle, *Guía de los monumentos de Tiahuanacu por Posnansky: una crítica* (Santiago de Chile: Universitaria, 1912), 3-7.

¹⁵⁸ Arthur Posnansky, *Una falsa crítica de Max Uhle* (Berlín: Reimer, 1913), 1-3.

¹⁵⁹ Sobre este proceso se recomienda la lectura de: Ponce Sanginés, Arthur Posnansky; Juan Villanueva Criales, “De lo precolombino a las cadenas operatorias. El Museo Nacional de Etnografía y Folklore (MUSEF) de Bolivia en perspectiva histórica,” *Chungara Revista de Antropología Chilena* vol. 51 núm. 2 (2019): 203.

final deseo que Uhle evoque á Huirajocha y al todopoderoso Pachacama, para que le sane de su furia y envidia y le libre en delante de las repugnantes demostraciones de odio con que se ha desahogado en su lastimosa y chabacana obra».¹⁶⁰

Así terminaron las críticas a las críticas de aquella visita a Tiwanaku en 1910 que originalmente tenía como objetivo examinar cuán antiguo era el sitio arqueológico. Décadas más tarde, Arthur Posnansky continuó defendiendo la hipótesis de que la cultura de Tiwanaku era anterior a la de Egipto, a partir de sus observaciones en la trayectoria solar con respecto al Templo de Kalasasaya. Incluso integró las teorías de Florentino Ameghino a su propuesta. Posnansky dató la construcción de Tiwanaku hasta con 10,600 años de antigüedad en una primera etapa,¹⁶¹ conclusión que para Max Uhle resultaba abiertamente un absurdo.¹⁶²

En realidad, el problema de la antigüedad de Tiwanaku no era un asunto menor, pues indirectamente la discusión planteaba no sólo una ubicación cronoestratigráfica para gran parte de las poblaciones antiguas de Sudamérica, sino si se podía afirmar o no la autoctonía del título de civilización dentro del continente y el lugar que ocuparía en los cánones de la arqueología de la época. Tiwanaku se pensaba que podría ser la clave que permitía estudiar una amplia escala geográfica y temporal en el subcontinente y fue equiparado reiteradamente con las llamadas «culturas clásicas» de Egipto y Grecia. Por eso, las ruinas de Tiwanaku fueron consideradas por un buen número de americanistas como las más importantes de Sudamérica, pero la disputa por el prestigio de los descubrimientos hechos en las ruinas fracturaba a la comunidad de quienes las investigaban.

En el siguiente ICA en Londres, la antología de Tiwanaku publicada en honor del anterior congreso fue reconocida por

¹⁶⁰ Posnansky, *Una falsa crítica*, 20.

¹⁶¹ David L. Browman, “La Sociedad Arqueológica de Bolivia y su influencia en el desarrollo de la práctica arqueológica en Bolivia,” *Nuevos Aportes* no. 4: 37-38.

¹⁶² Uhle, *Guía de los monumentos*, 7.

el presidente de aquel congreso como un importante aporte bibliográfico. Sir Clements Markham reconoció públicamente la deuda que la comunidad de americanistas tenía con Ballivián. Durante ese encuentro, además, se decidió que para el próximo Congreso de Americanistas en el continente de sus estudios se debería repetir el modelo de dos sedes que había resultado tan exitoso. En esta ocasión se eligió que el siguiente ICA fuera en La Paz y luego en Washington D.C., donde Arthur Posnansky y Aleš Hrdlička serían los organizadores de las respectivas sedes. No obstante, a pesar del entusiasmo por una nueva sede doble, este congreso no logró celebrarse de tal forma. La Primera Guerra Mundial primero pospuso el Congreso y al final, la crisis y dificultad de organización hizo que la sede en La Paz, cercana a la zona de Tiwanaku, tuviera que ser cancelada.

Para concluir, espero que este recorrido histórico haya planteado claramente la centralidad de Tiwanaku en este periodo y cómo este sitio se transformó en una zona arqueológica; espacio de atención, estudio y también de disputa de investigadores. En el periodo de 1876 a 1915 confluyeron en Tiwanaku distintos americanistas provenientes de Francia, del Imperio Alemán, de los Estados Unidos, de la misma Bolivia, del Perú, de Suecia, Suiza, la Argentina y del Imperio Austrohúngaro. Su presencia refleja también las actividades de los museos, los cuales aumentaron sus colecciones arqueológicas a partir de distintas misiones científicas y permite hablar de una red expansiva de arqueólogos y *amateurs* que extendió la movilización de conocimientos y de colecciones en beneficio de diferentes museos, pero entre los que destacaron el *Museum für Völkerkunde*, el *American Museum of Natural History* y el *Musée d'Ethnographie du Trócadéro*.

Casos como el de Tiwanaku ejemplifican cómo el interés por las ruinas terminó transformándolas, interpelando un tránsito entre explorar, descubrir y convertirlas en zonas arqueológicas de excavación por la agencia americanista. Allí, el americanismo planteó con frecuencia una relación desigual frente a estos espacios, propiciando una dislocación. El museo, al ser asociado por los americanistas como el archivo para el futuro, terminó convir-

tiendo a las ruinas en el espacio desde donde la materialidad del pasado podía ser extraída.

3.4 Misiones eruditas y la búsqueda colectiva de fuentes históricas

Además de las actividades arqueológicas y de antropología física, las comunidades convocadas por el ICA fueron también pioneras en la búsqueda colectiva de fuentes prehispánicas y coloniales. Mientras que arqueólogos y antropólogos estudiaban materialidades líticas, huesos y murales, los historiadores y lingüistas se esforzaron por dar a conocer documentos que tienen como soporte la materialidad del papel. Al historizar la formación del conocimiento histórico, puede resultar sorprendente cuántos códices, manuscritos y mapas que hoy son elementales para el entendimiento de la historia, se hallaban hasta hace siglo y medio en un estado de latencia. Por esto, sostengo que la existencia del ICA planteó una mejor organización para localizar y difundir manuscritos y otras fuentes documentales. Resulta difícil exagerar la relevancia que esto tuvo para la Historia.

Nuevamente Ernest Hamy, como vocero de la comunidad, nos da algunas luces sobre cómo se dio este proceso y es que, a un cuarto de siglo del primer ICA, Hamy expresó con sorpresa el éxito que habían tenido los congresos al verse convertidos en los escenarios en donde la hilera de volúmenes creados para las bibliotecas americanistas les permitía seguir el rápido avance que habían tenido las investigaciones del último cuarto de siglo. Dijo:

Hace poco más de veinticinco años (19 de julio de 1875), nuestra institución comenzó en Nancy con un éxito inesperado bajo la presidencia del difunto barón de Dumast y la dirección efectiva del Sr. Lucien Adam. Desde entonces, Luxemburgo, Bruselas, Madrid, Copenhague, Turín, Berlín, París, Huelva, Estocolmo y

México han sido nuestras escalas, y toda una serie de volúmenes alineados en nuestras bibliotecas permite a lo largo de estos veinticinco años seguir el rápido avance de la investigación realizada sobre el pasado del Nuevo Mundo. [...] El ritmo se va afianzando volumen tras volumen; poco a poco, la crítica se afirma, los estudios se precisan y la ciencia se fundamenta en bases cada vez más sólidas.¹⁶³

Las hileras de volúmenes a las que se refirió Hamy reflejan el hallazgo y la recopilación de antiguas fuentes tras la revisión exhaustiva de archivos y bibliotecas. Los americanistas estaban localizando, estudiando y editando manuscritos que luego socializaban internacionalmente en el Congreso, a donde llevaban la noticia tanto de sus descubrimientos como de las ediciones impresas que preparaban.

Por eso, si bien es cierto que el ICA es la institución donde se profesionalizó la arqueología y la antropología, para la Historia también jugó un papel relevante. Más aún, las contribuciones al Congreso permiten rastrear la labor de los historiadores desde una perspectiva transcontinental. Las trayectorias de muchos de ellos son usualmente narradas a partir de su esfuerzo individual o nacional, no obstante, el ICA permite conectar sus historias como un fenómeno que los movilizó como estudiosos del pasado en el marco de «misiones eruditas» que tenían el objetivo de localizar documentos útiles para la elaboración de sus historias nacionales. Aunado a esto, a menudo, desempeñaron labores diplomáticas, como veremos a continuación.

Archivos como el de Indias en España fueron el punto de congregación de historiadores de distintas procedencias, pero especialmente de latinoamericanos y estadounidenses que, como señala Palmira Vélez, acudieron a él en la búsqueda de documentos que resolviesen cuestiones limítrofes tras la Independencia o sentaran las bases de la historia de las nue-

¹⁶³ [Original en francés] Hamy, [Discours suivant], en *Congrès International des Américanistes XIIe session tenue à Paris en 1900*, xv.

vas naciones americanas.¹⁶⁴ Estudiosos del pasado buscaron en archivos europeos los manuscritos que se referían a los territorios sobre los cuales se habían conformado sus países y una vez localizados los documentos, los recopilaban y publicaban.¹⁶⁵

Un caso destacado de erudición y capacidad de sistematización a nivel continental fue el de José Toribio Medina, historiador chileno que se empeñó en publicar un extensísimo número de obras con documentos hallados sobre América en archivos españoles. Empezó un trabajo gigantesco de recopilación con una visión continental. Su enfoque se plasmó en estudios sobre temas como el Derecho Indiano, la imprenta, la Inquisición y la numismática de los siglos XVI al XVIII.

Rafael Sagredo, biógrafo de Medina, lo definió como «un naturalista aficionado, abogado, diplomático, bibliógrafo, erudito, polígrafo, historiador, coleccionista, editor, impresor y geógrafo», que recopiló, estudió, tradujo y editó «casi medio millar de libros con información histórica, bibliográfica, geográfica, biográfica, miscelánea, documental, archivista y científica» de la historia colonial de América. Sagredo interpretó el trabajo de Medina como una contribución al americanismo, al cual contribuyó a consolidar.¹⁶⁶

Su caso devela una extrema movilidad que conectó Perú, Argentina, Uruguay, México, Guatemala, Colombia, Cuba y los Estados Unidos a lo largo de su vida. En Europa viajó a Gran Bretaña, al Imperio austro-húngaro, al Imperio alemán, Italia, Francia y España. Fue en este último país, especialmente en los archivos de Indias y de Simancas, que pasó prolongadas estancias por encargo del Gobierno chileno. Allí estudió los documentos que concernían a la historia colonial americana en general

¹⁶⁴ Vélez, *La historiografía americanista*, 97.

¹⁶⁵ Algunos historiadores permanecieron en esta misión hasta el fin de sus días, por lo que a menudo quienes elaboraron estas historias de las naciones latinoamericanas fallecieron en Europa.

¹⁶⁶ Rafael Sagredo Baeza, *J. T. Medina y su biblioteca americana en el siglo XXI. Prácticas de un erudito*. Santiago de Chile: Biblioteca Nacional de Chile, 2018, 17-18, 22.

y a la de Chile en particular. Con su extenso trabajo de más de cuatro décadas dio forma a la Biblioteca Americana en Santiago de Chile.¹⁶⁷

Medina sobresalió por esta capacidad de sistematización; por estudiar la imprenta y la Inquisición, y fue hasta sus cincuenta y ocho años de edad que el historiador chileno asistió por primera vez a un Congreso de Americanistas como delegado del gobierno chileno. En Buenos Aires presentó tres estudios: la «Introducción de la imprenta a América», «Las monedas usadas por los indios de América al tiempo del descubrimiento según los antiguos documentos y cronistas españoles» y «El supuesto descubrimiento de Chile por los frisios en el siglo XI». Además, a J. T. Medina se le encuentra entre las personalidades fotografiadas en la inauguración del ICA. Aparece en la segunda fila al extremo izquierdo, en lo que parece que está observando a José Nicolás Matienzo, el presidente de aquel Congreso, mientras pronuncia su discurso inaugural (ver fig. 29).



Figura 29. «José Toribio Medina, siendo delegado chileno al XVII Congreso de Americanistas reunido en el año 1910» Fuente: Departamento de Documentos Fotográficos, Archivo General de la Nación, Argentina.

¹⁶⁷ Sagredo Baeza, *J. T. Medina*.

Con motivo de esa participación, la revista chilena *Zig-Zag* publicó una caricatura del erudito chileno en donde se le ve llevando a cuestras múltiples tomos de sus trabajos (ver fig. 30). En los lomos se lee: la araucana, biografía hispano-chilena, literatura colonial, Caboto, entre otros títulos. En la caricatura, Molina sostenía con su cuerpo los numerosos manuscritos que llevaba al Congreso de Americanistas, el cual fue representado como un edificio. Su pluma, excepcionalmente grande, chorrea todavía tinta y debajo del historiador se puede leer: “Genial historiador, grave y profundo, fué a la Argentina y desde allí probó que á nuestros sabios los conoce el mundo; pero la patria, no.” Al XVI-



Figura 30. «Don José Toribio Medina», de Galvarino Lee (Bonsoir), 1910. Cortesía de Rafael Sagredo Baeza. Localización: Biblioteca Nacional, Chile.

II. ICA en Londres, también asistió J. T. Molina como delegado del gobierno chileno y en esa ocasión presentó un trabajo titulado «Fray Diego de Landa. Inquisidor de los Indios de Yucatán».

Un segundo caso de historiador americanista es el del sacerdote peruano Manuel González de la Rosa, subdirector de la Biblioteca Nacional de Lima y profesor universitario. González de la Rosa logró ubicar crónicas de los procesos de colonización y conquista que habían permanecido inéditas. En una estancia de más de veinticinco años en Europa, se dedicó a elaborar nuevas ediciones de la gramática chimú de Carrera, la historia de Lima de Cobo, el testamento de Garcilaso de la Vega y la narrativa de Murua. Fue también miembro del Instituto Histórico del Perú y de la *Société des Américanistes* en París.

González de la Rosa inició sus participaciones en el ICA en 1900 y dejó de participar hasta su muerte en 1912. En los cinco Congresos Internacionales de Americanistas en los que participó, expuso estudios sobre antigüedades peruanas, sobre Cristóbal Colón, sobre lengua y escritura chimú, sobre las cartas de Toscanelli, Tiwanaku y Manco Cápac. Abarcó con esto un gran espectro de estudios americanistas, dando muestra de su multiplicidad temática.

Un tercer caso de misión erudita en Europa lo constituye el trabajo de Francisco del Paso y Troncoso, director del Museo Nacional de México. Del Paso y Troncoso viajó a Europa en 1892 por la participación de México en la Exposición Histórico-Americana en Madrid. Este viaje, originalmente temporal, se transformó en una misión de vida. Del Paso y Troncoso permaneció en Europa con apoyo del gobierno mexicano con el objetivo de localizar y publicar los manuscritos útiles a la historia de México que se hallaban en sus archivos y bibliotecas.

En una carta a Joaquín Baranda publicada posteriormente por Silvio Zavala, el historiador mexicano expresó que su «sueño dorado» era ir a Europa para trabajar en la transcripción del Sahagún, obra a la cual dedicó grandes esfuerzos y trabajo diplomático. En aquella carta temprana, el historiador mexicano le expresó al entonces Secretario de Justicia e Instrucción Pública

su visión sobre la necesidad de publicar el Sahagún en conexión con el americanismo. Dijo:

Será obra digna del Gobierno, y el señor Presidente y Ud. recibirán un aplauso general de todo el mundo civilizado, cuyas miradas están hoy fijas sobre nuestro querido Continente, al cual repuntan con razón como [...] el campo de actividad para las inteligencias que desean hallar en el estudio de lo desconocido una justa satisfacción de su anhelo. Hoy el Americanismo, señor don Joaquín, es la ciencia predilecta entre las auxiliares de la Historia y la publicación del Sahagún causaría una verdadera revolución en los estudios prehistóricos.¹⁶⁸

La publicación del Sahagún fue una verdadera revolución como esperaba Del Paso y su misión logró identificar y dar a conocer ésta y muchas otras fuentes en las bibliotecas del Vaticano, Nacional de Francia, Florencia y en el Archivo de Indias. Del Paso y Troncoso, al igual que J. T. Medina, se caracterizó por una verdadera bibliomanía a partir de la cual reunió una extensísima cantidad de documentos, mapas, planos, crónicas, relaciones y códices de entre los que destacan: la obra de Sahagún, el Códice Vaticano, la Crónica de Cervantes de Salazar, el Códice Borbónico, el Códice Kingsborough y la Historia de Cristóbal de Castillo.

La noticia y publicación de algunos de sus hallazgos fueron llevadas por Francisco del Paso a los Congresos de Americanistas, a los que asistió como delegado del gobierno mexicano. En el XI. ICA presentó «Los libros de Anáhuac»; en el XII. ICA «Histoire mexicaine de Cristobal del Castillo», «Comédies en langue nauatl»; mientras que en el XVIII. ICA “Escritura pictórica, Códice Kingsborough: Lo que nos enseña” y “División territorial de Nueva España en el año 1639”. El historiador permaneció en Europa revisando exhaustivamente documen-

¹⁶⁸ Citado en: Silvio Zavala, ed. *Francisco del Paso y Troncoso: Su misión en Europa, 1892-1916*. México: Instituto de Estudios y Documentos Históricos, A.C.; Claustro de Sor Juana, 1980, 7.

tos de archivos españoles e italianos hasta su muerte, acaecida en 1916.

Un cuarto ejemplo de misión erudita, aunque en la dirección inversa, fue el caso de Rafael Altamira. En 1909, el historiador español emprendió un «viaje americanista» por Argentina, Uruguay, Chile, Perú, México, Cuba y los Estados Unidos. Financiado por la Junta para Ampliación de Estudios, Altamira viajó dictando cursos de historia de América, Derecho Indiano e historia contemporánea de España.¹⁶⁹ Su viaje y vinculación institucional fomentaron la diplomacia académica que fue elogiada en Madrid como un proyecto de intercambio docente con las universidades americanas. Construyó también una vía para reposicionar el prestigio de España en América.¹⁷⁰ Al término de su viaje volvió a Europa y en Londres comenzó a participar en el ICA, donde fue recibido por Markham. En el siguiente ICA en Washington D. C. participó con un trabajo titulado «Notas sobre la Historia de la Recopilación de las Leyes de Indias por Solórzano y Pinelo».

Códices, crónicas y mapas

A partir de estos cuatro ejemplos podemos tener una visión panorámica de las labores de los historiadores americanistas. Casos como los de José T. Medina, Manuel González de la Rosa, Francisco Del Paso y Troncoso y Rafael Altamira dan cuenta de misiones eruditas que involucran el trabajo en archivos, la localización y publicación de fuentes coloniales que terminaron siendo socializados en el ICA, así como ejercicios de diplomacia cultural. Pero, los Congresos Internacionales de Americanistas, además de ser aquellos escenarios donde se apilaban libros que describió Hamy, también se convirtieron en el escenario a donde se lleva-

¹⁶⁹ Vélez, *La historiografía americanista*, 165-169 y 181.

¹⁷⁰ Gabriela Dalla Corte y Gustavo H. Prado: «Luces y sombras de dos paradigmas del americanismo español en la renovación del diálogo hispanoamericano (1909-1912)». En: *Anuario de Estudios Americanos*, vol. 63, núm. 2 (julio-diciembre 2006), 201.

ban las buenas nuevas, es decir, la noticia del hallazgo de antiguas fuentes que eran de interés para los historiadores del congreso.

Desde entonces, la posibilidad de consultar la mayoría de estas fuentes históricas se ha ampliado radicalmente. En el presente, una persona interesada en ellas y que tenga acceso a internet puede consultar los materiales en línea, independientemente de su ubicación, en donde se obtienen por lo general digitalizaciones de buena calidad y a color. Antes de 1890, obras como el *Tonalámatl* de Aubin, la *Crónica* de Guaman Poma o el *Mapa Waldseemüller* se hallaban en estado de latencia en bibliotecas europeas. A menudo, nadie o, en el mejor de los casos un puñado de personas, conocía o había oído hablar de su existencia. Esto cambió en los primeros años del siglo XX.

La edición del *Tonalámatl* de Aubin

A finales del siglo XIX y principios del XX, el duque de Loubat (ver fig. 11) fue clave en el avance de los estudios americanistas y en especial en el estudio de códices mesoamericanos.¹⁷¹ El filántropo estadounidense dedicó gran parte de su fortuna a financiar la edición, estudio y difusión de códices, entre los que se encuentra el calendario adivinatorio que recibe el nombre de *Tonalámatl* o «libro de los días» de Aubin, herramienta calendárica calendario de 260 días, usado por sabios para evitar destinos nefastos y generar unos propicios (ver fig. 31).

A finales del siglo XIX, el *Tonalámatl* se encontraba en París, donde, después de pasar por diversas manos, fue donado a la Biblioteca Nacional de Francia por Eugène Goupil. En 1888, Eduard Seler presentó una interpretación de este antiguo calendario en el VIII. ICA, después de enterarse por Antonio Peñafiel sobre su existencia. «Das Tonalamatl der Aubin'schen Sammlung und die verwandten Kalenderbücher» marcó un hito en aquel ICA en Berlín por plantear la primera interpretación siste-

¹⁷¹ Olivier Jacquot, «La philanthropie américaniste du duc de Loubat ». Amoxcalli. (Publicado el 10 de noviembre de 2021) en <https://amoxcalli.hypotheses.org/37574>



Figura 31. Fragmento del «Tonalamatl De Aubin». Fuente: Biblioteca Nacional de Antropología e Historia «Dr. Eusebio Dávalos Hurtado»; disponible en: <https://repositorio.inah.gob.mx/o-43963>

mática de ese documento antiguo.¹⁷² En términos personales, esa ponencia le aseguró a Seler una gran entrada al americanismo, pero también cambió la sociabilización del *Tonalámatl* cuya existencia era conocida solo por un puñado de personas.

El duque de Loubat, entusiasmado por el trabajo de Seler, asumió el costo de la publicación del *Tonalámatl* junto con el estudio de Seler, obra que vio la luz en 1900 y que Loubat distribuyó en distintas bibliotecas para darla a conocer.¹⁷³ Así, el *Tonalámatl* formó parte del auge del estudio de códices fomentado por la comunidad de americanistas y el mecenazgo de Loubat. En un periodo muy corto de apenas dos décadas, la comunidad de americanistas publicó con urgencia facsimilares de todos los códices conocidos para facilitar la práctica de sus estudios. Es aquí donde se observa a los americanistas trabajar a nivel internacional y de forma colectiva para conseguir esta meta.

¹⁷² Eduard Seler, «Das Tonalamatl der Aubin'schen Sammlung und die verwandten Kalenderbücher», en *Congrès International des Américanistes. Compte-rendu de la septième session. Berlin 1888*, 521-735.

¹⁷³ Eduard Seler, *Das Tonalamatl der Aubin'schen Sammlung: eine altmexikanische Bilderhandschrift der Bibliothèque Nationale in Paris (Manuscrits Mexicains Nr. 18-19): auf Kosten Seiner Excellenz des Herzogs von Loubat herausgegeben, mit Einleitung und Erläuterungen von Dr. Eduard Seler*. Berlin: Unger, 1900.

En Berlín se imprimió el *Tonalámatl* y el duque de Loubat financió la publicación de otros seis códices. Eduard Seler escribió estudios introductorios o comentarios que acompañaron los facsímiles del Codex Cospi, el Fejévary-Mayer y el Vaticano B. En México, la Junta Colombina le encargó a Alfredo Chavero la publicación del Códice Porfirio Díaz. En París, Ernest Hamy publicó el Códice Borbónico. Escribió también un comentario que acompañó al Codex Telleriano-Remensis.

En Dresde, Ernst Förstemann se encargó del Códice Dresde y publicó sus comentarios en 1886. Zelia Nuttall publicó el Códice Zouche-Nuttall en 1902, gracias al *Peabody Museum* de Harvard. Francisco del Paso y Troncoso se encargó del Códice Borbónico y del Kingsborough, los Códices Matritenses. El Códice Florentino, cabe decir, se publicó con financiamiento del gobierno mexicano y apoyo del Duque de Loubat. Así, en un periodo corto de poco más de dos décadas los americanistas pusieron al alcance de bibliotecas y otros investigadores los códices prehispánicos, adivinatorios y una gran cantidad de códices del periodo colonial. La cantidad y calidad de estos trabajos resulta excepcional y hacia 1910 prácticamente en todas las bibliotecas americanistas podían encontrarse copias de todos estos documentos.

La convergencia de estos procesos influyó en el estudio de códices y su estudio se convirtió también en uno de los elementos de mayor prestigio dentro de la jerarquía americanista. Los máximos americanistas de su época fueron reconocidos precisamente entre aquellos investigadores dedicados al estudio de códices antiguos, tales como Eduard Seler, Ernest Hamy, Francisco del Paso y Troncoso y Zelia Nuttall. Por su parte, la edición de los mismos facilitó el debate. Los códices se convirtieron en nuevas Piedras de Rosetta que distintos grupos de trabajo buscaron decodificar.

Por esta razón, en el XII. ICA Hamy agradeció públicamente al duque de Loubat, responsable de lo que llamó «esta transformación de nuestras herramientas científicas».¹⁷⁴ Doce años des-

¹⁷⁴ [Original en francés] T. Hamy, [Discours suivant], en *Congrès International des Américanistes: XIIIe session; tenue à Paris en 1900*, xvi.

pués, en el XVIII. ICA, Francisco del Paso y Troncoso equiparó al duque de Loubat con lord Kingsborough, por su apoyo en la promoción del estudio de la escritura pictórica. Al dar la noticia de que nombraría al *Memorial de los Indios de Tepetlaoztoc* como «Códice Kingsborough», el historiador mexicano aprovechó para agradecer públicamente a Loubat por sus esfuerzos:

Al Duque de Loubat, por justos títulos: como gran Mecenas, como protector del Americanismo y de los que á él se consagran, profesámosle afecto sin límites, y por él sentimos grande admiración y nos inspira profundo respeto [...].¹⁷⁵

La comunidad de americanistas le agradecía a Loubat y su agradecimiento simbólico también se expresó en el hecho de que, en su reunión en Viena, ante la imposibilidad de Loubat de asistir, los miembros del Congreso votaron unánimemente por enviarle saludos por telégrafo hasta París.¹⁷⁶

Joseph Florimond Loubat se interesó por los estudios americanistas y se convirtió en su mecenas principal. Impulsó moral y financieramente a los investigadores para que publicaran facsimilares de códices, mapas y otras obras de importancia histórica. También creó el Premio Loubat para incentivar los estudios americanistas, pagó la apertura de cátedras, exploraciones. Incluso rescató de la problemas financieros a quienes se dedicaban a este tipo de estudios que pocas veces auguraron estabilidad económica a sus practicantes.

Además, en el XVI. ICA, Leopold Wollmar informó que el duque había enviado facsimiles de los códices publicados a las universidades y otras instituciones para que fueran estudiados. Esto confirma que la labor de Loubat incluía la distribución de las copias de los códices impresas con sus mecenazgos. Este hecho muestra que hacia 1908 su impulso estaba teniendo un

¹⁷⁵ Francisco del Paso y Troncoso, «Escritura pictórica. Códice Kingsborough, lo que nos enseña», en *International Congress of Americanists. Proceedings of the XVIII. session, London 1912*, 455.

¹⁷⁶ Heger, *Verhandlungen des XVI. Internationalen Amerikanisten-Kongresses*, xli.

resultado exitoso, cuando las publicaciones, además del congreso, se repartían en bibliotecas y universidades en Europa y América, haciendo que estas fuentes fueran conocidas más allá de las fronteras.

El hallazgo de la *Nueva Crónica de Guaman Poma*

Un importante hallazgo se dio a conocer en el XVIII. ICA. El bibliotecario alemán Richard Pietschmann fue el autor del hallazgo de un antiguo manuscrito en la Biblioteca Real en la ciudad de Copenhague. En 1912 presentó a la comunidad reunida en Londres un documento sobre el cual nadie tenía noticia hasta ese momento, se trataba de la *Nueva Crónica y Buen Gobierno de D. Felipe Guaman Poma de Ayala*, escrito en 1613.¹⁷⁷

Richard Pietschmann, originario de Stettin, se desempeñaba como profesor y director de la biblioteca universitaria en Gotinga. El historiador alemán llegó a Londres con la noticia del hallazgo de un manuscrito compuesto por 1,179 páginas, que había encontrado en 1908 revisando los documentos de la *Königliche Bibliothek*. Su intención era publicar tan pronto como fuera posible el manuscrito completo con sus ilustraciones (ver fig. 32). Cuatro años después del descubrimiento, los americanistas escucharon la noticia de la aparición de una nueva fuente antigua que trataba sobre los Incas y la denuncia de las crueldades de la conquista.¹⁷⁸

¹⁷⁷ *International Congress of Americanists. Proceedings of the XVIII. session, London 1912, xxxii-xxxiii.*

¹⁷⁸ No obstante, resulta revelador que Pietschmann expuso la primicia del hallazgo no en el ICA, sino en el Congreso Internacional de Orientalistas.



Figura 32. Fragmento de la Nueva Crónica y Buen Gobierno de Guaman Poma de Ayala. Fuente: Wikimedia Commons; disponible en: https://commons.wikimedia.org/wiki/File:A_khipucamayuc,_1615.jpg

Su entusiasmo puede encontrarse en el presidente de aquel Congreso, Clements Markham, quien en su discurso enfatizó que “El Dr. Pietschmann, de Gotinga, nos llama la atención sobre el manuscrito más notable de historia y cultura peruana que ha salido a la luz en nuestro tiempo”.¹⁷⁹ Y Pietschmann, con

¹⁷⁹ [Original en inglés] Clements Markham, «Presidential Adress», en *International Congress of Americanists. Proceedings of the XVIII. session, London 1912*, xxv.

su ponencia «Some Account of the Illustrated Chronicle by the Peruvian Indian, D. Felipe Huaman Poma de Ayala», habló de uno de los documentos más relevantes de la historia americana. Durante su presentación habló del contenido del manuscrito. Con proyecciones luminosas mostró las ilustraciones que lo conforman. Sobre la proveniencia de la Crónica informó que había sido escrita por Guaman Poma de Ayala a lo largo de veinte o treinta años y que después fue obtenida en Madrid por un ministro danés.

El propósito de la obra es dar cuenta brevemente de la historia de Perú; describir el antiguo orden de las cosas, destruido por la invasión de los españoles y dar a conocer la miserable condición de los indios de su tiempo.¹⁸⁰

Su presentación, dividida en cuatro partes, incluyó una sinopsis del informe del sabio peruano, explicando: la historia de Perú desde la Era Mítica de los Viracochas hasta los españoles, las costumbres del periodo de los incas, las traducciones de los rezos y canciones citados por el autor en quechua, así como el informe de las “transgresiones, inhumanidades y crímenes” de los españoles en su tiempo.¹⁸¹ Markham señaló en unos folletos distribuidos tras la exposición de Pietschmann las cuestiones más relevantes del manuscrito y de su autor. Sobre Felipe Guaman Poma de Ayala concluyó diciendo:

No conocemos el destino de este hombre extraordinario, tan lleno de compasión por sus desafortunados compatriotas, tan diligente como recopilador de información, orgulloso de su ascendencia, lleno de empatía, valiente en exponer la injusticia y la crueldad. Si esta obra hubiera sido examinada en Lima por un sacerdote o un oficial, habría sido hecha pedazos y destruida. Debíó de ser enviada

¹⁸⁰ Richard Pietschmann, «Some Account of the Illustrated Chronicle by the Peruvian Indian, D. Felipe Huaman Poma de Ayala», en *International Congress of Americanists. Proceedings of the XVIII. session, London 1912*, 510.

¹⁸¹ Richard Pietschmann, «Some Account», 519.

a España sin abrir, sin que se sospechara de su contenido, y allí fue descartada y olvidada.¹⁸²

El hallazgo del Mapa Waldseemüller

Otro documento dado a conocer en el ICA fue el Mapa Waldseemüller (ver fig. 3). Durante siglos, la ubicación de alguna de las copias del documento considerado como «el acta de nacimiento de América» permaneció desconocida. Incluso como narré (ver apartado 1.1) el primer ICA se articuló simbólicamente alrededor de la noción de su existencia; sin embargo, no se tenía ubicada ninguna de las copias del documento que nombró «América» al continente. Algunos sabios decían esperar al buscador de documentos que hiciera un afortunado descubrimiento y ese día llegó en 1901.

Mientras conducía una investigación sobre manuscritos ptolomeicos en la *Bibliothek von Wolfegg*, el cartógrafo jesuita Josef Fischer encontró un portafolio con doce hojas. Como expresó tres años más tarde en el XIV. ICA en Stuttgart al hacer el anuncio, se trataba de una «racha de descubrimientos felices» al cerciorarse de que el autor de ese mapa era nada más y nada menos que Martin Waldseemüller. Así describió su hallazgo:

En una investigación de varios días en la biblioteca de Wolfegg, encontré entre los incunables una obra cartográfica que ya en la segunda hoja, mostraba la curiosa península de Groenlandia del tipo b con la inscripción «engronelant». [...] Al seguir hojeando, me topé en la misma obra cartográfica con la representación del tipo A. Por supuesto, en tales circunstancias, era necesario identificar al autor de la obra. En pocas horas, la tarea estaba resuelta: el autor de los mapas era Martin Waldseemüller (Ilacomilus) y los mapas mismos eran los que se creían perdidos, el mapa con el nombre de América del año 1507 y la todavía desconocida más antigua Carta marina de 1516.¹⁸³

¹⁸² [Original en inglés]. En *International Congress of Americanists. Proceedings of the XVIII. session, London 1912*, xxxiv.

¹⁸³ [Original en alemán] Jos. Fischer, «Die kartographische Darstellung der Entdec-

Posterior a este hallazgo, el jesuita alemán publicó junto con Franz von Wieser una obra dedicada a este mapa titulada *Die älteste Karte mit dem Namen Amerika* en 1903.¹⁸⁴ Luego, presentó trabajos en los Congresos de Americanistas sobre las representaciones cartográficas de los descubrimientos de los normandos y planteó a la comunidad la necesidad de elaborar una edición crítica de los documentos de Toscanelli y Vesputio. Desde entonces, el Mapa Waldseemüller ha sido reproducido masivamente y adorna las oficinas de los historiadores y sus institutos. Resulta sorprendente el que podamos ver la imagen de este mapa histórico, es posible tan solo desde hace poco más de un siglo.

Latencia, descubrimiento y singularidad

Casos como el del Mapa Waldseemüller, la *Nueva Crónica y Buen Gobierno* o el *Tonalámatl* de Aubin permiten plantear la complejidad que tiene la sociabilidad de las fuentes históricas dentro de las comunidades enfocadas en el estudio del pasado. Y cómo, tras periodos de latencia en bibliotecas, estas fuentes vivieron momentos de redescubrimiento y revalorización de la mano de comunidades específicas. En la vida social de estos objetos, podríamos cuestionar si comunidades como las de americanistas son quienes promueven la «singularización de objetos» que describe Igor Kopytoff en las sociedades complejas.¹⁸⁵ Ya que son las que defienden el valor que tienen este tipo de documentos, y lo hacen a partir de su vinculación simbólica con el tiempo.

kungen der Normannen in Amerika», en *Internationaler Amerikanisten-Kongress vierzehnte Tagung: Stuttgart 1904*, 35-36.

¹⁸⁴ Josef Fischer y Franz von Wieser (eds.), *Die älteste Karte mit dem Namen Amerika aus dem Jahre 1507 und die Carta Marina aus dem Jahre 1516 des M. Waldseemüller (Ilacomilus)*. Innsbruck: Wagner'schen Universitäts-Buchhandlung, 1903.

¹⁸⁵ Igor Kopytoff, "La vida social de las cosas", en Arjun Appadurai (ed.) *La vida social de las cosas. Perspectiva cultural de las mercancías*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes; Editorial Grijalbo, 1991, 109, 119-120.

Después de tener un uso práctico como calendarios, mapas o informes de denuncia, estos documentos fueron movilizados por coleccionistas y después experimentaron periodos de olvido o latencia. Décadas o siglos más tarde fueron hallados por historiadores y cartógrafos en bibliotecas y a partir de allí, la función de estos objetos cambió. Estas obras ya no tendrían una función práctica, sino simbólica. Ahora eran el testimonio de una época; se habían convertido en fuentes históricas. Ahora eran documentos representativos de un tiempo y un espacio y por eso, tenían un enorme valor en los albores del siglo XX.

Con sus siglos de antigüedad, estas fuentes pueden ser leídas en distintas claves temporales y formas de apreciar su uso y valor. Comunidades como las de americanistas remarcaron que eran objetos singulares. Estos mapas, calendarios y crónicas daban cuenta del conocimiento y la forma de ver el mundo de sus autores y los marcos culturales en los que los crearon; eran testimonios del pasado. Al presentar sus hallazgos durante el Congreso, los americanistas impulsaron la formación de espacios de convergencia donde tendría lugar una valoración que devino en una conceptualización de dichos objetos como documentos de enorme relevancia histórica. Por eso, este tipo de fuentes históricas fueron apreciadas como singulares y su valor —simbólico, e incluso monetario— a menudo se ha visto aumentado de la mano con las comunidades que los estudian.

El Mapa Waldseemüller, la *Nueva Crónica* y el *Tonalámatl* son documentos que tienen pocas similitudes entre sí, quizá lo único es que en los albores del siglo XX todos ellos se encontraban en bibliotecas europeas.¹⁸⁶ Sin embargo, lo que los une es su entrada en una misma época al canon americanista. Tanto el mapa como los códices y otros manuscritos son ejemplos de la aceleración de procesos de estudio, valoración y circulación en los que intervino la comunidad de americanistas tomando testimonios de distintas culturas. Para esta comunidad, que dedicó esfuerzos para su localización y divulgación, dichas fuentes representaban

¹⁸⁶ Actualmente dos de ellos se encuentran en bibliotecas americanas.

el pasado de «América», y recíprocamente, esa América tenía una antigüedad, una historia y una importancia de la que daban cuenta este tipo de documentos, o bien, otros los sitios arqueológicos, monumentos y restos humanos. Así, se completó la puesta en crisis de la idea del «Nuevo Mundo» y el concepto de América ahora estaba cargado de una gran antigüedad, misma de la que daban cuenta sus fuentes estudiadas por los americanistas.

Agentes en la patrimonialización del pasado

*¿Deberíamos considerar a Teotihuacán como un laboratorio
de lo patrimonial?*

4.1 ¿La Pompeya mexicana? O de cómo los Congresos Internacionales de Americanistas transformaron Teotihuacán¹⁸⁷

En el siglo V n.e. durante su esplendor, Teotihuacán fue una de las ciudades más grandes en el mundo. Era una urbe conformada por barrios multiétnicos con un amplio comercio y que además ejercía una influencia cultural extensísima. Sin embargo, tras el abandono de sus habitantes, la vegetación se fue extendiendo en el espacio que antes ocupaban sus pobladores. Toneladas de tierra y polvo cubrieron sus construcciones y el espacio en que otrora había albergado una urbe densamente poblada e influyente, se había convertido un milenio y medio después en el espacio de cultivo de magueyes y nopales. A finales del siglo XIX, los vestigios de la traza urbana de esta ciudad se apreciaban por las líneas de su arquitectura, mimetizadas en el paisaje entre los cerros circundantes (ver fig. 33).

¹⁸⁷ Una versión en inglés de algunas de las reflexiones aquí planteadas puede encontrarse en: Lorena López Jáuregui, Stefan Rinke y Nino Vallen, "Making Indigenous Heritage. Teotihuacán at the International Congress of Americanists," en *Kulturelles Nachhalten*, ed. por Jutta Eming. Berlin: Herder, 2025, 183-203.

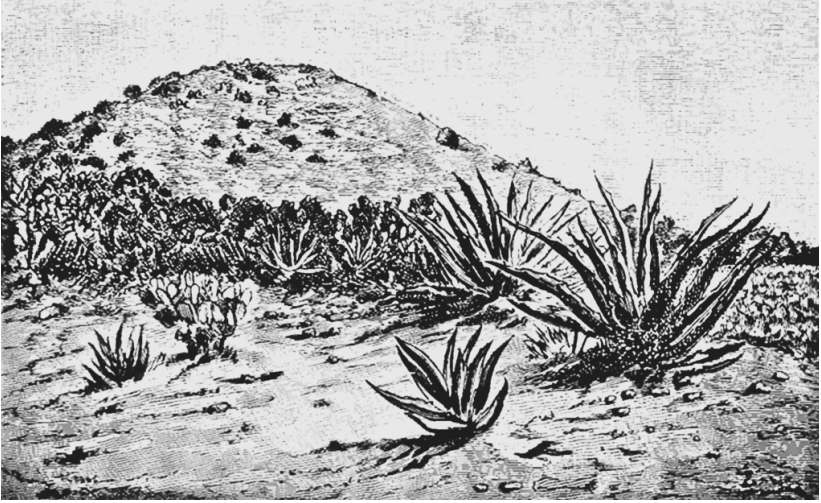


Figura 33. Litografía “Pirámide del Sol (Teotihuacán)”.
Fuente: Alfredo Chavero, *México a través de los siglos. Tomo primero: Historia Antigua y de la Conquista*.

No obstante, Teotihuacán y lo que esta ciudad significaba para el México moderno y para la humanidad fueron transformados al cabo de un par de décadas. Durante el Porfiriato, una generación de americanistas intervino en esta ciudad antigua y la conservación del pasado en México se institucionalizó. Sostengo que, a partir de eso, Teotihuacán se convirtió en un laboratorio patrimonial a través de una serie de iniciativas que intersecaron al Congreso de Americanistas. En el transcurso de una generación se replanteó la relación con los vestigios de esta antigua civilización, incorporándolos ideológicamente en su presente a través de la ciencia y la política. En este proceso se implementó el control del Estado sobre los monumentos y se creó una institución encargada de protegerlos. Después de intervenir en la zona, Teotihuacán buscó ser dada a conocer y fue presentada a americanistas y diplomáticos, potenciando el uso de un pasado esplendoroso para la elaboración de una proyección de nación moderna.

Invitación diplomática para llevar al ICA a México

Este proceso inició con la invitación del diplomático Gustavo Baz, quien a nombre del gobierno propuso en Estocolmo la celebración de un Congreso Internacional de Americanistas en México, ofreciendo al comité facilidades para el estudio de ruinas. Esta propuesta (ver discusión en el apartado 1.2) fue valorada en tanto permitiría a sus miembros visitar los vestigios de antiguas civilizaciones.¹⁸⁸ A partir del traspaso continental del ICA, la oportunidad de visitar espacios arqueológicos se convirtió en un factor importante en la elección de las sedes americanas. Así, la propuesta de Baz y la efectiva celebración de los Congresos tuvieron consecuencias, incluso para las zonas arqueológicas. En este apartado explicaré cuestiones clave de cómo el ICA y Teotihuacán se han entrelazado históricamente y cómo algunas de las principales exploraciones para conocer y promover Teotihuacán se vincularon directamente con los Congresos.

Previo a la celebración del ICA en México, Teotihuacán ya era uno de los espacios con vestigios antiguos que más había captado la atención de estudiosos y exploradores. Mexicanos, franceses, estadounidenses y alemanes habían visitado la zona y no escaseaban las publicaciones sobre la región. En 1882, cuando Alfredo Chavero publicó el tomo 1 de *México a través de los siglos*, describió a Teotihuacán como «la ciudad más importante del señorío de Tollan» y dio cuenta de los trabajos de exploración realizados por la Comisión Científica de Pachuca, incluyendo también las contribuciones de Gumercindo Mendoza y de Antonio García Cubas. El historiador mexicano no dejó de mencionar los aportes de Ernest T. Hamy con su estudio de los monolitos y de Désiré Charnay con su trabajo fotográfico.¹⁸⁹

¹⁸⁸ *Congrès International des Américanistes. Compte rendu de la dixième session Stockholm 1894*, 138.

¹⁸⁹ Alfredo Chavero, *México a través de los siglos, tomo 1, Historia antigua y de la conquista*. Barcelona: Espasa y Compañía, 1882, 397-398, 401.

También en esa década, Charnay publicó estudios en donde observó la importancia de la obsidiana para la ciudad. Poco después que Chavero, Charnay publicó en Francia *Les Anciennes villes du Nouveau monde*, en donde señaló cuán estudiado había sido el sitio hasta aquel momento:

Es difícil decir algo nuevo sobre Teotihuacan; su proximidad a México ha hecho que visitar las ruinas sea un auténtico placer; se han multiplicado las publicaciones sobre el tema y todos los historiadores se han extasiado ante la grandeza de sus pirámides y la inmensidad de sus ruinas.¹⁹⁰

Si bien Charnay expresó la dificultad de decir algo novedoso sobre el sitio, los años siguientes demostraron que aún se podía decir y hacer mucho en Teotihuacán. El espacio fue intervenido conforme se implementaron nuevas políticas de conservación y creció la atención nacional e internacional en sus monumentos. En este proceso, los ICA funcionaron como una plataforma de difusión para plantear, por primera vez en la historia, la necesidad de custodiarla como un patrimonio nacional y de la humanidad. La forma de referirse a esto en la época fue a través del concepto de «protección de monumentos».

Esta transformación inició el 8 de octubre de 1885. Por un comunicado emitido por la Secretaría del Estado y del despacho de Justicia e Instrucción Pública, se creó el puesto de Inspector y Conservador de Monumentos Arqueológicos, asignando a Leopoldo Batres a su cargo (ver figs. 34 y 35). El inspector tenía cuatro atribuciones principales:

¹⁹⁰ [Original en francés] *Désiré Charnay, Les Anciennes villes du Nouveau monde. Paris: Hachette, 1885, 107.*

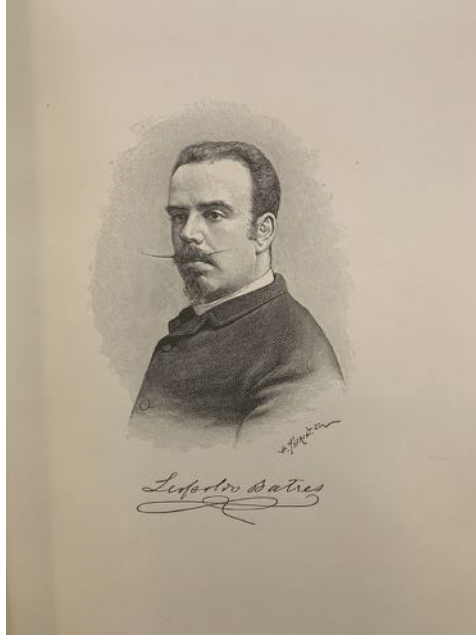


Figura 34. Leopoldo Batres. Fotografía tomada por la autora en la biblioteca del Muséum national d'Histoire naturelle.



Figura 35. Escudo de la Inspección General de Monumentos de la República Mexicana". Fotografía tomada por la autora en el Archivo General de la Nación, México.

1^a. El inspector cuidará de la Conservación de todos los monumentos y ruinas arqueológicas e históricas de la República. [...] 2^a. Impedirá que se hagan excavaciones, traslaciones de monumentos, etc., sin la debida autorización de la Secretaría de Justicia. [...] 3^a. Las antigüedades que se remitan al Museo Nacional ya sea por compra hecha por el mismo establecimiento o por donación de las autoridades de los Estados, del extranjero o de particulares, se dirigirán precisamente al inspector para que este tome nota de ello, y por inventario las entregará al museo. [...] 4^a. Le serán igualmente dirigidos los objetos antiguos decomisados en las aduanas, con arreglo a las disposiciones vigentes, a fin de que por su conducto lleguen a poder del Museo Nacional.¹⁹¹

La Inspección General de Monumentos, cabe decir, era una institución sin precedentes en la protección de los vestigios del pasado, a la que se sumaron durante el Porfiriato: la promulgación de leyes, proyectos estatales de excavación arqueológica y la centralización de monolitos en el Museo Nacional.¹⁹² Leopoldo Batres, cercano al presidente Porfirio Díaz desde sus días de batalla, fue elegido personalmente por el presidente para ser el inspector. Batres había radicado en París y se adhirió a sociedades científicas de la época. Se convirtió también en un activo miembro de ICA y quizá fue también el miembro que mayores tensiones causó dentro del grupo como explicaré más adelante. No obstante, su impronta dentro del americanismo y la historia de la arqueología es innegable. Ocupó durante veintiséis años el puesto de inspector y asistió a los Congresos de Americanistas. Allí, presentó avances de sus trabajos al frente de la Inspección General de Monumentos.

¹⁹¹ Sonia Lombardo de Ruiz y Ruth Solís Vicarte, *Antecedentes de las leyes sobre Monumentos Históricos, 1536-1910*. México D. F.: Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1988, 66-67.

¹⁹² Para la centralización de monolitos ver: Elvira Pruneda, “Entre septiembre y octubre de 1885, Batres lanza dos osadas propuestas” en *Travesías de la antropología en México*, ed. por Daniela Tovar Ortiz, Haydeé López Hernández y Luis Antonio Huitrón Santoyo. México: Secretaría de Cultura, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2025, 119.

El ICA de 1895

Así, cuando México fue elegido sede del Congreso Internacional de Americanistas por primera vez, ya se encontraba en marcha un proceso de apropiación y defensa de las ruinas arqueológicas por parte del Estado mexicano. También había comenzado el proceso de centralización por el cual esculturas monumentales —entre ellas Chalchiuhtlicue o Diosa del Agua de Teotihuacán— habían sido transportadas desde distintos rincones del país a la Galería de Monolitos del Museo Nacional. Ante la súbita elección del país para celebrar este congreso extraordinario en 1895, la prensa mexicana preveía la preparación de los sabios mexicanos para recibir a los congresistas en la Ciudad de México expresando que:

Estamos seguros de que el Ministro de Instrucción Pública en México, Sr. Baranda, recurriendo a hombres tan competentes como los señores García Icazbalceta, Chavero, Félix Romero, Troncoso, Peñafiel, Justo Sierra, Vigil, Plancarte, García Cubas, Pagaza, Batres y otros, designará un comité que honrará al país ante los sabios que irán de Europa y los Estados Unidos á la antigua capital azteca, y esperamos también que las compañías trasatlánticas francesa, española y hamburguesa, lo mismo que las compañías ferrocarrileras de Nueva York á México, ofrecerán, llegando el caso, á los miembros del Congreso, todas las ventajas posibles.¹⁹³

Mientras tanto, el presidente de México, Porfirio Díaz, junto con Joaquín Baranda, ordenó la creación de la Comisión Teotihuacán. En ella, un grupo de sabios mexicanos dirigidos por el cartógrafo Antonio García Cubas exploró las ruinas «á fin de presentarlas lo mejor posible y en toda su grandeza á los miembros del Congreso de Americanistas».¹⁹⁴ La Comisión Teo-

¹⁹³ “El Congreso Internacional de Americanistas en México,” *El Universal* (25 de diciembre de 1894), 3.

¹⁹⁴ Enrique de Olavarría y Ferrari, “Excursión a Teotihuacán”, en *Congreso Internacional de Americanistas. Actas de la undécima reunión*, 548.

tihuacán fue auxiliada por oficiales del Batallón de Zapadores o ingenieros militares. El gobernador de Tlaxcala, Próspero Cahuantzi fue a su vez comisionado por el presidente para que los objetos extraídos durante los trabajos de la Comisión fueran puestos bajo cuidado, asentando vigilantes diurnos y nocturnos para evitar su hurto.



Figura 36. «Pirámide de la Luna». Fotógrafo: Waldemar Melchert.

Fuente: Archivo General de la Nación, México.

Colección Felipe Teixidor 2985.

La Comisión Teotihuacán se propuso determinar si efectivamente había construcciones debajo de los cerros y montículos. Su trabajo, a diferencia de lo que ocurrió en el siguiente ICA en México, se centró en obtener una idea precisa de la forma de la Pirámide de la Luna (ver fig. 36). Con un tiempo muy reducido para realizar sus labores, y habiendo tenido que parar cuando ocurrían derrumbes, García Cubas presentó su informe el 12 de agosto de 1895 a la Secretaría de Estado y Despacho de Jus-

ticia e Instrucción Pública. El cartógrafo mexicano llegó a las siguientes conclusiones, que también fueron presentadas a los americanistas:

Es un hecho que la forma verdadera de las pirámides de Teotihuacán se halla cubierta por una capa enorme de tierra y piedra suelta. La causa de esa ocultación, digna de atento estudio, no se sabe de cierto.

Los *tlalteles* ó sean los cerrillos artificiales, ocultan igualmente edificios arruinados, y no son sepulcros como generalmente se cree.

Los vasos y utensilios, armas é ídolos, no se encuentran generalmente en las ruinas de los edificios; sino bajo el humus de las campiñas, razón por la cual el arado ha sido el descubridor casual de hermosos objetos arqueológicos.

El conjunto de construcciones, llamado impropiamente ciudadela, tal vez por el voluminoso terraplén que rodea el edificio principal, es una de las obras antiguas más importantes que convendría mostrar en su verdadera y primitiva forma á los americanistas. El reconocimiento que personalmente hice del edificio del centro, tanto por la parte oriental como por la occidental, me reveló por ciertos detalles que descubrí, la existencia de un hermoso *teocalli*, el tercero de importancia de todos aquellos monumentos, siendo quizás, las ocultas construcciones que se levantan sobre el terraplén, habitaciones de los sacerdotes.

Llamo la atención del Supremo Gobierno acerca de esas interesantísimas construcciones, que deben ser exploradas mediante ciertas condiciones especiales que oportunamente sujetaré á la aprobación del mismo Gobierno, si á bien tiene el resolver la expresada exploración.¹⁹⁵

Poco tiempo después de la presentación de este informe llegaron los americanistas a México. Se reunieron en el Museo Nacional del 15 al 20 de octubre. Allí, Joaquín Baranda fungió como presidente y una vez acabada la presentación de los trabajos, partieron hacia las excursiones, de entre las cuales la más importante era la de Teotihuacán. Sobre ésta, el representante

¹⁹⁵ “Los trabajos del Sr. García Cubas”, *La voz de México* (31 de agosto de 1895), 2.

del Rey de España en el ICA, Enrique de Olavarría y Ferrari publicó una crónica.¹⁹⁶ En ella, de Olavarría y Ferrari relató cómo los americanistas viajaron al sitio el viernes 1 de noviembre, tomaron el Ferrocarril Mexicano desde la estación Buenavista a las siete y veinte de la mañana y una vez que llegaron a Teotihuacán fueron guiados por García Cubas.

El líder de la Comisión Teotihuacán y los americanistas nacionales y extranjeros exploraron el espacio donde se encontraban enterradas la Pirámide del Sol y la Pirámide de la Luna, caminaron por la Ciudadela y la Calle de los Muertos. Se expuso que las pirámides fueron construidas en varias capas y que una gran cantidad de piedras sueltas y plantas cubrían su superficie, lo que les daba a las construcciones el aspecto de colinas naturales. Ante los miembros del Congreso, Antonio García Cubas presentó también su *Informe*. La visita continuó haciendo una pausa en una gruta que a partir de entonces sería utilizada para organizar banquetes en las distintas visitas oficiales. Miembros del cuerpo diplomático de Brasil y Guatemala se encontraban entre los asistentes y de Olavarría y Ferrari concluyó diciendo:

Después de la comida fue visitada la pirámide de la Luna, y se recorrieron diversos parajes de las colosales ruinas y de la moderna población; y a las ocho de la noche los Americanistas estaban de regreso en México, agradecidos por las atenciones sin número de que fueron objeto, y admirados de la majestad de aquellos seculares monumentos, que sin duda llegarán algún día á resolver muchos problemas de la historia anterior á la Conquista cuando puedan ser explorados con el necesario detenimiento y bajo un plan meditadamente científico.¹⁹⁷

¹⁹⁶ De Olavarría y Ferrari, "Excursión a Teotihuacán", 545-552.

¹⁹⁷ De Olavarría y Ferrari, "Excursión a Teotihuacán", 552.

La Pompeya mexicana

El siguiente paso para la exploración de Teotihuacán ocurrió fuera de México cinco años después. En el marco de la Exposición Universal de París, aconteció un paso decisivo para la excavación y el develamiento de Teotihuacán. Justo Sierra lo describiría así años más tarde:

Durante mi permanencia en París, en la época de la última exposición, el Duque de Loubat, á quien tanto deben las exploraciones americanas, me sugería insistentemente la idea de descubrir, eran sus palabras, de descubrir Teotihuacán sepultado en la tierra, la maleza y la incuria, y consolidar sus monumentos; vendrá así á luz, me decía, una verdadera Pompeya mexicana. Desde mi llegada á México sometí la idea al Presidente de la República, gran venerador de nuestra historia, en cuyos últimos capítulos él es elemento substancial, y á su aprobación se debe cuando allí se ha hecho.¹⁹⁸

Así, en conversaciones informales en París se proyectó el futuro de Teotihuacán y su contexto da cuenta de las formas de socializar de los promotores de los estudios americanistas. También demuestra la excepcional influencia del duque de Loubat en la arqueología mexicana. El mecenas estadounidense insistió en el potencial del descubrimiento de Teotihuacán al funcionario mexicano. Si lo analizamos en las tres acepciones del verbo, la propuesta de “descubrir Teotihuacán” interseca usos diferenciados. En una primera acepción refiere —como seguramente era la intención de Loubat— a la idea de *destapar las pirámides* que se encontraban cubiertas. Esta acepción se complementa con la acepción de *encontrar algo que se encuentra escondido*. Pero, como en la famosa Pompeya, descubrir mani-

¹⁹⁸ Justo Sierra, [Palabras durante la Sesión Inaugural], en *Reseña de la segunda sesión del XVII Congreso Internacional de Americanistas efectuada en la Ciudad de México durante el mes de septiembre de 1910 (Congreso del Centenario)*. México: Imp. Del Museo N. de Arqueología, Historia y Etnología, 1912, 22-23.

festaba también el deseo de *darlo a conocer* y aumentar su prestigio.¹⁹⁹

Aquel deseo de Loubat terminó por ser clave para impulsar al futuro jefe de muchos americanistas mexicanos, pues logró convencer a Justo Sierra de llevar aquella propuesta a la presidencia del país y obtener el visto bueno de Porfirio Díaz. Esta equiparación de Teotihuacán con Pompeya y la propuesta de Loubat encontraron un espacio particularmente fértil en una coyuntura peculiar; la de la proximidad de los festejos del Centenario de la Independencia de México, la cual actuó también a favor del proyecto.

Promoción del proyecto arqueológico en Quebec en 1906

Seis años más tarde, en el XV. ICA en Quebec, Leopoldo Batres comunicó a la comunidad de americanistas la noticia de que el gobierno mexicano había aprobado el proyecto arqueológico destinado a «esclarecer el misterio de las dos pirámides», confiándole a él la dirección de las labores. La excavación de Teotihuacán había comenzado en 1904 y el Inspector general de monumentos mostró en Quebec proyecciones luminosas con los avances de sus trabajos en la Pirámide del Sol y en la Pirámide de la Luna. Batres compartió información sobre el proyecto y consignó contar con cuatrocientos trabajadores para la obra y un financiamiento de \$1,500,000 destinado por el Gobierno mexicano.²⁰⁰ En Quebec, el Inspector ofreció también un banquete al comité de organización y comenzó a negociar con mucha anticipación para que México fuera elegido sede para el Congreso que iba a ocurrir en 1910.²⁰¹

¹⁹⁹ «Descubrir», Real Academia Española, consultado el 17 de mayo de 2022 en <https://dle.rae.es/descubrir?m=form>

²⁰⁰ Leopoldo Batres, “Les fouilles opérés à Teotihuacan,” en *Congrès International des Américanistes: XV^e session, tenue à Québec en 1906*, t. II. Québec: Dussault & Proulx, 1907, 278.

²⁰¹ “Réunion du conseil du Congrès,” en *Congrès International des Américanistes: XV^e session, tenue à Québec en 1906*, t. I, LVI, LXIV.

Para el arqueólogo mexicano, Teotihuacán era la ciudad sagrada de los toltecas, hipótesis que defendió al publicar en 1889 una obra con ese nombre, la cual es considerada el primer texto propiamente arqueológico de producción mexicana.²⁰² Describió la alfarería de Teotihuacán como elegante, tal como la de Grecia y Egipto, haciendo así uso de comparaciones para otorgar prestigio a las producciones artísticas americanas dentro de los arquetipos clásicos. Allí, las líneas entre americanismo y orientalismo se volvían a unir, alimentando debates e incluso de competencias entre pasados espectaculares.

Durante el ICA en Quebec, Batres destacó cómo la exploración de Teotihuacán se trataba de una de las mayores excavaciones de todo el mundo y mostró asombro de que el Gobierno mexicano votara afirmativamente para dotar de un presupuesto la realización de las excavaciones «desde el único punto de vista de la ciencia». Las ruinas, como señalaba el inspector, eran visitadas por miles de extranjeros, provocando asombro ante las colosales dimensiones de la Pirámide del Sol. En una comparación hecha por el inspector, otros trabajos como las excavaciones de Herculano o Pompeya eran mucho menores que la excavación en Teotihuacán. De acuerdo con el arqueólogo, apenas se gastaban sesenta mil francos anuales en aquellas, lo cual hacía que desde hacía un siglo se trabajara allí y que a ese ritmo no se terminarían las excavaciones sino hasta un siglo más tarde.²⁰³ En comparación, los trabajos en Teotihuacán verían la luz en un tiempo muy corto.

En un reiterado protagonismo buscado por el arqueólogo, años después dio cuenta de lo que significaba para él su relación con Teotihuacán. Sus escritos dan cuenta de cómo formó un vínculo muy personal con las ruinas dándose a sí mismo una misión de vida para salvarlas:

²⁰² Leopoldo Batres, *Teotihuacán ó la Ciudad Sagrada de los Tóltecas*. México: Talleres de la Escuela N. de Artes y Oficios, 1889.

²⁰³ Leopoldo Batres, “Les fouilles opérés à Teotihuacan”, 282.

Al hacer mis primeras visitas en el año 1884 a las históricas pirámides, y al darme cuenta de la grandiosidad de ellas y de lo poco que hasta entonces se había hecho para estudiarlas [...] me propuse poner toda mi voluntad y todo mi esfuerzo en salvar de la destrucción aquel maravilloso filón sumido en un olvido tan lamentable. Juré no dar descanso a mi brazo hasta no obtener una ayuda que viniera a servir a mi idea; decidí ocurrir a todos los poderosos para inculcarles a fuerza de perseverancia la urgencia que había de ocurrir a esos grandiosos monumentos cuya trascendencia pude calcular.²⁰⁴

Pasado, presente y futuro quedaban así integrados en la visión de Leopoldo Batres a partir de su propia agencia, que era incluso anterior a su designación como inspector. En ella, la arqueología en general y la de él en particular se movilizaban para salvar de la destrucción un monumento del pasado con una enorme trascendencia a futuro. Batres aseguraba que propuso la excavación al gobierno de México —según su relato esto ocurrió catorce años antes que la propuesta de Loubat—, pero en aquel momento su jefe, Joaquín Baranda, le repetía «la frase eterna de “no hay dinero”» y Batres refirió al desconcierto que le causaba esa respuesta, pues veía en ella la imposibilidad material de terminar una obra de gran trascendencia.²⁰⁵

A partir de la aprobación de la excavación, Teotihuacán no sólo se convirtió en el proyecto más ambicioso de la carrera del arqueólogo mexicano, sino que fue el sitio arqueológico por el que el gobierno mexicano apostó para mostrar internacionalmente durante los festejos de su Independencia. Se trató de un proyecto cultural con una proyección cosmopolita, al tiempo que alimentó un nacionalismo ligado al trabajo arqueológico y la arquitectura monumental.

Cabría entonces remarcar la inflexión que representó la excavación en Teotihuacán en la época. La expectación dentro de una

²⁰⁴ Citado en: Gallegos Ruiz, Roberto, José Roberto Gallegos Téllez Rojo y Gabriel Miguel Pastrana Flores (eds.), *Antología de documentos para la historia de la arqueología de Teotihuacán: Proyecto Historia de la Arqueología de Teotihuacán*. México: INAH, 1997, 319.

²⁰⁵ En: Gallegos Ruiz, et.al., *Antología de documentos*, 319.

comunidad científica a partir de un proyecto con objetivos nacionales e internacionales, tanto científicos como identitarios. Allí, el estudio del pasado remoto fue instrumentalizado al buscar asociar que la grandeza futura estaba asegurada a partir de una grandeza pasada. Esta operación ideológica resulta muy interesante.

Para comprender esta operación, el trabajo de brillantes historiadoras e historiadores resulta de ayuda. Mauricio Tenorio-Trillo examinó en *Mexico at the World's Fairs* la participación y autorrepresentación de México en las Exposiciones Universales. Mostró los esfuerzos y las contradicciones de una élite de “magos del progreso” —compuesta también por americanistas—, al crear una imagen de México destinada al consumo externo, en donde confluyeron nacionalismo y cosmopolitismo en la aspiración a mostrar al país como parte de las naciones modernas.²⁰⁶

En “Ruinas y Estado: arqueología de una simbiosis mexicana” Federico Navarrete Linares señaló cómo el gobierno de Porfirio Díaz estableció un monopolio estatal en la administración del patrimonio y las exploraciones arqueológicas lo que se ha perpetuado incluso después de la caída del régimen. A través de ese monopolio, el Estado se erigió como el heredero del pasado prehispánico.²⁰⁷ Mientras que Christina Bueno, en *The Pursuit of Ruins*, planteó cómo para Batres mismo coexistían impulsos patrióticos y científicos a través del concepto de “arqueología patria”. Leopoldo Batres como agente del gobierno mexicano ejerció un control sobre los restos arqueológicos de civilizaciones antiguas en donde el develamiento de la Pirámide del Sol para los Festejos del Centenario se convirtió en el punto álgido de la particular relación que estableció el Porfiriato con el pasado prehispánico.²⁰⁸

²⁰⁶ Mauricio Tenorio-Trillo, *Mexico at the World's Fairs: Crafting a Modern Nation*. Berkeley: Univ. of California Press, 1996.

²⁰⁷ Federico Navarrete Linares, “Ruinas y Estado: arqueología de una simbiosis mexicana,” en *Pueblos indígenas y arqueología en América Latina*, ed. por Cristóbal Gnecco y Patricia Ayala. Bogotá: Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Universidad de los Andes, 2010, 70-71.

²⁰⁸ Bueno, *The Pursuit of Ruins*, 71.

Así, los preparativos para los Festejos del Centenario y la intervención en Teotihuacán fueron el momento álgido de la apropiación de los vestigios de una civilización antigua por parte del Estado mexicano, que buscó mostrar su excepcionalidad en la historia. La proyección de mostrar las ruinas excavadas de Teotihuacán a los americanistas inauguró un momento clave en la historia de la arqueología del continente que no tenía precedentes. Por primera vez en el hemisferio occidental, estaba ocurriendo un proyecto arqueológico de estas dimensiones, que además era financiado por un gobierno nacional —no por mecenas como era el caso usual en los Estados Unidos, o por gobiernos extranjeros, como era el caso en Bolivia y Perú—. Ésta fue quizá la verdadera excepcionalidad mexicana, la proyección, el trabajo e inversión para el develamiento de un vestigio del pasado que superaron la magnitud y la logística que se habían llevado hasta ese momento en toda América. Se estaba construyendo la idea de que Teotihuacán era un patrimonio valioso para México y también para la humanidad.

Los conflictos a nivel local

En las comparaciones con la arqueología que estudiaba a egipcios, griegos y romanos, el descubrimiento arqueológico de la Pirámide del Sol en Teotihuacán significaba una entrada triunfal en la *Weltgeschichte*. Sin embargo, la excavación que recibió públicamente la felicitación de los americanistas se enfrentaba a conflictos a nivel local. María del Pilar Iracheta Cenecorta explicó que ya desde las exploraciones preliminares de la zona en 1903 se habían presentado conflictos entre los trabajadores de la excavación y los habitantes de la región. Uno de los primeros fue con el dueño de la Hacienda “La Blanca”, Fernando de la Vega, quien protestó e intentó parar las labores, pues cuadrillas de trabajadores habían entrado en su terreno sin su permiso, y los acusó del delito de despojo. El dueño denunció además que los trabajadores, al excavar, habían destruido dos ídolos de piedra. Lo apoyaba en su denuncia el jefe político de Texcoco,

pero el Gobierno estatal de José Vicente Villada dijo que la suspensión de trabajos quedaba anulada. Se procedió entonces a la expropiación del terreno para la conservación y estudio como marcaba la Ley de Monumentos.²⁰⁹

Frente a los avances de las cuadrillas de trabajadores dirigidas por el inspector general de monumentos, propietarios de los terrenos se organizaron y presentaron una queja el 12 de julio de 1906 ante la Secretaría de Fomento mostrando su posesión legal de los terrenos por repartimiento. Al año siguiente a nombre del Gobierno federal se decidió la adquisición de los terrenos de la zona arqueológica de Teotihuacán por ser de utilidad pública. Se amplió la zona arqueológica y se tendieron las vías férreas. En total, Iracheta Cenecorta calculó a partir de las escrituras de compraventa encontradas en el Archivo General de Notarías del Estado de México que hubo 163 propietarios y 226 terrenos. El Gobierno federal destinó \$6,565.00 para indemnizaciones, pero en algunos casos las indemnizaciones se fueron postergando y al inicio de la Revolución Mexicana no se habían completado todos los pagos.²¹⁰ Se sabe también que Batres insultaba a los habitantes de la región que se oponían al proyecto llamándolos «indios estúpidos».²¹¹

Como explica Seonaid Valiant, otro conflicto estuvo relacionado con el financiamiento. Batres proyectó una excavación muy costosa que no estaba recibiendo la cantidad de dinero prometida originalmente. Existía además una enorme presión de tiempo para completar el trabajo antes de los Festejos del Centenario, lo cual involucraba la necesidad de conservar a cientos de trabajadores. Con frustración, viendo la imposibilidad de completar su tarea, Batres abandonó el sitio y amenazó con renunciar a su puesto. Se fue a Yucatán a visitar a su amigo Edward H. Thomp-

²⁰⁹ María del Pilar Iracheta Cenecorta, *En busca de la Pompeya mexicana. Las exploraciones de Leopoldo Batres en Teotihuacán, 1905-1910*. Zinacatepec, Estado de México: El Colegio Mexiquense, A.C.; Gobierno del Estado de México; Universidad Autónoma del Estado de México, 2015, 85.

²¹⁰ Iracheta Cenecorta, *En busca de la Pompeya mexicana*, 97, 101-104.

²¹¹ Citado en: Bueno, *The Pursuit of Ruins*, 195.

son, de donde volvió tras recibir la aprobación de los fondos para completar la excavación en 1907.²¹²

Una vez que contó con el financiamiento y los terrenos a su disposición, Leopoldo Batres hizo uso del poder del Estado y de sus relaciones políticas para echar a andar el proyecto arqueológico. En los terrenos recientemente adquiridos se arrancó la vegetación y se retiraron toneladas de tierra y la flora que se había instalado sobre los monumentos. El Archivo General de la Nación resguarda documentos relativos al proyecto. Estos documentos autografiados por el arqueólogo mexicano dan cuenta del avance en la consolidación de la Pirámide del Sol, la construcción de una línea de ferrocarril para extraer ochenta toneladas de escombros por hora, de la construcción de un depósito de máquinas, una estación de ferrocarril, un museo, un local de fotografía, una escuela y un parque con un lago. También informa sobre los gastos por la expropiación de los terrenos aledaños y del despido de cuatro rurales por insubordinación.²¹³

Batres inició la excavación en el cerro más grande, por considerarlo de mayor importancia dentro del sitio. En sus observaciones, el americanista encontró huellas de fuego en patios y cuartos y consignó acertadamente que casi todos los objetos y edificios habían sido destruidos intencionalmente. Se encontró también una deformidad en la construcción y se levantó la capa destruida para buscar otra construcción debajo. Al mismo tiempo, pidió apoyo del director de la Compañía de Ferrocarriles Nacionales, Guillermo de Landa y Escandón, para que le prestara equipo con el cual transportar las toneladas de tierra que estaban siendo removidas con los trabajos.

Los peones dirigidos por el americanista mexicano lograron remover más de medio millón de metros cúbicos de tierra. Tam-

²¹² Valiant, *Ornamental Nationalism*, 196.

²¹³ AGN, México, Instituciones Gubernamentales: época moderna y contemporánea. Administración Pública Federal S. XIX. Instrucción Pública y Bellas Artes. Instrucción Pública y Bellas Artes (1902), caja 171, exp. 19, f. 53-54, 60 y 63.

bién hubo guardias para garantizar la vigilancia de la zona. Los costos de las obras de abril a diciembre de 1908 ascendieron a \$67,790.00. Hacia finales de año, la pirámide estaba totalmente descubierta y en gran parte consolidada. La mitad del escombros ya había sido transportada y la otra mitad esperaba ser removida próximamente.

En su informe, Batres refirió un hecho que habría de perseguirlo el resto de su carrera: «un manto de roca dura y compacta con una extensión de 150 metros de largo por 6 de ancho y de 2 de profundidad que se interceptó en el trazo al ejecutar las obras de nivelación en el terraplén, no teniendo más remedio que proceder á su voladura por medio de la dinamita».²¹⁴ *A posteriori*, el uso de la dinamita y otras intervenciones del arqueólogo mexicano fueron argumentos utilizados por otros americanistas para denunciar su falta de profesionalismo.

Por eso, a pesar de que la conservación es uno de los objetivos explícitos del trabajo arqueológico, la intervención en ruinas implica también un proceso que conlleva daños colaterales. La conservación es tan solo parcial. Sin embargo, los daños ocasionados serían especialmente utilizados en las desavenencias personales entre arqueólogos. A pesar de todos estos conflictos, los resultados de la excavación pudieron ser mostrados a tiempo.

Teotihuacán durante el Centenario

Tras el largo viaje por Argentina, Bolivia y Perú, los americanistas llegaron finalmente a México para asistir a la segunda sesión del XVII. ICA en septiembre de 1910. La prensa describía al ICA como “[l]a más elevada nota científica durante las fiestas del Centenario, [a donde] han asistido Delegados de casi todas las naciones del mundo, reuniéndose en este Congreso sabios de reputación universal, cuyos esfuerzos principales tienden á

²¹⁴ AGN, México; Instituciones Gubernamentales: época moderna y contemporánea. Administración Pública Federal S. XIX. Instrucción Pública y Bellas Artes. Instrucción Pública y Bellas Artes, caja 171, exp. 19, f. 53-54.

desarrollar los estudios de toda clase referentes al Continente Americano y á sus habitantes.”²¹⁵

Después de pasar por Tiwanaku, Pachacámac y Ancón, en México les aguardaban a sus miembros grandes novedades en el campo de la arqueología. Visitaron Mitla y Xochicalco, pero Teotihuacán fue la excursión principal. La celebración de esta segunda sesión del ICA en México se desarrollaba en una compleja coyuntura en donde el gobierno mexicano y Leopoldo Batres mostraron los resultados del proyecto arqueológico más ambicioso realizado hasta ese momento en el continente. Por este proyecto quedó expuesta por primera vez después de siglos la Pirámide del Sol de Teotihuacán, una de las estructuras arquitectónicas más impresionantes de la Antigüedad.

En esta operación se expresaron fines patrimoniales, ideológicos y políticos. Quien mejor expresó esta nueva función que se le daba a Teotihuacán fue precisamente Justo Sierra en su discurso de bienvenida:

Todo ese mundo precortesiano, cuyos archivos monumentales venís á estudiar aquí, es nuestro, es nuestro pasado, nos lo hemos incorporado como un preámbulo que cimienta y explica nuestra verdadera historia nacional, la que data de la unión de conquistados y conquistadores para fundar un pueblo mestizo que (permitidme esta muestra de patriótico orgullo), está adquiriendo el derecho a ser grande. Por eso, no sólo vemos con interés, sino con agradecimiento, todo esfuerzo por estudiar, por analizar y clasificar los restos de esas civilizaciones y traerlos no sólo á la luz del día, sino á la luz de la ciencia.²¹⁶

Esta labor se ejecutó a través de mandato de estudio y conservación vinculada a la importancia que tenía este sitio arqueológico para la nación y también para la humanidad. Esta operación ideológica entre vestigios prehispánicos y la celebra-

²¹⁵ “El Congreso de Americanistas,” en *La Gaceta de Guadalajara* (18 de septiembre de 1910), 11.

²¹⁶ Justo Sierra, [Palabras durante la Sesión Inaugural], 18.

ción del Centenario de la Independencia intersecó la genealogía política de la que se estaba apropiando el Estado mexicano. El interés y la intervención de los americanistas en este sitio muestran de forma extraordinaria cómo espacios sociales de la Antigüedad fueron convertidos en zonas de práctica arqueológica por esta comunidad y cómo sus miembros buscaron llamar la atención sobre su importancia simbólica e identitaria. En este contexto se argumentó que los vestigios del pasado tenían una relevancia en el presente, justificando así su conservación para el futuro.

Sabemos bien, señores, que para obtener el título que ambicionamos de «capital arqueológica del Continente americano,» nos obligamos á custodiar celosamente el tesoro que los siglos nos han legado y que el sentimiento de los pueblos cultos nos han tácitamente confiado. Sabemos que custodiar quiere decir conservar, enriquecer y poner á la vista de todos y á la disposición de los sabios todas nuestras reliquias arqueológicas para que las puedan valorizar y clasificar en colaboración con nosotros. [...]

Hacer pasar estas colecciones á manos del Estado, único que puede realmente ofrecerlas á la investigación de los doctos, es un propósito firme de la actual administración.²¹⁷

El año de 1910 marcó un momento clave en esta apropiación efectiva de los monumentos prehispánicos por parte del Estado mexicano. En la celebración por el Centenario de la Independencia con respecto de España, el gobierno mexicano puso énfasis en el legado prehispánico en su territorio y la monumental Pirámide del Sol se mostró ante americanistas y diplomáticos extranjeros. Al develarla precisamente para el Centenario y mostrarla a la comunidad internacional, la arqueología mexicana buscó presentar Teotihuacán como la ciudad arqueológica emblemática del continente americano y potenciar al país para convertirse en la zona arqueológica más visitada en América. Este planteamiento explícito es muy interesante, ya que proyectaba

²¹⁷ Sierra, [Palabras durante la Sesión Inaugural], 18.

con anticipación al turismo de masas que tomó fuerza en las décadas siguientes. Esta fue idea que Loubat proyectó muy temporaneamente al convencer a Sierra de la importancia de hacer esa excavación. Él proponía formar una Sociedad Mexicana de Arqueología que se hiciera cargo de la excavación y que después de hacer esto, México atraería tantos turistas como Pompeya lleva a Nápoles.

De esta forma, la Pirámide reemergió de debajo de las toneladas de tierra y piedras para formar parte de un símbolo nacional del Estado mexicano en su Centenario y construir un puente de tradición que sirvió para una ideología nacionalista, entrando así en el terreno de la estetización de la política. Teotihuacán se mostró como una zona intervenida y protegida por el Estado y que era utilizada como un capital cultural en el tablero geopolítico. La excavación se había realizado estratégicamente para convertir a México en la capital arqueológica del continente. No se trataba solo del interés por conocer el Teotihuacán de sus constructores, sino que la excavación arqueológica muestra lo que realmente empezó a significar Teotihuacán en el siglo XX como un tesoro arqueológico.

Si bien la Pirámide del Sol no fue la única construcción intervenida en este periodo, fue posiblemente la que experimentó este proceso con mayor intensidad. A la ruina, vista como un vestigio del pasado, se le fijó la capacidad de invocar la densidad del tiempo. Sobre ella se construyó una genealogía, un programa de protección y estudio, así como una proyección de verla convertida en el espacio que convertiría a México en la capital arqueológica de América. Y esto implicó acciones de conservación, transformación y apropiación que tuvieron lugar en la transición de siglos.

Como los mexicas con sus peregrinaciones en el siglo XIV,²¹⁸ los americanistas acudían ya en el siglo XX a Teotihuacán a una

²¹⁸ Ver por ejemplo en: Federico Navarrete Linares, *Historias mexicas*. México: Turner; Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2018.

nueva búsqueda de los orígenes y de la relación con el tiempo. Pero su intervención en la pirámide del Sol servía para marcar claras distinciones entre pasado, presente y futuro, a partir de la asociación con una noción de trascendencia y legado generacional. En medio de los procesos de profesionalización de la arqueología, el ejecutor del proyecto planteó la entrada de México, a través de Teotihuacán, en un nivel semejante o incluso superior al de Egipto, esperando que las ruinas en México despertaran el asombro de la comunidad científica y de los diplomáticos que visitaban México durante la celebración de su independencia. El ICA serviría como plataforma ideal de esta proyección.

El 10 de septiembre de 1910 los americanistas salieron de la capital a las 8:50 am y llegaron a Teotihuacán a las 10 am para visitar el sitio. Leopoldo Batres esperó en la zona arqueológica a la que arribaron alrededor de doscientas personas en un tren especial del Ferrocarril Mexicano. Primero visitaron el museo que albergaba los objetos encontrados en las excavaciones, como monolitos, urnas, collares y utensilios.²¹⁹ Allí, Franz Boas, Aleš Hrdlička, Franz Heger y Eduard Seler examinaron las colecciones del museo de sitio, dando su opinión en temas de arqueología.

Luego, visitaron las construcciones alrededor de la Pirámide del Sol, en donde Leopoldo Batres guió en francés a los visitantes. Ascendieron la Pirámide y recorrieron la base. Cuadrillas de fotógrafos que habían salido a las calles por instrucción de Genaro García para documentar las actividades por el Centenario capturaron este cruce entre la historia del ICA y la historia de la arqueología en Teotihuacán. En una de las imágenes más emblemáticas del Centenario se aprecia, al fondo, la imponente Pirámide del Sol (ver fig. 37) y frente a ella se encuentran los americanistas, siendo de los primeros invitados a observar la monumental pirámide después de siglos.

²¹⁹ “La primera excursión de los miembros del Congreso de Americanistas,” en *El Tiempo*, (12 de septiembre de 1910), 5.



Figura 37. Miembros del Congreso de Americanistas visitando la zona arqueológica de Teotihuacán. Fuente: Colección Archivo Casasola. Secretaría de Cultura. – INAH.-MEX. (Reproducción autorizada por el Instituto Nacional de Antropología e Historia).

Santiago C. Creel, secretario de Relaciones Exteriores, acompañó junto con Justo Sierra a los excursionistas. El hecho de que la excursión fuera organizada por las secretarías de Relaciones Exteriores y de Instrucción Pública y Bellas Artes hace patente que el evento tenía un carácter tanto científico como diplomático.²²⁰ Entre los excursionistas había miembros del cuerpo diplomático de los Estados Unidos, Japón, Costa Rica, China, Perú, Guatemala, España, Chile, Bélgica e Italia.²²¹

Además de ellos, por fotografías, informes y prensa se confirma la asistencia de americanistas como: Isabel Ramírez Castañeda, Louis Capitan, Caecilie Seler-Sachs, Antonio Sánchez Moguel y Arnold Krumm-Heller en el recorrido. Después, se

²²⁰ “La primera excursión de los miembros del Congreso de Americanistas,” en *El Tiempo*, (12 de septiembre de 1910), 5.

ofreció un banquete al interior de la Gruta «Porfirio Díaz». Allí, Justo Sierra se dirigió nuevamente a ellas y ellos diciendo:

«[en Teotihuacán] no hemos hecho sino poner al descubierto este libro que yacía no en el olvido, sino en la sombra, y entregar al estudio de nuestros amigos los americanistas nuestros tesoros sepultados [...] porque sólo así, con un gran ideal por guía, se realizan las grandes obras de la humanidad».²²²

La prensa proclamó que ese había sido el día más importante del XVII. Congreso Internacional de Americanistas. Mientras que el ministro chileno añadió que «México había demostrado que tenía algo por enseñar de su antigua civilización, que el resto del mundo ignoraba».²²³

La crítica al interior de la comunidad científica

El Congreso de Americanistas vivió un momento histórico en donde tras décadas de interés en la zona y cinco años de excavación arqueológica, Teotihuacán era develada como una de las ruinas arqueológicas más importantes del mundo. Tras procesos de negociación, excavación e intervención, la Pirámide del Sol había quedado al descubierto y frente al enorme vestigio del pasado, los americanistas aparecían como protagonistas y testigos de un magno acontecimiento en la historia de México y en la historia de la arqueología (ver fig. 38).

La relevancia de Teotihuacán siguió siendo clara para los estudiosos. Sin embargo, a pesar de su esfuerzo, Leopoldo Batres no logró convencer a la comunidad americanista del mérito científico de su proyecto. Batres esperó ser reconocido por su intenso trabajo, con el que mostraría a los toltecas como constructores de una ciudad y arquetipo de civilización americana, pero ter-

²²² Citado en: "Excursión a San Juan Teotihuacán," en *Reseña de la segunda sesión del XVII Congreso Internacional de Americanistas*, 33.

²²³ Citado en: "Excursión a San Juan Teotihuacán," en *Reseña de la segunda sesión del XVII Congreso Internacional de Americanistas*, 34.

El Congreso de Americanistas



Grupo de delegados y miembros del XVII Congreso Internacional de Americanistas, cuya segunda sesión se ha celebrado en México con motivo del centenario de la Independencia.

CONSEJOS A UNA MUJER CASADA

La coquetería conyugal es el cuidado que pone la esposa en hacer agradable el hogar á su marido, no sólo por su bienestar material, sino por los cortos medios que puede imaginar para multiplicar sus atractivos.

El dominio de la coquetería conyugal es inmenso. Puede extenderse á todo aquello que la esposa imagine para agradar á su marido.

En esto se halla la clave del problema para la felicidad conyugal.

Ya sabéis, pues, jóvenes esposas, que las satisfacciones de amor sensible desaparecerán al extinguirse éste, pero que también podéis reemplazarlas con las alegrías profundas y duraderas del cariño conyugal. Para llegar á esta transformación sin crisis dolorosa, basta que os pre-

paréis de antemano por la reflexión, que sepáis que toda unión conyugal puede ser dichosa, cualesquiera que sean los caracteres, si cada uno de ambos esposos ponen algo de su parte para lograr su efecto. Fues bien, empezad vosotras. Para forzar la simpatía de vuestro marido, no seáis negligentes en el deseo de agradarle.

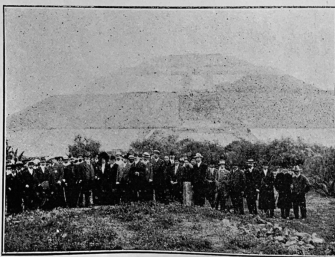
Cuidad bien vuestros vestidos, vuestros peinados, vuestras maneras, vuestro lenguaje. Que encuentre vuestro marido en cada una de vosotras una mujer siempre atenta y decidida á inspirarle buena opinión de sí mismo.

Cuidad, sobre todo, vuestras cualidades morales; disimulad en lo posible las imperfecciones de vuestro carácter.

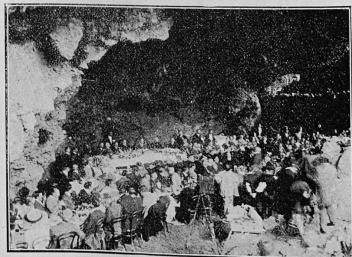
Por medio de esta práctica constante, acabaréis por hacer desaparecer naturalmente tales imperfecciones, sin daros cuenta de ello.



Los americanistas en San Juan Teotihuacán.



Diplomáticos y congresistas al pie de una de las pirámides.



Banquete ofrecido á los excursionistas en la gruta "Porfirio Díaz," por las Secretarías de Relaciones y la de Instrucción Pública y Bellas Artes.

Figura 38. Fotografía de una página de El Tiempo Ilustrado (México, 25 de septiembre de 1910) Año x, No. 39. Tomada por la autora en la Hemeroteca Nacional.

minó siendo ampliamente condenado por la forma de conducir la excavación y por acontecimientos que ocurrieron en el ICA.

Una serie de prácticas autoritarias protagonizadas por Batres tuvo como consecuencia que importantes miembros del Congreso como Zelia Nuttall, Francisco Belmar y Nicolás León renunciaran a ser parte del Comité organizador local, e incluso expresaran sus quejas ante Porfirio Díaz. De acuerdo con estas denuncias, Batres cometió irregularidades durante la elección de Eduard Seler como presidente del Congreso, impidió el acceso de Belmar a la excursión de Teotihuacán y Nuttall denunció el maltrato que recibió a partir de sus descubrimientos en la Isla de los Sacrificios.²²⁴

Un último evento que levantó polémica fue uno privado entre americanistas realizado al día siguiente de la excursión a Teotihuacán. En esa visita, se reunieron para abrir un sepulcro. Batres dijo haberlo señalado con anterioridad para ser abierto en presencia de los congresistas. Aleš Hrdlička procedió a la apertura, encontrando en ella restos humanos y ofrendas. A partir de allí, las fuentes se contradicen y refutan mutuamente.

En palabras de Batres, Hrdlička hizo una «verdadera novela» de lo ocurrido diciendo después que era el sepulcro de un rico matrimonio, siendo que Batres decía que eran los restos de una persona como máximo y de los más pobres sepulcros.²²⁵ Nicolás León y Frederick Starr albergaban la sospecha de que Leopoldo Batres hubiera preparado la tumba previo a la apertura de Hrdlička.²²⁶ Años después, las acusaciones continuaron con Manuel Gamio acusando a Batres de haber preparado la tumba para asegurarle así «a su amigo» Hrdlička un buen descubrimiento.

Batres, quien esperó ser reconocido por su intenso trabajo, con el que mostraría a los toltecas como constructores de una

²²⁴ AGN, México; Instituciones Gubernamentales: época moderna y contemporánea. Administración Pública Federal S. XIX. Instrucción Pública y Bellas Artes. Instrucción Pública y Bellas Artes, caja 275, exp. 26, f. 4-6. Ver también: “Una arqueóloga americana disgustada con el Ministerio de Instrucción,” en *El Tiempo* (9 de abril de 1910), 1.

²²⁵ En: Gallegos Ruiz, *Antología de documentos*, 333.

²²⁶ Valiant, *Ornamental Nationalism*, 190-191

ciudad y arquetipo de civilización americana, terminó siendo ampliamente condenado por su trabajo en Teotihuacán. Parecería que el máximo proyecto arqueológico americano sucumbió frente a las tensiones de grupo que producía su ejecutor. La impopularidad del arqueólogo mexicano fue en ascenso y fue olvidado sistemáticamente tras la Revolución Mexicana.

Seler por su parte, a pesar de ser conocido por ser mexicanista y haber sido el presidente de aquel Congreso, su informe sobre el Congreso del Centenario recortó mucho lo ocurrido en la sesión mexicana y dijo que “no se debatieron cuestiones fundamentales importantes”.²²⁷ No mencionó que fue elegido presidente y resalta su omisión del nombre del ejecutor de la excavación en Teotihuacán.

En el siguiente ICA reunido en Londres en 1912, dijo que: «México es un gran campo para la investigación científica, pero se encuentra muy lejos de los numerosos grandes centros científicos del viejo continente.» Utilizó ese argumento como preámbulo para hablar positivamente del apoyo del pueblo y del gobierno mexicanos a la creación de la Escuela de Arqueología y Etnología Americanas de la cual fue el primer director.²²⁸

Manuel Gamio a la cabeza de la Inspección

Batres no permaneció mucho tiempo después de 1910 al frente de la Inspección de Monumentos, aunque esto se debió más al colapso del régimen porfiriano que a las críticas de otros americanistas. Mientras que el sucesor a la cabeza de la Inspección General de Monumentos era una persona con quien también tenía profundas desavenencias y era precisamente uno de los alumnos de la Escuela de Arqueología y Etnología Americanas.

A partir de su participación en la Escuela Internacional de Arqueología y Etnología Americanas, instalada en el Museo Na-

²²⁷ Seler, «Bericht», 128.

²²⁸ Eduard Seler, [Discurso], en *International Congress of Americanists. Proceedings of the XVIII. Session*, London, 1912, xxx.

cional para profesionalizar los estudios americanistas, Gamio realizó trabajo de excavación en Azcapotzalco, lo cual permitió dilucidar la secuencia cultural en el centro de México.²²⁹ Teotihuacán fue central en sus estudios. Gamio mostró en el XVIII. ICA en Londres que, en la sucesión de culturas en el Valle de México, la cultura teotihuacana había tenido una larga duración, lo cual representó con un croquis estratigráfico (ver fig. 19).²³⁰

En el siguiente ICA, el cual se celebró en Washington D.C. en 1915, Manuel Gamio dio un paso definitivo. Aplicó en una mayor extensión el método estratigráfico y propuso homogeneizar la denominación para esta cultura.

Tolteca, pre-azteca o nahoa, son términos poco significativos con los que ha sido denominada una civilización o cultura precolombina, cuyos vestigios se encuentran en una vasta área de la Mesa Central. Esta Inspección adopta oficialmente la denominación de “Teotihuacana” para significar esa cultura, porque la antigua ciudad de Teotihuacán constituye hasta hoy el núcleo más típico y extenso de manifestaciones culturales de ese tipo.²³¹

Con el anuncio de la adopción oficial de la denominación «teotihuacana» a lo que se había llamado «tolteca» por Batres o «pre-azteca» por Seler, Gamio planteó inmediatamente una ruptura con su antecesor a partir de la unificación de conceptos.

Para concluir, este apartado mostró cómo en un periodo relativamente corto de veinte años, la celebración de los Congresos Internacionales de Americanistas fue un promotor de la transformación de Teotihuacán que se aprecia no sólo en la excavación del sitio, sino en el conocimiento que se produjo sobre la

²²⁹ Eduardo Matos Moctezuma, «Manuel Gamio y la arqueología de Azcapotzalco», *Arqueología mexicana*, Vol. XXIII, Núm. 136 (noviembre-diciembre 2015), 34-37.

²³⁰ Manuel Gamio, «Arqueología de Atzacapotzalco, D.F., México,» en *International Congress of Americanists. Proceedings of the XVIII. session, London 1912*, 186-187.

²³¹ Manuel Gamio, «Investigaciones arqueológicas en México, 1914-1915,» en *Proceedings of the Nineteenth International Congress of Americanists*, ed. por Hodge, 125.

extensión temporal y espacial de su cultura. Las celebraciones del ICA transformaron a Teotihuacán y lo convirtieron también no sólo en un espacio para la investigación, sino en un laboratorio de lo patrimonial. Todas estas cuestiones nos demuestran que el debate sobre Teotihuacán, lejos de «estar agotado» como aseguraba Charnay en su momento, era el preámbulo para mucho de lo que se habría de decir todavía sobre lo que hoy es considerado un patrimonio mundial.

4.2 De la ciencia al patrimonio: los americanistas y la génesis de leyes nacionales para la protección de monumentos

Los miembros del ICA fueron protagonistas en el estudio de las poblaciones que habitaron el continente americano. Estudios históricos que se han hecho sobre sus miembros coinciden en demostrar cómo individualmente emprendieron el estudio de las culturas que marcaron el devenir continental en múltiples tiempos y regiones, y al mismo tiempo, lideraron la profesionalización de la arqueología y la antropología que definió a América como su espacio de práctica. Sin embargo, un aspecto que a penas y ha sido mencionado en la historiografía —y que resulta de gran utilidad para historizar las nociones de patrimonio cultural en el presente—, es el que colectivamente, las y los americanistas marcaron pautas que sostienen las prácticas de protección del patrimonio cultural.

Sostengo que uno de los legados más importantes del americanismo de la transición de siglos, y de los que mayor impacto ha tenido en las generaciones siguientes, ha sido la operación cognitiva de unir y concebir a un enorme grupo de elementos culturales producidos por las poblaciones indígenas de América como valiosos para las ciencias sociales, para sus Estados-nación y para la humanidad. Esto dio pie a la justificación de que todo ese sistema de objetos debía convertirse en objeto de protección legal a niveles nacionales e internacionales.

Atendiendo a este vacío, propongo que analicemos la influencia de esta generación de americanistas en la idea de proteger elementos y artefactos culturales producidos por los pueblos indígenas americanos y ver cómo se manifestó en un mandato de protección que se fue expandiendo. En este apartado me centraré en la idea de protección planteada y defendida por diversos americanistas en tanto a acciones encaminadas a frenar la destrucción de monumentos y la exportación de colecciones arqueológicas al extranjero. En esta reflexión sobre la influencia de los académicos en la definición del patrimonio cultural plantearé cómo estos elementos culturales, en lugar de ser concebidos entonces como un patrimonio indígena específico, fueron asociados directamente a un patrimonio de la humanidad. En la actualidad, una buena parte de los sitios en el continente declarados por la unesco como “Patrimonio Mundial”²³² son precisamente los sitios que las y los americanistas buscaron proteger, y al justificarlo, también los transformaron.

Al presente, el concepto de patrimonio cultural puede resultar tan familiar que pocas veces es visto como el resultado de un proceso histórico de negociaciones y redefiniciones de larga data que interceptó también a comunidades científicas. En la asociación entre elementos culturales de los pueblos indígenas, con la idea de una importancia crítica para el avance de la ciencia y de la humanidad, los americanistas desarrollaron: (1) operaciones cognitivas y (2) sistemas de valores, y pugnaron por: (3) su centralización en museos y (4) leyes para la protección de monumentos. Todas estas operaciones tuvieron poderosas consecuencias —no exentas de contradicciones— sobre la definición del patrimonio cultural. De allí que resulte importante historizar a los colectivos que definen y discuten qué es lo patrimonial y los contextos donde se enfrentan con sus propios límites.

¿Recuerdan todavía el discurso de Lepelletier en Francia mencionado en el apartado 3.1.? Quiero retomarlo aquí porque

²³² “Lista del Patrimonio Mundial,” UNESCO, consultado el 10 de abril, 2025, <https://whc.unesco.org/es/list/>

considero que este observador externo percibió claramente los cambios que esta comunidad científica estaba gestando en los albores del siglo XX. Había mencionado ya que, en su discurso inaugural en el ICA en París, Ernest Th. Hamy explicó las dificultades para defender frente a ciertas autoridades francesas la importancia del ICA frente a otros eventos que, en el marco de la Exposición Universal, tenían un carácter utilitario. Cuando Lepelletier intervino el 18 de septiembre de 1900, buscó levantar los ánimos de a quienes llamó “los genealogistas del Nuevo Mundo” diciendo:

Puedo asegurar que nada ha cambiado en el sentir actual del Ayuntamiento [de París] por la ciencia en general, y por la labor arqueológica y etnográfica que el americanismo está llevando a cabo con vistas a ampliar el patrimonio, el conocimiento y la inteligencia de la humanidad. (*Viva la aprobación.*)²³³

Lo utilitario del americanismo yacía para este escritor en la ampliación de conocimiento y en el establecimiento de vínculos históricos entre los diversos grupos humanos para formar una unidad; a la humanidad como unidad misma.²³⁴ Su intervención es la referencia más antigua que he podido hallar en la que se refieren a los productos culturales indígenas en asociación con los términos «*patrimoine*» y «*de l'humanité*». En esta asociación temprana, su autor destacó precisamente la acción de los americanistas al ampliar el espectro de lo que era considerado como patrimonio de la humanidad. El uso no accidental de estos términos resulta aún más interesante cuando se examina el cambio semántico —y de temporalidad— en los conceptos usados para referirse a los objetos precolombinos en este corto periodo.

²³³ Edmond Lepelletier, “[Bienvenue],” en *Congrès International des Américanistes: XIIe session; tenue à Paris en 1900*, xxvi. [Traducción del francés]

²³⁴ Lepelletier mencionó cómo los americanistas eran importantes para “establecer la correlación que existe entre las civilizaciones humanas” y que había “permitido constatar que la humanidad es una en su pasado y en su desarrollo”. En: *Lepelletier*, “[Bienvenue]”, xxvii.

Durante el siglo XIX, el término predominante para referirse a ellos fue el de «antigüedades», en el cual existe una carga temporal sustentada primordialmente en su referencia al tiempo pasado; sin mayor referencia ni al presente ni al futuro. Sin embargo, en los albores de la transición del siglo XIX al XX, empezó a utilizarse cada vez con mayor frecuencia la palabra «monumentos».

El uso del término «monumentos» en este contexto puso énfasis en la materialidad lítica y en la monumentalidad de la arquitectura prehispánica. Contenía además una doble referencia en su asociación temporal. Por un lado, al pasado del cual proviene o al cual hace referencia, pero por el otro, también con una carga hacia el presente. Los monumentos existen en el presente como recordatorio del pasado. De allí que resulte importante cómo se gestó la asociación entre el concepto de monumento y su mandato de protección que veremos más adelante.

En los últimos años del siglo XIX, algunos americanistas comenzaron a defender e impulsar leyes nacionales que buscaban proteger ese conjunto de estructuras en su presente. Los vestigios de estos contextos fueron valorados a partir de una relación con el pasado, como la prueba de la existencia de hechos y sociedades del tiempo pretérito. Pero en esa operación, los objetos tomaron un rol fundamental como parte de circuitos que los nombraban como objetos de ciencia y de orgullo nacional que debían ser protegidos por el Estado. Una de las principales acciones fue pugnar por leyes nacionales para la protección de monumentos.

En 1900 con Lepelletier, aparece por primera vez el concepto «patrimonio» en esta asociación, vínculo que fue creciendo en las siguientes décadas. Al empezar a ser nombradas como «patrimonio», la agencia americanista se adjudicó una responsabilidad con el porvenir y una importante trascendencia de su propia comunidad al influir en la conservación de las colecciones y monumentos, para así poder legarlas a las siguientes generaciones. A esta acumulación semántica y temporal de los conceptos utilizados por los americanistas para referirse a los productos culturales indígenas se comenzó a asociar una carga de futuro que lejos de disminuir, se fue expandiendo en las siguientes décadas.

Leyes por país para la protección de monumentos

Entre 1893 y 1913, en el Perú, México, los Estados Unidos, Bolivia y Argentina se establecieron leyes para definir y proteger monumentos calificados como nacionales. En estas leyes se consideró que las ruinas y otros restos arqueológicos eran propiedad de la nación y que una de las tareas del Estado era protegerlas. En estas dos décadas, en diversos puntos del continente aparecieron leyes para la protección de monumentos arqueológicos, planteando que se vigilarían y se impediría su exportación salvo ciertas concesiones hechas a instituciones de ciencia.

Lo que resulta interesante es que eran miembros del ICA quienes pugnaron al interior de sus países por formular estas leyes que regularon la exploración de sitios arqueológicos y la exportación de colecciones frente a exploradores —es decir, americanistas también—, otros huaqueros y comerciantes de antigüedades. Esta agitación —y la urgencia con la que se expresaban— refleja cómo la comercialización de colecciones arqueológicas en circuitos internacionales ya se había expandido, promoviendo una competencia y comercialización de objetos arqueológicos desenfrenada.²³⁵ Frente a este fenómeno se planteó como una función del Estado y de sus agentes el garantizar el estudio y cuidado de los monumentos.

Perú, 1911

El Perú fue de los primeros países en generar leyes para proteger sus monumentos. Americanistas que laboraban en este país como Max Uhle y Julio C. Tello llamaron a la protección de mo-

²³⁵ Para ver la colaboración y competencia internacional por colecciones arqueológicas y la tensión entre la necesidad de defender el patrimonio considerado como nacional: Lorena López Jáuregui, “El objeto antiguo y su negociación moderna. Una historia del patrimonio arqueológico latinoamericano en redes de competencia y colaboración internacional entre museos (1894-1914),” en *Intervención. Revista Internacional de Conservación, Restauración y Museología* 2 no. 22 (2020): 188-224.

numentos y externaron su preocupación por la falta de acción estatal para el cuidado de zonas arqueológicas y de los objetos que de ellas se extraían. El 18 de febrero de 1905 se decretó la fundación del Museo de Historia Nacional en el antiguo Palacio de la Exposición en Lima y se delegó la responsabilidad de conducir la Sección Arqueológica al «primer americanista entre los que se dedican al estudio del Perú».²³⁶ Ese americanista era Max Uhle, quien en su discurso inaugural como director de la Sección Arqueológica del Museo de Historia Nacional exclamó:

Pido protección para los monumentos del país // Es preciso que se expidan leyes que impidan el saqueo de las huacas// Una generación de ignorantes del pueblo, los buitres de las antigüedades nacionales, arrancan día por día objetos que son comerciales de las tumbas antiguas, destruyendo tesoros irrecobrables de un valor histórico sin precio// Pido protección para los monumentos del país que han resistido millares de años, que necesitan que se destierre lejos de ellos a los vándalos, que allí quieren buscar tesoros: a los frívolos que exploran los palacios antiguos para diferentes usos de sus haciendas// Lo que principia a desmoronarse por la acción del tiempo o la fuerza de los elementos, hay que restaurarlo, para que lo que es el orgullo de la generación presente, sea traspasado también a la posteridad (Aplausos).²³⁷

En los siguientes años ocupando ese puesto, Uhle realizó trabajos de excavación en la región de Nazca, Cuzco y en el Valle de Lima, pero con un financiamiento gubernamental muy limitado. Finalmente en 1911, haciendo caso a las recomendaciones de este arqueólogo expresadas en los años anteriores, el gobierno peruano expidió el «Decreto Supremo No. 2612 de 19 de Agosto de 1911 sobre la protección y conservación de los monumentos arqueológicos». Este decreto vendría a complementar el «Decre-

²³⁶ Julio C. Tello y Toribio Mejía Xesspe, *Historia de los Museos Nacionales del Perú 1822-1946*. (Lima: Museo Nacional de Antropología y Arqueología e Instituto y Museo de Arqueología de la Universidad Nacional de San Marcos, 1967), 59-64.

²³⁷ Max Uhle, “[Discurso inaugural]”, citado en: Tello y Mejía Xesspe, *Historia de los Museos*, 68.

to Supremo del 27 de Abril de 1893 sobre permiso de extracción o estudio de antigüedades peruanas» que declaraba monumentos nacionales a las construcciones anteriores a la Conquista. En la modificación al decreto de 1893 en 1911, se plantearon cuatro puntos fundamentales. Primero, que los objetos encontrados en las excavaciones eran propiedad del Estado peruano y que sólo él podía conceder los duplicados a corporaciones científicas. Segundo, que un interventor del gobierno vigilaría las excavaciones. Tercero, que los objetos serían enviados al Museo de Historia Nacional y cuarto, que se prohibía absolutamente su exportación.²³⁸

Las modificaciones al decreto de 1893 plantean sin lugar a duda una legislación muy temprana promulgada precisamente para hacer frente a la extracción, apropiación y exportación de colecciones que ya era vista como problemática. No obstante, a pesar de que es una ley realmente temprana, la evidencia parece indicar que no existía en el Perú una instancia con la capacidad de ejecutarla, aunque originalmente se mencionó a la Junta Conservadora de Antigüedades Nacionales. En 1913 Julio C. Tello, tras volver de sus estudios en Estados Unidos, Alemania e Inglaterra, sucedió en labores a Max Uhle. En ese puesto, Tello estudió quipus, objetos de Chavín y Nazca, pero en un contexto financiero e institucional muy adverso, y en abierto conflicto con otro director del museo, Tello, muy a su pesar, renunció al puesto tan solo dos años después. Su renuncia ocurrió justamente antes de que Hiram Bingham —como representante de la *Yale University* y de la *National Geographic Society*— exportara cajones con colecciones arqueológicas de Machu Picchu a los Estados Unidos.

Del contexto peruano podemos sacar algunas observaciones que se repitieron en otros países. Entre otros, que con estas leyes de protección de monumentos 1) los objetos arqueológicos pasaron a ser propiedad del Estado, 2) el cual asumió el monopolio de la decisión de su exportación, teniendo especial consideración

²³⁸ Tello y Mejía Xesspe, *Historia de los Museos*, 75-77.

con instituciones científicas extranjeras y 3) que buscó la centralización de las colecciones en museos nacionales. Si bien el Perú fue uno de los primeros países en fijar leyes que prohibían la exportación de colecciones arqueológicas, y sus americanistas defendían este punto, no siempre contaron con el apoyo estatal para poder aplicar estas leyes. Tanto en Uhle como en Tello, fue patente una frustración semejante al no poder conseguir que el Gobierno se preocupara ni por hacer del museo una institución de investigación, ni por generar mecanismos para hacer valer la ley que impidiera la destrucción de monumentos y la exportación de colecciones. La noción de legislar para proteger y conservar a futuro unió a ambos americanistas activos en el Museo de Historia Nacional. También, no deja de ser llamativo que Uhle, después de haber exportado tantas colecciones andinas a Prusia y a los Estados Unidos, terminó convirtiéndose en uno de los defensores de que las colecciones arqueológicas se quedaran en los países de origen.

México, 1897

En México como ya hemos visto, también los sitios y colecciones arqueológicas fueron vistos como un elemento valioso, constituyente de la historia nacional propia que tendría que ser legado a las generaciones futuras. Frente a ello, el gobierno de México estableció una relación de responsabilidad hacia los monumentos que era repetida por Justo Sierra en sus discursos e intervenciones frente a los americanistas que ya he citado.

Para Justo Sierra, México tenía la capacidad de convertirse en la mayor potencia arqueológica del continente, pero para lograrlo, el país asumía la responsabilidad de estudiar y excavar meticulosamente las zonas arqueológicas. Planteó también cómo el Gobierno de Porfirio Díaz y el americanismo mexicano estaban abiertos a cooperar con los investigadores extranjeros, pero siempre y cuando pasaran por el control del Estado. Sierra confirmó la aspiración del Estado por el control de los circuitos de los objetos arqueológicos, impidiendo su dispersión y rete-

niéndolos en el país, pero al mismo tiempo, invitando a los americanistas extranjeros a estudiarlos.

Colecciones de antigüedades mexicanas existen en los principales museos del mundo, y algunas valiosas yacen reservadas en poder de afortunados anticuarios ó aficionados, y casi abstraídas á la curiosidad científica. Hacer pasar estas colecciones á manos del Estado, único que puede realmente ofrecerlas á la investigación de los doctos, es un propósito firme de la actual administración. Nuestro programa es, y creo que merecerá vuestra aprobación, impedir á todo trance la dispersión de nuestras reliquias arqueológicas, reteniéndolas en nuestro país, como lo hacen los egipcios, los griegos, los italianos; pero dentro de nuestro país abrir de par en par las puertas de nuestros depósitos, admitir, sin más restricciones que las que impone la necesidad de hacer cumplir con nuestras leyes, admitir toda inspección de nuestros monumentos, toda exploración de nuestra tierra mexicana amasada, sin metáfora casi, con polvo de historia.²³⁹

En respuesta a esta apertura, Franz Boas aprovechó después de la intervención de Justo Sierra para agradecer la ayuda que el Gobierno mexicano le había dado a él y a otros exploradores estadounidenses en sus investigaciones, confirmando el proyecto del gobierno porfiriano de efectivamente retener en el país y abrir las puertas a los investigadores. También, el discurso de Justo Sierra a los americanistas es llamativo porque les anticipaba la presentación de los resultados de las excavaciones realizadas en tiempos recientes en Mitla, Teotihuacán y Xochicalco, lo que daba cuenta de las acciones gubernamentales encaminadas para dar a conocer lo que el secretario llamaba como el “patrimonio humano por excelencia”, y por supuesto, mencionó las leyes:

Desde el momento que el Gobierno de la República asumía el papel de depositario, de conservador y organizador de la Arqueología

²³⁹ Sierra, [Palabras de bienvenida], en *Reseña de la segunda sesión*, 18.

nacional por las leyes de 1896 y 1897, se imponía la necesidad de rectificar nuestra Geografía Arqueológica [...]”²⁴⁰

Aquí, Justo Sierra se refirió a las leyes mexicanas que protegían los monumentos. A penas dos años después del primer ICA celebrado en México, el Congreso de la Unión decretó la «Ley sobre Monumentos Arqueológicos del 11 de mayo de 1897» con ocho artículos definieron qué era un monumento arqueológico sujeto a la protección de la ley mexicana, y estableció facultades de propiedad, acciones para evitar su destrucción intencional, necesidad de localización, así como la estipulación sobre posibles expropiaciones y la prohibición exportación. También contempló el nombramiento de sus guardianes y su centralización en el Museo Nacional. En términos prácticos, esa ley pasó a manos del Estado mexicano el control efectivo sobre los monumentos y fue el primer paso para la conceptualización y manejo de vestigios como un patrimonio de la nación. Esta ley fue de especial importancia, ya que planteó el juego de reglas con el que tenían que conducirse quienes se dedicaran al estudio de monumentos en México, incluidos actores locales, nacionales e internacionales.

El artículo 1.º de la Ley de 1897 estableció que «los monumentos arqueológicos existentes en territorios mexicanos son propiedad de la Nación y nadie podrá explorarlos, removerlos ni restaurarlos sin autorización expresa del Ejecutivo de la Unión». El artículo 2.º definió qué se entendía como monumento arqueológico, que «para los efectos de esta ley, [son] las ruinas de ciudades, las Casas Grandes, las habitaciones trogloditas, las fortificaciones, los palacios, templos, pirámides, rocas esculpidas o con inscripciones, y en general todos los edificios que, bajo cualquier aspecto, sean interesantes para el estudio de la civilización e historia de los antiguos pobladores de México».

El artículo 3.º estableció que la destrucción o deterioro de los monumentos constituía un delito con penas de arresto y multas

²⁴⁰ Sierra, [Palabras de bienvenida], en *Reseña de la segunda sesión*, 21.

para quien lo cometiera. El artículo 4.º contempló la creación de una Carta Arqueológica de la República Mexicana. El 5.º, que en caso de que estuvieran en tierras de propiedad particular, por tratarse de utilidad pública, el Ejecutivo podría expropiar con arreglo a la ley a los dueños de dichas tierras en la extensión que fuese necesaria para la conservación y estudio de los monumentos. El 6.º, que «antigüedades mexicanas, códices, ídolos, amuletos y demás objetos» que pudieran ser interesantes para la historia de los antiguos pobladores de América no podrían ser exportados sin autorización legal so pena de multas. El 7.º planteó el nombramiento de guardianes para la vigilancia y cuidado de los monumentos arqueológicos y finalmente el 8.º, que «las antigüedades mexicanas adquiridas por el Ejecutivo se depositarán en el Museo Nacional».²⁴¹

Al igual que en el Perú, en México múltiples actores internacionales intervenían en las ruinas y las exportaban a otros países. Algunos americanistas solicitaban permisos de exportación o les eran concedidos como regalos para sus instituciones, pero también algunos violaban esas leyes y traficaban colecciones.²⁴² El arqueólogo Leopoldo Batres, en su función de Inspector General de Monumentos, fue el principal agente en ejecutar la ley, supervisando las exploraciones arqueológicas extranjeras en el país, incluso hasta el punto de entrar en conflicto con otros americanistas por su reiterada intervención en las labores arqueológicas de los grupos de trabajo. Por eso, tampoco es una sorpresa que Sierra mencionara las leyes en su discurso y la labor de Batres. En México, las autoridades recordaban a menudo a los americanistas la existencia de leyes que debían cumplir.

A pesar de esta ley, muchas colecciones y monumentos arqueológicos salieron del país después de su promulgación. No

²⁴¹ AGN México. Instituciones Gubernamentales: época moderna y contemporánea. Administración Pública Federal S. XIX. Instrucción Pública y Bellas Artes. Instrucción Pública y Bellas Artes, caja 120 exp. 29, f. 4.

²⁴² López Jáuregui, “El objeto antiguo”.

obstante, la ley se aplicó con cierto éxito, ya que contuvo y frenó la exportación de monumentos y colecciones tomando en consideración que México, seguido de Perú y Bolivia, fue el país en el continente en donde existía una mayor presencia de coleccionistas privados, arqueólogos e instituciones extranjeras interesados en exportar colecciones arqueológicas hacia afuera de su territorio. En otra intervención sobre esta ley, el médico Alfonso Pruneda García, yerno de Batres, volvió a exponer la ley en el ICA de 1912 en Londres. En su intervención sobre la legislación mexicana, Pruneda García explicó que esta ley era proteccionista, pero facilitaba también las investigaciones científicas.²⁴³ Los americanistas mexicanos usaron la ley para negociar, sin repeler, el interés internacional por sus monumentos.

Estados Unidos de América, 1906

En los Estados Unidos, áreas consideradas como de importancia histórica fueron designadas como «monumentos nacionales» en la *Antiquities Act* de 1906. Esta ley fue impulsada por iniciativa del arqueólogo americanista Edgar L. Hewett para proteger sitios arqueológicos en Nuevo México y Arizona y fue firmada por el presidente Theodore Roosevelt. Reglamentó los permisos para la excavación en beneficio de instituciones científicas con el objetivo de aumentar el conocimiento sobre esos objetos y orientó acciones para su preservación.²⁴⁴ Previo a este momento, sólo un espacio era concebido en esta noción de protección particular. Se trata de las ruinas de Casa Grande en el estado de Arizona, que fue la primera reserva arqueológica de los Estados Unidos designada como tal en 1892. Ese estatus especial fue conseguido también por un americanista, a partir de los trabajos de Frank H. Cushing en el Southwest.²⁴⁵

²⁴³ Alfonso Pruneda, “La legislación mexicana sobre monumentos arqueológicos”, en *International Congress of Americanists. Proceedings of the XVIII. session, London 1912*, 172.

²⁴⁴ “Edgar Lee Hewett”, National Park Service, consultado el 19 de mayo, 2022, <https://www.nps.gov/sapu/learn/historyculture/edgar-lee-hewett.htm>

²⁴⁵ “A Brief History of the Casa Grande Ruins”, National Park Service, última actua-

Del caso estadounidense resalta una particularidad encontrada en las actas del ICA, y es que, además del control gubernamental de las ruinas, en este país se formaron asociaciones civiles para la protección de monumentos. Virginia McClurg dirigió una asociación de mujeres para proteger monumentos arqueológicos en Colorado. McClurg, quien participó en el ICA de París en 1900 y luego en el de Nueva York en 1902, ocupó la tribuna en el segundo para hablar de la asociación de mujeres dedicadas a estudiar y explorar los *Cliff Dwellings* en Colorado. Se sabe que ella explicó a la comunidad de americanistas el propósito de la *Cliff Dwellings Association of Women* porque Juan B. Ambrosetti lo consignó en Argentina en su informe:

Esta sociedad de señoras del Colorado se ha constituido con el objeto de preservar de la destrucción las notables ruinas de los Pueblos y *Cliff Dwellings* tan conocidos por los Americanistas.

Las ruinas de Mesa Verde, que pertenecían á una tribu de Indios Utés han sido compradas, declaradas parque público y para hacer más fácil su acceso, se ha construido un camino.

Estas ruinas han merecido muchas publicaciones y entre ellas la muy notable monografía del señor Gustavo Nordenskjöld publicada en Stokolmo en 1894.

La Sociedad de Señoras continuará adquiriendo otras ruinas para que puedan conservarse, no permitiendo las escavaciones [sic] en ellas sino á las personas que representen instituciones científicas y que presenten al mismo tiempo las suficientes garantías de no cometer actos de vandalismo en las mismas.²⁴⁶

La iniciativa de esta organización de mujeres se suma a muchos proyectos que en los Estados Unidos fueron propiciados por filántropos para financiar proyectos de exploración arqueológica dentro y fuera del país. Junto con las iniciativas gubernamenta-

lización el 22 de diciembre, 2020, <https://www.nps.gov/cagr/learn/historyculture/index.htm>

²⁴⁶ Juan B. Ambrosetti, *Congreso de Americanistas Nueva York (1903) – XIII sesión. Informe del delegado de la Universidad de Buenos Aires*. (Buenos Aires: Impr. “Didot” de Félix Lajouane, 1904), 28-29.

les, coexistieron estas iniciativas de grupos y de individuos para resguardar espacios arqueológicos.

Bolivia, 1906

En Bolivia, también en 1906, el Congreso de la Nación decretó la «Ley del 3 de octubre de 1906» durante el gobierno de Ismael Montes. Esta ley formulada para la protección de monumentos antiguos declaró propiedad de la nación las ruinas de Tiwanaku y las del lago Titicaca. Tres años más tarde, el presidente Elio-doro Villazón planteó el «Decreto supremo del 11 de noviembre de 1909». El caso boliviano resulta excepcional, porque, si bien guarda todas las semejanzas con las leyes anteriores, no parece haber ningún americanista impulsándolas. Sin embargo, tampoco se ve claramente quién sería la persona encargada de hacerla cumplir, que, en caso de recaer en la Sociedad Geográfica de La Paz, sería parte de la jurisdicción de Manuel Ballivián. La aplicación de esta ley se reconoce en el archivo porque dos décadas más tarde, cuando Erland Nordenskiöld solicitó permiso al país para la exportación de cerámicas antiguas a Gotemburgo, se menciona la existencia de la ley. Sin embargo, por ser un «hombre de ciencia que ha prestado importantes y valiosos servicios a Bolivia, por medio de conferencias y escritos», se decidió aceptar la exportación de la colección.²⁴⁷

Argentina, 1913

En Argentina se legisló en 1913 sobre esta materia. La Ley 9080 declaró propiedad de la nación ruinas y yacimientos arqueológicos y paleontológicos de interés científico. Una particularidad argentina es que, a diferencia de las leyes vistas anteriormente, los fósiles se incluyeron entre los elementos que debían ser cus-

²⁴⁷ Agustín de Rada, *Anuario de Leyes, Decretos y Resoluciones Supremas expedidas en el año 1906* (La Paz: Talleres gráficos La Prensa, 1907), 282-283; Archivo y Biblioteca Nacionales de Bolivia. Archivo Nacional de Bolivia. MNA-1 (1928), f. 257-258, 280.

todiados. El Museo Etnográfico y el Museo de Historia Natural fueron los encargados de regular los permisos y las exportaciones. Ya en 1909, se habían prohibido las excavaciones no autorizadas para apropiarse de materiales. Aunque en Argentina, como en otros países, las colecciones eran a veces concedidas u obsequiadas a instituciones de investigación con el objetivo de generar un interés en el extranjero por las culturas asentadas antiguamente en su territorio.²⁴⁸

Cambios en la percepción con respecto a la exportación

Así, en las dos décadas habidas entre 1893 y 1913 se observan esfuerzos gubernamentales para la conservación y protección de monumentos directamente ligados al trabajo de los americanistas en distintos puntos del continente. Al convertir el maltrato, la destrucción y la apropiación individual de los objetos arqueológicos en una acción penada por la ley, los americanistas abogaron por el cuidado de los monumentos e incentivaron leyes que funcionaron como un obstáculo a la circulación y exportación de colecciones que no tenía precedentes. En conjunto, las leyes que estos países promulgaron tuvieron como principal consecuencia canalizar el flujo de colecciones arqueológicas hacia los museos nacionales y buscaron regular qué objetos podían legalmente cruzar las fronteras de los Estados-nación hacia museos en el extranjero y bajo qué condiciones.

Aunque las leyes no detuvieron por completo el desplazamiento ilegal de artefactos, fueron determinantes para obstaculizarlo. El Estado se apropiaba así de los objetos a nombre de la nación, aunque se mostraba también flexible al otorgar permisos para americanistas y museos específicos. Por eso, incluso en

²⁴⁸ Irina Podgorny, *El argentino despertar de las faunas y de las gentes prehistóricas. Coleccionistas, estudiosos, museos y universidad en la creación del patrimonio paleontológico y arqueológico nacional (1875-1913)*. (Buenos Aires: Eudeba Editorial Universitaria de Buenos Aires; Centro Cultural Ricardo, 2000), 13-14.

países donde no se había legislado todavía en la materia como Colombia, era ya visto como problemático sacar monolitos del país. Aura Lisette Reyes Gavilán consignó cómo en 1914, Konrad Theodor Preuss se planteó enviar un monolito comprado a un particular. Ante la idea de solventar los costos de transporte al presentarlo como un regalo al emperador alemán, Eduard Seler le respondió que «en Colombia no sería considerado precisamente con buenos ojos que, una gran obra maestra fuera al exterior del país». Además, no se trataba de un regalo diplomático de parte del Gobierno, sino de un privado. Seler, quien ya había transportado una gran cantidad de objetos arqueológicos de otros países agregó que para «un particular, según mi opinión, su derecho a las antigüedades es muy dudoso —¡algunos monumentos deben ser propiedad del país y no de los hacendados correspondientes!— por esas razones y también por los grandes costos que causaría el transporte, no puedo recomendar la propuesta de Preuss».²⁴⁹

Esta posición de Seler contrasta con lo que había expresado en el Congreso de Americanistas de París en 1900, es decir, catorce años antes. En aquel momento, Seler había señalado abiertamente cómo había decidido viajar a Guatemala por tener condiciones más favorables que México para la exportación de antigüedades debido a que, como ya se ha visto, México contaba con una ley para la protección de monumentos. En ese viaje, Seler obtuvo para el *Königliches Museum für Völkerkunde* objetos arqueológicos con la ayuda de un hacendado alemán en Guatemala.²⁵⁰ Es decir, las condiciones eran semejantes a las que planteaba Preuss, pero las

²⁴⁹ Aura Lisette Reyes Gavilán, *Ensamble de una colección: Trayectos biográficos de sujetos, objetos y conocimientos antropológicos en Konrad Theodor Preuss a partir de su expedición a Colombia (1913-1919)*. (Barranquilla: Universidad del Norte, 2019), 240-241. Reyes Gavilán consigna y traduce el original que dice: «Aber ein Privatmann, dessen Anrecht auf Alterthümer meinem Empfinden nach mir sehr zweifellos ist —solche Monumente sollten Eigenthum des Landes sein und nicht des jeweiligen Grundbesitzers!— Aus diesen Gründen und auch wegen der großen Kosten, die der Transport verursachen würde, kann ich den Vorschlag von Preuss nicht empfehlen».

²⁵⁰ Eduard Seler, “Les anciennes villes de Chacula,” en: *Congrès International des Américanistes: XIIIe session*, 263-264.

circunstancias y sobre todo la percepción de esos actos habían cambiado mucho en tan solo un par de décadas.

En la segunda década del siglo XX, el panorama era muy distinto y un vocero del americanismo daba cuenta de ello. Como ya hemos visto, Max Uhle había exportado colecciones sudamericanas no solo a Prusia, sino también a los Estados Unidos a finales del siglo XIX, trabajó después para los museos nacionales del Perú y de Chile. Como representante de Chile, en 1915 planteó ante la comunidad de americanistas la «Conveniencia de dictar una ley uniforme en los países americanos para proteger y estimular el estudio y recolección de material arqueológico y antropológico».

Durante el Congreso de Americanistas en Washington D.C., los arqueólogos buscaron establecer pautas para su práctica. Uhle exponía su preocupación por el lamentable estado en que se encontraban muchas ruinas en Sudamérica, estado que había empeorado en los años recientes. Para contener esta situación, el americanista alemán proponía un Convenio Internacional Americano con la intención de mejorar el fomento del estudio de la historia precolombina a nivel continental. Este convenio buscaría desarrollar museos arqueológicos y antropológicos nacionales, dotarles de personal científico y administrativo, sufragar expediciones y proteger los monumentos y otros restos precolombinos nacionales.

Uhle propuso reglamentar a nivel continental la conservación y explotación de los yacimientos y monumentos arqueológicos para que fueran conservados en sus respectivas naciones. El punto 2 establecía que:

Todos los estados dictarán una ley para mejor protección de las antigüedades nacionales, con estipulaciones más o menos en este sentido:

- (a) Es prohibido deteriorar los monumentos u otros restos de antigüedad [...]
- (b) Se prohíbe en lo absoluto la destrucción i deterioro de los monumentos i demás restos históricos [...]

- (c) En todos los estados americanos se formará un registro [sic] de los monumentos, yacimientos arqueológicos i otros restos antiguos existentes [...]
- (d) Para explotar los monumentos i estudiar o excavar yacimientos arqueológicos [...] el gobierno podrá conceder la autorización necesaria.
- (e) Los permisos para las exploraciones sólo podrán ser concedidos a renombradas instituciones científicas del país ó, en segundo lugar, del extranjero.
- (f) Los gobiernos no autorizarán ninguna excavación en los cementerios i sepulturas antiguas que no se haga por arqueólogos i etnólogos profesionales, o privados de reputación internacional alcanzada por publicaciones de carácter arqueológico [...]
- (g) El dueño de un terreno particular en que se practiquen excavaciones tendrá derecho a indemnización de daños i perjuicios [...].
- (h) [...]
- (i) Queda prohibida la exportación de los artículos de arte provenientes de ruinas i yacimientos arqueológicos del país. Pero el Gobierno puede franquear en favor de instituciones científicas del extranjero la salida de colecciones de duplicados superfluas en los museos nacionales para la representación de su pasado.²⁵¹

Esta fue la primera vez que se buscó fomentar la generación de leyes para proteger colecciones y materiales arqueológicos y antropológicos de América a un nivel continental. Uhle además expuso por qué era benéfico para los Estados modernos fomentar la arqueología:

He dicho, que la reconstrucción histórica de los movimientos de naciones que han pasado anteriormente por el suelo de los estados modernos es de mucha importancia para estos mismos, porque con

251 Max Uhle, "Conveniencia de dictar una ley uniforme en los países americanos, para proteger y estimular el estudio y recolección de material arqueológico y antropológico," en: *Proceedings of the second Pan American Scientific Congress, Washington, U.S.A., Monday, December 27, 1915 to Saturday, January 8, 1916*. Section I Anthropology, vol. 1, editado por Glen Levin Swiggert (Washington: Government Printing Office, 1917), 404-405.

este acto los estados se arraigan más al suelo que ocupan, de tal manera que, cuando su propia historia se confunde con la original del suelo ocupado, es casi tan imposible arrancarlos de él por la profundidad de las raíces que en él han echado. Considerados de esta manera los estados modernos americanos representan ahora una existencia demasiado superficial. Porque aun suponiendo que los cuatrocientos años pasados desde la primera inmigración europea equivaldrían a un período de historia bien estudiada, cualquier comprenderá que cuatrocientos años de historia, sin otras raíces en el suelo, significan muy poco al frente de los innumerables peligros, que estados modernos corren continuamente para mantener su independencia, desarrollo ordenado i para el aseguramiento de los principios garantizadores de una larga existencia.

[...] El estudio del pasado del suelo anterior a la conquista por medio de la arqueología se impone por eso como una necesidad vital en todos los estados americanos.²⁵²

Por todas estas razones, sostengo que los miembros del ICA incentivaron la vinculación entre las ruinas arqueológicas y el Estado, y también contribuyeron a formular las leyes que regulan las prácticas de protección del patrimonio cultural. El Congreso funcionó como un espacio de promoción de los respectivos repertorios culturales nacionales, los cuales eran muy valorados por los americanistas. Pero esa valoración también aceleró la competencia por monumentos y colecciones, contribuyendo a su comercialización a gran escala. A mayor valor simbólico como vestigio del pasado, aumentó la demanda por estos objetos en museos, subastas y entre coleccionistas privados. En respuesta, los americanistas buscaron proteger las zonas arqueológicas, especialmente Cuzco, Pachacámac, Tiwanaku, Teotihuacán, Mitla y Casa Grande.

Las leyes proclamadas se encaminaron a que el Estado ejerciera un control sobre la exploración y movilización de los elementos materiales hallados en esas zonas de exploración americanista y los debates académicos entre los miembros del ICA interpelaron ese tránsito entre explorar, descubrir y convertir ruinas en zonas

²⁵² Uhle, "Conveniencia de dictar", 387-388.

arqueológicas. La legislación que promovieron fue una respuesta a prácticas que dañaban directamente los monumentos, como quien disparaba a la Puerta del Sol de Tiwanaku para afinar su puntería, pero también contra otros usos como el de las poblaciones locales que tomaron las piedras para construir caminos o edificios. Su legado, además, fue concebido por sus voceros primordialmente como un legado para la misma comunidad científica del futuro, no para otro tipo de descendientes.

Al identificar y conectar a los agentes de la red americanista con los esfuerzos de protección de monumentos se confirma que aquel grupo que se aglutinó originalmente para estudiar la historia del continente americano terminó ampliando radicalmente sus objetivos. Retrospectivamente se le puede ver contribuyendo a ampliar la noción del patrimonio cultural de la humanidad, y al mismo tiempo, fue corresponsable de la dispersión y acaparamiento de esos vestigios. El que sitios y las colecciones arqueológicas se convirtieran en elementos sujetos a protección del Estado y de organismos internacionales se logró a partir de operaciones cognitivas al insertar la historia de muchos pueblos en la narrativa de la historia de la humanidad, y en una asociación temporalidades entre el pasado, al que representan esos espacios y colecciones, con un mandato presentista de acciones de cuidado con el objetivo de legar a las futuras generaciones como un patrimonio intergeneracional.

A finales del siglo XIX y principios del XX, los agentes del americanismo tuvieron un impacto en una asociación de distintas temporalidades marcado por las ideas de patrimonio y protección que actualmente se le da al conjunto de materiales hallados en sitios de intervención arqueológica. Esta idea colectiva es un legado al que contribuyó el americanismo. Si bien el vínculo contemporáneo que plantean las ruinas y los objetos arqueológicos entre pasado y presente suele ser el más evidente, pocas veces se ha analizado cómo se estableció la relación entre ruinas y la proyección de futuro. Éstas son algunas de las características que permean el surgimiento del concepto de patrimonio cultural y que fueron abordadas en este apartado.

TERCERA PARTE

Los estudios sobre el presente

5.1 Del pasado remoto al presente: el giro que influyó en la antropología americanista

¿Por qué un cambio en los objetivos del ICA transformó el desarrollo de la antropología?

Mientras que el interés de algunos americanistas se centraba en los vestigios arqueológicos, manuscritos y códices, otros miembros de esta comunidad manifestaron su expectativa por que en el ICA se estudiara también la América moderna. Aunque era esporádico, pugnaron porque el ICA no solamente se ocupara de la Antigüedad, sino que también atendiera la historia colonial y el presente. Así, si bien estas iniciativas no contaron con mucho éxito en la primera década de la historia del Congreso, poco a poco se fueron haciendo paso frente a las voces que defendían que el americanismo debía centrarse exclusivamente en el pasado remoto. En la segunda mitad de la década de 1880, un creciente número de entusiastas de la etnología y la glotología, principalmente médicos y abogados de formación, expresaron su interés por organizar expediciones etnográficas, por ir al encuentro de comunidades indígenas.

Así, empezó a gestarse un cambio en la perspectiva al interior de la comunidad de americanistas, ante el cual se redefinieron las fronteras de su objeto de estudio y que los llevó a redefinirlo completamente hacia el cambio de siglo. Sin separarse enteramente del objetivo inicial de comprender el periodo prehispánico, algunos americanistas defendieron la idea de que algunas

cuestiones del pasado que aún quedaban sin resolver podrían explicarse mejor a partir del estudio de los descendientes. Frente a un mundo en rápida transformación, también abogaron por elaborar un registro urgente de las lenguas y costumbres de los pueblos indígenas vivos, pues veían en este registro una cuestión inaplazable frente al avance de la Modernidad, el paradigma de su propio tiempo.

Cabe entonces preguntarse qué propició que los americanistas tomaran la decisión en sus congresos de ya no solamente dedicarse a estudiar el pasado, sino también al presente. Y luego, cómo el estudio del presente sentó las bases para el accionar de lo que posteriormente recibió el nombre de «antropología americanista».²⁵³ Como señalé en el capítulo 1, en su origen, el Congreso Internacional de Americanistas no fue concebido como un espacio donde discutir temas contemporáneos, sino que buscó reunir a personas interesadas en la Antigüedad americana, en el complejo mundo anterior a la llegada de Cristóbal Colón a América y en el inmediatamente posterior, y no más. Esa era ya en sí misma una meta lo suficientemente ambiciosa.

Pero esta delimitación de los estudios discutidos en el Congreso hizo que, en no pocas ocasiones, algunos estudiosos, pero sobre todo los diplomáticos, vieran con recelo que los temas de actualidad o incluso del periodo colonial que a ellos más les interesaban quedaran fuera del campo delimitado por los lineamientos del propósito de este congreso científico. Pugnaron por un cambio. Frente a ellos, otros miembros —algunos voceros de la comunidad— defendieron que el objeto de estudio del americanismo debía limitarse al periodo precolombino y que incorporar temas contemporáneos o incluso del periodo colonial desviaría la aten-

²⁵³ Un estudio completo sobre las aportaciones del estudio de América en la antropología se encuentra en: *Motivos de la antropología americanista. Indagaciones en la diferencia*. Entre ellas se cuentan: el enfoque etnohistórico, los estudios mitológicos, la conceptualización de la diacronía y la orientación ecológica. Ver en: Hugo C. Nutini, «Aportaciones del americanismo a la teoría y la práctica de la antropología moderna», en *Motivos de la antropología americanista*, coord. por Miguel León Portilla con la colaboración de Manuel Gutiérrez Estévez y Gary H. Gossen. México: FCE, 2001, 13-72.

ción del propósito original. Ellos sostenían además que abordar aquellos temas podría llevar a una politización indeseable.

Así, aunque fue en contadas ocasiones que durante los primeros veinticinco años del Congreso se discutió abiertamente la pertinencia de estudiar el presente, cuando esto ocurrió, algunos miembros del ICA se expresaron en contra de ello bajo el argumento de que tratar temas contemporáneos en el Congreso representaba una extralimitación de los límites de su objeto de estudio y una amenaza para la científicidad y la continuidad del mismo. En dos momentos, durante el III. ICA en Bruselas y en el VIII. ICA en París, esta cuestión se hizo presente en los debates. A continuación, describiré cómo discutieron si los acontecimientos del tiempo presente deberían ser considerados temas del americanismo o no y presentaré el cambio que hizo oficial su incorporación, el cual ha permeado hasta nuestro presente.

El primero es un ejemplo temprano que ilustra bien la cuestión de la definición de los estudios americanistas con respecto a los temas contemporáneos y sus fronteras.²⁵⁴ La discusión se hizo presente en Bruselas en 1879. Allí, José María Torres Caicedo expresó ante el ICA su «deseo de que un día el Congreso creara una sección especial para el estudio de la América moderna, tema también digno de atraer la atención de la ciencia internacional».²⁵⁵ Su deseo refleja la postura y el interés de los miembros del cuerpo diplomático de las naciones americanas por asociar Modernidad, avance, cambio y progreso a sus naciones, y no solo Antigüedad.

Un poco después, exactamente en ese mismo encuentro, otra discusión abordó la cuestión de si estaba permitido o no exceder el límite temporal establecido en los estatutos (ver sección 1.2). Tras la presentación del trabajo que Ernesto Quesada llevó de su padre, distintos miembros objetaron que este estudio no podía

²⁵⁴ Este debate fue rescatado originalmente por Juan Comas. Ver: Comas, *Cien años*, 16.

²⁵⁵ [Original en francés] «Allocution», en *Congrès International des Américanistes. Compte rendu de la troisième session Bruxelles 1899*, t. I, 66.

ser objeto de debate entre los americanistas porque se alejaba del programa del Congreso, pues trataba un tema que correspondía a la América bajo el dominio español. Eugène Beauvois era de la opinión de que:

[...] conviene que no se estudie en el Congreso la América contemporánea, ni siquiera la de los siglos XVII o XVIII, porque estos estudios podrían, muy inoportunamente, introducir la política en los debates y dar lugar a desacuerdos desafortunados en todos los ámbitos. Es importante para la prosperidad de la obra limitarse exclusivamente al terreno científico, ya de por sí bastante amplio, cuyo límite extremo debe ser la época del descubrimiento, así como el de las primeras exploraciones y colonizaciones.²⁵⁶

Resulta interesante que un corte cronológico que, como todo corte temporal, es artificial, definiera para Beauvois si un tema podía ser científico o no, como si a la arqueología no la definieran las políticas culturales o si a los temas de los siglos XVII y XVI-II no pudieran estudiárseles científicamente. De acuerdo con las actas, esta opinión era más que aceptada; incluso era aprobada unánimemente. Inmediatamente después del historiador francés intervino Marcos Jiménez de la Espada, cuya contribución fue relatada de la siguiente manera:

El Sr. de la Espada, presidente, constata que todo el mundo está de acuerdo en prohibir las cuestiones irritantes de la política. Habla de ello con tanta más facilidad cuanto que, en el caso que nos ocupa, se trata de España. Él ama a su país como debe amarlo, pero por encima de todo, él ama la verdad. Pero la verdad es que España no solo hizo cosas admirables en América; su legislación colonial era necesariamente imperfecta, pero no obstante, es indispensable protestar contra la guerra sistemática e injusta a la que España se ve sometida en ocasiones y advertir contra los antiguos agravios que se le reprochan, ya que estos son a menudo el resultado de actos

²⁵⁶ [Original en francés] «Discussion» en *Congrès International des Américanistes. Compte rendu de la troisième session Bruxelles 1899*, t. II, 387.

cometidos por los españoles de América, sin ninguna intervención de la madre patria.²⁵⁷

Esta discusión muestra cómo miembros importantes del ICA se manifestaban en contra del estudio de cualquier periodo poscolombino, independientemente del tema, y que esto era rechazado argumentando una aversión a la politización de los estudios científicos, temiendo que esto pudiera devenir en una valoración ética de la Conquista y colonización españolas. A esto, Ernesto Quesada respondió que había sido malinterpretado, que su intención no era emitir un juicio histórico contra España, a la que amaba sinceramente, y que no buscaba ofender a nadie. Sin embargo, el presidente de aquel congreso, el barón Goethals, dio por concluido el incidente y señaló que el Congreso compartía plenamente la opinión expresada por Beauvois, en el acuerdo que no convenía al ICA estudiar el periodo que abarca desde el siglo XVII hasta su presente.

De esta discusión se puede inferir que, a diferencia del periodo colonial y del contemporáneo, el periodo precolombino pudo haber sido visto por los americanistas como algo científicamente abarcable y cuyo estudio podía aspirar a una objetividad, además de que para la mayoría de los voceros, esto contenía una menor fricción política, a pesar de que ya vimos que no necesariamente era así (ver capítulos 3 y 4). Sin embargo, esta no fue la última vez que se propuso romper con estas fronteras cronológicas en lo que todavía en el siglo XIX se definía como el objeto de estudio del americanismo.

Once años después, en el VIII. ICA en París, la cuestión sobre si abordar el presente volvió a presentarse. Allí Vicente de Mestre y Amabile propuso la inclusión en el orden del día de la moción para que en el siguiente congreso se estudiara el origen de las fronteras políticas de los Estados sudamericanos. Esta vez, tres miembros del ICA, el barón Federico José de Santa Anna-Néry,

²⁵⁷ [Original en francés] «Discussion» en *Congrès International des Américanistes. Compte rendu de la troisième session Bruxelles 1899*, t. II, 388.

Gustav Hellmann y —nuevamente— Marcos Jiménez de la Espada respondieron a esta propuesta argumentando que esta cuestión no podía incluirse en «el programa puramente científico del Congreso». Decían que la cuestión de los límites exactos de los territorios era relativamente moderna y que el americanismo solamente abarcaba la época precolombina y la inmediatamente posterior a la llegada de Colón.

Luego, la Asamblea del ICA aprobó la solución dada por Lucien Adam a la propuesta de Mestre y Amabile combinando ambas cuestiones. Adam, conciliadoramente, sugirió que sería útil estudiar los límites de los diversos estados y tribus de América, antes y durante la conquista, así como sus transformaciones sucesivas.²⁵⁸ De esta forma, un tema nuevo como el de las fronteras políticas no trastocaba los límites cronológicos que hasta ese momento se establecían para los estudios americanistas.

Lejos de concluir allí, esta visión fue modificada oficialmente hacia el cambio de siglo. Después de defender tan persistentemente que el límite cronológico para los estudios americanistas se ubicaba en la antigüedad hasta el periodo colindante con 1492, y quizá como una de las respuestas frente a la crisis en la que estaba el propio Congreso hacia el primer cuarto de siglo de su historia, el 22 de septiembre de 1900, sin que hubiera discusión, se aprobó una nueva definición del objeto de estudio del ICA en la reforma a los Estatutos que regían a este Congreso. Con Ernest Hamy como presidente del XII. ICA, en sesión tenida en el Collège de France, quedó definido su nuevo propósito en los siguientes términos:

Artículo primero. El Congreso Internacional de Americanistas tiene como objetivo el estudio histórico y científico de las dos Américas y de sus habitantes.²⁵⁹

²⁵⁸ [Original en francés] «Sommaire de la. 5^e séance», en *Congrès International des Américanistes. Compte-Rendu de la huitième session tenue a Paris en 1890*, 97.

²⁵⁹ [Original en francés] «Séance du samedi 22 septembre (clôture au Collège de France)», en *Congrès International des Américanistes. XIIe session tenue a Paris en 1900*, xxxviii.

Con esto, el objetivo del ICA se amplió enormemente. La nueva definición del objeto de estudio se había reducido en número de palabras, pero con ella, los estudios se habían expandido cuatro siglos con respecto a la propuesta original. Aún más, indirectamente planteaba una apertura para estudiar el presente. A diferencia del ICA en Nancy, el de París eliminó el corte cronológico puesto en la transición de los siglos XV al XVI. La ausencia de mención a un periodo específico implicó que ya no solamente el pasado prehispánico y el inmediatamente posterior a la llegada de Colón a América eran objeto de estudio de las y los americanistas. Este cambio, junto con el de la alternancia continental (ver apartado 1.2), abrió paso oficialmente al periodo poscolombino y también al tiempo presente como objetos de estudio en el ICA.

Su cambio redefinió nuevas prioridades para los grupos de trabajo americanistas y amplió el campo de acción de los historiadores. Pero quizá el grupo más beneficiado con esta redefinición fue el de aquellos entusiastas de la etnología y la lingüística, quienes vieron con esta apertura la inserción plena de sus temas e intereses de estudio, pues presentar estudios sobre la América moderna y a sus habitantes coetáneos empezó a tener derecho pleno de presencia en el Congreso. Esto tuvo una gran trascendencia para el desarrollo de la antropología, la etnografía y la lingüística americanas que, como mostraré en el resto del capítulo, se vieron desarrolladas positivamente en las décadas siguientes gracias a la apertura que tuvo el ICA al estudio del presente.

Para entender este cambio es necesario hacer una aclaración sobre denominaciones que han cambiado del siglo XIX al presente. En el siglo XIX y todavía en los primeros años del XX, el término «antropología» refería al estudio de los caracteres físicos, ámbito que actualmente es abordado por la antropología física. Por su parte, el término «etnología» refería al estudio de las prácticas y costumbres. Considero importante hacer esta acotación, pues el término «antropología» se amplió a lo largo del siglo XX hasta abarcar tanto los aspectos biológicos como los

culturales y sociales del ser humano. Este cambio provocó que la antropología, y con ella también el concepto de la «antropología americanista», abarque en la actualidad la antropología física, la etnología y la lingüística de una forma que no se daba al inicio de su proceso de profesionalización.

Para concluir este apartado, cabría señalar que el estudio del presente fue tan aceptado con la reforma a los estatutos en 1900 que dio un impulso mayor a las exploraciones etnográficas. La primera propuesta aprobada inmediatamente después del cambio de los estatutos fue una moción hecha por Alejandro Dorado y Henri Froidevaux para elaborar un manual que sirviera para que los viajeros recabaran información etnográfica, lingüística y antropológica sobre América:

El Congreso Internacional de Americanistas expresa su voto para que sea redactado a la brevedad una especie de manual teórico y práctico del viajero, que enumere el principal conjunto de cosas que se desean de la geografía, la antropología, la etnografía y la lingüística americanas y —a todos aquellos que deseen recabar información en el curso de sus viajes a América— les suministre las indicaciones de los estudios por hacer (métodos e instrumentos de investigación) y de la manera más eficaz de llevarlos a buen fin sobre el terreno (levantamientos, colecciones y observaciones de todo tipo, estampas, fotografías, etc.).²⁶⁰

Esto me lleva al punto que quiero tratar a continuación: estos cambios transformaron el panorama de las expediciones etnográficas dentro del americanismo. Los americanistas se movilaron a distintos puntos del continente para recolectar información sobre los pueblos indígenas de su presente y, hacia finales del siglo XIX, habían comenzado una fase de acumulación sistemática de datos.²⁶¹ Esta acumulación se basó en el trabajo hecho con registros lingüísticos y expediciones etnográficas. Recolectaron

²⁶⁰ [Original en francés] «Séance du samedi 22 septembre (clôture au Collège de France)», en *Congrès International des Américanistes. XIIe session tenue a Paris en 1900*, xl.

²⁶¹ Agradezco a Fe Navarrete Linares por llamar mi atención hacia este punto.

organizada y masivamente información, datos y colecciones. Las centralizaron en museos. Hicieron también fotografías y grabaciones entre los pueblos indígenas de su presente. Emprendieron un registro amplísimo, el cual, probablemente, solo es posible dimensionar en las actas del ICA y en las bodegas de los museos etnográficos, nacionales, universitarios y de ciencia cuando son concebidos como una red. El actuar coordinado de los americanistas puede ser interpretado contemporáneamente como un ejercicio de captura y traducción cultural masiva que abordará en los siguientes apartados.

5.2 Las expediciones etnográficas reportadas al ICA y la antropología de salvamento

¿Qué expediciones etnográficas y estudios lingüísticos tuvieron lugar durante la expansión del ICA?

América ha desempeñado «un papel preponderante en la formulación de [las] ideas antropológicas modernas, y [...] se convirtió en [el] verdadero laboratorio que inspiró y a la vez sirvió como campo de prueba de muchos de los temas básicos de la ciencia del hombre tal como se ha desarrollado», señaló Hugo C. Nutini en 2001.²⁶² Y aunque el continente americano no concentre la mayor extensión territorial ni la mayor proporción de población del planeta, los estudios sobre sus poblaciones han tenido aportaciones analíticas y metodológicas considerables para la antropología. La producción antropológica sobre América es comparativamente mayor a la de cualquier otro continente, precisamente por la importancia analítica que esta disciplina le ha conferido al estudio de las poblaciones indígenas. En este proceso, el Congreso Internacional de Americanistas ha sido uno de los ejes centrales de su profesionalización.

Así, no es de sorprender que el periodo de expansión del ICA

262 Nutini, «Aportaciones del americanismo», 13.

que aborda este libro coincidió y alimentó uno de los momentos más intensos de exploración etnográfica en América que, por la cantidad y calidad de sus trabajos, solo puede ser equiparado con la producción de obras que siguió al periodo de exploración, expansión y conquista europea de América. Sin embargo, ya en la transición del siglo XIX al XX, la justificación para estos estudios no se centraba en el «salvar almas» de las órdenes religiosas, aunque todavía las hubo,²⁶³ sino que la producción masiva de estudios que en este segundo periodo se caracterizó por el impulso de salvaguardar lo que algunos americanistas creyeron que eran los últimos indicios del «pensamiento primitivo».

Nuevamente, el caso americano era visto desde la óptica de la reconstrucción de la historia de la humanidad, en donde el devenir independiente de América con respecto al ensamble continental de Afro-Eurasia fue visto por muchos entusiastas de la etnología como el caso excepcional que les permitiría comprender el desarrollo psicológico del ser humano y de su pensamiento. Algunos americanistas creyeron que en las comunidades indígenas alejadas de los centros urbanos y vías de transporte podrían encontrar «todavía» culturas prístinas, más cercanas en pensamiento a los primeros seres humanos que ellos.²⁶⁴

Por eso, su registro fue visto como una acción urgente, considerada como la última oportunidad que tenía la ciencia para reconstruir la filiación en la humanidad frente al cambio y al avan-

²⁶³ A finales del siglo XIX y principios del XX en Canadá, misioneros que participaron luego en el ICA se encontraban activos haciendo estudios lingüísticos. Quizá, en sus casos, la conversión religiosa continuaba siendo el impulso principal para sus estudios, a diferencia de los exploradores que trabajaban para los museos científicos (ver 5.4).

²⁶⁴ En su obra ya clásica, *Time & The Other*, Johannes Fabian problematizó en la historia de la antropología esta negación de la contemporaneidad entre antropólogos y los sujetos a quienes estudiaban. Fabian señaló cuestiones que también son aplicables a la historia del americanismo, como la relación entre la espacialidad y el tiempo, en la cual ciertos espacios, como aquellos elegidos por los americanistas para sus expediciones etnográficas, eran vistos como espacios en donde sus habitantes vivían en otro tiempo histórico. Ver: Johannes Fabian, *Time & The Other: How Anthropology Makes its Object*. New York: Columbia University Press, 2014 [1983].

ce «arrasador» de la Modernidad.²⁶⁵ El énfasis se puso en ir al encuentro con estas poblaciones indígenas, estudiar sus lenguas, registrar minuciosamente sus costumbres y también recolectar sus objetos, los cuales, a partir de la intervención de los exploradores, empezaron a ser considerados como «artefactos etnográficos» y ya no objetos de uso o sagrados. Se trató entonces de un impulso por estudiar lo específico, antes de pasar a lo general.

Dos personas que fueron pilares de la institucionalización del ICA, Lucien Adam y Léon de Rosny, plantearon una pauta que tuvo consecuencias importantes a largo plazo para el Congreso y para el trabajo de esa generación de americanistas. Su reacción crítica ante los trabajos difusionistas que presentaban directamente teorías al Congreso sin un manejo sistemático de fuentes puso el foco en dar un paso atrás. Ellos propusieron a la colectividad la conveniencia de detener la formulación de teorías para enfocarse en los estudios de caso y así generar una base segura sobre la cual sostener la cientificidad de los estudios americanistas.

Significativa de esta forma de entender la tarea científica de su generación fue también la observación de Henri Cordier años más tarde. En su elogio fúnebre de Jean-Ferdinand Denis, Cordier decía del americanista veterano que:

Ferdinand Denis pertenecía a una generación que muchos hoy en día fingen desconocer e incluso despreciar; vivimos en una época de crítica y análisis, más que de creación y síntesis; las especialidades matan con demasiada frecuencia la cultura general. Estos periodos de ideas diferentes importan al avance de la ciencia. Nuestros ante-

²⁶⁵ Esta es una abstracción que se puede obtener de las opiniones vertidas sobre los motivos explícitos con los que muchos americanistas justificaron su proceder. En el estudio de la cultura material y de los idiomas indígenas, algunos americanistas buscaron hacer el registro de «culturas primitivas», «prístinas», «pueblos naturales» o incluso «fósiles vivientes». Evidentemente, también existen casos que presentan matices o visiones un tanto diferentes a esta vertiente común. Por ejemplo, Francisco Belmar abordó este trabajo desde la historicidad de estas comunidades y veía en el trabajo de los científicos la reconstrucción de la cadena de los hechos históricos que han sido rotos o separados por el tiempo o por la intervención humana.

cesores utilizaron los materiales acumulados por sus predecesores: época de divulgación; por nuestra parte, nosotros reunimos los elementos del trabajo para el futuro: época de concentración. Cada hora tiene su valor.²⁶⁶

En momentos de relevo generacional, como lo era el fallecimiento de uno de sus miembros, se volvían explícitas reflexiones sobre los legados y las expectativas generacionales dentro de la comunidad científica. Entre americanistas parece haber habido un acuerdo implícito sobre la pertinencia de pausar la generación de teorías y enfocarse en la recolección de datos para generar los materiales con los que las generaciones futuras pudieran trabajar, teniendo seguridad en sus bases. Ese parece ser el diagnóstico de la tarea de su generación: la concentración y el salvamento de datos que se expresaron también materialmente en la acumulación de colecciones y registros.

Aquel énfasis en ver lo local y específico antes de buscar lo general y lo teórico generó un corpus sólido y abundante al interior de los museos al cabo de unas décadas. En este proceso, uno de los espacios que mejor expresaron esta idea y del cual hablaré con mayor detenimiento más adelante (ver 6.2) es el *Königliches Museum für Völkerkunde* (KMVK). Este fue el mayor museo etnográfico durante este periodo en todo el mundo²⁶⁷ y fue sede también del VII. ICA. Su director, Adolf Bastian, fue uno de los principales exponentes de la antropología de salvamento y, si bien la antropología de salvamento imaginada por Bastian tenía un alcance global, impulsó determinadamente a exploradores alemanes a viajar a América con el propósito de recopilar información y formar colecciones sobre este continente. Formó a algunos de los mejores americanistas de esa generación.

²⁶⁶ Henri Cordier, «Ferdinand Denis», en *Congrès International des Américanistes. Compte-rendu de la huitième session tenue à Paris en 1890*, 73.

²⁶⁷ Andre Gingrich, «The German-Speaking Countries» en: Fredrik Barth, Robert Parkin, Andre Gingrich y Sydel Silverman, *One Discipline, Four Ways: British, German, French, and American Anthropology*, Chicago; Londres: University of Chicago Press, 2005, 86.

H. Glenn Penny ha analizado este proceso en una conexión entre impulsos de posesión y conocimiento que hizo que los etnólogos priorizaran localizar y adquirir artefactos etnográficos por sobre cualquier otra actividad, como podrían ser su clasificación u ordenamiento. Dijo:

El discurso de la antropología de salvamento fue quizá la fuerza más poderosa que dio forma a la etnología del siglo XIX y al desarrollo de los museos etnográficos alemanes y no alemanes. Combinaba sentimientos de urgencia, pérdida y posibilidad con competencia científica para crear un sentido de propósito que exigía extraordinarios sacrificios para poseer artefactos culturales. Los etnólogos escribieron repetidamente en sus revistas académicas, correspondencia privada e informes oficiales sobre la necesidad de actuar de inmediato y salvar lo que aún se podía salvar.²⁶⁸

Bajo este impulso urgente creado por la antropología de rescate, el valor de los estudios y de las colecciones aumentaba conforme eran menos comunes y más difíciles de obtener. Así, los americanistas de esta generación, motivados por salvaguardar los materiales para los científicos del futuro, emprendieron una recolección masiva de información y de objetos de los pueblos indígenas de su tiempo, con una preferencia hacia los pueblos más alejados de los centros urbanos. Expediciones científicas formaron colecciones masivas a partir de iniciativas individuales o estatales ligadas a museos de etnología, historia natural, nacionales o universitarios.²⁶⁹

Las actas del ICA develan cómo en distintos puntos a lo largo y ancho del continente, los americanistas se encontraban activos y hasta cierto punto coordinados, adquiriendo objetos para formar colecciones, registrando fiestas, anotando vocabularios,

²⁶⁸ [Original en inglés] H. Glenn Penny, *Objects of Culture. Ethnology and Ethnographic Museums in Imperial Germany*. Chapel Hill; Londres: The University of North Carolina Press, 2002, 52.

²⁶⁹ Es importante considerar la influencia de las y los mecenas que financiaban estos viajes y estudios.

realizando grabaciones, midiendo a las personas y tomando fotografías. Fue una fase de acumulación sin precedentes. Luego, su forma de proceder era expuesta en el ICA y los productos de esas investigaciones eran llevados a los museos. Las expediciones, los museos y los congresos de americanistas se hallaban estrechamente relacionados. Su forma de proceder, además, devela la forma adoptada por la tríada geografía-etnología-lingüística que configuró la antropología americanista; una configuración que se contrapuso radicalmente a la idea del espacio vacío.

Así, las expediciones etnográficas de esta época conjuntaron dos impulsos sobre la tarea que tenían en su presente con una mirada hacia el futuro, es decir, la aspiración por crear una base segura con la cual sostener la cientificidad de los estudios americanistas y el diagnóstico de su propia época como el de un periodo de concentración o de salvamento. Las expediciones activaron un registro de pueblos, idiomas y costumbres que abarcó geográficamente desde el estrecho de Bering hasta la Tierra del Fuego. Al llegar a todos estos distintos lugares, los americanistas buscaron intérpretes, sabios y hablantes entre los a:shiwí (zuñi), inuit (esquimales), wixárika (huicholes), naayeri (coras), sel'knam (onas), kurâ (bakairí), entre muchos otros pueblos.²⁷⁰

Los desiertos del *Southwest* y regiones como el Ártico, la Patagonia o la Amazonía, que frecuentemente habían sido descritos como «vacíos» de historia, y que, caracterizados por la literatura y los reportes de Estado como lugares «sin civilización» o cultura, fueron los lugares que concentraron el interés etnológico de americanistas. Este interés por estudiar a los pueblos indígenas de su presente desde una mirada etnográfica y lingüística movilizó a científicos hacia aquellas regiones, al encuentro y a la documentación de sus habitantes, de rituales e idiomas.

Locales y extranjeros, de forma individual o en grupo, muchos americanistas participaron en expediciones y gran parte de la información que colectaron se encuentra consignada en las actas

²⁷⁰ Consigno la autodenominación de estos pueblos y en paréntesis el exónimo como aparece en la mayor parte de las fuentes de la época.

del ICA. Quienes estudien la historia de la antropología cultural, la lingüística y la antropología física seguramente encontrarán en estas expediciones y estudios algunos de los casos emblemáticos en la historia del desarrollo de estas disciplinas, convirtiendo las actas en una fuente importante y al ICA en un eje central para entender la profesionalización de la etnología, la lingüística y la antropología física.

Tan solo durante el periodo entre el Congreso de Berlín y el de Washington D.C., encontramos decenas de expediciones etnográficas y estudios lingüísticos hechos a partir de estos enfoques. Los resultados de estos estudios fueron discutidos entre los miembros del Congreso provocando que, a pesar de ser realizados en regiones tan disímiles como la Patagonia, Groenlandia, la Amazonía o Oaxaca, sus metodologías, resultados y cuestionamientos fueran compartidos y se influyeran mutuamente a partir del intercambio periódico que fomentaba el Congreso. Para formar el panorama de estas exploraciones vinculadas al ICA, a continuación, enlisto las expediciones de este periodo consignadas en las actas del ICA y que tuvieron enfoques etnográficos, lingüísticos o en antropología física:

- **Estudios de Hinrich J. Rink** en Groenlandia.²⁷¹
- **Expedición Hemenway al *Southwest* dirigida por Frank H. Cushing.**²⁷²

²⁷¹ [Estudios lingüísticos y etnográficos de Hinrich J. Rink en Groenlandia] – Reportado en Copenhague en el V. ICA, en Turín en el VI. ICA y en Berlín en el VII. ICA. (enfoque geográfico y lingüístico) Grupo estudiado: esquimales.

Reporte de sus estudios: Hinrich Rink, «Sur les dialectes de la langue esquimaude, éclaircis par un tableau synoptique de mots arrangés d'après le système du dictionnaire groenlandais», en *Compte-Rendu du Congrès International des Américanistes. 5e session – Copenhague 1883*. Copenhague: Thiele, 1884, 328-337.

²⁷² Hemenway Southwestern Archaeological Expedition - [Expedición arqueológica Hemenway al Suroeste] - Reportada en Berlín en el XVII. ICA. - Dirección a cargo de Frank Hamilton Cushing (enfoque arqueo-etnográfico). Poblaciones estudiadas: (Southwest) Zuñi, Pueblo, Hohokam. Miembros del equipo que asistieron al ICA: Adolf Bandelier (historia), Sylvester Baxter, Frederick Webb Hodge, Herman ten Kate (antropología física), Eduard S. Morse. Financiamiento privado otorgado por Mary Tileston Hemenway (Boston). Es de notar que, a pesar de que en el nombre sólo se

- **Expedición Xingú dirigida por Karl von den Steinen** a la Amazonía.²⁷³
- **Expedición Huichol dirigida por Carl Lumholtz** a la Sierra Madre Occidental.²⁷⁴
- **Expedición belga a la Antártida** reportada por Jean Denucé – Tierra del Fuego.²⁷⁵

menciona el aspecto arqueológico, la adaptación de Cushing a los a:shiwí [zuñi] fue uno de los aspectos más valorados por los científicos de su época.

Reporte de la expedición: Frank H. Cushing, «Preliminary Notes on the Origin, Working Hypothesis and Primary Researches of the Hemenway Southwestern Archaeological Expedition» en *Congrès International des Américanistes. Compte-rendu de la septième session. Berlin 1888*, 151-194.

Para más información sobre esta expedición, se sugiere la consulta de: Curtis M. Hinsley y David R. Wilcox, «The Hemenway Southwestern Archaeological Expedition, 1886-1889: a Model of Inquiry for the History of *Archaeology*», en *Archives, ancestors, practices. Archaeology in the light of its history*, ed. por Nathan Schlanger y Jarl Nordbladh. New York; Oxford, Berghahn Books, 2008, 37-46.

²⁷³ Schingú-Expedition [Expedición Xingú] (2 expediciones) - Reportadas en Berlín en el VII. ICA, en Estocolmo en el X. ICA y en Stuttgart en el XIV. ICA.- Dirección a cargo de Karl von den Steinen (enfoque lingüístico). Poblaciones estudiadas: (Amazonía) Bakairí. Miembros del equipo que asistieron al ICA: Karl von den Steinen, Paul Ehrenreich, Theodor Koch-Grünberg y Herrmann Meyer.

Reporte de la expedición: Karl von den Steinen, «Linguistique des peuples qui habitent le centre de l'Amérique du Sud», en *Congrès International des Américanistes. Compte-rendu de la septième session. Berlin 1888*, 786-787.

Para más información sobre esta expedición, se sugiere la consulta de: Paul Hempel, «Paul Ehrenreich, the photographer in the shadows during the second Xingu expedition 1887-88», en *Exploring the archive*, ed. por Fischer y Kraus, 209-243; Kraus, *Bildungsbürger im Urwald*.

²⁷⁴ Lumholtz Expedition to Mexico [Expedición Lumholtz a México, también conocida como Expedición Huichol] (serie de expediciones) – Mencionadas en París en el VIII. ICA, Estocolmo en el X. ICA y en New York en el XIII. ICA. - Dirección a cargo de Carl Lumholtz. Poblaciones estudiadas: (Sierra Madre Occidental) Huicholes, tarahumaras. Miembros que participan en el ICA: Carl Lumholtz, Carl Vilhelm Hartman y Aleš Hrdlička. Financiamiento privado otorgado por el patronato del *American Museum of Natural History*, *American Geographical Society* y un amigo anónimo.

Para más información sobre esta expedición, se sugiere la consulta de: Regina Lira Larios: «Carl Lumholtz y la objetualización de la cultura indígena en la Sierra Madre Occidental», *Estudios de historia moderna y contemporánea de México*, vol. 50 (2015), 8-27; Regina Lira Larios: «Los cilindros de cera grabados por Carl Lumholtz en 1898», *Indiana*, vol. 34, núm. 2 (2017), 211-232.

²⁷⁵ L'expédition antarctique de la Belgique [Expedición belga a la Antártica] - Repor-

- **Expedición Jesup al Pacífico Norte, dirigida por Franz Boas.**²⁷⁶
- **Estudios lingüísticos de Francisco Belmar en Oaxaca y en otras regiones de México.**²⁷⁷

tada Viena en el XVI. ICA. - Reporte hecho por Jean Denucé. Lengua estudiada: yahgane.

Reporte de la expedición: Jean Denucé, «Note sur un vocabulaire complet de la langue Yahgane», en *Verhandlungen des XVI. Internationalen Amerikanisten-Kongresses Wien 9. bis 14. September 1908*, t. 2, 651-654.

²⁷⁶ North Pacific Jesup Expedition [Expedición Jesup al Pacífico Norte]. - Reportada en New York en el XIII. ICA, en Stuttgart en el XIV. ICA, en Quebec en el XV. ICA y en Viena en el XVI. ICA. - Dirección a cargo de Franz Boas. Poblaciones estudiadas: (Pacífico Norte - americano y asiático) Thompson Indians, chilcotin, tsimshian, bella cola, Rivers Inlet, British Columbia, nutka, Queen Charlotte Islands, West Coast of Washington, Lillooet, B.C., Vancouver Islands, Amur River, Fraser River, Thompson River, koryak, eskimo, chukchee, shuswap, lamut, yukagheer y yakut. Miembros del equipo de trabajo que asistieron al ICA: Franz Boas, Livingston Farrand, Charles Frederick Newcombe, Harlan I. Smith, Roland B. Dixon, Berthold Laufer, Waldemar Bogoras, Waldemar Jochelson y John R. Swanton [En este equipo participó también el lingüista tlingit George Hunt, aunque no encontré su asistencia al ICA]. Financiamiento privado: Morris K. Jesup (New York), en beneficio del American Museum of Natural History.

Reporte de la expedición: Franz Boas, «The Jesup North Pacific Expedition», en *International Congress of Americanists. Thirteenth Session held in New York in 1902*, 91-100; Franz Boas, «Die Resultate der Jesup-Expedition» en *Verhandlungen des XVI. Internationalen Amerikanisten-Kongresses Wien 9. bis 14. September 1908*, t. 1, 4-18; Ambrosetti, *Congreso de Americanistas Nueva York (1903)*.

Para más información sobre esta expedición, se sugiere la consulta de: Stanley A. Freed, Ruth S. Freed y Laila Williamson, «Capitalist Philanthropy and Russian Revolutionaries: The Jesup North Pacific Expedition (1897-1902)», *American Anthropologist*, vol. 90, núm. 1 (Marzo, 1988), 7-24.

²⁷⁷ [Estudios lingüísticos de Francisco Belmar en Oaxaca y en otras regiones de México] - Reportados en New York en el XIII. ICA, en Quebec en el XV. ICA, en Viena en el XVI. ICA y en el XVII. ICA en Buenos Aires y en México. (enfoque lingüístico). Lenguas o grupos estudiados: (principalmente en Oaxaca) zapoteco, mixteco, trique, chocho, chontal, chinanteco, zoque, papabuco, amuzgo, huave, chatino, cuicateco, popoloca, ayook, mixe, mazateco, tarasco, otomí y náhuatl. Posiblemente financiado por él mismo.

Reporte de sus estudios: Francisco Belmar, «Indian Tribes of the State of Oaxaca and Their Languages», en *International Congress of Americanists. Thirteenth Session held in New York in 1902*, 193-202; Francisco Belmar, «El Tarasco y sus relaciones con las lenguas de la familia Mixteco-Zapoteca-Otomí», en *Verhandlungen des XVI. Internationalen Amerikanisten-Kongresses Wien 9. bis 14. September 1908*, t. 2, 611-625.

- **Estudios lingüísticos de Samuel Alejandro Lafone Quevedo** en Argentina, Bolivia y Paraguay.²⁷⁸
- **Expedición sueca al Chaco, dirigida por Erland Nordenskiöld.**²⁷⁹
- **Expediciones neerlandesas a Surinam** en las que participó Jonkheer van Panhuys.²⁸⁰
- **Estudios de Robert Lehmann-Nitsche** sobre las poblaciones de Tierra del Fuego, el Chaco argentino y la Patagonia.²⁸¹

Para mayor información se sugiere la consulta de: Francisco Barriga Puente (ed.), *El filólogo de Tlaxiaco. Un homenaje académico a Francisco Belmar*. México, D.F.: INAH, 2010.

²⁷⁸ [Estudios lingüísticos de Samuel A. Lafone Quevedo en Argentina, Bolivia y Paraguay] – Reportados en París en el XII. ICA, en Viena en el XVI. ica, en Buenos Aires en el XVII. ica y en Londres en el XVIII. ICA. (enfoque lingüístico).

Reporte de sus estudios: Samuel A. Lafone Quevedo, «La lengua tacana de la región del Río Madre de Dios, Bolivia» en *Congrès International des Américanistes. XIIIe session tenue a Paris en 1900*, 331-337; Samuel A. Lafone Quevedo, «Pronominal Classification of Certain South American Linguistic Stocks», en *International Congress of Americanists. Proceedings of the XVIII. Session, London, 1912*, 111-114.

²⁷⁹ Swedish Cordiller-Chaco Expedition [Expedición sueca al Chaco]. – Reportada en Stuttgart en el XIV. ICA. Dirección a cargo de Erland Nordenskiöld. Poblaciones estudiadas: (Chaco boliviano y argentino) chorotes, chiriguanos, tobas y tapietes. Miembros del ICA: barón Eric von Rosen.

Sobre esta expedición Eric von Rosen, «The Chorotes Indians in the Bolivian Chaco», en *Internationaler Amerikanisten-Kongress. Vierzehnte Tagung Stuttgart 1904*, 649-658.

²⁸⁰ Niederländische Expedition nach Surinam [Expedición neerlandesa a Surinam] (5 expediciones). - Reportadas en New York en el XIII. ICA, en Stuttgart en el XIV. ICA y en Quebec en el XV. ICA. - Reporte hecho por Jonkheer van Panhuys. De su reporte resalta el que tengan la referencia más antigua al estudio etnográfico de las poblaciones afrodescendientes en América en el ica, en este caso, en Surinam. Esto me parece un campo de estudio por abordar.

Reporte de las expediciones: Jonkheer L. C. Van Panhuys, «Über die letzte niederländische Expedition nach Surinam», en *Internationaler Amerikanisten-Kongress vierzehnte Tagung: Stuttgart 1904*, 427-435.

²⁸¹ [Estudios de Robert Lehmann-Nitsche sobre las poblaciones de Tierra del Fuego, el Chaco argentino y la Patagonia]. - Mencionadas en París en el XII. ICA, en Stuttgart en el XIV. ICA y en Buenos Aires en el XVII. ICA. - Dirección a cargo de Robert Lehmann-Nitsche (enfoque en antropología física y lingüística). Miembros del equipo de trabajo que asistieron al ICA: Robert Lehmann-Nitsche y Karl Bruch. Poblaciones estudiadas: tobas, araucanos, tehuelches. Financiamiento otorgado por el Museo de La Plata. Es de notar, no obstante, que gran parte del trabajo antropológico de Lehmann-Nitsche se desarrolló en las ciudades, en el

- **Expedición Nayarit** de Konrad Theodor Preuss a la Sierra Madre Occidental.²⁸²
- **Expediciones emprendidas por la Escuela Internacional de Arqueología y Antropología Americanas en México**, cuya dirección estuvo a cargo de Eduard Seler, Franz Boas, Georges Enguerrand y Alfred M. Tozzer.²⁸³

contexto de comisarías, hospitales psiquiátricos, colonias indígenas, exposiciones y ferias comerciales.

Ver también : Universidad Nacional de La Plata. *Memoria del Museo de La Plata correspondiente al año de 1906*. Buenos Aires: Coni, 1907, 13-15.

Para más información, se sugiere la consulta de: Diego Ballester, «Un exhaustivo documentador de la historia del hombre: Vida y obra de Robert Lehmann-Nitsche», en *Encyclopédie Bérosee des histoires de l'anthropologie* (2018) disponible en <https://www.berose.fr/article1307.html?lang=fr> (consultado el 05/01/2026); Ballester, “Los espacios de la antropología en la obra de Robert Lehmann-Nitsche”, 150-189. Sobre Lehmann-Nitsche en el Museo de La Plata: Máximo Farro, *La formación del Museo de la Plata. Coleccionistas, comerciantes, estudiosos y naturalistas viajeros a fines del siglo XIX*. Rosario: Prohistoria, 2009, 157-169.

²⁸² Die Nayarit Expedition [Expedición Nayarit de Konrad Theodor Preuss a la Sierra Madre Occidental] – Reportada en Viena en el XVI. ICA y en Londres en el XVIII. ICA. (enfoque etnográfico y lingüístico) Poblaciones estudiadas: coras. Financiamiento: El Duque de Loubat.

Reporte de la expedición: Konrad Th. Preuss, «Das Fest des Erwachens (Weinfest) bei den Cora-Indianern» en *Verhandlungen des XVI. Internationalen Amerikanisten-Kongresses Wien 9. bis 14. September 1908*, t. 2, 489-512; Konrad Th. Preuss, «Die magische Denkweise der Cora-Indianer (Jalisco, Mexico)», en *International Congress of Americanists. Proceedings of the XVIII. Session, London, 1912*, 129-134.

Para más información, se sugiere la consulta de: Margarita Valdovinos, «De la acción ritual a los cilindros de cera. Una nueva perspectiva de los cantos rituales recopilados por Konrad Theodor Preuss entre los coras del Occidente de México», *Baessler-Archiv Beiträge zur Völkerkunde* 55 (2007), 155-164; Jesús Jáuregui y Johannes Neurath, “El pasado prehispánico y el presente indígena: Seler, Preuss y las culturas del Gran Nayar”, en *Hanffstengel y Tercero Vasconcelos* (eds.) Eduard y Caecilie Seler, 177-198.

²⁸³ Expediciones de la Escuela Internacional de Arqueología y Antropología Americanas. - Reportadas en Londres en el XVIII. ICA y en Washington D.C. en el XIX. ICA - Dirección a cargo de Eduard Seler, Franz Boas, Georges Engerrand y Alfred M. Tozzer (enfoque arqueológico y lingüístico). Grupos y lenguas estudiados: tepecano, teules, náhuatl de Pochutla, náhuatl de Milpa Alta, náhuatl de Jalisco. Miembros: Eduard Seler, Franz Boas, Georges Engerrand, Alfred M. Tozzer, John Alden Mason, Isabel Ramírez Castañeda, W. H. Mechling, Porfirio Aguirre, Manuel Gamio, Werner

- **Comisión Rondon** en el centro de Brasil, reportada por Edgar Roquette-Pinto.²⁸⁴

Estos grupos de trabajo se enfocaron en el estudio de culturas predominantemente orales con investigadores se plantearon como prioridad el registro de las lenguas indígenas y la recolección de los relatos donde contaban su historia. Con su listado y mapeo busco dimensionar las actividades de exploración llevadas a cabo en el continente por los miembros del ICA en tanto comunidad científica coordinada. Las actas se transforman también así en una fuente clave para darle seguimiento a los trabajos de campo realizados por estos exploradores a lo largo del tiempo (ver fig. 39).

von Hörschelmann, Caecilie Seler-Sachs, Roland B. Dixon, George Byron Gordon y Cecilio A. Robelo. Financiamiento: gobiernos de México y Prusia, las Universidades de Harvard, Pennsylvania, Columbia y la Hispanic Society of America.

Reportes: Franz Boas, «Report on the work of the International School of American Ethnology and Archaeology in the City of Mexico during the season 1911-1912», en *International Congress of Americanists. Proceedings of the XVIII. Session, London, 1912*, xxxvi-xxxviii.

También se puede consultar: IAI, Nachlass Seler Mexico, 43. Eduard Seler, «Tenochtitlán. Funde und Monumete. Escuela Internacional de Arqueología y Etnología Americana»; AHMNM, «Carta del 18 de mayo de 1910 del Secretario General al Secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes», vol. 271, exp. 2, f. 28-39.

Para más información, se sugiere la consulta de: Mechthild Rutsch, «El patrimonio arqueológico mexicano y la International School of American Archaeology and Ethnology», *Ludus vitalis*, vol. VIII, num. 14 (2000), 131-164; Metschild Rutsch, «Isabel Ramírez Castañeda (1881-1943): Una antihistoria de los inicios de la antropología mexicana», *Cuicuilco*, vol. 10 núm. 28, (mayo-agosto 2003), 1-17.

²⁸⁴ Comissão Rondon - [Comisión Rondón] Reportado en Londres en el XVIII. ICA. (enfoque etnográfico) Reporte hecho por Edgar Roquette-Pinto. Grupos estudiados: (Brasil central) nhambiquára.

Reporte de la Comisión: Edgar Roquette-Pinto, «Die Nhambiquara Indianer in Zentral Brasilien (Ethnographic results of the Rondon Commission)», *International Congress of Americanists. Proceedings of the XVIII. Session, London, 1912*, 382-387.



Figura 39. Mapa que marca la ubicación de las expediciones etnográficas y de estudios lingüísticos realizados por los americanistas, basándose en la información publicada en las actas.

Si bien las condiciones individuales de cada una de estas expediciones variaron, es de señalar que algunas se dieron en contextos de administración colonial, como son los casos de Surinam y Groenlandia; otras estaban ligadas a mecenazgos neoyorquinos, como las realizadas en Canadá, México y Brasil. La mayoría fueron emprendidas por europeos, mientras que otras fueron hechas por sabios locales en México y Argentina. Sin embargo, al analizar este mapa y con el análisis de los americanistas que emprendieron estas expediciones, emergen dos grandes museos impulsando actividades ligadas a la etnología: el *Königliches Museum für Völkerkunde* y el *American Museum of Natural History*.

Otra característica que comparten todos estos trabajos es que buscaron ser socializados y discutidos en el ICA, eso legitimaba científicamente sus resultados. Esta idea reitera la aspiración ya mencionada de que los congresos internacionales potencian la práctica científica llevada a gran escala y es la que legitima sus resultados. La *Großwissenschaft* aplicada a la antropología se

muestra con expediciones que marcaron la fase de acumulación sistemática de datos que fueron discutidos en congresos. Este panorama muestra que los congresos científicos internacionales como el de americanistas no fueron solamente espacios de sociabilización de casos de estudio, sino que fueron un eje de la profesionalización de la antropología y la plataforma para el reconocimiento explícito de cuáles eran las expediciones y los museos que marcaban pautas en disciplinas específicas y que, no pocas veces, buscaron ser emulados por otros por ser referentes en estas áreas.²⁸⁵

Así, bajo una mirada continental, estudiar al ICA permite hacer un mapeo de la diversidad cultural del continente en medio de complejos panoramas a nivel local, nacional e internacional. Aunque colectivamente los miembros del congreso se plantearon como prioridad el registro de lenguas indígenas y la transcripción de los relatos orales, la formación de estos contenidos se llevó a cabo a través de distintos procesos de captura y traducción cultural que deben ser analizados localmente. Vocabularios, fotografías y cilindros de cera con las grabaciones de los cantos y los relatos son algunos de los productos culturales que surgieron de esta interacción entre americanistas y miembros de los pueblos indígenas en su estudio y registro del tiempo presente.

Por otra parte, el hecho de que algunos de estos investigadores pudieran viajar a esas regiones era una señal de los procesos de desterritorialización que vivían las comunidades indígenas ante el avance de grupos de colonos, la especulación con el territorio y la creación de reservas. Los americanistas en este sentido fueron agentes y testigos de todos estos procesos. Y es precisamente ante el pronóstico de una próxima desaparición o transformación de los grupos indígenas frente a la Modernidad, que manifestaban el temor de que los materiales no estuvieran disponibles por mucho más tiempo. Los investigadores de la transición de siglos fueron especialmente conocidos por su meta de lograr una «época de concentración» o una «antropología de salvamento»

²⁸⁵ Tal fue el caso de la Expedición Huichol.

que planteó como prioridad el registro, identificado como uno de los grandes retos de su generación.

5.3 La North Pacific Jesup Expedition, el ICA de 1902 en Nueva York y los dispositivos de autoridad científica

¿Por qué los congresos internacionales de americanistas fueron un dispositivo de autoridad científica para validar los resultados de la Expedición Jesup?

En este contexto, de las catorce expediciones antropológicas enlistadas anteriormente, aquella que guarda una relación más estrecha con la historia de los congresos internacionales de americanistas fue la Expedición Jesup al Pacífico Norte (1897-1902). Dirigida por Franz Boas para el American Museum of Natural History, la Jesup Expedition es considerada como la mayor expedición en la historia de la antropología estadounidense.²⁸⁶ Fue uno de los grandes proyectos científicos de su época que buscó originalmente resolver la cuestión de las primeras migraciones al continente, tema que, como hemos visto, era central en las discusiones americanistas. Sin embargo, su contribución real a largo plazo terminó siendo de registro etnográfico y el estudio de las lenguas e interrelaciones de numerosas poblaciones de la costa noroeste de América y la costa noreste de Asia. Además, colocó a Boas como uno de los principales americanistas de su tiempo. La expedición misma se convirtió en un canon para la antropología.

Gracias a un capital privado, Franz Boas dirigió un grupo de doce investigadores con diferentes especializaciones en etnografía, lingüística, antropología física, arqueología, e incluso zoología y botánica, quienes rastrearon coordinadamente las conexiones entre las poblaciones del Pacífico Norte, tanto del lado americano como del asiático. Abarcaron una región extensísima

²⁸⁶ Freed, et. al., «Capitalist Philanthropy», 7.

y formaron la mayor colección existente sobre esta región en el mundo para las salas del museo en Nueva York.²⁸⁷ La Expedición Jesup, enmarcada en el Departamento de Antropología del museo, se convirtió en el proyecto antropológico más ambicioso de su tiempo y el Congreso de Americanistas fue uno de los dispositivos de propagación de su legitimación científica, tal como analizaré en este apartado.

Origen y desarrollo de la Expedición

En este contexto convergieron tres agencias. Primero, la de Franz Boas, un alemán con un doctorado en física e interés en la geografía, quien, después de realizar una estancia en la Isla de Baffin para estudiar los patrones de asentamiento y la migración estacional entre los inuit (esquimales) y su relación con el medio ambiente,²⁸⁸ se interesó por las poblaciones de la costa noroeste del continente. Segundo, la de Morris K. Jesup, capitalista estadounidense con actividades filantrópicas que buscó consolidar a Nueva York, y específicamente al AMNH, como un espacio de ciencia, tomando la decisión de financiar expediciones científicas para conseguirlo.

Por último, los cambios en las aspiraciones de la comunidad de americanistas y su apertura al estudio del presente. Incluso, considero probable que la existencia de esta expedición haya influido en el cambio mismo de los estatutos. Es de señalar que un estudio a gran escala de las poblaciones indígenas de su tiempo presente no habría tenido la recepción que tuvo de no ser por

²⁸⁷ Sobre Boas y la exhibición de esta colección en el AMNH véase: Ira Jecknis, «Franz Boas and Exhibits: On the Limitations of the Museum Method of Anthropology,» en *Objects and Others*, ed. por Stocking Jr., 75-111.

²⁸⁸ Sobre esta etapa formativa en Boas recomiendo ampliamente la lectura de dos obras: Douglas Cole, «'The Value of a Person lies in his *Herzensbildung*': Franz Boas' Baffin Island Letter-Dairy, 1883-1884», en *Observers Observed. Essays on Ethnographic Fieldwork*, ed. por George W. Stocking Jr. Madison, Wisconsin, The University of Wisconsin Press, 1893 (*History of Anthropology* vol. 1), 13-52; Ludger Müller-Wille, *The Franz Boas Enigma: Inuit, Arctic, and Sciences*. Montreal: Baraka Books, 2014.

los cambios promovidos en la sede inmediatamente anterior a la presentación de resultados de la Expedición al Congreso. Así, veremos cómo tres líneas se entrecruzaron en una expedición de grandes dimensiones que consolidó la autoridad científica de Boas, la del AMNH e incluso la de Nueva York para el americanismo. Su punto álgido fue el Congreso Internacional de Americanistas de 1902, cuando Nueva York fue elegida sede para mostrar sus resultados al Congreso.

Pero antes de pasar a ese momento, me gustaría detenerme en los orígenes y desarrollo de la Expedición. Stanley A. Freed, quien escribió la historia del Museo Americano de Historia Natural en conexión con la antropología, señaló cómo en la década de 1880, a pocos años de haber sido inaugurado, el AMNH había pasado por una crisis tan severa que en su momento se habló de cerrarlo. En ese contexto, Morris Ketchum Jesup, un acaudalado empresario ferroviario y banquero, aceptó la dirección del Museo e impulsó inmediatamente sus dos departamentos preferidos: el de paleontología vertebrada y el de antropología.²⁸⁹

Así, con el objetivo de rescatar al museo de la crisis, el tercer presidente del AMNH propuso convertirlo en una institución más accesible al público, fomentando expediciones con las que obtener colecciones cuya exhibición pudiera ser un éxito entre los neoyorquinos. Su intención era posicionar a esta ciudad como un espacio de ciencia en abierta competencia con otras ciudades mucho más consolidadas como Filadelfia o Boston. Desde su perspectiva, las expediciones permitirían mantener a flote al Museo como un espacio valioso para la ciudad, elevarlo y convencer al patronato de continuar apoyando a la institución.

Este museo es además un caso peculiar, pues como señala Regina Lira Larios, «no dependía primordialmente del apoyo gubernamental sino de una élite empresarial neoyorquina que era propietaria de las colecciones, financiaba las exposiciones, además de los gastos operativos.» Bajo la dirección de Jesup, el Museo vivió una época de oro con exploraciones al desierto de

²⁸⁹ Freed, *Anthropology Unmasked*, 55-59.

Gobi, a la selva del Congo, a la Sierra Madre Occidental de México y al área maya.²⁹⁰ Jesup tenía un gran capital y estaba interesado en fomentar expediciones. En este contexto, los intereses de Jesup convergieron con los de Franz Boas (ver fig. 40).



Figura 40. Franz Boas posando para una figura en la exposición del USNM titulada «Hamats'a coming out of secret room», *ca.* 1895. Fuente: National Anthropological Archives, Smithsonian Institution [Item: OPPTS NEG MNH 8301].

²⁹⁰ Lira Larios, «Carl Lumholtz», 11.

Boas, después de obtener su doctorado en Kiel, tuvo una primera experiencia americanista entre los inuit entre 1883 y 1884. Después viajó a Berlín, donde publicó sus resultados y en donde Adolf Bastian, el director del *Königliches Museum für Völkerkunde*, le dio un puesto temporal catalogando el material etnográfico proveniente de Alaska y de la Columbia Británica. La impresión que causaron en Boas las colecciones de los indígenas del Pacífico Norte en Berlín fue tal, que redireccionó por completo sus estudios hacia esa región. Allí comenzó su interés por las poblaciones de la Costa Noroeste.²⁹¹ De aquel periodo también proviene la primera conexión entre Boas y el ICA, pues asistió al VII. Congreso Internacional de Americanistas en Berlín como parte de la delegación estadounidense, aunque no presentó ningún trabajo y su presencia allí apenas y fue registrada.²⁹²

Boas emigró definitivamente a los Estados Unidos para estar con su pareja y escapar del antisemitismo que vivía en su propio país. Con el respaldo de Frederic W. Putnam presentó a Morris Jesup la idea de un proyecto de investigación proyectado para seis años y que se centraría en el Estrecho de Bering. Algunos autores incluso señalan que este proyecto fue adaptado precisamente a los gustos y a la personalidad del director del Museo, a quien le atraían los grandes proyectos que dieran solución a cuestiones científicas mayores.²⁹³

Por otra parte, habría que notar que el proyecto apuntaba también a resolver una de las interrogantes clave planteadas por la comunidad de americanistas desde sus inicios, a saber, la del origen de las poblaciones del continente. Así, Boas y Putnam apelaron a las preferencias del director del museo y a una de las preguntas científicas centrales de los estudios americanistas a nivel internacional al presentarle un proyecto que originalmente buscaría la respuesta sobre el origen de los primeros habitantes

²⁹¹ Freed, *Anthropology Unmasked*, 67-68.

²⁹² «Liste des membres», en *Congrès International des Américanistes. Compte-Rendu de la septième session. Berlin 1888*, 14.

²⁹³ Freed, et. al., «Capitalist Philanthropy», 9.

de América, pero esta vez, siendo abordado desde la antropología, cuyo departamento en el Museo dirigía Putnam y al cual recientemente se había incorporado Boas.²⁹⁴

Jesup vio con tal entusiasmo este proyecto que, cuando no logró convencer a los otros miembros del patronato, decidió entonces financiar él solo la expedición completa. El entusiasmo de Jesup llegó a ser tal que, cuando la expedición fue anunciada, el periódico *The New York Times* reportó que, a pesar de que su duración se proyectaba a seis años, Jesup estaba dispuesto a llegar hasta el final y no poner un tiempo límite, pues pensaba apoyar la Expedición independientemente de su costo o duración.

La prensa de la ciudad anunciaba «Al estudio de las tribus nativas. Seis años dedicados a la búsqueda de datos que muestre la relación entre las razas asiática y americana». En entrevista con el periodista, Boas señaló que, en el contexto de la construcción del Ferrocarril Transiberiano, «[l]os antropólogos apreciarán la generosidad del Sr. Jesup, quien hace posible investigar enérgicamente este importante problema antes de que las influencias destructivas de la civilización hayan destruido por completo a las culturas primitivas».²⁹⁵

La Expedición inició en la primavera de 1897, mientras los ecos de la antropología de salvamento y la era de la concentración sonaban por todas partes, como puede extraerse de la entrevista. Y es en este punto, en donde podemos observar la otra cara de la era de concentración o de la antropología de salvamento, en la cual no solo se hablaba del rescate de información y objetos, sino también, su centralización en museos. Los museos buscaron activamente colecciones no solo con la idea de que podrían ser materiales científicos que podrían no estar disponibles en un futuro cercano, sino que eran materiales para exhibir a las poblaciones de metrópolis en crecimiento.

²⁹⁴ Freed, *Anthropology Unmasked*, 164-165.

²⁹⁵ [Original en inglés] “Mr. Jesup’s Expedition”, *The New York Times*, (13 de marzo de 1897), 2.

De esta forma, con un presupuesto de 100,000 dólares inició el mayor proyecto etnográfico de su época, en un contexto en donde se vinculaban problemas científicos con intereses locales e institucionales y en donde la combinación de actores resulta notable: una élite capitalista neoyorquina dispuesta a invertir en proyectos que posicionaran científicamente a la ciudad, investigadores con interés y conocimiento de los grupos indígenas del Pacífico Norte y la aspiración a resolver uno de los principales cuestionamientos científicos del americanismo para un museo de historia natural ubicado frente a *Central Park*. El 2 de junio de 1897, Franz Boas, Harlan I. Smith y Livingston Farrand iniciaron formalmente el trabajo de campo en la Columbia Británica.²⁹⁶

En los siguientes años, doce investigadores dispersos por distintos puntos de la costa del Pacífico formaron el grupo de trabajo de la Expedición Jesup. Además del director de la expedición, Franz Boas, trabajaron oficialmente en él: Livingston Farrand, Charles F. Newcombe, Harlan I. Smith, Roland B. Dixon, George Hunt, Berthold Laufer, Waldemar Bogoras, Waldemar Joche-son, John R. Swanton, Phillip Jacobsen y James Teit. Boas ocupó el puesto de curador en jefe de antropología en el AMNH después de Putnam. El equipo fue seleccionado por sus especializaciones disciplinarias,²⁹⁷ por su conocimiento de puntos específicos de la región, por su destreza de comunicación en las lenguas indígenas del área, o por contar con contactos relevantes, como familiares, miembros de grupos indígenas que facilitarían su ingreso y colaborarían para formar las colecciones.

Los miembros de la Expedición se distribuyeron en distintos puntos clave de un área que abarcaba los Estados Unidos, Canadá, el Imperio ruso, China y Japón. Entre los investigadores había alemanes, estadounidenses, canadienses, ingleses, escoceses, rusos y entre los cuales Hunt tenía un perfil particularmente especial, pues era un canadiense de ascendencia tlingit e inglesa, que había crecido entre los kwakiutl, por lo que hablaba la len-

²⁹⁶ Freed, *Anthropology Unmasked*, 226.

²⁹⁷ En lingüística, etnología, psicología, biología, medicina, arqueología y geología.

gua perfectamente. De forma no oficial, también colaboraron activamente parejas y familiares de los miembros de la Expedición, tales como Sophia Bogoras, Dina Jochelson-Brodsky y la familia política de Teit.

La recolección de información, objetos y restos humanos por parte de la Expedición fue masiva, acorde con proyectado en la era de la concentración. Con variaciones dependiendo de sus especializaciones, los miembros de la Expedición tenían la tarea de transcribir los cuentos y mitos de las regiones en donde se encontraban. Generaron una enorme cantidad de datos lingüísticos y gran parte de su tiempo lo invirtieron en recopilar mitos y cuentos en la lengua original, en corregir y traducir estos textos. Además, realizaron mediciones antropométricas y excavaron restos humanos de tumbas de indígenas. Boas mostró un especial interés en los cráneos. Esta intrusión y robo fueron además el aspecto que mayor tensión y enojo generó en las comunidades indígenas. También los investigadores tenían encargada la tarea de formar colecciones con los objetos utilizados en la vida cotidiana y religiosa. Viajaron con cámaras fotográficas y gramófonos. Las instrucciones de Boas fueron las siguientes:

[...] ya que la investigación está siendo emprendida por el Departamento Etnológico del Museo Americano de Historia Natural en esta ciudad, también es necesario poner particular atención a la colección de material etnológico y antropológico. Deseo contar con colecciones particularmente buenas de cráneos... y de todos los objetos usados en la vida cotidiana y en la vida religiosa de la gente... Hago especial hincapié en la colección de buenos datos lingüísticos, de colecciones de mitos y otras tradiciones en la lengua original, de canciones, etc. Además, yo quiero mediciones de la gente, lo que quiere decir que quiero abarcar todo el campo de investigación etnológico, antropológico y lingüístico tan completo como sea posible.²⁹⁸

²⁹⁸ [Original en inglés] Citado en: Freed, *Anthropology Unmasked*, 323.

A su término, Boas reportó la división geográfica y cronológica de los trabajos emprendidos por la Expedición, señalando los años, los investigadores y las regiones en donde cada uno hizo sus estudios y que aparece consignado en la siguiente tabla.²⁹⁹

1897	1898	1899	1900	1901	1902
Franz Boas Thompson Indians Chilcotin Tsimshian Bella Coola Rivers Inlet British Columbia	Roland B. Dixon West Coast of Washington Lillooet, B. C.	George Hunt Vanconver Island	Franz Boas Thompson River Vancouver Island	Waldemar Bogoras Koryak Eskimo Chukchee	Waldemar Jochelson Yukagheer Yakut
Livingston Farrand Thompson Indians Chilcotin Bella Bella	Livingston Farrand West Coast of Washington	Berthold Laufer Amur River	Harlan I. Smith Coast of the State of Washington	Waldemar Bogoras Koryak Eskimo Chukchee	George Hunt Vancouver Island
Fillip Jacobsen Nutka	Gerard Fowke Southern Vancouver Island	James Teit Lillooet, B. C.	Livingston Farrand West Coast of Washington	Waldemar Jochelson Koryak Lamut Yukagheer	Waldemar Jochelson Koryak Lamut Yukagheer
C. F. Newcombe Queen Charlotte Islands	George Hunt Vanconver Island		George Hunt Vancouver Island	C. F. Newcombe Queen Charlotte Islands	
Harlan I. Smith Thompson River Delta of Fraser River	Berthold Laufer Amur River	Harlan I. Smith Fraser River	Waldemar Jochelson Koryak Lamut	John R. Swanton Queen Charlotte Islands	
James Teit Thompson Indians	James Teit Thompson River		Berthold Laufer Amur River	James Teit Thompson River Shuswap	
			James Teit Shuswap		

Figura 41. Cronología del trabajo de campo de la Expedición Jesup de acuerdo con el reporte de Franz Boas al ICA de 1902.

²⁹⁹ Basada en la información proporcionada por: Franz Boas, «The Jesup North Pacific Expedition,» en *International Congress of Americanists. Thirteenth Session held in New York in 1902*, 93.

Cada uno de los investigadores hizo trabajo de campo y estudió la región y las poblaciones asignadas. Cada uno dirigió varios miles de elementos al museo en Nueva York, entre: reportes, data lingüística, objetos de la vida cotidiana y religiosa, restos humanos, artefactos arqueológicos, transcripciones de canciones, mitos, leyendas, fotografías, cilindros, especímenes zoológicos y botánicos e incluso reportes meteorológicos. Además, los investigadores tenían encomendado hacer contribuciones a las *Memoirs of the American Museum of Natural History* en una sección dedicada especialmente a la Jesup Expedition, que era el análisis científico de todos esos datos. Esto nos habla de una enorme capacidad para concentrar y centralizar elementos culturales y biológicos provenientes de extensas regiones del mundo. Estas colecciones e información fueron transportadas a un centro de poder económico, con vistas a consolidar su capital científico.

Por su parte, en sus cinco años de trabajo de campo, la Expedición, por sus dimensiones, internacionalidad y complejidad de contextos, se enfrentó a distintas dificultades: desde la falta de acuerdo y consenso entre los propios directivos del Museo, hasta el arresto de George Hunt por participar en un potlatch, las dificultades burocráticas para negociar con el Imperio ruso el envío de investigadores que eran judíos, o el arresto de Bogoras por sus antecedentes y afinidades revolucionarias. Pese a todos estos contratiempos, Jesup insistía en construir la reputación científica del Museo.



Figura 42. «No. 22861 Potlatch, interior (¿Kwakiutl?)». Fotografía: ¿George Hunt? Fuente: Biblioteca del American Museum of Natural History.

El Congreso como legitimador científico de la Expedición

Tres años después de haber dado inicio a la Expedición, el duque de Loubat presentó ante el XII. Congreso Internacional de Americanistas en París la iniciativa de Morris Jesup de celebrar el siguiente encuentro en la ciudad de Nueva York. La Asamblea general votó y aceptó la invitación del presidente del AMNH. Los mecenas de los americanistas, Jesup y Loubat, fueron entonces nombrados organizadores del siguiente encuentro.³⁰⁰ Nueva York se convirtió así en la segunda ciudad en el continente ame-

³⁰⁰ «Réunion du Conseil du Congrès», en *Congrès International des Américanistes. XIIIe session tenue a Paris en 1900*, xxxi.

ricano en ser sede de un Congreso de Americanistas. Como se puede extraer, su elección respondió directamente al impulso de mostrar los resultados científicos en los últimos años y, de forma particular, los de la Expedición Jesup, pero también los trabajos arqueológicos de Marshall Saville en México y de Adolf Bandelier en Bolivia y Perú.

El mismo año que concluyeron los trabajos de campo de la Expedición, los americanistas de diversas partes del mundo acudieron a Nueva York para celebrar su encuentro. Doscientos diecinueve americanistas de diecinueve países se reunieron en el AMNH. Los gobiernos de Argentina, Canadá, Costa Rica, Francia, Alemania, Gran Bretaña, Guatemala, Honduras, Italia, México, los Países Bajos, Paraguay, Suecia y Uruguay enviaron representaciones (ver fig. 43). Jesup, no es de sorprender, fue elegido presidente del ICA. Para él, la presencia de los americanistas allí legitimaba a su país como un país de ciencia. También la aceptación de su invitación por parte de la Asamblea general legitimaba los trabajos de exploración del Museo. Dijo a los miembros del Congreso lo siguiente:

Caballeros:

Yo considero esta reunión como de la mayor importancia para la investigación y la ciencia, y nosotros estamos honrados por su presencia.

Su Asociación, tan largamente honrada en el extranjero y en todas partes donde se le conoce, ha sido persuadida a reconocer lo que hemos hecho en este país. [...]

Mientras que nuestros amigos en Europa desde hace mucho tiempo han tenido viva la importancia de la exploración científica, en los últimos años nosotros en este lado, no nos hemos quedado parados en el gran campo del descubrimiento, y ustedes están aquí hoy para ver y aprender lo que hemos hecho. [...] Conservado en las salas de este museo existe material recolectado de todas partes del continente americano, relacionado con la vida prehistórica del hombre. Es para que ustedes recojan resultados para su estudio y examinación y, con sus consejos, den al mundo el verdadero significado del descubrimiento y la investigación. [...]



Figura 43. «Grupo de delegados al Congreso. Fotografía tomada en los escalones del American Museum of Natural History en Nueva York», tomada de la reseña de Rev. Charles Warren Currier, «The International Congress of Americanists (Illustrated),» *Catholic World* (enero, 1903).

Felicito a este museo que, por su posición e influencia, ha sido dignificado por ustedes al aceptar su invitación a reunirse en este momento entre sus paredes. Ustedes han venido de todas partes de Europa y América para testificar, finalmente, que tenemos algo valioso con lo que atraer su atención, y confío en que no quedarán decepcionados.³⁰¹

Powell, por su parte, en calidad de representante del *Bureau of American Ethnology*, destacó los avances realizados en los ámbitos de la arqueología y la antropología, y reconoció a los mecenas que, como Jesup, habían financiado las investigaciones en los Es-

³⁰¹ Resulta interesante el énfasis de Jesup en señalar cuán jóvenes eran los Estados Unidos de América en el campo de la ciencia y que más adelante, en este mismo discurso, mencionó vínculos entre la ciencia y Dios. Jesup, «Address of welcome», xx.

tados Unidos para conseguirlos. Me parece interesante destacar este aspecto del discurso de Powell porque muestra cómo este era el modelo de promoción de los estudios americanistas en los Estados Unidos. Allí, millonarios filántropos y no necesariamente el gobierno, eran quienes pagaban por los grandes proyectos de los americanistas. Sobre el AMNH y Jesup, Powell decía lo siguiente:

A él [Jesup], todo el museo le debe mucho y especialmente el Departamento de Antropología. Él nos ha ayudado siempre que había oportunidad de hacer un trabajo pequeño y no había dinero a la mano para pagar la exploración. Al principio, él decía: «No hay dinero, no podemos hacerlo.» Yo le respondía: «Tiene que ser hecho, Sr. Jesup». Decía él: «Entonces supongo que tú tendrás que hacerlo y yo pagaré por ello». Así es como se ha logrado mucho.

Además de eso, el Sr. Jesup se interesó por este departamento, por la gran pregunta de la distribución del hombre por el continente. ¿De dónde vino el hombre? ¿Cómo llegó al continente americano? ¿Vino de Asia o se extendió desde América a Asia? La rueda, como saben, ha girado y girado.

[...] Bueno, hace varios años, el Dr. Boas y yo le planteamos el asunto al Sr. Jesup. Llevábamos tiempo tratando de averiguar si había algún indicio de contacto entre Asia y América en épocas pasadas. El Sr. Jesup se interesó mucho por esa cuestión y finalmente accedió a darnos una cierta suma cada año para emprender la investigación. Esa investigación ha dado lugar a resultados muy interesantes. Todos ustedes conocen los resultados. Ese trabajo ha continuado hasta acumular una cantidad de material que es realmente maravillosa y que, cuando se haya trabajado, contará una historia muy importante. [...] Solo una pequeña parte de ella se encuentra en exposición.³⁰²

Posteriormente, llegó el turno del director de la Expedición de hablar y presentar a la comunidad internacional de americanistas el trabajo colectivo. Su texto fue conciso. En él asentó

³⁰² [Original en inglés] *International Congress of Americanists. Thirteenth Session held in New York in 1902*, xliii-xliv.

que el trabajo de campo de la Expedición había concluido ese mismo año. Las colecciones, que eran parte de sus resultados y se hallaban ya acumuladas en las salas y bodegas del AMNH (ver fig. 51). Dijo que faltaba todo el procesamiento de los datos recabados y la publicación de los resultados. Sin embargo, Boas presentó ante la comunidad algunos resultados preliminares de la Expedición:

Uno de los grandes problemas de la ciencia etnológica es la relación de la raza americana con las razas de otros continentes. Desde el descubrimiento de América, ha proliferado la discusión sobre la relación entre los indígenas de uno y otro de los pueblos del Viejo Mundo. [...]

El problema del poblamiento más antiguo de América es importante y puede abordarse desde dos puntos de vista distintos. Nosotros podemos investigar con métodos paleontológicos la primera aparición del hombre en nuestro continente y determinar su relación anatómica con otras razas, o podemos basar nuestras investigaciones en la distribución actual de las tribus aborígenes y tratar de reconstruir su historia considerando sus rasgos anatómicos, sus lenguas y culturas.

El método de comparación detallada de las tribus contiguas revelará los efectos de la mezcla, del préstamo lingüístico y del intercambio de formas culturales. Siguiendo pacientemente y en detalle las líneas de intercambio de cultura, es posible trazar el desarrollo histórico de las tribus que habitan una región determinada.³⁰³

Boas señaló que, en América, el estudio abarcó desde el río Columbia hasta el norte de Alaska. En Asia desde el sur de Siberia hasta Japón y China. Las cuestiones de estudio concretas reportadas por Boas eran: 1. El periodo de ocupación y los cambios en las características físicas y culturales de sus habitantes. 2. La distribución geográfica. 3. Las lenguas y culturas de las tribus

³⁰³ [Original en inglés] Franz Boas, «The Jesup North Pacific Expedition», en *International Congress of Americanists. Thirteenth Session held in New York in 1902*, 91.

costeras con énfasis en el estudio de la difusión de la cultura.³⁰⁴ Es imposible no señalar que palabras como «interacción», «préstamo lingüístico», «intercambio de formas culturales» y «mezcla cultural» dan cuenta de una forma que apuntaba más al estudio de la diversidad cultural presente en el Pacífico Norte que a las migraciones tempranas como se había promovido la Expedición.

En todo caso, los párrafos introductorios que he citado plantean una forma radicalmente distinta de abordar la pregunta por el poblamiento de América (cfr. con lo visto en el apartado 3.2 con Hrdlička y Ameghino). Más aún, incluso parecería apuntar a que su objetivo en realidad era reconstruir una historia de cómo se habían desenvuelto esas poblaciones, de sus préstamos lingüísticos, intercambios culturales y mezclas culturales. Por estas razones sostengo que, con el pretexto de responder al primer cuestionamiento que buscaba resolver la comunidad de americanistas, la expedición liderada por Boas terminó en realidad respondiendo al segundo cuestionamiento. No el del origen de las poblaciones americanas, sino el estudio de su diversidad (ver apartado 1.2).

Boas apuntaba que era difícil resumir los resultados de la expedición, pero que el siguiente reto era el seguimiento de un plan de publicación colectiva de doce volúmenes con los resultados obtenidos. Allí se podría encontrar la información detallada de cada una de las poblaciones, su diversidad lingüística, costumbres y creencias. No obstante, como una conclusión general importante, anotaba que morfológicamente hablando, las lenguas del noroeste de Siberia eran más parecidas a las lenguas de América que a las lenguas uralo-altaicas, para después pasar a abordar aspectos más puntuales de cada uno de los grupos estudiados y de las semejanzas culturales halladas en ambos lados del Pacífico.³⁰⁵

De los investigadores, Waldemar Bogoras, quien realizó trabajo de campo entre 1900 y 1901 entre los koriakos, inuits (esquimales)

³⁰⁴ Boas, «The Jesup North Pacific Expedition», 92.

³⁰⁵ Boas, «The Jesup North Pacific Expedition», 95-100.

y lygorawetlat (chucoto), presentó al ICA un extracto de cerca de 500 leyendas e historias recolectadas para comparar el folklore del noreste siberiano y el del noroeste americano. Harlan I. Smith, cuyo trabajo de campo fue de tipo arqueológico entre 1897 y 1899 en el río Thompson, río Fraser y costa del estado de Washington, presentó al Congreso sus estudios sobre los montículos de conchas en el río Fraser. John R. Swanton, quien viajó al archipiélago de la Reina Carlota en 1901, presentó un trabajo titulado «Social Organization of the Haida», en donde trató el tema del parentesco Cuervos-Águilas.³⁰⁶ Swanton destacó más adelante por su análisis del sistema de intercambios del *Potlatch*.³⁰⁷

Así, al finalizar el ICA, el propósito de Jesup se había cumplido. En Europa y en Sudamérica se conocían y se hablaba de las investigaciones que desarrollaban los investigadores del AMNH en Nueva York. Los americanistas no tardaron en reportar los resultados a sus respectivas instituciones y difundir noticias de estos estudios en sus museos. Tuvo especial eco en Argentina, donde el arqueólogo y director del Museo Etnográfico en Buenos Aires Juan B. Ambrosetti publicó en español distintos reportes sobre la expedición financiada por Jesup, las colecciones del Museo de Nueva York y los resultados del estudio que abordaba «el problema de las emigraciones de uno u otro continente y las relaciones y afinidades entre las razas Siberianas y las del grupo americano septentrional».³⁰⁸ Andrea S. Pegoraro observó además, que hubo donaciones recíprocas entre los museos bonaerense y neoyorquino en el contexto del ICA.³⁰⁹

Karl von den Steinen, reportó en alemán en la *Zeitschrift für Ethnologie* con una perspectiva más analítica los resulta-

³⁰⁶ John R. Swaton, «Social Organization of the Haida», en *International Congress of Americanists. Thirteenth Session held in New York in 1902*, 327-334.

³⁰⁷ Y su trabajo influyó más tarde a Marcel Mauss. Marcel Mauss, *Ensayo sobre el don. Forma y función del intercambio en las sociedades arcaicas*. Buenos Aires, Madrid, Katz, 2009.

³⁰⁸ Ambrosetti, *Congreso de Americanistas Nueva York* (1903), 6. Años más tarde publicó más avances de la expedición en: Ambrosetti, *Congreso Internacional de Americanistas. Viena (1908)*, 6-7.

³⁰⁹ Pegoraro, “Las colecciones del Museo Etnográfico”, 249.

dos del Congreso y las colecciones de la Expedición, de la cual incluso apuntó que el nombre de “expedición” era insuficiente, ya que en realidad se trataba de «la más grandiosa *empresa* etnológica del presente». ³¹⁰ En el contexto alemán, la recepción de esta expedición resulta interesante, pues hasta ese momento era el país de vanguardia en etnología americanista.

Glenn H. Penny ha señalado que la expedición estadounidense también impactó el mercado de las colecciones etnológicas. Señaló que cuando Georg Thilenius, director del Museum für Völkerkunde en Hamburgo, hizo su propuesta presupuestaria en 1905, destacó el enorme aumento de los precios de las colecciones y la extraordinaria competencia que esto generaba. Thilenius mencionó la enorme inversión monetaria que hizo Jesup para garantizar el éxito de su expedición y señaló la desventaja que significaba para los museos europeos la falta de fondos suficientes en esta competencia frente a los museos estadounidenses. ³¹¹ Así, la antropología de rescate también se tornó en una competencia sometida a lógicas de mercado para asegurar colecciones.

En los seis años y tres congresos siguientes, los miembros de la Expedición continuaron aportando sus avances y reflexiones sobre su trabajo al ICA. En Stuttgart, Boas presentó un trabajo sobre la influencia de la estructura social de los kwakwaka'wakw (kwakiutl) en su cultura y un segundo trabajo sobre nuevas investigaciones entre los indígenas de la Isla de Vancouver. Manifestó que efectivamente se habían encontrado evidencias de migraciones e intercambio entre los grupos del noroeste, nunca de modo estable, sino más bien en continuo movimiento. Tras seis años de intenso estudio planteó que había habido cruces entre los pueblos de la costa oriental de Siberia y los de la costa noroccidental

³¹⁰ [Original en alemán, el subrayado es mío] Karl von den Steinen, “Über den XIII. Internationalen Amerikanisten-Kongress in New York und die ethnographischen Museen im Osten der Vereinigten Staaten”, *Zeitschrift für Ethnologie. Organ der Berliner Gesellschaft für Anthropologie, Ethnologie und Urgeschichte*, Berlin: A. Asher & Co., 1903, 86.

³¹¹ Penny, *Objects of Culture*, 91.

de América, a partir de cuentos y de la difusión de cultivos y de animales domésticos.³¹²

Un punto interesante del XIV. ICA en Stuttgart para la Expedición fue que esta fue la oportunidad para que se conocieran por primera vez en persona Franz Boas y Lev Y. Stenberg quien había colaborado con la Expedición en el lado ruso.³¹³

Por otra parte, hacia 1905 la relación entre Boas y Jesup se había deteriorado. Boas se había demorado en la publicación de los resultados, lo cual tenía a Jesup impaciente y Boas tenía conflictos con la administración por temas que abarcaban desde la priorización de actividades hasta el orden de la exhibición. Sin embargo, parece ser que el factor decisivo de término fue la pésima relación de Boas con el nuevo director del museo, Hermon Bumpus. En mayo de 1905, Franz Boas terminó definitivamente su relación laboral con el AMNH, tras nueve años en el departamento de antropología del Museo y tras dirigir su mayor expedición antropológica.³¹⁴

Pese a la salida de Boas del Museo, los otros miembros de la expedición también continuaron, como habían hecho hasta ese momento, llevando avances de sus investigaciones al ICA. Charles F. Newcombe, que había trabajado en el lado americano, mandó al ICA de Quebec un estudio sobre los haida del archipiélago de la Reina Carlota y Alaska. Habló de los registros elaborados por los españoles en el siglo XVIII, sobre postes, clanes e intercambios.³¹⁵ Berthold Laufer, enviado entre 1898 y 1900 al río Amour trató en los ICA de Quebec la introducción del maíz y el cacahuete al oriente asiático.³¹⁶

³¹² Franz Boas, «Der Einfluss der sozialen Gliederung der Kwakiutl auf deren Kultur», en *Internationaler Amerikanisten-Kongress vierzehnte Tagung: Stuttgart 1904*, 141-148.

³¹³ Freed, *Anthropology Unmasked*, 279.

³¹⁴ Freed, *Anthropology Unmasked*, 446-447.

³¹⁵ C. F. Newcombe, «The Haida Indians», en *Congrès International des Américanistes XVe session, tenue à Québec en 1906*, 135-149.

³¹⁶ Berthold Laufer, «The Introduction of Maize into Eastern Asia», en *Congrès International des Américanistes XVe session, tenue à Québec en 1906*, 223-257.

Finalmente, en el Congreso Internacional de Americanistas en Viena concluyó la presentación de avances y reflexiones sobre ese proyecto que había comenzado once años atrás y cuyo trabajo de campo había terminado seis años antes. Los resultados parciales habían sido difundidos en los tres congresos anteriores y con la publicación de siete de los doce volúmenes planeados. Con la ponencia «Die Resultate der Jesup Expedition», el director del proyecto lamentó la pérdida que significaba la reciente muerte de Morris K. Jesup, quien durante veinticinco años estuvo al frente de la administración del museo neoyorquino y financió con 100,000 dólares la Expedición. Boas dio a conocer por primera vez a la comunidad científica internacional el reporte final de la Expedición al Pacífico Norte.³¹⁷

Explicó entonces que el objetivo era entender las relaciones entre las culturas, sus idiomas y las «razas» y responder hasta qué punto se podían seguir las influencias del Viejo Mundo en Norteamérica y las de las culturas americanas en el Viejo Mundo. La tarea que él estaba planteando correspondía a entender el desarrollo de la historia de la humanidad. Es de notar, cómo la formulación había cambiado en el reporte de resultados con respecto a cómo eran planteados los objetivos al inicio de la Expedición. En esta ponencia, Boas continuó describiendo los métodos, casos de estudio y la base teórica de la expedición, distanciándose de la escuela antropológica inglesa. En contraste con esta escuela que explicaba las similitudes culturales en regiones distantes a partir de niveles de desarrollo, Boas proponía entender la cultura como el producto de un desarrollo histórico y en donde nuevas ideas y formas de vida surgían a partir del contacto con pueblos vecinos, con préstamos culturales y adaptaciones.³¹⁸

Se refirió en su reporte a las conclusiones llegadas a partir del estudio de plantas cultivadas y animales domesticados, similitu-

³¹⁷ Franz Boas, «Die Resultate der Jesup-Expedition», en Heger (ed.), *Verhandlungen des XVI. Internationalen Amerikanisten-Kongresses*, 3-18.

³¹⁸ Boas, «Die Resultate der Jesup-Expedition», 4-5.

des en los cuentos como los del cuervo y a partir de la comparación de las familias lingüísticas y características fisionómicas. Se oponía a una estratificación de los pueblos en una serie evolutiva y, proponía entenderlos en complejas interrelaciones étnicas.

Su conclusión fue que existían similitudes físicas, lingüísticas y culturales entre las poblaciones indígenas de ambos extremos continentales que hacían probable una migración de Siberia a Norteamérica. Boas llegaba a la conclusión de que los pueblos del noroeste habían establecido antiguas relaciones con los pueblos siberianos, y que en un tiempo anterior al periodo glacial se había producido una emigración de Siberia a América, repitiéndose este fenómeno más tarde en un sentido inverso. Sus fuentes eran abundantes objetos de cultura material, restos humanos y leyendas, cuentos y cantos. Para Freed, esta ponencia es la mejor declaración que existe de la antropología boasiana.³¹⁹

Boas y el ICA

Podemos concluir que gracias a la Expedición Jesup, Franz Boas se convirtió en uno de los principales americanistas de su generación al coordinar a su grupo de trabajo. Sin embargo, ese fue solo un momento de desarrollo importante en su carrera y por eso, el ICA puede ser usado como una herramienta analítica que permite seguir puntualmente las trayectorias académicas de sus miembros. Si, como propuso George W. Stocking, observamos a los observadores con los mismos lentes, quizá pueda verse en el ICA una herramienta para ver ritos de paso y jerarquías entre las comunidades dedicadas a la ciencia.

Entonces, ¿cómo se leería una trayectoria como la de Boas a partir del Congreso? Pensemos en los procesos intermedios que hicieron que un chico a bordo del *Germania* rumbo a la Isla de Baffin se convirtiera en la figura más relevante de la antropología en los Estados Unidos. Su ingreso a la comunidad científica de americanistas lo marcó el Congreso de Berlín, solo después

³¹⁹ Freed, *Anthropology Unmasked*, 173-174.

de haber concluido su primera experiencia americanista en la Isla de Baffin. Catorce años después, Boas formaba parte de la estructura de investigación estadounidense cuando presentó los resultados de un grupo de investigación multidisciplinario. Ese Congreso en Nueva York muestra una madurez como investigador al hacer frente a la coordinación de todo un grupo de trabajo.

Luego, para los Congresos de México y Londres, Boas ya era considerado como un investigador consolidado y eso es visible en la documentación de la organización de esos encuentros. Ocupando una cátedra en la University of Columbia, Boas dirigió docenas de tesis de las que serían figuras muy reconocidas dentro del campo de la antropología. A partir del encuentro en México se estableció la Escuela Internacional de Arqueología y Etnología Americanas, de la que fungió como director. Y durante el encuentro en Londres, recibió un doctorado *honoris causa* por la Universidad de Oxford.

En el ICA de 1928, que es un momento que excede los límites temporales de este trabajo, Franz Boas fue elegido presidente del XXIII Congreso Internacional de Americanistas en Nueva York. Así, se cierra el ciclo. En ese momento ascendió y confirmó su lugar en la punta de la jerarquía del Congreso y en la historia de los estudios americanistas. Con esos cuarenta años de vinculación al Congreso, la consolidación del americanista estaría completa. Allí, encontramos la función de congresos en la acumulación de prestigio en términos personales, pero también institucionales, e incluso nacionales.



Imagen 21. Prof. Leo Sternberg, San Petersburgo, antiguo miembro del Consejo de Estado, Rusia. Prof. Franz Boas, Columbia Univ., N.Y. Bogoras, Rusia. Probablemente tomada durante el Congreso Internacional de Americanistas celebrado en La Haya y Gotemburgo en el verano de 1924, cuando a Bogoras y Sternberg finalmente se les permitió viajar a Europa occidental. Fuente: Franz Boas Papers, American Philosophical Society; disponible en: <https://diglib.amphilsoc.org/islandora/object/graphics:5404>

Existe una extensa bibliografía que habla de los americanistas como Boas como si estuvieran predestinados a jugar el rol que tuvieron, cayendo en la narrativa del «antropólogo como héroe».³²⁰ Es la teleología hecha biografía. En el presente trabajo, al hacer patente la agencia en momentos históricos determi-

³²⁰ Dos textos clásicos para reflexionar sobre esta cuestión: Susan Sontag, *El antropólogo como héroe*, Barcelona: Seix Barral, 1984 [1963]; James Clifford, «On Ethnographic Authority», *Representations* 2 (Spring 1983), 118-146.

gados, los financiamientos que intervinieron, las coyunturas y las aspiraciones permiten analizar bajo otro cariz lo que se dice y no se dice en los congresos. Así, se puede explicar mejor cómo fue que un joven con formación en física que migró y tuvo procesos de adaptación y también de ruptura, se convirtió en una autoridad científica para el americanismo. Y cómo su práctica también transformó su disciplina.

Así, podemos concluir también que los resultados de la *Jesup Expedition* fueron múltiples. Para la historia de la antropología, no terminó resolviendo las discusiones sobre el origen de las poblaciones americanas, pero sí muchas preguntas sobre su diversidad cultural. Generó un gran corpus documental sobre las poblaciones que rodean el estrecho de Bering y una colección exhibida y almacenada en el AMNH mostró al público neoyorquino la espectacularidad de los tótems y las barcas de las poblaciones del Pacífico Norte.

También, como dijo von den Steinen, no se trató de una expedición simplemente, sino más bien de una empresa científica como no había habido antes, que además estaba en estrecha relación con el capital y que terminó desarrollando una perspectiva culturalista con consecuencias que su mecenas no alcanzó a conocer. Allí, el Congreso Internacional de Americanistas fue clave para su legitimación científica, haciendo de Nueva York y del AMNH reconocidos espacios de ciencia americanista y que le permitió a su director seguir acumulando capital científico una vez que fue concluida. Por eso, los congresos son también dispositivos de autoridad científica.

Futuros proyectados

6.1 Futuro y sentido de trascendencia en las comunidades de ciencia

¿Qué acciones proyectadas hacia el futuro fueron tomadas por los americanistas en su presente?

Desde su origen en el siglo XIX en Francia, los congresos científicos internacionales fueron asociados con una fuerte proyección hacia el futuro. Eran considerados uno de los epítomes de su época.³²¹ El pasado no tenía registro de algo semejante y a sus contemporáneos les parecía una de las muestras irrefutables de la marcha hacia el progreso; de la posibilidad concreta de un diálogo científico entre las naciones que iría abarcando progresivamente a la humanidad completa. En otras palabras, esta nueva práctica parecía una de las muestras tangibles del avance de la civilización que, a su vez, contribuía a generar una imagen de un mundo moderno, conectado y racional, y mostraba, como se decía en el caso de los americanistas, que la ciencia podía servirle a la humanidad para comprender su pasado y dirigir su presente hacia el futuro.

A pesar de estos ideales repetidos en la prensa y en las sesiones de bienvenida, la celebración de los congresos y el trabajo de los americanistas en su día a día se dieron en contextos de centralización y acaparamiento menos utópicos de lo que reflejan

³²¹ De manera muy semejante a las exposiciones universales, los congresos encarnaron los ideales de la modernidad: confianza en la ciencia y en verdades universales, junto con la proyección de la ciencia como guía del destino de la humanidad. Cfr. Tenorio-Trillo, *Mexico at World's Fairs*, 2.

las anteriores descripciones. Las ciencias y sus congresos fueron instrumentos de la geopolítica y el impacto del capitalismo, el nacionalismo, el imperialismo y el cosmopolitismo se aprecia en las bases sobre las cuales se celebraron. Como hemos visto, éstas fueron circunstancias que influyeron en las discusiones, así como en las cooperaciones y competencias, que iban más allá de sus congresos. Sin embargo, pese a las tensiones, parece haber sido casi unánime entre quienes participaban en los congresos internacionales el expresar una confianza plena en el avance progresivo de la ciencia y en que estos eran uno de sus principales motores.

Así, los congresos científicos nacieron y se consolidaron a partir de una fuerte proyección hacia el futuro, incluso entre las comunidades convocadas para el estudio del pasado. En este contexto, otra proyección y potencial de los congresos se generó a partir de su capacidad para formar comunidades científicas que conformaran legados. Los americanistas no fueron ajenos a este *Zeitgeist* y describieron su labor como un legado a la ciencia y al porvenir. Algunos miembros del ICA incluso plantearon en publicaciones individuales o en las colectivas claras ideas sobre el futuro y aquellas acciones en su presente que consideraron necesarias para asegurar o redireccionar la trayectoria hacia ciertos horizontes deseables. Sus textos abarcaron un gran abanico de cuestiones, desde la labor científica individual hasta la colectiva.

De tal forma que, así como los primeros promotores del ICA, Lucien Adam y Léon de Rosny, abogaron por proceder cuidadosamente para sentar buenas bases en los estudios de los americanistas (ver 1.1), los miembros de la generación siguiente, cuando la comunidad del ICA ya estaba consolidada, mantuvieron esta idea de proceder con cuidado en sus estudios, con vistas hacia el futuro y a la aplicación de nuevas metodologías. Max Uhle, haciendo ya alusión a la moderna estratigrafía como uno de los ejes para establecer la cronología de las civilizaciones americanas, expresó en el *Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima* en 1909 la importancia de que el conocimiento arqueológico del continente quedara establecido sobre bases firmes, bases sobre las cuales los investigadores del futuro construirían su conocimiento:

Mucho hay que realizar todavía en este terreno terreno [sic], para otras partes de América y mi deseo es que se estimule ese trabajo en todo el continente para que, en adelante, el conocimiento futuro del desarrollo general de las civilizaciones americanas quede establecido sobre una base firme.³²²

Dos décadas después, otro americanista alemán, Konrad Theodor Preuss, esta vez enfocado en el contexto de la etnografía en Colombia, marcó como responsabilidad del científico hacer bien su trabajo. Subrayó que la contribución de quien se dedicara a la investigación etnográfica no estaba dirigida ni siquiera a un futuro cercano, sino que su trabajo solamente podría ser valorado hasta muchas generaciones después:

Si el investigador durante su actividad no toma en cuenta muchas generaciones y solo considera su trabajo como una mera mercancía del presente, entonces no será capaz de valorar la ciencia y su propio trabajo en la medida necesaria como para dedicarse a sus trabajos en todo momento con espíritu crítico y meticuloso. Cuanto más es necesario esto para los jóvenes de la etnología, de lo cual ya Adolf Bastian, uno de sus fundadores, dice que sus frutos solo podrán ser vistos en su completa magnitud hasta después de siglos.³²³

Estos son algunos de los sentidos de trascendencia vistos hacia el interior de la propia comunidad de americanistas, es decir, los de la perspectiva de estar sentando bases para el trabajo colectivo de las generaciones futuras. Pero además de estas, hubo otras perspectivas que proyectaron un legado fuera de su propia comunidad. El secretario general del VII. ICA en Turín, Guido Cora, expresó en 1888 su deseo de que en el futuro los americanistas popularizaran sus investigaciones sobre América. Y que, a

³²² Max Uhle, «Tipos de civilización en el Perú» *Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima*, t. xxv, año xix (30 de septiembre de 1909), 294.

³²³ Citado en Manuela Fischer, «La materialidad de un legado: el viaje de Konrad Theodor Preuss a Colombia (1913-1919)», *Baessler-Archiv. Beiträge zur Völkerkunde*, 55 (2007), 145. [Original en alemán]

diferencia de lo que ocurría en su presente, ese conocimiento dejara de ser propiedad solo de un pequeño y privilegiado grupo, y se convirtiera también en conocimiento de las masas:

En mi opinión, uno de los mejores resultados de nuestro Congreso de americanistas sería popularizar el conocimiento de la América precolombina, introducir en la enseñanza secundaria (como ya se está haciendo en la superior) el estudio de lo que hoy se denomina prehistoria americana. De manera que las próximas generaciones aprendan a conocer, al mismo tiempo que la historia de los antiguos egipcios, asirios, hindúes y la de otros pueblos del Viejo Mundo, la de los mexicanos, de los mayas, de los peruanos y otras naciones americanas, cuyas huellas y monumentos que han dejado son comparables con aquellos de la antigüedad clásica y de Oriente. [...] Popularizar, vulgarizar incluso, nuestros estudios. Esa es, mis queridos colegas, la ambición que debemos tener. Cuando los objetivos que nos proponemos no sean más el privilegio de un pequeño número de adeptos, cuando hayamos hecho penetrar en las masas algunas de las verdades que hemos desenterrado de entre los escombros de las antiguas edades de América, entonces nosotros podremos estar orgullosos de nuestra obra, porque habremos servido de la manera más evidente a los verdaderos intereses de la ciencia.³²⁴

Son precisamente estas ideas las que nos remiten a proyecciones sobre el futuro que existieron en el pasado; a las utopías en torno a la labor científica compartidas y reafirmadas por los congresos. Estos eran el espacio de organización de acciones coordinadas, en los que se planteaba que los beneficios de las investigaciones conjuntas de las y los americanistas eran un legado. Sin duda, el ICA creó una identidad: un sentido de pertenencia y metas compartidas, así como la idea de que los resultados de sus investigaciones trascenderían su propio tiempo. Es en conexiones como estas con el futuro que cabría señalar cómo los americanistas vieron en su labor un trabajo multifacético, colectivo

³²⁴ Guido Cora, [Discours suivant], *Congrès International des Américanistes. Compte-Rendu de la septième session. Berlin 1888*, 40-41. [Original en francés]

e intergeneracional. A partir de una aspiración común que era reforzada en sus encuentros, conformaron una identidad propia que convertía su trabajo individual en parte de un proyecto colectivo a futuro.

Imaginemos entonces a arqueólogos, antropólogas, lingüistas y paleontólogos americanistas de esta época en su actividad cotidiana. Así como en otros campos científicos, ellos invertían gran parte de su tiempo y energía en la recolección de muestras y en su organización en series. Esta forma de proceder, que con el tiempo se volvió acumulativa y especializada, no solamente buscó la publicación inmediata de los resultados. Algunos americanistas apuntaron explícitamente que la utilidad real de su trabajo no se encontraba en el presente, sino en el porvenir. Coleccionaban para el futuro y la acumulación masiva de muestras, así como la síntesis de información que constituyó la cotidianidad en sus espacios de trabajo; a menudo, no se definían a partir de una función en el presente, sino que se almacenaban para el futuro.

Si bien esta proyección se expresó a nivel individual, tampoco es de extrañar que se proyectara hacia la colectividad; a un tiempo indeterminado; a un futuro abierto que involucraba a los miembros de una comunidad imaginada³²⁵ —científica o nacional— que consideraban como propia, a pesar de que no necesariamente alcanzarían a conocerla. Por eso, cuando nos preguntamos por la relación entre el futuro y las aspiraciones de las comunidades de ciencia, a menudo podemos observar que quienes dedican su vida a ella suelen reconocer que una vida de trabajo es insuficiente para cumplir con su labor, pero expresan confianza en que el trabajo individual que realizan no solo será de utilidad al presente, sino también al porvenir.

La ciencia se sostiene a partir de una fuerte carga hacia el futuro, especialmente a partir de la premisa de ser una construcción colectiva sostenida por el trabajo de distintas generaciones.

³²⁵ Cfr. Benedict Anderson, *Comunidades imaginadas: Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México: FCE, 1993.

Las proyecciones al futuro sobre las cuales estas comunidades basaron su labor fueron utópicas y distópicas. Los textos de los americanistas de la transición del siglo XIX al XX dan cuenta de que su labor era también una respuesta a los cambios que asociaron con la idea del inminente avance de la modernidad. Para ellos, el progreso era arrasador con el pasado y valiosos vestigios arqueológicos se perderían para siempre por la acción del tiempo, el saqueo, la construcción de ferrocarriles o edificios modernos (ver 4.2). Más urgente aún, se guiaron por el diagnóstico de que en un futuro próximo las poblaciones indígenas, con sus idiomas y sus tradiciones, desaparecerían para siempre por asimilación cultural o extinción física (ver 5.2).

Su misión, entonces, era hacer algo al respecto y asumieron que, con su trabajo, estaban salvando los elementos necesarios para los científicos del futuro. En *The Journal of American Folklore*, cofundado por Franz Boas, se escribía en 1888 al respecto lo siguiente:

Un gran cambio está por ocurrir en la situación de las tribus indias, y lo que se debe hacer debe hacerse rápido. Por el bien de los mismos indios es necesario que se les brinden oportunidades para la civilización; *por nuestro bien y por el futuro*, es deseable que quede una historia completa de lo que ellos han sido, ya que su pintoresca y maravillosa vida pronto será absorbida y perdida en la uniformidad del mundo moderno.³²⁶

Reunir los materiales que iban a formar la base de los estudios futuros de otros americanistas parecía ser uno de los grandes objetivos compartidos como comunidad científica. En el mismo año en el que se escribió el párrafo anterior, Frank Hamilton Cushing envió al Congreso de Americanistas en Berlín sus notas preliminares de la Hemenway Southwestern Archaeological Expedition, en las cuales asentaba que:

³²⁶ Citado en: Lira, «Carl Lumholtz y la objetualización», 11. [Resaltado mío; original en inglés]

[...] como Director, cada noche redactaba un Reporte Diario formal en el cual se resumían los detalles de las operaciones del día y de las ideas y generalizaciones parciales tal como se me habían sugerido.

Tal cuidado en el registro de todos los hechos y en la realización de todas las colecciones fue considerada como lo más esencial para mí por las siguientes y por muchas otras razones: (1) Porque yo consideré que, por muy extenso que pudiera ser nuestro conocimiento, por muy extensas que resultaran ser nuestras colecciones, nosotros no podríamos comprender, como se comprendería en algún tiempo futuro, el valor completo y la importancia tanto de los especímenes que estábamos recolectando, ni, especialmente, de los hechos relacionados con ellos y con su recolección la cual estábamos acumulando; que, en otras palabras, ¡nosotros no estábamos colectando simplemente para nosotros, sino para las futuras generaciones! [...].³²⁷

Así, el objetivo de muchos americanistas se convirtió en el registro meticuloso del pasado y del presente en medio del proceso de aceleración y de cambio histórico que experimentaban como parte del contexto propio de la promoción de la Modernidad, pero también como reacción ante ella. Su accionar estuvo marcado por las vías de avance del capitalismo, de la infraestructura ferroviaria y de la desterritorialización de los pueblos indígenas en América. Una parte de este trabajo tenía su base en los objetos arqueológicos y etnográficos obtenidos a partir de las recientemente abiertas vías de comunicación y transporte, del contacto con colonos asentados en regiones indígenas. Sobre esto, daba cuenta Paul Ehrenreich:

[...] Se requiere que, conscientes del objetivo, se haga también la investigación metódica de la vida espiritual de los aborígenes [en Sudamérica] según el ejemplo de los magníficos trabajos realizados en Norteamérica, los cuales ahora no pueden posponerse más en donde el comercio y la colonización atraviesan territorios que ha-

³²⁷ Cushing, «Preliminary Notes», 182-183. [Original en inglés]

bían permanecido hasta ahora completamente inaccesibles, y con ello, crean nuevas oportunidades para el contacto con los nativos.³²⁸

Por eso, para concluir, en este último capítulo propongo adentrarnos a las perspectivas a futuro entre los americanistas de la transición de siglos, colocando el énfasis en los espacios de acumulación y sistematización que fueron generados por esta comunidad hace más de un siglo. Con este propósito, propongo una propuesta interpretativa que remite a analizar las acciones de los americanistas orientadas hacia el futuro conectándolos con una red de infraestructura de conocimiento para sus estudios asentada en los museos de ciencia. Los museos de los que hablaré en este capítulo surgieron o se expandieron a finales del siglo XIX y principios del XX y guardan una estrecha relación con el Congreso Internacional de Americanistas y con ideas utópicas y distópicas acerca del futuro.

Sostengo que los museos, además de ser el espacio en donde se celebraban los congresos y el espacio de trabajo de los americanistas, también fueron proyectados por estos agentes como los archivos que estaban construyendo para las generaciones siguientes. Esto da cuenta de cómo una comunidad científica convocada originalmente para estudiar el pasado, en realidad, también manifestó una importante orientación hacia el futuro en sus acciones. Considero que uno de los aspectos más interesantes desde la historia de la ciencia proviene de esta relación profunda y recíprocamente influyente entre congresos, ideas de futuro y museos pensados para hacer ciencia.

En el caso de los americanistas, esto se vuelve evidente. Individualmente, gran parte de los miembros del núcleo de americanistas fueron los directores de museos de ciencia o jefes de departamentos en esos museos. Los americanistas formaron y ampliaron museos como archivos para la investigación y allí ad-

³²⁸ Paul Ehrenreich, “Ueber die Verbreitung und Wanderung der Mythen bei der Naturvölkern Südamerikas“, *Internationaler Amerikanisten-Kongress vierzehnte Tagung: Stuttgart 1904*, 680. [Original en alemán]

quirieron una función doble: la de guardián del archivo y la de intérprete del mismo. El museo fue el archivo que los americanistas prefiguraron como el adecuado para las formas de investigación que estaban desarrollando, pues les permitía conservar y organizar materiales para sus investigaciones. Estos museos, a pesar de su denominación como «nacionales», «reales», «universitarios», «etnológicos» o de «historia natural», guardan vínculos entre sí. Forman una red comunicada en tanto que quienes las sostenían estaban al tanto del trabajo de los otros a partir del reencuentro periódico en los congresos.

Los americanistas fueron creadores, guardianes e intérpretes de las colecciones sobre América al interior de los museos dedicados a la investigación científica. Y el vínculo entre el ICA, las comunidades de ciencia y los museos existe desde su primer encuentro. Así se mantuvo por décadas. Entre los organizadores del primer ICA surgió una iniciativa por fundar un museo especializado en América en Nancy, en lo que hoy es el *Musée Lorrain*. En aquella sede del primer gran encuentro de americanistas se creó un *musée américain* a partir de las colecciones de la *Société américaine de France* y donaciones de particulares.³²⁹ Algunos de sus impulsores esperaban que en diez años este museo tuviera la mejor colección de su tipo en el mundo y el congreso era fundamental porque:

Varios americanistas se muestran dispuestos a ofrecer a la villa de Nancy ciertos objetos de sus colecciones, con la condición de que se establezca dentro de sus muros un *Museo especial Americano*.³³⁰

Si bien el proyecto del Museo Americano en Nancy no logró concretarse después de aquel primer encuentro, la idea planteada en aquel momento fundacional muestra cómo, en conexión con el ICA, los museos fueron vistos tempranamente como la

³²⁹ Riviale, *Los viajeros franceses*, 298.

³³⁰ D'André de Clavery, «Un musée américain à Nancy». *Archives de la Société Américaine de France*, 1875, t. 1, ser. 2, 379. [Original en francés, resaltado en el original]

infraestructura adecuada para sus estudios. Retrospectivamente puede analizarse cómo las materialidades necesarias para el estudio científico de América y de sus habitantes requerían de un tipo particular de infraestructura que en ese momento solo proveían los museos. De tal manera que, aunque en las décadas siguientes las bibliotecas y las colecciones de las antiguas *Wunderkammern* continuaron siendo consultadas, el modelo de trabajo cambió y su escala también.

Los museos dirigidos por americanistas mantuvieron como prioridad la centralización, el almacenamiento y el resguardo de colecciones arqueoetnográficas sobre las poblaciones de América. La fundación de estas instituciones a menudo se asoció con la promesa de que pudieran ser útiles a los países que invertían en ellas o a la ciencia del futuro. En este contexto, los americanistas abogaron por la centralización. La convicción de centralización de las colecciones obtenidas en expediciones al interior de museos, así como de la incorporación de colecciones privadas e intercambios se proyectó como una forma de que los materiales para los investigadores americanistas estuvieran al alcance de su propia comunidad científica. Cuenta de ello dio Eduard Seler, quien en el XV. ICA en Quebec después de describir los importantes materiales que conformaban la colección de Fernando Sologuren apuntó que:

Sería muy deseable que se ofreciera una oportunidad para que este hermoso y rico material se llevara a un museo público para que, en la medida de lo posible, se aparte del carácter fortuito de las cosas humanas y permanezca conservado para la posteridad.³³¹

Así fue cómo, en su conexión con el americanismo, el museo fue entendido por sus creadores como un enorme archivo de producción y acumulación masiva de vestigios para la ciencia,

³³¹ Eduard Seler, «Einige fein bemalte alte Thongefässe der Dr. Sologuren'schen Sammlung aus Nochistlan und Cuicatlan im Staate Oaxaca», en *Congrès International des Américanistes: XVe session, tenue à Québec en 1906*, t. II, 403.

donde podían ser estudiados y conservados. En los museos, los americanistas centralizaron los materiales obtenidos en excavaciones, expediciones e intercambios, lo que creó un sistema totalizante que almacenó distintos tipos de registros como los escritos, líticos, cerámicos, textiles, fósiles, sonoros, bibliográficos y fotográficos. Y sus creadores gozaron de un gran prestigio por considerar que ese sistema era de enorme interés para la ciencia y también para la humanidad. Esto se dio a partir de la idea de la ciencia a gran escala y de la cooperación entre las comunidades científicas internacionales.

Por eso, cuando son vistos en conjunto, los museos conectados por el ICA plantean una dimensión global de la acumulación, clasificación y archivamiento para el americanismo que no se ha dimensionado hasta ahora.³³² Las relaciones promovidas por el congreso no se detenían en sus miembros, sino que aterrizaban directamente en instituciones, en las colecciones y en sus prácticas. Por eso, resulta necesario analizar a las comunidades científicas desde otro ángulo, es decir, desde su relación con el futuro. Sobre esto, la historiadora de la ciencia Lorraine Daston ha señalado magistralmente el potencial que existe al identificar dentro de la historia de la ciencia la imaginación a futuro que movilizó a las comunidades científicas del pasado. Ella encontró esta relación en los archivos científicos y las escalas; entre la ciencia comunitaria y la proyección:

[...] los archivos suelen ser costosos y su acceso rara vez está exento de controversia. Pero las fantasías de ojos salvajes también brillan a través de los arcanos de datos: sueños de inmortalidad, gigantismo y omnisciencia. A menudo, los ambiciosos proyectos de archivos científicos se alimentan de visiones utópicas de comunidad: comunidades en las que los datos se comparten libremente en lugar de

³³² Manuela Fischer y Adriana Muñoz han mostrado la conectividad de los museos etnográficos desde el siglo XIX a partir de la estrecha relación entre el Museu Nacional en Río de Janeiro, el Museum für Völkerkunde en Berlín y el Göteborgs Museum en Gotemburgo. Manuela Fischer y Adriana Muñoz, «The Connectedness of Archives: Museums in Brazil and Europe», *Índiana* 37.2 (2020): 205-235.

acapararse, las investigaciones empíricas a gran escala se coordinan en lugar de competir, las futuras generaciones de científicos están agradecidas en lugar de ser indiferentes a los almacenes que sus diligentes predecesores han creado para ellos.³³³

Entonces, ¿cómo imaginar la escala temporal y geográfica que buscaba contener un museo de este tipo? Si acumular, clasificar, estudiar y conservar fueron aspiraciones que guiaron a los americanistas de esta época, esto era en gran medida una utopía científica, en la cual todos estos materiales fueran conservados para la posteridad y estuvieran al alcance de la comunidad. Allí se encontraban unos al lado de los otros, materiales de Teotihuacán, Tiwanaku, del Southwest, Costa Rica, el noroeste argentino, la Amazonía, el Gran Nayar y el Pacífico Norte; del pasado remoto y de su propio presente. Los museos fueron precisamente los espacios depositarios de la acumulación y centralización de aquellas excavaciones y expediciones que eran discutidas en el ICA y desde allí proyectaron un deseo de trascendencia. En estos archivos se volcaron las prácticas proteccionistas, de coleccionismo y centralización.

Una parte importante de la historia de los congresos internacionales de americanistas se encuentra en conexión directa con estos museos. En estos archivos, las posibilidades de aprehender un continente y sus tiempos fueron llevadas al plano de la representación. Aunque quizá nunca podremos concebir sus dimensiones reales, en ellos, los americanistas insertaron historias heterogéneas de distintos tiempos y regiones en América en una misma línea del tiempo. Las volvieron parte de un universal, de un relato único. Los museos parecían ser el espacio que epistemológicamente proponía abarcar a gran escala la historia de los pueblos de América y con en ella, *la historia misma de la humanidad*.

³³³ Lorraine Daston, «Introduction: Third Nature », en *Science in the Archives*, 3-4. [Original en inglés]

6.2 Königliches Museum für Völkerkunde, y la proyección de un «archivo universal de la humanidad» (Berlín, 1888)

¿Por qué el KMK fue uno de los principales museos americanistas de su época?

Uno de los principales museos para los americanistas se hallaba en Berlín y el 2 de octubre de 1888, Wilhelm Reiss recibió a la comunidad internacional de americanistas en el Königliches Museum für Völkerkunde con las siguientes palabras de bienvenida:

¡Señores americanistas! Les doy la bienvenida a Berlín, convencido de que su trabajo será rico en resultados y constituirá un nuevo progreso para la ciencia. Les invito a comenzar los trabajos en la sala del Museo Real de Etnología, en medio de estas colecciones que les proveerán materiales para sus estudios.³³⁴

Como él mismo informó en aquella ocasión, desde tiempo atrás, las personas que se ocupaban de los estudios americanistas en la capital alemana deseaban recibir a americanistas de todos los países para mostrarles sus colecciones. Ya durante el ICA de 1881 en Madrid había surgido la propuesta de que organizaran un congreso, pero Reiss dijo que había que esperar, pues «aún no estábamos preparados». Siete años después y tras la apertura de un museo especializado en etnología, los americanistas alemanes gestionaron inmediatamente la organización de un Congreso de Americanistas, en el cual Reiss fue elegido presidente y en el que el fundador del museo, Adolf Bastian, fue vicepresidente. Reiss, en su discurso, abordó tres temas sobre los que quiero detenerme: la influencia de América sobre Europa, la importancia de la etnología y del papel de los alemanes en lo que llamó «el descubrimiento científico de América».

³³⁴ Wilhelm Reiss, [Discours suivant] en *Congrès International des Américanistes. Compte-Rendu de la septième session. Berlin 1888*, 49. [Original del francés]

Sobre el primer punto, Reiss enfatizó la influencia de la conquista de América en la vida intelectual europea y destacó cómo el conocimiento de un nuevo mundo, de grandes imperios, de «una raza humana de forma y color extraños» agitó las mentes europeas, dando impulso a movimientos reformistas y a instituciones modernas. En otras palabras, el conocimiento de la existencia de América había transformado a Europa y esta transformación, material e intelectual, continuaba en su propio tiempo, pues: «[h]oy, como en la época del descubrimiento, América ejerce una influencia material e intelectual sobre nosotros».³³⁵

Después, habló de la etnología. Para el presidente del VII. ICA, la etnología tenía un papel protagónico en su presente, en lo que denominó «una nueva conquista de América». La describió como una ciencia joven dedicada al estudio de la mente humana, a la cual comparó con «archivos inaccesibles». Los describió como tesoros de mayor valor que el oro o las riquezas. Para Reiss, en el siglo XIX, estaban viviendo una nueva conquista mientras viajeros y eruditos ingresaban a los puntos más inaccesibles del continente para «iniciarse en las tribus indias con la intención de estudiar sus lenguas, su industria, sus costumbres y relaciones raciales, para ayudar a reconstruir nociones generales de la población precolombina de América».³³⁶ Continuó diciendo que el Congreso Internacional de Americanistas, al reunir a estudiosos de todas las partes del mundo, contribuía a esta obra; a esclarecer la historia de la humanidad. Aunque para lograr resultados en el estudio de la mente humana y el estado de la población americana precolombina les era preciso «poner en juego todas las ciencias».

El discurso concluyó con una reflexión sobre la sede del congreso y sobre el rol de Alemania en su conexión con América. Reiss planteó que, si bien Alemania históricamente había quedado excluida de las expediciones de conquista del continente, había participado en las expediciones de exploración. Mencionó

³³⁵ Reiss, [Discours suivant], 45. [Original en francés]

³³⁶ Reiss, [Discours suivant], 47. [Original en francés]

que en el pasado múltiples exploradores habían participado en el reconocimiento europeo del continente americano³³⁷ y apuntó a cómo en su presente había una buena cantidad de exploradores que continuaban esa labor. Más aún, apuntó que Alemania y sus americanistas se habían preparado *silenciosamente*, «salvando de una pérdida casi inevitable el material lingüístico, arqueológico y etnográfico» que les sería mostrado en la sección dedicada a América en el Museo. Concluyó su discurso con la cita inicial de este capítulo, dando la bienvenida a los americanistas; confiando en que sus trabajos serían un aporte a la ciencia y en que en el museo los asistentes encontrarían colecciones para sus estudios.

La etnología y un museo dedicado a ella entraban aquí como una novedad y tenían un rol central en este proceso. En este «segundo descubrimiento de América» que continuaba el legado de Alexander von Humboldt en el americanismo alemán, la etnología fue descrita con optimismo, como la ciencia que permitía acercarse a la mente indígena, a esos «archivos inaccesibles», a partir de actitudes variables dependiendo de los americanistas mismos y que alternaban entre el diálogo entre iguales, el paternalismo y el desprecio. A través de la expedición, los americanistas se veían a sí mismos acercándose físicamente a los contextos donde los indígenas americanos se hallaban y que consideraban como distantes en espacio y en tiempo,³³⁸ para poder acercarse epistemológicamente al pensamiento de ese «Otro» y recolectar elementos de su vida cotidiana que permitieran conocer el pensamiento de sus ancestros y con ellos, el de los distintos componentes de la humanidad. América se volvía clave en esta idea por su devenir independiente hasta 1492 y que se creía perpetuado hasta su tiempo.

El Museo de Etnología era clave en esta visión. De acuerdo con Manuela Fischer, una de sus máximas conocedoras, el museo

³³⁷ Específicamente mencionó los nombres de Friedmann [Nikolaus Federmann] en Venezuela y Colombia; Tadeo Hencke como parte de la Expedición de Malaspina y Alexander von Humboldt en su «descubrimiento científico de Sudamérica».

³³⁸ Cfr. Fabian, *Time & The Other*. Sobre las implicaciones temporales del almacenamiento de datos, ver: p. 92.

fue concebido por Adolf Bastian como un «asilo de salvación» para las culturas amenazadas por la civilización occidental», cuya prioridad era la investigación.³³⁹ De hecho, el museo — y esta es una característica que compartiría con otros museos dedicados al americanismo — fue concebido como una institución especializada para la investigación más que un espacio dedicado a la instrucción del público visitante.³⁴⁰ El edificio, construido entre 1880 y 1886, se ubicaba en la antigua *Königgrätzer Straße* 120, esquina con *Prinz-Albrecht Straße* (fig. 45) y se inauguró el 18 de diciembre de 1886.³⁴¹ Para su fundador, el museo respondía a su propio tiempo a partir de una función a futuro:

Un tiempo, como el nuestro, en el que se destruyen con mano dura numerosos pueblos ancestrales y se surca la superficie de la Tierra en todas direcciones; se le debe a las generaciones futuras el conservar, tanto como sea posible, de lo que aún queda del periodo de la infancia y juventud de la humanidad, para el entendimiento del desarrollo del espíritu humano. Lo que sea destruido ahora, quedará irremediablemente perdido para la posteridad.³⁴²

Así, Adolf Bastian promovió activamente la construcción de un museo etnográfico como «un archivo universal de la humanidad» en el que implementó su antropología de salvamiento a partir de una idea sobre el futuro. Su impronta en el museo se encuentra en concebir como la tarea de su generación la acumulación y preservación de muestras de la cultura material de poblaciones de todo el mundo, llevándolo a una escala geográfica y temporal sin precedentes y proponiendo un método genético comparativo para su estudio. Con este objetivo estableció y dirigió el mayor museo de este tipo en Alemania, bajo la idea de

³³⁹ Fischer, «La materialidad de un legado», 145-146.

³⁴⁰ Penny, *Objects of culture*, 161.

³⁴¹ Sigrid Westphal-Hellbusch, «Zur Geschichte des Museums», en *Hundert Jahre Museum für Völkerkunde Berlin*, editado por Kurt Krieger y Gerd Koch. (Baessler-Archiv XXI), Berlin: Dietrich Reimer Verlag, 1973, 14.

³⁴² Citado en: Westphal-Hellbusch, «Zur Geschichte des Museums», 3-4. [Original en alemán]

que «para salvar lo que aún se puede salvar» habría que «coleccionarlo todo».³⁴³



Figura 45. Königliches Museum für Völkerkunde en la Königgrätzer Straße, esquina con Prinz-Albrecht-Straße, Berlín; construido entre 1880-1886.

(1886) Crédito: Staatliche Museen zu Berlin, Ethnologisches Museum disponible en <https://id.smb.museum/object/800022/>

k%C3%B6nigliches-museum-f%C3%BCr-v%C3%B6lkerkunde-in-der-k%C3%B6niggr%C3%A4tzer-strasse-ecke-prinz--albrecht-stra%C3%9Fen-berlin%3B-erbaut-1880-1886

Para H. Glenn Penny, este proyecto guarda muchas similitudes con las inquietudes de quienes estudian actualmente la globalización, pues Bastian había intentado comprender los flujos de pueblos y culturas, los desplazamientos poblacionales, el carácter poroso de las fronteras y la mezcla cultural.³⁴⁴ En el mu-

³⁴³ Sobre la idea de un «archivo universal de la humanidad» ver: *Adolf Bastian and his Universal Archive of Humanity*, ed. por Fischer, Bolz y Kamel.

³⁴⁴ H. Glenn Penny, “Transnational History in Historical Perspective: Bastian’s Mu-

seo berlinés, los objetos se exhibían por regiones a partir de su origen, mostrando objetos de culturas específicas y las influencias a partir de la interacción con otras. Esta forma de organización correspondió a un ordenamiento geográfico, que contrasta fuertemente con los museos tipológicos de la época (como el Pitt-Rivers Museum de Oxford) en el que los elementos de las colecciones se ordenaban a partir de un esquema evolucionista. En el ordenamiento geográfico, por el contrario, ningún objeto o grupo debía destacar o ser resaltado por encima de los demás. Tampoco se les ordenaba cronológicamente ni a partir de concepciones evolutivas. El ordenamiento era anti-evolucionista y buscó que la exhibición no reflejara jerarquías entre las piezas, dando paso a que los investigadores hicieran sus propias conexiones entre los objetos expuestos.³⁴⁵

Este es un punto clave en su relación con el americanismo y explica por qué este museo fue tan tempranamente una institución primordial en este tipo de estudios, pues el ordenamiento mismo de las colecciones favorecía el pensar el devenir de las poblaciones por regiones y en escalas continentales. En 1888 con el ICA, el Museum für Völkerkunde ya fue considerado como una institución fundamental para el americanismo, tan solo dos años después de su fundación, y poco tiempo después era reconocido por otros directores de museos como el principal espacio de investigación para los estudios americanistas en todo el mundo.³⁴⁶ Esta forma de ver este museo por parte de los americanistas es una situación que resulta sorprendente, especialmente tomando en cuenta que Berlín, a diferencia de otras capitales europeas como Madrid, Lisboa, Londres o Viena, no había tenido colonias en América.

seum Project” en *Adolf Bastian and his Universal Archive of Humanity*, ed. por Fischer, Bolz y Kamel, 50.

³⁴⁵ Penny, *Objects of culture*, 2-3, 35.

³⁴⁶ Sobre cómo los americanistas observaban estas redes de museos y la tensión entre defender las colecciones arqueológicas dentro de marcos nacionales y establecer redes científicas internacionales, ver: López Jáuregui, “El objeto antiguo y su negociación moderna”: 190-217.

A pesar de eso, desde la fundación del Museum für Völkerkunde, las colecciones americanas fueron las más abundantes con 21,000 objetos. Esto se puede comparar en magnitud con las segundas colecciones más abundantes y que provenían de Asia, las cuales ascendían a 12,500 objetos.³⁴⁷ La museografía y el conjunto de objetos sobre América y su disposición en la exhibición a finales del siglo XIX pueden reconstruirse precisamente gracias a la guía preparada para el VII. ICA y que lleva por título *Übersicht über die Amerikanischen Sammlungen des K. Museums für Völkerkunde, zusammengestellt für die 7. Tagung des Internationalen Amerikanisten-Kongresses*.³⁴⁸ En el primer piso, casi la mitad del espacio expositivo estaba dedicado a América.

En el plano provisto para la orientación sobre las colecciones americanas se aprecia la división de las exhibiciones por continentes o regiones. En el primer piso se hallaban las colecciones de África, América, Oceanía, Siberia. La parte marcada en amarillo, que representa casi la mitad del espacio expositivo, correspondía a América. La Sala II estaba dedicada a México, y en la Sala III había vitrinas con elementos de México, Perú, Bolivia y los Estados Unidos. Las Salas V, VI y VII a América Central, Yucatán, Perú, México, Vancouver y Alaska (ver fig. 46). En las páginas siguientes, la guía explicaba a detalle a los americanistas el contenido de cada una de las vitrinas, separando por colores a los grupos indígenas y para terminar con una lista de las piezas que contenían cada una de las vitrinas.³⁴⁹

³⁴⁷ König, «Adolf Bastian and the Sequel», 127.

³⁴⁸ Museum für Völkerkunde Berlin, *Übersicht über die Amerikanischen Sammlungen des K. Museums für Völkerkunde, zusammengestellt für die 7. Tagung des Internationalen Amerikanisten-Kongresses*. Berlin: H. S. Hermann, 1888.

³⁴⁹ Museum für Völkerkunde Berlin, *Übersicht über die Amerikanischen Sammlungen*, 13-37.

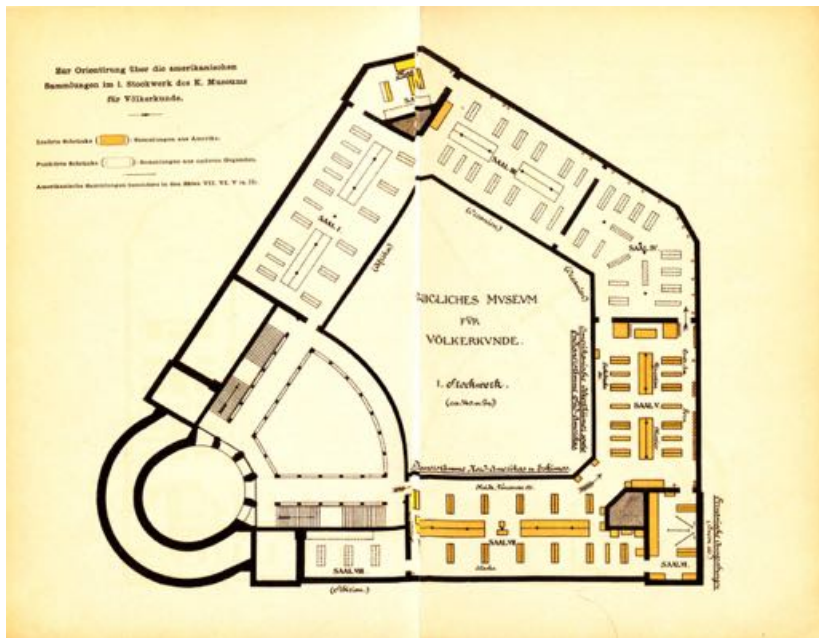


Figura 46. Plano de orientación para las colecciones americanas del primer piso. Fuente: Museum für Völkerkunde, *Übersicht über die Amerikanischen Sammlungen des K. Museums für Völkerkunde*.

Es remarcable que, dentro de este ordenamiento, aunque geográfico, planteara otra sala dedicada a México que se localizaba entre las salas de Oceanía y África. En la sala II se encontraban las «Antigüedades de México», con la Colección Strebel, provenientes en su mayoría de Veracruz. En la sala V, «Antigüedades americanas, así como tribus indígenas de Sudamérica» se encontraban esculturas de piedra de México y de Ecuador, antigüedades de Venezuela, las Antillas y Brasil, vasijas de barro de Colombia, objetos de Tierra del Fuego, Patagonia y las Pampas, de Chile y Paraguay, del Río Xingú en Brasil con la Colección von den Steinen, del este de Perú y de Brasil occidental. También de Bolivia, Ecuador, Surinam, Guayana, más objetos de México y de Yucatán, Costa Rica, Guatemala, Nicaragua y San

Salvador. En la sala VI «Antigüedades peruanas y otras» se hallaban las colecciones provenientes de Ancón con la Colección de Reiss y Stübel y que poseían una gran cantidad de restos humanos y textiles.

Por último, la sala VII, «Tribus indígenas de Norteamérica y esquimales», había máscaras, vestidos y canastos de los pueblos indígenas de los Estados Unidos y Canadá, adornos y modelos de casas de Canadá y Groenlandia.³⁵⁰ En este ordenamiento la única sala que se salía de este patrón y rompía con el ordenamiento geográfico era el patio de luz central, espacio donde se exponían objetos monumentales provenientes de todos los continentes y que se beneficiaba de una adecuada iluminación natural. Parecería que la primera sala hacía uso de la monumentalidad de cada uno de los objetos expuestos, pues allí se encontraban enormes canoas, tótems y monolitos (ver fig. 48). Durante este congreso, a los americanistas se les indicó reiteradamente que las colecciones del Museo estarían a su disposición todos los días del 2 al 13 de octubre, con el objetivo de que pudieran estudiarlas en todos sus detalles.³⁵¹

A su vez, ser sede también benefició a los museos, pues además de dar a conocer sus colecciones y posibilitar que otros investigadores las estudiaran, permitía que las colecciones se expandieran aún más a partir de donaciones hechas por otros miembros de la comunidad de americanistas o de intercambios establecidos entre ellos. Por ejemplo, en el VII. ICA he identificado el ingreso de dos colecciones a partir de la visita de los americanistas, sin embargo, esto no se trató de un caso excepcional, sino que las sedes recibían e intercambiaban colecciones. En este caso, Ladisláo Netto, el director del Museu Nacional de Brasil en Río de Janeiro, llevó objetos arqueológicos de la Isla de Marajó, en la desembocadura del Río Amazonas a Berlín, para que formaran

³⁵⁰ Por otras fuentes se sabe que estas eran de la Colección Jacobsen, y que fueron las que luego inspiraron a Franz Boas para la Jesup Expedition.

³⁵¹ «Première séance ordinaire», en *Congrès International des Américanistes. Compte-Rendu de la septième session. Berlin 1888*, 55.

parte del Museo y se estudiaran (ver fig. 47).³⁵² Netto llevó quince objetos arqueológicos provenientes de diversas regiones de Brasil y, en intercambio, Adolf Bastian le ofreció objetos de la Colección Jacobsen de la costa noroccidental de América, así como reproducciones de objetos de oro de los chibcha en Colombia.³⁵³



Figura 47. Urna proveniente de Marajó reproducida en la comunicación de Ladislao Netto en el VII. ICA. Fuente: *Congrès International des Américanistes. Compte-Rendu de la septième session. Berlin 1888.*

Una segunda donación al Museo en la misma ocasión fue hecha por la Hemenway Expedition. Frank H. Cushing envió a Berlín una serie de objetos obtenidos de las actividades de la expedición en Los Muertos con el objetivo de que fueran exhibidos

³⁵² Ladislao Netto, [Communication suivante], en *Congrès International des Américanistes. Compte-Rendu de la septième session. Berlin 1888*, 201, 206.

³⁵³ Fischer y Muñoz, «The Connectedness of Archives», 220.

durante el congreso y para que posteriormente pasaran a formar parte de las colecciones del *Museum für Völkerkunde*. De hecho, Cushing fue explícito en cuanto a que la expedición buscó tener un número suficiente de series, entre veinte y treinta, de lo que entre los americanistas se llamaban «duplicados» y que «fueron diseñados para uso futuro en intercambios.»³⁵⁴ Estas situaciones muestran los lazos de cooperación planteados por la comunidad, las proyecciones de hacer colecciones masivas que después se distribuirían por donaciones o intercambios con otros museos y que eran especialmente generosas con los museos recién fundados durante los congresos. Así, era también como se ampliaban colectivamente estos museos.

El *Königliches Museum für Völkerkunde* se convirtió en poco tiempo en una autoridad institucional dentro del americanismo. Paul Gaffarel, como delegado del gobierno francés al ICA, expresó lo siguiente durante el cierre: que le era un gran placer recordar que, aunque los estudios americanistas apenas habían nacido, sus progresos eran rápidos. «El Congreso de Berlín está sin duda destinado a superar aún más las sesiones anteriores; pues cuentan aquí con un maravilloso museo».³⁵⁵ Exactamente diez años después, Francisco del Paso y Troncoso escribió en correspondencia privada que el Museo etnográfico de Berlín era el primero del mundo por su organización, y que Eduard Seler, excelente amigo suyo, era también el principal americanista en Europa.³⁵⁶ Juan B. Ambrosetti, en entrevista para la prensa argentina de cara al XVI. ICA en Viena observó que en los museos de Berlín estaban siendo para América lo que el *British Museum* era para la Grecia Antigua; el espacio donde se podían encontrar piezas fundamentales de la arqueología americana.³⁵⁷

³⁵⁴ Otro ejemplo de intercambios y regalos especialmente generosos puede encontrarse en el marco del XVII. ICA en Buenos Aires a partir de las donaciones hechas al Museo Etnográfico dirigido por Juan B. Ambrosetti.

³⁵⁵ Paul Gaffarel, «Parole», en *Congrès International des Américanistes. Compte-Rendu de la septième session. Berlin 1888*, 52-53.

³⁵⁶ Zavala, *Francisco del Paso y Troncoso*, 5.

³⁵⁷ Ballesteros, «Los espacios de la antropología», 258.

No obstante, hacia la primera década del siglo veinte, el museo berlinés también empezó a dar señales del «mal de archivo». Tras la enorme acumulación llevada a cabo bajo el imperativo de la antropología de salvamiento, en combinación con expediciones, compras, donaciones e intercambios, la institución empezó a acumular cajas sin abrir, objetos sin organizar. Bastian había asignado a su generación la función de seguir acumulando y preservando artefactos ante el peligro de perder para siempre vestigios históricos. Delegó a su vez a alguna generación futura la tarea de ordenar esa acumulación.³⁵⁸ De esta forma, el museo que había sido visto como un modelo empezó a saturarse también, a pesar de sus grandes dimensiones; a carecer de espacio. Ese «archivo de la humanidad», uno de los principales espacios del americanismo en Europa, estaba saturado hacia el final de la Era del Museo americanista. Después de comparar a la institución alemana con los museos estadounidenses tras el ICA de 1902 en Nueva York, Karl von den Steinen tenía una mirada más crítica hacia lo que estaba pasando al interior del museo en Berlín.³⁵⁹ En 1912 se empezó a planear la construcción de un nuevo edificio para el museo, proyecto que nunca se materializó.³⁶⁰

Otra cuestión que ocurría y que es que a pesar de la existencia de una comunidad internacional que trabajaba bajo ideas de cooperación como las descritas anteriormente, a partir de los últimos años del siglo XIX, se aprecia claramente que las competencias entre ellos se estaban agudizando. Las metrópolis se hallaban en competencia por tener los mejores museos, los más extensos, los mejor organizados. La desigualdad en la capacidad de compra y los intereses geopolíticos se hacían presentes en un acaparamiento que anteponía su propio lugar dentro de las instituciones de ciencia frente al internacionalismo científico. Esta competencia no permeaba mucho en las actas del congreso, sino

³⁵⁸ Penny, *Objects of culture*, 163-164.

³⁵⁹ Von den Steinen, «Über den XIII. Internationalen Amerikanisten-Kongress in New York», 92.

³⁶⁰ Penny, *Objects of culture*, 133.

que más bien se encuentra en la correspondencia privada, en el diálogo que no es público.

Especialmente dos países competían entre sí por la primacía en los estudios americanistas (ver apartado 2.1), los Estados Unidos y el Imperio Alemán y su competencia y el interés de asegurar su presencia en América Latina de uno frente al otro se ve reflejada también en sus museos, particularmente entre el *Königliches Museum für Völkerkunde* y el *American Museum of Natural History*, que aceleraron las dinámicas de competencia y el acaparamiento de colecciones. Ya en 1894, Max Uhle se quejaba con Adolf Bastian de las condiciones desiguales en las que había sido enviado a coleccionar a Bolivia y Perú, en donde también se hallaba Adolf Bandelier, quien contaba con mayores recursos gracias al mecenas del museo neoyorquino, Henry Villard.³⁶¹

Por su parte, en una carta de Marshall H. Saville a Frederick W. Putnam de 1901 sobre la compra de lienzos en Oaxaca, el arqueólogo estadounidense señaló que se había obligado a asumir su adquisición para evitar que fueran enviados a Berlín, frente a quienes ya «había perdido dos originales».³⁶² Otra carta, esta vez de 1906, Walter Lehmann desde Costa Rica, se quejaba de que «Los estadounidenses lo están arruinando todo aquí, incluso los precios de los objetos arqueológicos.»³⁶³ Y Konrad Theodor Preuss en 1912 justificaba cuán oportuno era su viaje a Colombia puesto que «los norteamericanos —siendo nuestra competencia mayor— son actualmente tan detestados que no pueden pensar en realizar proyectos».³⁶⁴

Los americanistas, especialmente los estadounidenses y alemanes, al aumentar la demanda de colecciones, contribuyeron determinadamente a aumentar también sus precios y la competencia por acaparar las mejores colecciones para sus museos. El

³⁶¹ Fischer, «Vergessene Sammlungen» im Ethnologischen Museum Berlin», 154.

³⁶² AMNH, Special Collections, Mss. 528, Box 1, folder 7, f. 8, [Carta de Marshall H. Saville a Putnam 03/02/1901]. [Original en inglés]

³⁶³ Citado en: Fischer, «Vergessene Sammlungen» im Ethnologischen Museum Berlin», 158.

³⁶⁴ Citado y traducido en: Fischer, «La materialidad de un legado», 148.

objetivo, además del científico de su estudio, tenía claramente un componente ideológico. El de mostrar la supremacía científica y convencer a los miembros del congreso de que, al ingresar a sus ciudades y sus instituciones, se hallaban frente a verdaderas capitales de ciencia. Y que su forma «nacional» de organizar sus colecciones y su ciencia eran superiores. Esto contrasta con las visiones utópicas de comunidad que he señalado anteriormente y los congresos científicos internacionales contribuyeron a esta competencia al hacer peritajes y comparar sus sedes. Fueron los legitimadores definitivos de estos discursos y aspiraciones.

Para terminar, el *Königliches Museum für Völkerkunde* cumplió con un rol importante en un momento clave de la institucionalización de los estudios americanistas y fue el primer museo que materializó la aspiración de los congresos de tener museos especializados para la investigación en torno a América. Adolf Bastian, además de este museo, promovió la formación de sociedades y revistas científicas. Viola König ha señalado que la importancia del proyecto de Bastian incluye también el haber reclutado a algunas de las figuras clave de esa generación como pupilos, colegas o delegados.³⁶⁵ Entre ellos se encuentran: Eduard Seler, Caecilie Seler-Sachs, Karl von den Steinen, Johan Adrian Jacobsen, Christian Theodor Gretzer, Max Uhle y Franz Boas, quienes pasaron temporadas estudiando las colecciones del museo, las expandieron o formaron parte de la planta de investigadores.

A largo plazo, ese grupo de trabajo constituyó una red expansiva que estableció ámbitos de influencia desde Chile hasta Canadá, con Boas en el Pacífico Norte y en los Estados Unidos, Seler en México, von den Steinen en la Amazonía y Uhle en los Andes. Así, Adolf Bastian y el museo que fundó impactaron las directrices que tomaron algunas ramas de los estudios americanistas con casos de estudio especializados y basados en regiones diferenciadas, y que incluso terminaron impactando la formación o clasificación de otros museos en América (ver 2.2).

³⁶⁵ König, «Adolf Bastian and the Sequel», 127-139.

6.3 La era de los archivos-museos americanistas

Los museos son instituciones con historicidad, en donde la aparición y desaparición de departamentos, la reorganización y ampliación de determinadas áreas dan cuenta de los cambios dentro de las labores y las visiones que los rigen. Previo a la profesionalización de la arqueología, la antropología o a la aparición de los estudios de área en las universidades, los museos fueron ese espacio de formación de los primeros profesionales en estos campos. Esta vinculación entre la labor de investigación y el museo permitió a las comunidades de ciencia incrementar la magnitud y el enfoque de sus investigaciones, lo que impactó directamente la conformación de estas disciplinas.

Tras el análisis cualitativo de la fase de consolidación del ICA ya he propuesto que existieron cuatro nodos que marcaron la conformación del discurso americanista en la transición del siglo XIX al XX. Cuatro museos coordinaron redes de investigaciones de amplio alcance que fueron las más reconocidas de este periodo (ver fig. 13). Se trata de museos que además fungieron como sedes de los encuentros del ICA, algunos incluso en dos ocasiones, y organizaron expediciones y excavaciones a gran escala, fundaron sociedades científicas —incluida la Sociedad de Americanistas— y publicaron libros y revistas sobre arqueología, etnología y lingüística americanas. Estos cuatro museos fueron el espacio de trabajo de buena parte de los miembros del núcleo y han marcado la pauta de mucho de lo que se conoce sobre los pueblos de América:

- el *Königliches Museum für Völkerkunde* (Berlín),

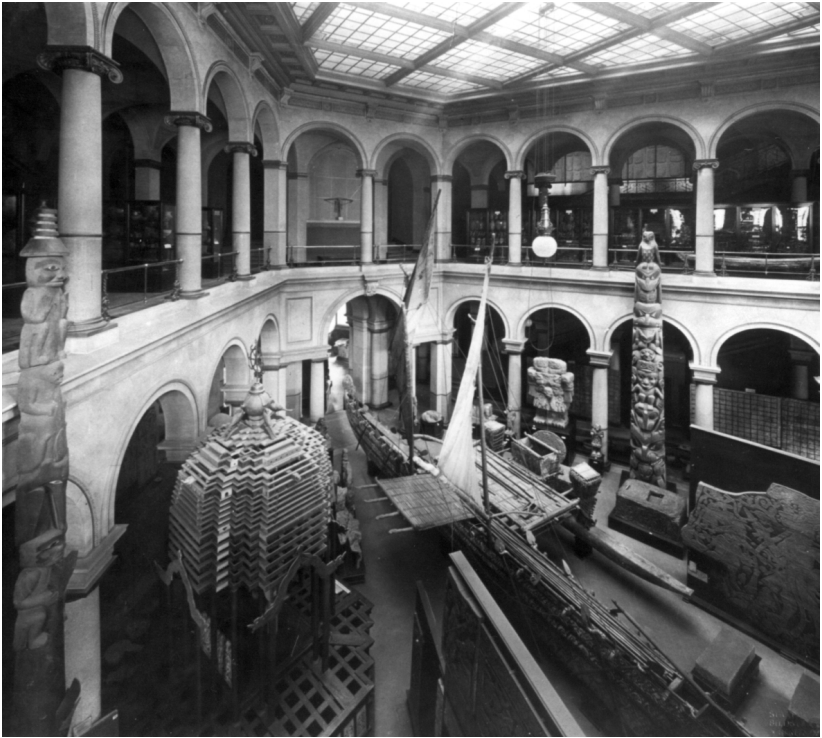


Figura 48. Patio de luz del Museum für Völkerkunde, Berlín, 1906. Ident. Nr.: VIII VisAnt 663. Crédito: Staatliche Museen zu Berlin, Ethnologisches Museum; disponible en: <https://id.smb.museum/object/800034/lichthof-des-museums-f%C3%BCr-v%C3%B6lkerkunde>

- el *Musée d'Ethnographie du Trocadéro* (París),



Figura 49. «La galería del Trocadéro. Sección americana» Número de fotografía: PV0030535. Crédito: Musée du quai Branly-Jacques Chirac.

- el Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología (Ciudad de México),



Imagen 27. «Galería de monolitos del Museo Nacional». Año: 1910, Ciudad de México. Fuente: Secretaría de Cultura. – INAH.-MEX. Reproducción autorizada por el Instituto Nacional de Antropología e Historia.

- y el *American Museum of Natural History* (Nueva York).

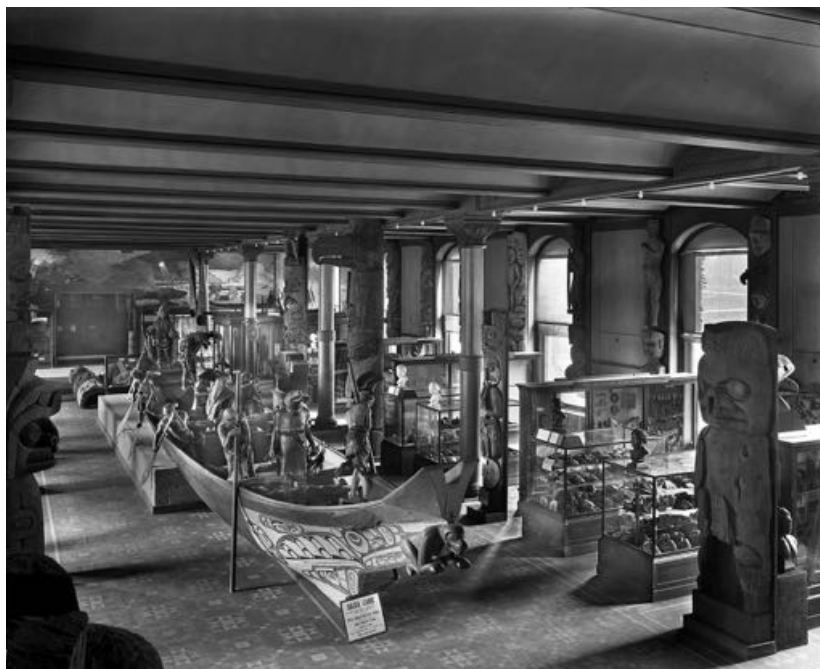


Figura 51. «No. 33003. American Museum of Natural History. Sala del Pacífico Norte. Canoa Haida NW». Fotografía de Thomas Lunt, 1910.

Fuente: Biblioteca del American Museum of Natural History.

Estos museos los denomino nodos por tener la interacción más fuerte y por ser el espacio de formación, trabajo y promoción de gran parte de las iniciativas americanistas. Sin embargo, la red de los museos que participaban en el americanismo era mucho más amplia. Treinta y dos países y cuarenta y nueve museos participaban en los congresos de americanistas. Tomando en consideración este contexto, propongo un análisis de *archivos-museos americanistas* en red, que plantea una correlación entre las actividades de esta comunidad en un periodo de aceleración y acumulación de datos para las ciencias sociales y naturales en museos. La situationalidad del ICA y la sistematización de la informa-

ción de sus miembros a partir de las actas de esta correlación entre museos y redes de investigación que, para las dos décadas de 1885-1915, era ya amplia y puede verse con la participación de representantes de los siguientes cuarenta y nueve museos:

- American Museum of Natural History, Nueva York
- British Museum, Londres
- Brooklyn Institute Museum, Brooklyn
- Carnegie Museum, Pittsburgh
- Ethnographisches Museum Peter des Großen, San Petersburgo
- Ethnographisches Reichsmuseum, Leiden
- Field Museum of Natural History, Chicago
- Göteborgs museum, Gotemburgo
- k. k. Naturhistorisches Hofmuseum, Viena
- Kgl. Naturalienkabinett, Stuttgart
- Kolonialmuseum, Haarlem
- Königlich Ethnographische Sammlung, Múnich
- Königliches Museum für Völkerkunde, Berlín
- Linden Museum, Stuttgart
- Musée d'ethnographie du Trocadéro, París
- Musée Guimet, París
- Musée provincial, Toronto
- Musées royaux d'ethnographie et des antiquités du Nord, Copenhague
- Museo Arqueológico Nacional, Madrid
- Museo de Ciencias Naturales, Caracas
- Museo de Etnología y Antropología, Santiago de Chile
- Museo de Historia Nacional, Lima
- Museo de Historia Natural, Buenos Aires
- Museo de La Plata, La Plata
- Museo Etnográfico, Universidad de Buenos Aires

Museo Michoacano, Morelia
Museo Mitre, Buenos Aires
Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología, Ciudad
de México
Museo Nacional, La Paz
Museo Nacional, Montevideo
Museo Nacional, San José de Costa Rica
Museo preistorico etnografico, Roma
Museu Goeldi, Pará
Museu Nacional, Río de Janeiro
Museu Paulista, Sao Paulo
Museum d'histoire naturelle, París
Museum für Völkerkunde, Hamburgo
Museum für Völkerkunde, Leipzig
National Museum, Budapest
Peabody Museum, Harvard University
Pitt Rivers Museum, Oxford University
Rautenstrauch-Joest Museum, Colonia
Royal Museum of Natural History, Estocolmo
U.S. Army Medical Museum, San Antonio
United States National Museum, Washington D. C.
University Museum, University of Pennsylvania
University Museum, Yale University

Con dos espacios que mostraban colecciones *in situ* en zonas arqueológicas:

«Museo» en Teotihuacan
«Palacio de Justicia» en Tiwanaku

Su red presenta fuertes disparidades, tanto entre los países como en los museos en cuanto a su capacidad de acumulación. En estas disparidades la que mayor resalta es la de los Estados Unidos. Además del museo neoyorquino ya mencionado, los museos estadounidenses que participaban activamente en las discusiones americanistas eran: el *United States National Museum* y los cuatro museos de las universidades de Pennsylvania, Harvard, Yale y California. Esta situación hace que un solo país reuniera a seis de los principales museos americanistas durante este periodo. Del otro lado del Atlántico, en Francia se encontraba el *Muséum d'histoire naturelle*. En el Imperio Austrohúngaro el *K. k. Naturhistorisches Hofmuseum*. Por su parte, en España, si bien no es un museo, el Archivo de Indias en España merece una mención especial por ser uno de los principales espacios de encuentro y trabajo de americanistas. En Sudamérica, Argentina tenía al Museo Etnográfico y al Museo de La Plata como espacios americanistas. Perú tenía el Museo de Historia Nacional, mientras que Brasil contaba con el *Museu Nacional* y el *Museu Paulista* como espacios importantes.

Para visualizarlos geográficamente un poco mejor, el siguiente mapa ubica a diez de los principales archivos-museos americanistas de este periodo y nos deja ver que existió una mayor concentración de infraestructura americanista en Europa y en los Estados Unidos (ver fig. 52), develando una correspondencia entre museos y espacios con mayor poder geopolítico. Estos museos estaban formando colecciones a partir de objetos provenientes de otros países y llevándolos a sus instituciones, lo cual da cuenta de una mayor presencia e influencia en otros países, especialmente contrastable con aquellos que coleccionaban mayoritariamente dentro de sus fronteras. Por su parte, en el Hemisferio Occidental, las regiones de cara al Atlántico tuvieron una mayor concentración que las del Pacífico. También se aprecia que en las regiones interiores (no costales), la concentración de este tipo de infraestructura disminuyó.



Figura 52. Mapa que señala las ubicaciones de diez de los principales archivos-museos americanistas a partir de su presencia en el ICA.

En un momento donde la expansión capitalista estaría rompiendo algunas de las últimas fronteras, las colecciones replicaron los flujos de las materias primas, especialmente del Sur hacia el Norte Global, marcando simultáneamente procesos de centralización del campo a las ciudades. Las grandes urbes comerciales e imperiales, así como las capitales, fueron las principales receptoras de los flujos de colecciones que producían las excavaciones y las expediciones realizadas en espacios de desterritorialización de los pueblos indígenas americanos. Además, las ciudades obtenían prestigio al tener este tipo de instituciones. Gran parte de la idea de tener una ciudad moderna, científica y cosmopolita en la época se asentaba en la idea de contar con estas instituciones para la acumulación silenciosa de materiales que hacían referencia a otros tiempos y a otros espacios.

Cada uno de estos museos se diferenció en sus edificios, tipos de financiamiento y en la especialización de sus colecciones. El tamaño y la capacidad de acumulación variaron radicalmente de una institución a otra, pero lejos de estar aislados, estos museos guardaban múltiples interrelaciones. Sus directores se conocían, se escribían y organizaban intercambios y donaciones. Por ejemplo, en 1882, el director del *Musée d'ethnographie du Trocadéro* Ernest Th. Hamy ante un presupuesto limitado, solicitó ayuda durante su etapa inicial al *U. S. National Museum* de la Smithsonian Institution y les propuso que hicieran intercambios. La institución estadounidense respondió al llamado favorablemente preparando una selección de series, especificando qué objetos serían bienvenidos a cambio para el *U.S. National Museum*.³⁶⁶ Nélia Dias señaló que, en 1883, es decir un año después de la propuesta de Hamy, ingresaron al Trocadéro 1,455 objetos en forma de donación por parte de la *Smithsonian Institution*. Más aún, en la siguiente década en promedio ingresaron dos mil objetos por año, entre donaciones e intercambios

³⁶⁶ MqB. Archives. «Correspondance concernant l'achat de la collection par l'intermédiaire de la Smithsonian Institution pour le musée ethnographique du Trocadéro» - D002754/40792 - 09/01/1882 - 28/01/1899, f. 1-11.

con distintas personas e instituciones. Un punto clave que observó Dias sobre este museo es que los objetos americanos eran aquellos que más ingresaban por intercambios al museo.³⁶⁷

El Museo Etnográfico en Buenos Aires, con su director Juan B. Ambrosetti, presenta otro ejemplo. Después de participar por primera vez en un ICA en Nueva York, volvió a Argentina con un amplio conocimiento de las novedades del *American Museum of Natural History*.³⁶⁸ Fundó el Museo Etnográfico dos años después, pero ante el escaso presupuesto, Ambrosetti apeló también a la gestión de intercambios y donaciones. Este museo universitario pasó de tener 359 objetos en 1904 a 12,156 en 1912, ingresando en promedio también cerca de dos mil objetos al año.³⁶⁹ Por su parte, la elección de Buenos Aires como sede del ICA trajo considerables beneficios al nuevo museo, pues como dijo Ambrosetti en su *Memoria*:

Con ocasión del Congreso de Americanistas y aprovechando la gran excursión organizada en Bolivia y el Perú, el doctor Salvador Debenedetti fue representado á la Facultad, consiguiendo hacer algunas colecciones importantes; siendo notable entre otras piezas, una magnífica tableta de ofrendas de piedra de Tiahuanacu.³⁷⁰

Al revisar la lista de donantes del Museo, se aprecia también un buen número de americanistas, tanto argentinos como extranjeros. Es muy probable que, al acudir al ICA, llevaran colecciones para donar al nuevo museo.³⁷¹ Casos como el de Buenos

³⁶⁷ Nélia Dias, *Le Musée d'ethnographie du Trocadéro, 1878-1908. Anthropologie et muséologie en France*. París: Centre national de la recherche scientifique, 1991, 197-198.

³⁶⁸ Ambrosetti, *Congreso de Americanistas Nueva York (1903)*, 6.

³⁶⁹ Juan B. Ambrosetti, *Memoria del Museo Etnográfico 1906 á 1912*. Buenos Aires: Compañía Sud-americana de billetes de banco, 1912 (Facultad de Filosofía y Letras, Publicaciones de la sección antropológica), 3-4.

³⁷⁰ Ambrosetti, *Memoria del Museo Etnográfico*, 6.

³⁷¹ Algunos ejemplos de donantes americanistas al Museo Etnográfico son: Aníbal Echeverría y Reyes (delegado de Chile), Juan B. Ambrosetti, Felix F. Outes, Robert Lehmann-Nitsche (secretario general del ICA 1910 en Argentina), Friedrich Christian Mayntzhusen, Enrique Peña, Juliane A. Dillenius, Arthur Posnansky (delegado de la

Aires, ser sede del Congreso podía conllevar regalos de una comunidad que probablemente ningún gobierno hubiera accedido a patrocinar. La idea de una comunidad solidaria que regalaba objetos a las nuevas instituciones devela precisamente una sociabilidad de la Era del Museo, que no es necesariamente incompatible ni contradictoria con los procesos de acaparamiento o concentración que también se estaban viviendo en el mismo periodo. Dentro de esa dinámica, el Congreso no solo estaría legitimando al archivo americanista, sino que lo estaría ampliando directamente.

Otros contextos develan vínculos que tenían que ver con el ordenamiento. Por ejemplo, como parte de su misión europea, el director del Museo Nacional de México, Francisco del Paso y Troncoso, llegó en 1898 a Berlín a estudiar las colecciones del *Museum für Völkerkunde*, destacando de este museo su ordenamiento. Nueve años después, se solicitó que el director de las colecciones americanas del museo alemán, Eduard Seler, hiciera el inventario de las colecciones arqueológicas del Museo Nacional. Esto ocurrió cuando Genaro García fungía como director.³⁷² Por lo tanto, a pesar de las distancias y diferencias entre museos, sus guardianes tenían un estrecho contacto, y su intercambio ocurría a menudo en relaciones interpersonales e institucionales, algunas de ellas forjadas precisamente durante los congresos.

Otros flujos de colecciones dentro de la red de americanistas no pasaban necesariamente por los intercambios, sino por las donaciones directas. Donadores entre los americanistas hay muchos casos registrados, aunque usualmente eran aportaciones individuales a un museo específico. Aquí quisiera consignar un caso que se sale de ese molde y que resulta excepcional. El duque de Loubat, el mecenas del americanismo, entre sus diver-

Sociedad Geográfica de La Paz) y Antônio Carlos Simoëns da Silva (delegado del Instituto Histórico y Geográfico Fluminense, del Instituto histórico y geográfico de Sao Paulo y de la Sociedad de Geografía de Rio de Janeiro), Alberto Vojtěch Frič, Florentino Ameghino, Ernesto Quesada y Samuel A. Lafone Quevedo, en: Ambrosetti, *Memoria del Museo Etnográfico*, 34-46.

³⁷² Ver: Olmedo y Achim (eds.), *Eduard Seler. Inventario de las colecciones arqueológicas*.

sas actividades, también medió la circulación de colecciones y de reproducciones en al menos siete museos americanistas, este cálculo podría ser mayor a la luz del descubrimiento de nuevos documentos. Aquí presentaré sólo uno de estos circuitos para mostrar cómo las donaciones circularon dentro de la red.

La movilidad facilitada por ferrocarriles y buques que habían transformado el siglo XIX y también la circulación masiva de colecciones americanas incluía objetos arqueológicos originales, pero también reproducciones. Una serie de cartas relativas al transporte de las cajas que contenían yesos (es decir, copias de monolitos) dan cuenta de cómo Loubat estaría haciendo donaciones que involucraban la coordinación entre diferentes museos. En una nota de 1895 dirigida a Ernest Th. Hamy, Loubat le escribió para comunicarle que Alfred Maudslay le había escrito que estaría encantado de expedirle dos cajas. Aunque la correspondencia muestra claramente que la iniciativa provenía de Loubat, el arqueólogo inglés envió de Londres a París cajas con un peso total de 707 kilogramos para incrementar las colecciones del Trocadero a través de *Transports Internationaux Stockwell & Cie.*³⁷³

Dos años después vuelve a haber correspondencia, esta vez directamente entre Maudslay y Hamy preguntándole el primero si las 4 cajas de yesos de esculturas americanas que el duque de Loubat le regaló al *Muséum du Trocadéro*, enviadas el 8 de febrero de 1897 en el *Steam Ship Emily*, habían llegado bien. La quinta caja estaba empaquetada y lista para ser enviada en cuanto recibiera la confirmación. Esta vez sabemos que esa donación habría viajado de Londres a Havre, llegando a la estación parisina de Batignolles.

En 1899 vuelve a haber otra donación con el mismo circuito. Esta vez se trató de 18 cajas de esculturas de yeso provenientes de Copán, «ofrecidas por el Duque de Loubat» y destinadas al museo parisino. Nuevamente volverían a llegar del puerto de

³⁷³ MqB. Archives. «Courriers concernant le transport des caisses contenant les moulages», D002870/40655 (1897-1899), f. 10-11, 24-25.

Havre, en ferrocarril de la *Compagnie des chemins de fer de l'ouest* a la estación de Batignolles. En esa ocasión se le pidió al director general de aduana que girara instrucciones al servicio local para garantizar que, en cuanto llegaran las dieciocho cajas, fueran transportadas al museo. El 19 de julio de 1899 se confirmó la llegada a la estación de 19 cajas de yesos de antigüedades americanas de Londres a París. El peso total de esas cajas era de 4,945 kilogramos.³⁷⁴

Este tipo de conexiones, en la circulación de originales, de los llamados «duplicados», así como de reproducciones, pueden llevar a cuestionar cómo, a pesar de las diferencias que puedan existir entre estos museos, las colecciones podrían resultar extrañamente similares, lo cual puede incluso verse en el hecho de que en las fotografías históricas de distintos museos aparecen monolitos de Coatlicues (ver figs. 48 y 50), siendo que la original se encontraba en el Museo Nacional en México. Las dimensiones de todos estos circuitos y flujos de colecciones entre americanistas fueron enormes, pero el desdibujar sus fronteras a partir de las influencias mutuas entre comunidades internacionales permite compararlas y conectar historias de los museos científicos que escasamente han sido conectadas, ya sea por un nacionalismo epistémico o porque no tienen las mismas denominaciones.

Sin embargo, la visita de la comunidad internacional a los museos durante los congresos tuvo una función de promover la construcción colectiva de conocimiento, pero era también su peritaje. Si bien es cierto que la sola presencia del grupo reconocía en cierta medida el trabajo llevado a cabo por la institución y la confianza para la organización del evento, la elección de las sedes planteó indirectamente el sometimiento de las colecciones y sus investigaciones a exámenes rigurosos. Estos peritajes de la comunidad científica sobre las colecciones de un museo y su archivamiento, tan difíciles de rastrear porque usualmente no son vistos como tales, son veredictos complejos y poco analizados

³⁷⁴ MqB. Archives. «Courriers concernant le transport des caisses contenant les moulages», D002870/40655 (1897-1899), f. 1, 12.

entre los propios creadores de museos, pero que resultaron fundamentales en la construcción de conocimiento, en el cálculo de alianzas y en las competencias académicas.

Con este objetivo, los anfitriones publicaron guías de las colecciones americanas pensadas directamente para explicar a la comunidad internacional su producción científica, los principales componentes de sus colecciones y su ordenamiento. Para el ICA de 1888 en Berlín: *Übersicht über die Amerikanischen Sammlungen des K. Museums für Völkerkunde, zusammengestellt für die 7. Tagung des Internationalen Amerikanisten-Kongresses und Veröffentlichungen aus dem Königlichen Museum für Völkerkunde, dem Internationalen Amerikanisten-Kongress zu Berlin gewidmet*. Para el ICA de 1895 en México: *Galería de monolitos. Catálogo del Departamento de Arqueología del Museo Nacional*. Para el ICA de 1900 en París: *Galerie Américaine du Musée d'Ethnographie du Trocadéro* y para el ICA de 1908 en Viena: *Die archäologischen und ethnographischen Sammlungen aus Amerika im k. k. Naturhistorischen Museum in Wien*.³⁷⁵ Estas guías tienen una perspectiva completamente americanista y describen puntualmente a otros miembros del Congreso las colecciones sobre el continente que existían en los museos. Fueron creadas por figuras prominentes como Eduard Seler, Max Uhle, Jesús Galindo y Villa, Ernest Th. Hamy y Franz Heger.

Todas estas obras presentan a los museos dedicados al americanismo y a sus sistemas de objetos, a la vez que muestran distintas formas de entender la función del americanismo. Muestran cómo los visitantes internacionales eran conducidos dentro de estos espacios para examinar piezas específicas o la

³⁷⁵ Museum für Völkerkunde Berlin, *Übersicht über die Amerikanischen Sammlungen*; Königliche Museen zu Berlin, *Veröffentlichungen aus dem Königlichen Museum für Völkerkunde, dem Internationalen Amerikanisten-Kongress zu Berlin gewidmet*. Berlín: W. Spemann, 1888; Jesús Galindo y Villa, *Galería de monolitos. Catálogo del Departamento de Arqueología del Museo Nacional*. México: Impr. del Museo Nacional, 1895; Ernest Th. Hamy, *Galerie Américaine du Musée d'Ethnographie du Trocadéro: Choix de pièces archéologiques et ethnographiques*. París: Ernest Leroux, 1897 y Franz Heger, *Die archäologischen und ethnographischen Sammlungen aus Amerika im k. k. naturhistorischen Hofmuseum in Wien, Separatabdruck aus der Festschrift, herausgegeben anlässlich der Tagung des XVI. Internationalen Amerikanisten-Kongresses in Wien, 9.-14. September 1908, vom Organisations-komitee*. Viena: s/e, 1908.

meticulosidad de su ordenamiento, la clasificación y el cuidado. A su vez, la preparación del ICA se daba de forma paralela a cambios importantes en los museos. Esto se ve en la planeación de renovaciones, reestructuraciones y ampliaciones. Ejemplos de ello son el que los americanistas alemanes pospusieran su invitación para 1888 para esperar a la apertura del *Kgl. Museum für Völkerkunde*, las dos reestructuraciones del Museo Nacional en México en su primer siglo de existencia coinciden con las sedes de 1895 y de 1910 del ICA; el *United States National Museum* tuvo una renovación y un nuevo edificio previo al ICA de 1915. De allí que se diera una hiperactividad al interior de los museos en el ordenamiento de las colecciones previo a la llegada del ICA.

Por ser un evento tan significativo para la historia misma de los museos se conservan fotografías, notas periodísticas y otros documentos; pues ser sede del Congreso Internacional de Americanistas o participar dentro de su red, era percibido como la prueba fehaciente del rol de liderazgo de cada uno de estos museos dentro de una comunidad internacional y, por lo tanto, una constatación de su relevancia para la ciencia internacional, aunque no por ello exenta de crítica. Por su parte, la dinámica de los congresos internacionales de americanistas fortaleció una comunidad constructora de archivos-museo y funcionó también como la plataforma que permitió que el resto de sus miembros conociera y examinara las instituciones científicas de otros países. Recibir a cientos de americanistas fue tomado como un signo de prestigio para los propios museos, para los investigadores que en ellos laboraban y para las ciudades que los recibían.

Así, esta serie de interconexiones me lleva a proponer la existencia de un fenómeno en el que convergieron el Congreso Internacional de Americanistas y los museos científicos en este periodo. Así como George W. Stocking, Jr. en su debate con la propuesta de William C. Sturtevant observó la correlación entre el desarrollo de la antropología y los museos para el periodo de 1890 a 1930 en los Estados Unidos y que denominó como «great

period of Museum anthropology»,³⁷⁶ yo observo que a nivel internacional existió un fenómeno semejante directamente ligado a los americanistas, su congreso y los museos. Por ello, planteo la propuesta de llamar «la era de los archivos-museos americanistas» al periodo de 1888 a 1915, en el que se observa cómo una serie de museos en Europa y América se expandió en estrecha relación con el ICA y con su comunidad científica. Su periodización está marcada por dos cortes. Inicia en el año de 1888 con la presentación del *k. Museum für Völkerkunde* y culmina en 1915, cuando el *U. S. National Museum* recibió a los americanistas. Desde 1914 el ICA empezó a entrar en crisis debido a problemáticas globales y nacionales.

El ICA de 1915 fue el último de esta etapa y se llevó a cabo en un contexto geopolítico difícilmente previsible para esta comunidad que pareció en las décadas anteriores tener una idea clara y preestablecida de lo que les esperaba en el futuro. La sede en La Paz que debía compartir la organización del Congreso con Washington D. C. fue cancelada definitivamente y la de Washington D. C. tuvo que aplazarse, a pesar de lo planificado por sus organizadores. En México, era el quinto año de la Revolución Mexicana, mientras que en Europa había estallado la Primera Guerra Mundial. Como consecuencia de estos conflictos bélicos, muchas cooperaciones sobre las cuales se basaban los estudios americanistas se vieron rotas. Tampoco pudo realizarse nuevamente un Congreso con sedes sur- y norteamericanas como se había planeado siguiendo el modelo del ICA del Centenario.

³⁷⁶ William C. Sturtevant planteó tres periodos para entender los espacios en los que tenía lugar la antropología: el “Museum Period” (de 1840-1890), el “Museum-University Period” (de 1890 a 1920) y el “University Period” de 1920 en adelante, en: William C. Sturtevant, “Does Anthropology need Museums?”, en *Proceedings of the Biological Society of Washington, Washington: Biological Society of Washington*, v. 82, pt. 2 (1969-1970), 622-623. Por su parte, George W. Stocking Jr. planteó que esta periodización era un tanto anacrónica y que, aunque los materiales etnográficos ya estaban allí, el establecimiento de los museos antropológicos importantes solo empezó a partir de 1866 y que el “great period of Museum anthropology” solo comenzó en la década de 1890, en: George W. Stocking Jr., “Essays on Museums and Material Culture”, en *Objects and others*, ed. por Stocking Jr., 7-9.

Después de 1915 los americanistas sólo lograron reunirse en su Congreso hasta siete años después, tras una pausa forzosa ocasionada por la dificultad que planteaba la cooperación científica pese a los nacionalismos exacerbados, las rupturas bélicas y la escasez de recursos.

En «la era de los archivos-museos americanistas» los americanistas tenían un acuerdo sobre la función de su generación en el acumulamiento y archivamiento de colecciones. Empezaron una masiva recolección de datos cuyo espacio de concentración fueron los museos. Estos museos, en su vinculación con la ciencia y el archivamiento, se sustentaron en una idea de legado. Guiados tanto por el impulso temprano de patrimonialización de los vestigios arqueológicos (ver capítulos 3 y 4) como por la antropología de rescate (ver capítulo 5) fue una etapa de extenso coleccionismo, y recolección de datos. En ella predominó la idea de estar generando los cimientos de un edificio científico, tanto en lo físico como en lo conceptual. Éste es el sentido de trascendencia que permeó la construcción de estos archivos y que determinó las acciones a las que se encaminó una comunidad entera durante un periodo de tiempo determinado.

En él, las actividades de los americanistas en el museo se proyectaron más allá de la utilidad inmediata y la función del archivo se asignó así a un tiempo por venir, como una forma de facilitar la resolución de preguntas o problemas que en su momento no lograban ser resueltos y que aplazaban a un futuro su resolución (ver 6.1). Quizá, incluso, fue una forma de postergar su resolución o amortiguar la pérdida que conllevaban las transformaciones de su propio tiempo. Es en este aspecto en donde son apropiadas las reflexiones de Lorraine Daston sobre qué es un archivo científico y quién lo usa. Ella observó algunas de las características que comparten los archivos formados por las comunidades de ciencia:

[...] los archivos científicos generalmente comparten dos propiedades: son oportunistas y no preestablecidos. Estas dos características provienen de la misma raíz: el desarrollo impredecible de las

agendas de investigación. Nadie sabe de antemano qué preguntas plantearán los historiadores o climatólogos del futuro y qué rastros del presente (y de lo que sea del pasado que ya haya sido preservado) serán necesarios para responderlas. Este es el pathos de las cápsulas del tiempo, repletas con objetos apreciados que el presente lega para entretenimiento y confusión de un futuro que no le encuentra ni pies ni cabeza.³⁷⁷

Así, las y los americanistas marcaron la entrada de una gran gama de elementos —especialmente de las culturas indígenas americanas de su pasado y de su tiempo— a una infraestructura del conocimiento como lo son los museos como objetos para la ciencia, en una compleja mezcla entre un diálogo de igualdad y valorización; de paternalismo y de despojo. La comunidad de americanistas ejerció un control extraordinario en la circulación de estos elementos, en el intercambio y en la competencia por su comercialización. Objetos que originalmente eran parte de la vida cotidiana de los indígenas, sufrieron una transformación epistémica con su entrada al museo. Ya no eran más objetos de la vida cotidiana, habían sido convertidos en «vestigios del pasado» que serían conservados para el futuro.

En la actualidad, algunos de los edificios y las colecciones que esta generación de americanistas contribuyó a expandir pueden ser hallados todavía, aunque con cambios notables. Otros, o bien ya no existen o han sufrido afectaciones o modificaciones considerables. Unos fueron destruidos por renovaciones urbanas, otros más por guerras y finalmente, otros por el enemigo eterno del archivo, el incendio. En París, el *Musée du Trocadéro* sucumbió ante planes de renovación urbana en la década de 1930, dando paso al *Musée de l'Homme* en el espacio urbano y posteriormente al *Musée du quai Branly* en las colecciones. En la Ciudad de México, el Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología dividió sus colecciones y fueron conducidas a museos especializados. El Museo Nacional de Antropología, ubicado en Cha-

³⁷⁷ Daston, «Introduction: Third Nature », 5. [Original en inglés]

pultepec, alberga desde la década de 1960 la mayor parte de las colecciones que concentraban el interés de los americanistas. Por su parte, el edificio donde se ubicaba el antiguo museo contiene actualmente colecciones de etnografía extranjera, constituyendo el Museo Nacional de las Culturas del Mundo.

En Berlín, el edificio del *Museum für Völkerkunde* fue derribado tras los bombardeos en la Segunda Guerra Mundial. En el lugar que antes ocupaba ese museo se halla hoy un estacionamiento para automóviles al lado del *Martin-Gropius Bau*, con una placa que recuerda que allí se encontraba antes un museo. Las colecciones pasaron al *Ethnologisches Museum* en Dahlem y en años recientes y en medio de muchas críticas al *Humboldt Forum* en el centro de la ciudad. En Nueva York, por su parte, el edificio del *American Museum of Natural History* continuó siendo extendido. Algunos de los elementos que conformaban su colección fueron restituidos en décadas recientes a las comunidades indígenas de origen; otros permanecen en el edificio frente a *Central Park*. En el caso del *k. k. Naturhistorisches Hofmuseum* en Viena, el edificio continúa con un sutil cambio de nombre: *Naturhistorisches Museum*, pero las colecciones que ocupaban a los americanistas se trasladaron al *Weltmuseum Wien*. Finalmente, el 2 de septiembre de 2018 un incendio arrasó el *Museu Nacional* en Brasil dañando terriblemente el edificio y consumiendo la mayor parte de sus colecciones. Se dice que el fuego destruyó dos siglos de trabajo, suponiendo una pérdida irreparable no solo para la historia de las poblaciones indígenas de Brasil, sino para la humanidad. El *Projeto Museu Nacional Vive* trabaja en su rescate y reconstrucción.

Ante esta situación se observa cómo, además de las colecciones, los edificios son resultado o se ven afectados por sus contextos y los peligros propios del archivo, como son los incendios o las guerras. De allí que debamos verlos como instituciones con historicidad y en constante transformación que, no obstante, suele ser paralela pues existen influencias recíprocas y a menudo se enfrentan a los mismos problemas. Allí, es donde vale la pena historizar las circunstancias en las que emergieron estos archivos contruidos por comunidades que se congregaron, a pesar de sus

diferencias, por la idea de estar construyendo una ciencia. Al ser instituciones que cambian y se adaptan a nuevos discursos, dan cuenta de la agencia de las personas que trabajan, de quienes los apoyan y también de quienes plantean sus críticas sobre ellos. Los museos están llenos de historias y de Historia en niveles de complejidad que a penas y alcanzamos a rozar.

EPÍLOGO

El diagnóstico del futuro y la apertura del espacio de experiencia; el sistema de objetos del americanismo

Después del estudio histórico de esta red formada a partir del Congreso Internacional de Americanistas en las primeras cuatro décadas de su historia, me parece que este caso plantea un contraejemplo a lo que postuló Reinhart Koselleck en *Futuro Pasado*.³⁷⁸ Esto debido a que, ante la percepción de un inevitable avance del Progreso como diagnóstico de futuro su propia época, los americanistas parecen haber interpretado el horizonte de expectativa como un espacio cerrado, quizá como algo ya dado, ante el cual, contrario a lo que podría esperarse de una comunidad que se percibe a sí misma como «moderna», reaccionó radicalmente abriendo el espacio de experiencia, o del pasado.

Como reacción emprendieron una recolección desproporcionada de vestigios e informaciones de lo que consideraban un mundo en desaparición, incluso usando nuevas tecnologías como cámaras fotográficas y fonógrafos. Adoptaron una postura de concentración y conservación frente a los vestigios arqueológicos y fueron agentes clave en las políticas y en la representación de los pueblos indígenas en los contextos urbanos. Multiplicaron las etnografías, especialmente ante la idea de que aquellos grupos humanos con menor contacto con Europa podrían ofrecer claves para comprender el pasado prehistórico de la humanidad. Y frente a estas anticipaciones y diagnósticos distópicos, generaron

³⁷⁸ Reinhart Koselleck, *Futuro pasado: Para una semántica de los tiempos históricos*. Barcelona: Paidós, 1993.

un sistema de objetos propio, aunque cercano a una antropofagia cultural, a partir de la acumulación de objetos a partir de su referencia a otras regiones, otros tiempos, otras lenguas y otras tradiciones. Crearon el sistema de objetos del americanismo.

Dentro de este sistema de objetos, el museo fue considerado el espacio de salvaguarda requerido por la ciencia para su archivamiento. Por ello, a pesar de que, cuando se ingresa a un museo, la percepción de estar ante una institución que se dedica al pasado suele ser la predominante, éstos, como los archivos, surgen de planteamientos sobre el futuro, de nociones de trascendencia generacional y de legado. El hecho de que esos imponentes edificios con amplios espacios de exhibición y gigantescos espacios de almacenaje existieran responde a un impulso de acaparamiento para el futuro, en donde el archivo más completo proveería de mejores herramientas a las generaciones por venir. Generaría un repertorio que quien lo produzca no sería el único en utilizarlo, sino que podría ser un archivo donde alguien, algún día, encuentre un conocimiento valioso a partir de un vestigio colocado allí desde el pasado.

En este vínculo entre la ciencia y la investigación, el museo fue entendido como el archivo que posibilitaba un tipo especializado de trabajo científico. Con el objetivo de generar estudios a gran escala —en arqueología, etnología, historia, lingüística, antropología física, paleontología y geografía—, concentraron y centralizaron los materiales que obtenían de las excavaciones, expediciones y de los intercambios entre ellos mismos. Esta forma de entender los estudios americanistas creó un sistema totalizante que almacenó distintos tipos de registros: escritos, líticos, fósiles, sonoros, bibliográficos y fotográficos. Por eso, a diferencia de otros museos o archivos, sostengo que estos museos fueron consecuencia de una *conciencia archivística excepcional*.

Al interior de esos edificios se organizaron los trabajos arqueológicos y las expediciones etnográficas; se debatieron los resultados de los hallazgos paleontológicos y el descubrimiento de documentos antiguos. Sus colecciones combinaron documentos en un sentido tradicional, es decir, de papel, con otras materia-

lidades (como las líticas y cerámicas, por ejemplo) o incluso in-materiales (como los cantos). Toda esta gama de fuentes daba cuenta de distintos marcos temporales, geográficos y de códigos culturales diversos, pero lo que comparten es que a todos ellos se les asignó el estatus de documento histórico a partir de su entrada al acervo. Su valor no recaía en su belleza, tampoco en su uso, sino en ser un vestigio asociado directamente con un tiempo y un espacio específicos.

Los americanistas compartieron un impulso de conservación a partir del cual incorporaron objetos líticos, fotografías, fojas, cerámicas, canoas, libros, flechas, fósiles, máscaras, huesos, textiles, maderas talladas, códices, dibujos, plumaria, quipus, vestimentas y grabaciones de cantos a los acervos. Organizaron estos objetos en cuanto a testimonios que expandían el orden tradicional de lo que se consideraba como un documento de carácter histórico en su época. El americanismo además fue radical en sus arcanos de datos, pues el hecho de prestar atención también a los vestigios de culturas ágrafas del pasado y de su presente, junto con la cultura material e inmaterial almacenada, hizo de estos archivos extraordinariamente más extensos en tiempo y espacio que los que abarcan aquellos archivos dedicados a los manuscritos, a los archivos tradicionales para la Historia.

Y, aunque poseían documentos en un sentido tradicional, es decir, de papel, los elementos de las colecciones remitían a otras materialidades. Por eso, estos museos presentan una conciencia archivística excepcional, porque fueron construidos para poder almacenar otras materialidades que permitían una investigación a mayor escala. Con ellos, emergió una comunidad que logró romper con barreras disciplinares al proponer un trabajo interdisciplinario y mayores especializaciones. Rompió también con fronteras nacionales al plantear el diálogo internacional. Finalmente, trascendió incluso con las barreras temporales, pues sus archivos fueron pensados para trascender. Esa última circunstancia planteó complejas interrelaciones temporales puesto que en su propio presente tenía lugar la reconstrucción de pasados a partir de los materiales del acervo en el archivo, pero simultá-

neamente se combinó con la tarea de salvaguardar todos esos elementos para el futuro.

En contraparte, entre las razones por las cuales el museo logró expandirse a tal grado en esta época están las actitudes de cooperación y competencia, de nacionalismo e internacionalismo científicos. En la competencia por el prestigio de la erudición y por tener las instituciones científicas más completas, la carrera entre potencias imperiales, naciones e individuos en procesos de consolidación, haría también que se disputaran ámbitos de influencia a futuro a través de sus archivos. El nacionalismo resultó uno de los motores propulsores de esa acumulación; sin embargo, también sería un espacio de negociación, donde americanistas buscaron demostrar a partir de objetos el alto desarrollo de las civilizaciones antiguas asentadas en distintos territorios. Esta circunstancia devela la incorporación y el uso del pasado en su presente. Da cuenta también de la competencia entre las agendas individuales de sus investigadores, del despojo, de las demandas de quienes financiaban los proyectos y, también, de la agresiva competencia entre naciones. En estas intersecciones temporales, el pasado fue un elemento de posicionamiento en el presente y una apuesta al futuro.

Así, los americanistas de esta generación gestionaron museos como archivos desde donde se han construido nociones de evidencia y unidad histórica para un concepto como lo es el de «América». Las líneas de investigación acordadas por esta comunidad científica internacional y su selección de elementos para conformar sus acervos han respondido a narrativas sobre el pasado construidas desde su presente a partir de ideas de lo que sería el futuro. En este contexto, el museo-archivo produjo un sistema en sí mismo estableciendo una categoría de objetos que, como observó Jean Baudrillard, parece escapar al tipo de sistema de objetos centrado en la funcionalidad. Bajo la mirada americanista, a pesar de estar particularmente pendiente de la Antigüedad, el pasado fue visto como un inmenso rompecabezas que *aún* podía ser armado en su presente, en donde el coleccionismo implicó recolectar las piezas adecuadas, para dar paso a

su ordenamiento en una época futura. Este otro sistema de objetos responde al deseo de interpretar en ellos un tipo de huella, testimonio o evidencia. Para Baudrillard, *el objeto antiguo* en el museo cumple una función específica en el marco de esos sistemas. Posee la función de significar *el tiempo*.³⁷⁹

Insertos como objetos procurados por el estudio americanista, la interpretación de su materialidad promovió un nuevo tipo de relación con el pasado, que devino en su monumentalización y patrimonialización. Su identidad como americanistas y su comunicación en medio de una red permitió el intercambio de materiales de trabajo y la conciencia de cómo operaban otros centros de investigación semejantes. De allí que, lejos de ser instituciones insulares, es de remarcar el control conjunto, aunque profundamente desigual, que ejerció la comunidad americanista en la apropiación, circulación, lectura y un tipo de valoración de esos objetos. Su estudio del pasado fue a menudo entendido bajo la metáfora del rompecabezas. Una vez que esos elementos formaban parte de colecciones, los investigadores procedieron a proponer un orden específico dentro del museo, moldeando así la forma del rompecabezas. Esta situación permite plantear la función interpretativa creada desde el sistema de objetos dentro del archivo, ya que sólo en el americanista podría plantearse una relación entre objetos tan disímiles en materialidades y el tiempo y espacio que representan.

Dentro del museo, los americanistas en turno pasaron una gran cantidad de tiempo en el ordenamiento del archivo dentro de sistemas cronológicos, geográficos, disciplinares o tipológicos. También contribuyeron a generar y expandir, organizar y comercializar colecciones que fueron dirigidas a sus archivos. Por su magnitud y diversidad, esa gigantesca acumulación puede ser vista retrospectivamente como un conjunto que no está limitado ni a un investigador, ni a una institución, ni a un país, ni a un tiempo. Las prácticas de revisión y ampliación del archivo en un contexto de competencia y cooperación explican la emergencia

³⁷⁹ Jean Baudrillard, *El sistema de los objetos*. México: Siglo XXI, 2019, 83-84.

de una premura por acumular que no se viviría en tal magnitud en ninguna otra época.

El objeto que fue llevado al museo a partir de su función temporal fue colocado en la exhibición, en el depósito o en una posición de intercambio por el americanista en turno. Estos artefactos tejerían un hilo que los convirtió en materiales para la investigación y para la conservación protegida. En realidad, quizá sólo en el sistema de objetos americanista se podría plantear una relación entre un abrigo de piel del Ártico, una cerámica cholulteca, el esqueleto de un megaterio, un resto humano como un cráneo trepanado y una flecha de obsidiana. Las colecciones respondieron por lo tanto a trayectorias de recontextualización, basadas en las decisiones de los guardianes del archivo y a su propia selección. Su lugar en el sistema, lejos de ser accidental, respondía a los consensos, acuerdos y desacuerdos de los miembros de una comunidad. Se llevaron al museo por su asociación con el pasado, pero al mismo tiempo, curiosamente, esos objetos son también nuestros contemporáneos y fueron llevado al museo por una idea de preservación para el futuro que, no obstante, nunca quedó garantizada. Algunos de esos objetos tienen vidas muy interesantes. No solo por sus vidas en un pasado lejano, sino por la presente. Algunos entran y salen del archivo, cambian de manos y de interpretaciones. Son objeto de un culto patriótico o son reclamados por los pueblos. Así, el museo de ciencia en todo menos un simple depósito de cosas, es un espacio social sumamente complejo en donde tienen lugar valoraciones y negociaciones sociales de alta complejidad.

Además de sus guardianes americanistas, los museos del pasado dependieron de una amplia cadena de colaboraciones sociales que excedían al círculo de la comunidad que se define a sí misma como científica. En este aspecto es donde intervinieron los patrocinos de mecenas y gobiernos, las donaciones privadas de amigos y familiares de los investigadores. Al mismo tiempo, los proyectos habrían sido inconcebibles sin las traductoras, los intermediarios, los conductores de transporte, los pequeños vendedores, las comunidades que colaboraron, los peones de las

excavaciones arqueológicas y también quienes se opusieron a la centralización de los objetos en museos. Por esto, me parece que un conjunto de redes influyó en la conformación de los museos que se dedican a la ciencia y hacen de ellos espacios complejos desde donde estudiar la agencia, las aspiraciones y las anticipaciones de quienes participan en ellos, directa e indirectamente, a través de la interacción social.

Agradecimientos

El que apareciera este libro es gracias a las aportaciones de muchas personas e instituciones. Quiero agradecer a la Deutsche Forschungsgemeinschaft por el financiamiento de mi doctorado. Al Colegio Internacional de Graduados, a su personal académico, administrativo; a mis compañeras y compañeros de generación por todo su apoyo y por la amistad que me han brindado. De este grupo quisiera agradecer particularmente a mis asesores. A Federico Navarrete Linares, a quien considero una de las grandes intelectuales de nuestro tiempo y quien lleva años enseñándome y motivándome, gracias por ser una excepcional maestra y amiga. A Stefan Rinke, por su extraordinaria generosidad y dedicación. Haber sido su asistente ha sido una experiencia laboral invaluable para mí. También a Yum Kax Vite Ramírez quien me apoyó digitalizando algunas de mis fuentes y por su amistad sincera. A los historiadores Ricardo Uribe, José Francisco (Paquito) Hernández Reyes y Bernd Hausberger porque su agudeza enriqueció esta investigación en nuestras pláticas.

Las reflexiones que nutren este libro surgieron con mi equipo de trabajo sobre patrimonios híbridos del Workshop Una Europa, otros del Seminario de Cosmopolítica, Cosmohistoria y Pensamiento Relacional de la UNAM y del Coloquio Interdisciplinario del CIG. Por su parte, también quisiera agradecer a las organizadoras del Seminario Itinerante y en especial a Leoncio López-Ocón Cabrera por haber comentado mi trabajo. A los especialistas que consulté en distintos momentos de esta investigación: Manuela Fischer, Cintia Velázquez Marroni, Luis Gerardo Dávalos Vázquez, Edith Llamas, Michael Benson, Miruna Achim, Juan Villanueva Criales y Pamela Henson.

Un agradecimiento especial es para el Ibero- Amerikanisches Institut, espacio que alberga las actas del Congreso Internacional de Americanistas y que fue mi espacio central de consulta y de trabajo. A sus bibliotecarios: Edgar, Francisca y María. Pasé tantos años allí, que en algún momento pensé que me iba a convertir en parte de su paisaje. También, a otras bibliotecarias y archivistas, por toda su ayuda para comprender los centros que consulté en mis estancias de investigación. En particular a la señora Mónica, de la Biblioteca del Museo Etnográfico Juan B. Ambrosetti; a Margarita Avelar, del Centro de Estudios Teotihuacanos; a Fernando López, del Archivo del Museo Nacional de Antropología; a Máximo Farro, del Museo de la Plata; a Juan Villanueva, del Museo Nacional de Etnografía y Folklore de La Paz; a Angèle Martin, del Musée du quai Branly, y a Mai Reitmeyer, del American Museum of Natural History.

Por su parte, la presencia de mi familia y amigos ha sido invaluable. Simplemente son el color y la alegría de mi vida. Gracias a Ana María, Armando y Olivia, quienes son la base de cualquier proyecto. Especialmente a mi madre que me tomó en serio cuando le dije que quería dedicarme a la Historia. También gracias a Eva, Hannah, Bega, Amalia, Juancho, Christian, Arturo, Jocelyn y Rubén. Me considero muy afortunada de habernos hallado y haber compartido tanto. Finalmente, a la Sociedad de Americanistas de París, por otorgarme la Ayuda a la Publicación para que este libro viera la luz, y a la UNAM San Antonio y su editor Miguel García Audelo, quienes acogieron este manuscrito y trabajaron para su publicación, a la SECIHTI por la beca posdoctoral que me ha permitido tener tiempo de hacer las correcciones. Les doy a todas y a todos mi más sincero agradecimiento.

Puebla, primavera 2026.

Bibliografía

Archivos, bibliotecas y museos consultados:

American Museum of Natural History
American Philosophical Society
Archivo de La Paz
Archivo General de la Nación [Argentina]
Archivo General de la Nación [México]
Archivo Histórico del Museo Nacional de México
Archivo y Biblioteca Nacionales de Bolivia
Biblioteca Nacional de Antropología e Historia
Bibliothèque nationale de France
Bibliothèque Stanislas
Centro de Investigaciones Arqueológicas, Antropológicas y
 Administración de Tiwanaku
Ethnologisches Museum
Ibero-Amerikanisches Institut
Instituto Nacional de Antropología e Historia
Library of Congress
Musée du quai Branly – Jacques Chirac
Museo de La Plata
Museo Etnográfico Juan B. Ambrosetti
Museo Nacional de Antropología
Museo Nacional de Etnografía y Folklore
Museo Nacional de las Culturas
Muséum national d'Histoire naturelle
Smithsonian Institution
Staatliche Museen zu Berlin

- Adams, Amanda. *Scherben bringen Glück. Pionierinnen der Archäologie*. Gestenberg, 2013.
- Ambrosetti, Juan B. *Memoria del Museo Etnográfico 1906 á 1912*. Compañía Sud-americana de billetes de banco, 1912.
- Ambrosetti, Juan B. *Congreso de Americanistas Nueva York (1903) – XIII sesión. Informe del delegado de la Universidad de Buenos Aires*. Impr. “Didot” de Félix Lajouane, 1904.
- Ambrosetti, Juan B. *Congreso Internacional de Americanistas. Viena (1908) - XVI sesión. Memoria del delegado de la Universidad Nacional de Buenos Aires*. Impr. “Didot” de Félix Lajouane, 1909.
- Ameghino, Florentino. *Geología, Paleogeografía, Paleontología, Antropología de la República Argentina*. La Nación, 1910.
- Ameghino, Florentino. *Obras completas y correspondencia científica de Florentino Ameghino*. Taller de Impresiones Oficiales, 1936.
- Anderson, Benedict. *Comunidades imaginadas: Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. FCE, 1993.
- Ansaldi, Waldo, Patricia Funes y Susana Villavicencio, eds. *Bicentenario. Otros relatos*. Del Puerto, 2010.
- Appadurai, Arjun, ed. *La vida social de las cosas. Perspectiva cultural de las mercancías*. Consejo Nacional para la Cultura y las Artes; Editorial Grijalbo, 1991.
- Ballester, Diego A. “Los espacios de la antropología en la obra de Robert Lehmann-Nitsche, 1894-1938.” Tesis de doctorado, Universidad Nacional de La Plata, 2013.
- Ballester, Diego. “Un exhaustivo documentador de la historia del hombre: Vida y obra de Robert Lehmann-Nitsche.” *Encyclopédie Béroserose des histoires de l’anthropologie* (2018). <https://www.berose.fr/article1307.html?lang=fr>.
- Ballivián, Manuel, ed. *Monumentos prehistóricos de Tiahuanacu: homenaje al XVII Congreso Internacional de Americanistas*. J. M. Gamarra, 1910.
- Bandelier, Adolfo F. *Las islas de Titicaca y Koati*. Tall. Tip.-Lit. de J. M. Gamarra, 2014.
- Barriga Puente, Francisco, ed. *El filólogo de Tlaxiaco. Un homenaje académico a Francisco Belmar*. INAH, 2010.
- Barth, Fredrik, Robert Parkin, Andre Gigrich y Sydel Silverman. *One Discipline, Four Ways: British, German, French, and American Anthropology*. University of Chicago Press, 2005.
- Batres, Leopoldo. *Teotihuacán ó la Ciudad Sagrada de los Toltecas*. Talleres de la Escuela N. de Artes y Oficios, 1889.

- Baudrillard, Jean. *El sistema de los objetos*. Siglo XXI, 2019.
- Bourdieu, Pierre. *Homo academicus*. Siglo XXI, 2009.
- Brinton, Daniel G. *Essays of an Americanist*. Porter & Coates, 1890.
- Browman, David L. “La Sociedad Arqueológica de Bolivia y su influencia en el desarrollo de la práctica arqueológica en Bolivia.” *Nuevos Aportes* no. 4 (2007): 29-54.
- Bruno Latour, *Reensamblar lo social: Una introducción a la teoría del actor-red* (Manantial, 2008).
- Bueno, Christina. *The pursuit of ruins. Archaeology, history, and the making of modern Mexico*. University of New Mexico Press, 2016.
- Bueno, Gustavo. “Congreso Internacional de Americanistas desde 1875”. Consultado el 14 de junio de 2020. <http://www.filosofia.org/ave/001/a051.htm>.
- Charnay, Désiré. *Les Anciennes villes du Nouveau monde*. Hachette, 1885.
- Chavero, Alfredo. *México a través de los siglos*, tomo 1, *Historia antigua y de la conquista*. Espasa y Compañía, 1882.
- Clavery, D'André de. “Un musée américain à Nancy.” *Archives de la Société Américaine de France*, 1875, t. 1, ser. 2, 379.
- Clifford, James. “On Ethnographic Authority.” *Representations* 2 (1983): 118-146.
- Comas, Juan. *Cien años de Congresos Internacionales de Americanistas: Ensayos histórico-crítico y bibliográfico*. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, Instituto de Investigaciones Antropológicas, 1974.
- Comas, Juan. *Los Congresos Internacionales de Americanistas: Síntesis Histórica e índice Bibliográfico General 1875-1952*. Instituto Indigenista Interamericano, 1954.
- Comas, Juan. *Una década de Congresos Internacionales de Americanistas 1952-1962*. Universidad Nacional Autónoma de México, 1964.
- Compte-Rendu du Congrès International des Américanistes. 5^e session – Copenhague 1883*. Thiele, 1884.
- Congrès International des Américanistes. Compte rendu de la dixième session Stockholm 1894*. Imprimerie Ivar Haeggström, 1897.
- Congrès International des Américanistes. Compte rendu de la troisième session Bruxelles 1879*. Librairie Européenne C. Muquardt, 1879.
- Congrès International des Américanistes. Compte-rendu de la première session. Nancy-1875*. G. Crépin-Leblond; Maissonneuve, 1875.
- Congrès International des Américanistes. Compte-Rendu de la septième session. Berlin 1888*. Librairie W. H. Kühn, 1890.

- Congrès International des Américanistes: Compte rendu de la huitième session tenue à Paris en 1890.* Leroux, 1892.
- Congrès International des Américanistes: XIIIe session; tenue à Paris en 1900.* Ernest Leroux, 1902.
- Congrès International des Américanistes: XVe session, tenue à Québec en 1906.* Dussault & Proulx, 1907.
- Congreso Internacional de Americanistas. Actas de la novena reunión Huelva, 1892.* Hijos de M. G. Hernández, 1894.
- Congreso Internacional de Americanistas. Actas de la undécima reunión México 1895.* Díaz de León, 1897.
- Créqui-Montfort, Georges de. *Travaux et fouilles de Tiahuanaco. Mission scientifique française en Amérique du Sud.* S/e, 1903.
- Dalla Corte, Gabriela y Gustavo H. Prado. “Luces y sombras de dos paradigmas del americanismo español en la renovación del diálogo hispanoamericano (1909-1912).” *Anuario de Estudios Americanos* 63, núm. 2 (2006):
- Daston, Lorraine, ed. *Science in the archives. Pasts, presents, Futures.* University of Chicago Press, 2017.
- Dias, Nélia. *Le Musée d’ethnographie du Trocadéro, 1878-1908. Anthropologie et muséologie en France.* Centre national de la recherche scientifique, 1991.
- Diccionario histórico de la lengua española. “Americanista.” Consultado el 16 de marzo de 2026. <https://www.rae.es/tdhle/americanista>.
- El Diccionario del español de México. “Americanista.” Consultado el 16 de marzo de 2026. <https://dem.colmex.mx/Ver/americanista>.
- Eming, Jutta, ed. *Kulturelles Nachhalten.* Herder, 2025.
- Fabian, Johannes *Time & The Other: How Anthropology Makes its Object.* Columbia University Press, 2014.
- Farro, Máximo. *La formación del Museo de la Plata. Coleccionistas, comerciantes, estudiosos y naturalistas viajeros a fines del siglo XIX.* Prohistoria, 2009.
- Feuerhahn, Wolf y Pascale Rabault-Feuerhahn, eds. *La fabrique internationale de la science. Les congrès scientifiques de 1865 à 1945.* CNRS Éditions, 2010.
- Fischer, Josef y Franz von Wieser, eds. *Die älteste Karte mit dem Namen Amerika aus dem Jahre 1507 und die Carta Marina aus dem Jahre 1516 des M. Waldseemüller (Ilacomilus).* Wagner’schen Universitäts-Buchhandlung, 1903.
- Fischer, Manuela y Adriana Muñoz. “The Connectedness of Archives: Museums in Brazil and Europe.” *Indiana* 37.2 (2020): 205-235.

- Fischer, Manuela y Michael Kraus, eds. *Exploring the archive: Historical photography from Latin America; the collection of the Ethnologisches Museum Berlin*. Böhlau, 2015.
- Fischer, Manuela, Peter Bolz y Susan Kamel, eds. *Adolf Bastian and his universal archive of humanity. The Origins of German Anthropology*. Olms, 2007.
- Fischer, Manuela. “La materialidad de un legado: el viaje de Konrad Theodor Preuss a Colombia (1913-1919).” *Baessler-Archiv. Beiträge zur Völkerkunde*, 55 (2007): 145.
- Fletcher, Alice C. *Brief History of the International Congress of Americanists*. The New Era Printing Company, 1913.
- Freed, Stanley A. *Anthropology unmasked. Museums, science, and politics in New York City*. Orange frazer Press, 2012.
- Freed, Stanley A., Ruth S. Freed y Laila Williamson. “Capitalist Philanthropy and Russian Revolutionaries: The Jesup North Pacific Expedition (1897-1902).” *American Anthropologist* 90 no. 1 (1988): 7–24.
- Galindo y Villa, Jesús. *Galería de monolitos. Catálogo del Departamento de Arqueología del Museo Nacional*. Impr. del Museo Nacional, 1895.
- Gallegos Ruiz, Roberto, José Roberto Gallegos Téllez Rojo y Gabriel Miguel Pastrana Flores, eds. *Antología de documentos para la historia de la arqueología de Teotihuacán: Proyecto Historia de la Arqueología de Teotihuacán*. INAH, 1997.
- García, Genaro. *Crónica oficial de las fiestas del Primer Centenario de la Independencia de México*. Talleres del Museo Nacional, 1911.
- Gnecco, Cristóbal y Patricia Ayala, eds. *Pueblos indígenas y arqueología en América Latina*, Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Universidad de los Andes, 2010.
- Hamy, Ernest Th. *Galerie Américaine du Musée d’Ethnographie du Trocadéro: Choix de pièces archéologiques et ethnographiques*. Ernest Leroux, 1897.
- Hanfstengel, Renata von y Cecilia Tercero Vasconcelos, eds. *Eduard Seler y Caecilie Seler. Sistematización de los estudios americanistas y sus repercusiones*. Universidad Nacional Autónoma de México; Instituto de Investigaciones Interculturales Germano-Mexicanas; Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2003.
- Heger, Franz, ed. *Verhandlungen des XVI. Internationalen Amerikanisten-Kongresses Wien 9. bis 14. September 1908. Viena 1910*. Hartlebens’s Verlag, 1910.
- Heger, Franz. *Die archäologischen und ethnographischen Sammlungen aus Amerika im k. k. naturhistorischen Hofmuseum in Wien. Separatabdruck aus*

- der Festschrift, herausgegeben anlässlich der Tagung des XVI. Internationalen Amerikanisten-Kongresses in Wien, 9.-14. September 1908, vom Organisations-komitee.* s/e, 1908.
- Hodge, Frederick W., ed. *Proceedings of the Nineteenth International Congress of Americanists. Held at Washington, December 27-31, 1915.* S/e, 1917.
- Hrdlička, Aleš. *Early man in South America.* Smithsonian Institution, 1912. <https://dle.rae.es/descubrir?m=form>.
- International Congress of Americanists. Proceedings of the XVIII. Session. London 1912.* Harrison and Sons, 1913.
- International Congress of Americanists. Thirteenth Session held in New York in 1902.* Eschenbach, 1905.
- Internationaler Amerikanisten-Kongress vierzehnte Tagung; Stuttgart 1904,* Kolhammer, 1906.
- Iracheta Cenecorta, María del Pilar. *En busca de la Pompeya mexicana. Las exploraciones de Leopoldo Batres en Teotihuacán, 1905-1910.* El Colegio Mexiquense, A.C.; Gobierno del Estado de México; Universidad Autónoma del Estado de México, 2015.
- Jacquot, Olivier. “La philanthropie américaniste du duc de Loubat.” *Amoxcalli*. Publicado el 10 de noviembre de 2021. <https://amoxcalli.hypotheses.org/37574>.
- Kaulicke, Peter, Manuela Fischer, Peter Masson, Gregor Wolff, eds. *Max Uhle (1856 - 1944). Evaluaciones de sus investigaciones y obras.* Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2010.
- Königliche Museen zu Berlin. *Veröffentlichungen aus dem Königlichen Museum für Völkerkunde, dem Internationalen Amerikanisten-Kongress zu Berlin gewidmet.* W. Spemann, 1888.
- Koselleck, Reinhart. *Futuro pasado: Para una semántica de los tiempos históricos.* Paidós, 1993.
- Kraus, Michael. *Bildungsbürger im Urwald. Die deutsche ethnologische Amazonienforschung: (1884-1929).* Curupira, 2004.
- Krieger, Kurt y Gerd Koch, eds. *Hundert Jahre Museum für Völkerkunde Berlin.* (Baessler-Archiv XXI). Dietrich Reimer Verlag, 1973.
- Křížová, Markéta. “To the Origins of American Archaeology in the Czech Lands: The Case of Julius Nestler.” *Ethnologia Actualis* 17 núm. 1 (2016): 93-96.
- Kuhn, Thomas S. *La estructura de las revoluciones científicas.* Fondo de Cultura Económica, 2019.
- Latour, Bruno. *Reensamblar lo social: Una introducción a la teoría del actor-red.* Manantial, 2008.

- Laurière, Christine. “La Société des Américanistes de Paris: une société savante au service de l’américanisme.” *Journal de la société des américanistes* 95 no. 2 (2009), 93-115;
- Laurière, Christine. “Anthropology and Politics, the Beginnings: The Relations between Franz Boas and Paul Rivet (1919-42).” *Histories of Anthropology Annual* 6 no. 1: 225-252.
- Lehmann-Nitsche, Robert, ed. *Actas del XVIIº Congreso Internacional de Americanistas. Sesión de Buenos Aires, 17-23 de mayo de 1910*. Coni Hermanos, 1912.
- Lehmkuhl, Ursula y Stefan Rinke, eds. *Amerika - Amerikas: zur Geschichte eines Namens von 1507 bis zur Gegenwart*. Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 2022.
- León Portilla, Miguel, ed. *Motivos de la antropología americanista*. FCE, 2001.
- Lira Larios, Regina. “Carl Lumholtz y la objetualización de la cultura indígena en la Sierra Madre Occidental.” *Estudios de historia moderna y contemporánea de México* 50 (2015): 8-27.
- Lira Larios, Regina. “Los cilindros de cera grabados por Carl Lumholtz en 1898.” *Indiana* 34, no. 2 (2017): 211-232.
- Logie, Étienne y Pascal Riviale. “Le Congrès des américanistes de Nancy en 1875: entre succès et désillusions.” *Journal de la société des américanistes* 95 no. 2 (2009): 151-71.
- Logie, Etienne. “Les Américanistes lorrains à la fin du XIX^e siècle.” *Pays Lorrain. Journal de la Société d’Histoire de la Lorraine & du Musée Lorrain* 110, vol. 94 (2013): 179-180.
- Logie, Etienne. “Nancy et le premier Congrès international des Américanistes.” *Pays Lorrain. Journal de la Société d’Histoire de la Lorraine & du Musée Lorrain* 105, vol. 89 (2008): 35-40.
- Lombardo de Ruiz, Sonia y Ruth Solís Vicarte. *Antecedentes de las leyes sobre Monumentos Históricos, 1536-1910*. Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1988.
- López Jáuregui, Lorena. “El objeto antiguo y su negociación moderna. Una historia del patrimonio arqueológico latinoamericano en redes de competencia y colaboración internacional entre museos (1894-1914).” *Intervención. Revista Internacional de Conservación, Restauración y Museología* 2 no. 22 (2020): 188-224.
- López-Ocón, Leoncio, Jean-Pierre Chaumeil y Ana Verde Casanova, eds. *Los americanistas del siglo XIX. La construcción de una comunidad científica internacional*. Iberoamericana; Vervuert, 2005.

- Matos Moctezuma, Eduardo. "Manuel Gamio y la arqueología de Azcapotzalco." *Arqueología mexicana* xxiii, núm. 136 (2015): 34-37.
- Mauss, Marcel. *Ensayo sobre el don. Forma y función del intercambio en las sociedades arcaicas*. Katz, 2009.
- Middel, Matthias, ed. *The Routledge handbook of transregional studies*. Routledge, 2020.
- Müller-Wille, Ludger. *The Franz Boas Enigma: Inuit, Arctic, and Sciences*. Baraka Books, 2014.
- Museum für Völkerkunde Berlin. *Übersicht über die Amerikanischen Sammlungen des K. Museums für Völkerkunde, zusammengestellt für die 7. Tagung des Internationalen Amerikanisten-Kongresses*. H. S. Hermann, 1888.
- National Park Service. "A Brief History of the Casa Grande Ruins." Última actualización el 22 de diciembre de 2020. <https://www.nps.gov/cagr/learn/historyculture/index.htm>.
- National Park Service. "Edgar Lee Hewett". Consultado el 19 de mayo de 2022. <https://www.nps.gov/sapu/learn/historyculture/edgar-lee-hewett.htm>.
- Navarrete Linares, Federico. *Historias mexicas*. Turner; Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2018.
- Navarro Antolín, Fernando y Luis Navarro García, eds. *Orbis incognitus: Avisos y legajos del Nuevo Mundo*. Universidad de Huelva, 2008.
- Olmedo, Bertina y Miruna Achim, eds. *Eduard Selser. Inventario de las colecciones arqueológicas del Museo Nacional, 1907*. Secretaría de Cultura; Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2018.
- Pegoraro, Andrea S. "Las colecciones del Museo Etnográfico de la Universidad de Buenos Aires: un episodio en la historia del americanismo en la Argentina 1890-1927." Tesis de doctorado, Universidad de Buenos Aires, 2009.
- Penny, H. Glenn. *Objects of Culture. Ethnology and Ethnographic Museums in Imperial Germany*. The University of North Carolina Press, 2002.
- Podgorny, Irina. *El argentino despertar de las faunas y de las gentes prehistóricas. Coleccionistas, estudiosos, museos y universidad en la creación del patrimonio paleontológico y arqueológico nacional (1875-1913)*. Eudeba Editorial Universitaria de Buenos Aires; Centro Cultural Ricardo, 2000.
- Podgorny, Irina. *El sendero del tiempo y de las causas accidentales. Los espacios de la prehistoria en la Argentina, 1850-1910*. Prohistoria, 2009.

- Ponce Sanginés, Carlos. *Arthur Posnansky. Biografía intelectual de un pionero*. Cima, 1999.
- Posnansky, Arthur. *Tihuanacu: Cuna del hombre americano*. Cima, 1945.
- Posnansky, Arthur. *Una falsa crítica de Max Uhle*. Reimer, 1913.
- Proceedings of the Biological Society of Washington*. Biological Society of Washington, v. 82, pt. 2 (1969-1970).
- Pucciarelli, Hector. “Ensayo sobre una disputa hipotética sostenida por Ameghino y Hrdlička en torno al concepto de masa crítica y su eventual aplicación en antropología biológica.” *Relaciones* 36 (2011), 315-25.
- Quijada, Mónica y Jesús Bustamante, eds. *Élites intelectuales y modelos colectivos. Mundo ibérico (siglos XVI-XIX)*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas Departamento de Historia de América, 2002.
- Rada, Agustín de. *Anuario de Leyes, Decretos y Resoluciones Supremas expedidas en el año 1906*. Talleres gráficos La Prensa, 1907.
- Real Academia Española. «Descubrir.» Consultado el 17 de mayo de 2022.
- Reseña de la segunda sesión del XVII Congreso Internacional de Americanistas efectuada en la Ciudad de México durante el mes de septiembre de 1910 (Congreso del Centenario)*. Imp. Del Museo N. de Arqueología, Historia y Etnología, 1912.
- Reyes Gavilán, Aura Lisette. *Ensamble de una colección: Trayectos biográficos de sujetos, objetos y conocimientos antropológicos en Konrad Theodor Preuss a partir de su expedición a Colombia (1913-1919)*. Universidad del Norte, 2019.
- Riviale, Pascal y Christophe Galinon. *Théodore Ber. Una vida en los Andes. Diario (1864-1896)*. Universidad Nacional Mayor de San Marcos; Instituto Francés de Estudios Andinos, 2020.
- Riviale, Pascal. *Los viajeros franceses en busca del Perú antiguo (1821-1914)*. Institut Français d'Études Andines, Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2000.
- Ronsin, Albert. *La fortune d'un nom. America: le baptême du Nouveau Monde à Saint-Dié-des-Vosges*. J. Million, 1991.
- Rosny, Léon de. *L'alliance scientifique universelle: association internationale des hommes de science: sciences- littérature- beaux-arts : l'idée qui a présidé à sa fondation, son programme primitif et ses modifications éventuelles*. Bureau, 1903.
- Ruiz Martínez, Apen. “Zelia Nuttall e Isabel Ramírez: las distintas formas de practicar y escribir sobre arqueología en el México de inicios del siglo XX.” *Cadernos Pagu* 27, (2006) 110-112.

- Rutsch, Mechthild. "El patrimonio arqueológico mexicano y la International School of American Archaeology and Ethnology." *Ludus vitalis* VIII no.14 (2000): 131-164.
- Rutsch, Metschild. "Isabel Ramírez Castañeda (1881-1943): Una anti-historia de los inicios de la antropología mexicana." *Cuicuilco* 10 no. 28 (2003): 1-17.
- Sagredo Baeza, Rafael. *J. T. Medina y su biblioteca americana en el siglo XXI. Prácticas de un erudito*. Biblioteca Nacional de Chile, 2018.
- Schlanger, Nathan y Jarl Nordbladh, eds. *Archives, ancestors, practices. Archaeology in the light of its history*. Berghahn Books, 2008.
- Seler, Eduard. "Bericht über den Internationalen Amerikanisten-Kongress in Buenos Aires und Mexico." *Zeitschrift für Ethnologie* 1 (1911): 117-118.
- Seler, Eduard. *Das Tonalamatl der Aubin'schen Sammlung: eine altmexikanische Bilderhandschrift der Bibliothèque Nationale in Paris (Manuscripts Mexicains Nr. 18-19): auf Kosten Seiner Excellenz des Herzogs von Loubat herausgegeben, mit Einleitung und Erläuterungen von Dr. Eduard Seler*. Unger, 1900.
- Sontag, Susan. *El antropólogo como héroe*. Seix Barral, 1984 [1963];
- Steinen, Karl von den. "Über den XIII. Internationalen Amerikanisten-Kongress in New York und die ethnographischen Museen im Osten der Vereinigten Staaten." *Zeitschrift für Ethnologie. Organ der Berliner Gesellschaft für Anthropologie, Ethnologie und Urgeschichte*. A. Asher & Co., 1903.
- Stocking Jr., George W, ed. *Objects and others: Essays on museums and material culture*. The University of Wisconsin Press, 2010.
- Stocking Jr., George W., ed. *Observers Observed. Essays on Ethnographic Fieldwork*. The University of Wisconsin Press, 1893.
- Stübel, Alphons y Max Uhle, *Die Ruinenstätte von Tiahuanaco im Hochlande des alten Peru: eine kulturegeschichtliche Studie*. Karl Hiersemann, 1892.
- Swiggett, Glen L., ed. *Proceedings of the second Pan American Scientific Congress, Washington, U.S.A., Monday, December 27, 1915 to Saturday, January 8, 1916*. Section I Anthropology, vol. 1. Government Printing Office, 1917.
- Tax, Sol, ed. *Acculturation in the Americas. Proceedings and Selected Papers of the XXIXth International Congress of Americanists*. Cooper Square Publishers, 1967.
- Tello, Julio C. y Toribio Mejía Xesspe. *Historia de los Museos Nacionales del Perú 1822-1946*. Museo Nacional de Antropología y Arqueología

- e Instituto y Museo de Arqueología de la Universidad Nacional de San Marcos, 1967.
- Tenorio-Trillo, Mauricio. "1910 Mexico City: Space and Nation in the City of the Centenario." *Journal of Latin American Studies* 28, 1 (1996): 75-104.
- Tenorio-Trillo, Mauricio. *Mexico at the World's Fairs: Crafting a Modern Nation*. Univ. of California Press, 1996.
- Tovar Ortiz, Daniela, Haydeé López Hernández y Luis Antonio Huitrón Santoyo, eds. *Travesías de la antropología en México*. Secretaría de Cultura, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2025.
- Uhle, Max. "Tipos de civilización en el Perú." *Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima*, t. xxv, año xix (1909): 294.
- Uhle, Max. *Guía de los monumentos de Tiahuanacu por Posnansky: una crítica*. Universitaria, 1912.
- UNESCO. "Lista del Patrimonio Mundial." Consultado el 10 de abril de 2025. <https://whc.unesco.org/es/list>.
- Universidad Nacional de La Plata. *Memoria del Museo de La Plata correspondiente al año de 1906*. Coni, 1907.
- Valdovinos, Margarita. "De la acción ritual a los cilindros de cera. Una nueva perspectiva de los cantos rituales recopilados por Konrad Theodor Preuss entre los coras del Occidente de México." *Baessler-Archiv Beiträge zur Völkerkunde* 55 (2007): 155-164.
- Valiant, Seonaid. *Ornamental Nationalism. Archaeology and Antiquities in Mexico, 1876-1911*. Brill, 2017.
- Vélez, Palmira. *La historiografía americanista en España, 1755-1936*. Iberoamericana; Vervuert, 2007.
- Villanueva Criales, Juan. "De lo precolombino a las cadenas operativas. El Museo Nacional de Etnografía y Folklore (MUSEF) de Bolivia en perspectiva histórica." *Chungara Revista de Antropología Chilena* 51 núm. 2 (2019): 203.
- Weiner, Lucien. *Catalogue des objets d'art et d'antiquité*. Chez René Weiner, 1895.
- Wolff, Gregor, ed. *Die Berliner und Brandenburger Lateinamerikaforschung*. Wissenschaftlicher Verlag, 2001.
- Zavala, Silvio, ed. *Francisco del Paso y Troncoso: Su misión en Europa, 1892-1916*. Instituto de Estudios y Documentos Históricos, A.C.; Claustro de Sor Juana, 1980.
- "Arqueología." *El Tiempo*, 26 de junio de 1910.

- “Chronique.” *Gazette de Lorraine* (24 de febrero de 1876): 3.
- “Congrès international des Américanistes et exposition d’archéologie américaine.” *Le Globe. Revue genevoise de géographie* 13 (1874): 223-224.
- “Congrès international des Américanistes. 1^{re} session – Nancy.” *Journal des Orientalistes* 6-7 (1875): 17-25.
- “El Congreso de Americanistas.” *La Gaceta de Guadalajara*. 18 de septiembre de 1910: 11.
- “El Congreso Internacional de Americanistas en México.” *El Universal* (25 de diciembre de 1894), 3.
- “La primera excursión de los miembros del Congreso de Americanistas.” *El Tiempo*. 12 de septiembre de 1910: 5.
- “Los trabajos del Sr. García Cubas.” *La voz de México* (31 de agosto de 1895), 2.
- “Mr. Jesup’s Expedition.” *The New York Times*, (13 de marzo de 1897): 2.
- “Una arqueóloga americana disgustada con el Ministerio de Instrucción.” *El Tiempo*. 9 de abril de 1910: 1.

América Redescubierta

*El Congreso Internacional de Americanistas
y la reinención científica del continente (1875-1915)*

Edited for the
Biblioteca Arte & Cultura, UNAM San Antonio
by
Miguel García Audelo

Junio, 2025



América redescubierta, de Lorena López Jáuregui, propone una reinterpretación rigurosa del descubrimiento, la conquista y la invención de América a finales del siglo XIX y principios del XX, concebida no como un espacio pasivo, sino como actor central de una transformación histórica global. A través de una lectura crítica tanto de fuentes clásicas como de documentos poco explorados, la obra cuestiona lugares comunes y revela cómo se construyó la noción de "América" en las imaginaciones europea y americana finiseculares. La autora se aleja del relato tradicional y examina con detalle a los protagonistas, intereses y discursos que dieron forma a este redescubrimiento científico y académico de América: cronistas, navegantes, misioneros, burócratas, científicos, exploradores e intelectuales que definieron jerarquías, fronteras y mitologías. En sus seis capítulos combina erudición y claridad para analizar procesos complejos como la expansión imperial, las disputas científicas, los marcos jurídicos y los encuentros culturales, así como sus consecuencias duraderas en el mundo atlántico. Este libro, sin duda, se inserta en las mejores tradiciones de la historiografía contemporánea y dialoga con debates actuales, invitando al lector a reconsiderar el papel de América en la historia global. Se trata de una aportación fundamental para comprender, con mayor profundidad, las raíces históricas de las discusiones presentes sobre el pasado americano.



UNAM
SAN ANTONIO



Edición
Arte & Cultura
UNAM San Antonio



SINERGE DES
AMÉRICANISTE



Temporalidades del Futuro
Temporalities of Future